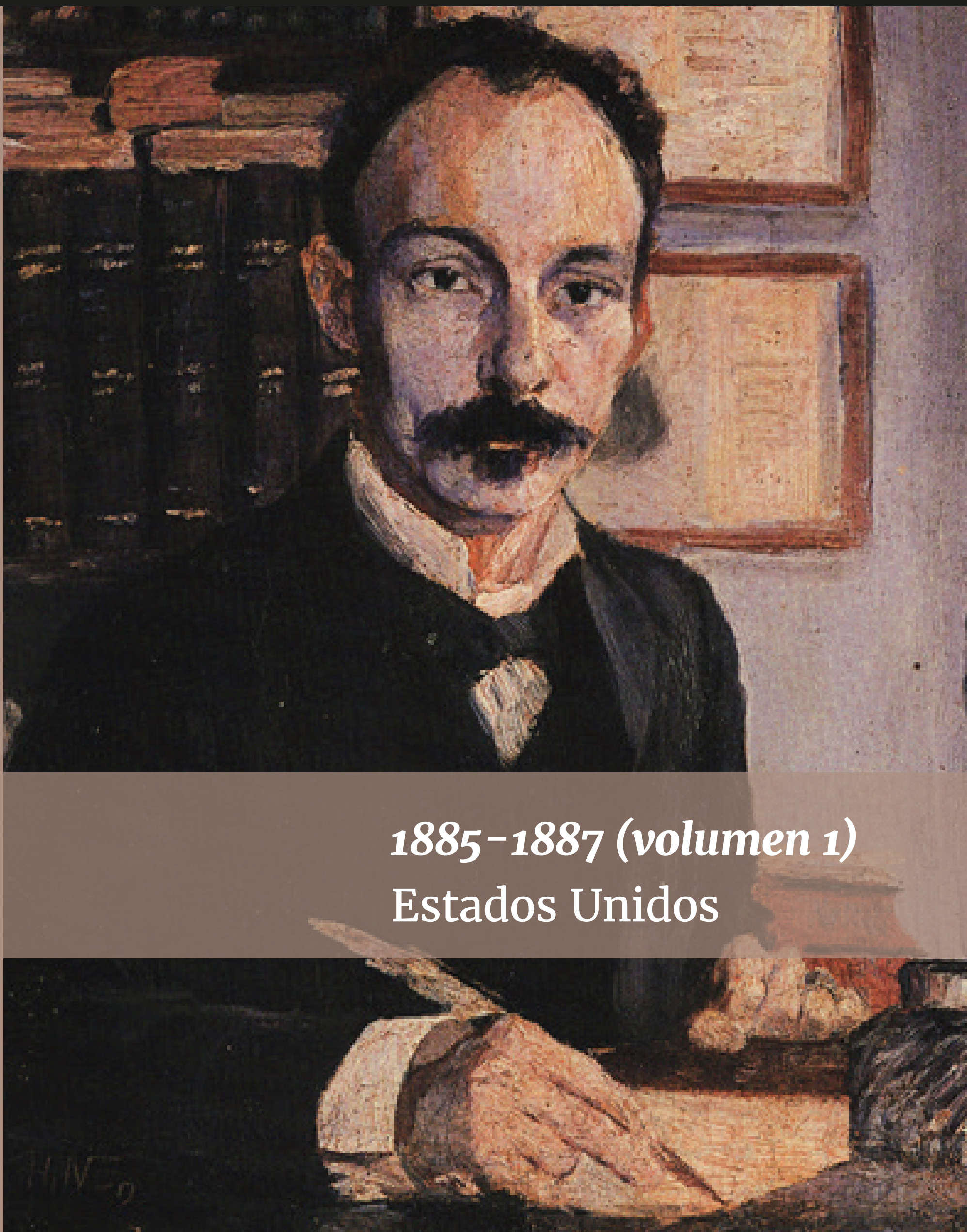
# José Martí

OBRAS COMPLETAS – *Edición Crítica*



22

**1885-1887 (volumen 1)**

Estados Unidos

CEM | Centro de Estudios Martianos

Ministerio de Cultura
de la República de Cuba

CLACSO

 | ISBN 959-7006-08-1 obra completa

**Imagen de cubierta:** detalle de Retrato de *Martí*, Hernán Norman, 1891. Colección Casa Natal de José Martí.

Centro de Estudios Martianos
Ministerio de Cultura
de la República de Cuba

Calzada 807, esquina a 4, El Vedado | 10400
La Habana, Cuba
Tel. [53 7] 836-4966/69 | Fax [53 7] 833-3721
<cem@josemarti.co.cu> | <www.josemarti.cu>

CLACSO 50 AÑOS
Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales

Estados Unidos 1168 | C1101AAX
Ciudad de Buenos Aires, Argentina
Tel. [54 11] 4304-9145 | Fax [54 11] 4305-0875
<clacsoinst@clacso.edu.ar> | <www.clacso.org>

**Equipo**
Dr. Pedro Pablo Rodríguez (director general)
Lic. Aida Martín Fernández (directora editorial)
Dra. Carmen Suárez León (investigadora titular)
Dr. Rodolfo Sarracino Magriñat (investigador titular)
Dra. Marta Cruz Valdés (investigadora)
Msc. Marlene Vázquez Pérez (investigadora)
Lic. Yisel Bernardes Martínez (investigadora)
Lic. Lourdes Ocampo Andina (investigadora)
Lic. Niurka Alfonso Baños (editora)
Lic. Rubén Javier Pérez Bosquets (investigador)
Lic. Mariana Pérez Ruiz (adiestrada)
Lic. Miladis Cabrera Bess (asistente de dirección)
Marlén Santiesteban (operadora digital)

**Desarrollo Libre de Aplicaciones**
Luis Alberto Morera Fernández, Dayron Rámida Coll, Ariel Armas Ramos

**Secretario Ejecutivo**
Pablo Gentili

**Directora Académica**
Fernanda Saforcada

**Coordinador Editorial**
Lucas Sablich

**Coordinador de Arte**
Marcelo Giardino

**Arte de Tapa**
Jimena Zazas

**Revisión Técnica de la Presente Edición**
Gonzalo Mingorance

# 1885

## (febrero-septiembre)

## *La Nación*

## CARTAS DE MARTÍ

Un teatro original y cómo se elabora [en] New York.—Los personajes de las comedias de Harrigan y Hart.—De pilluelos a actores famosos.—La Ristori ahora.—La casa de Vanderbilt.—Vanderbilt perdona una deuda de $150 000 a Grant.—Un donativo de $500 000.—Una frase de Barrios.—Grant.—El Senado acuerda conceder a Grant el sueldo de General en Jefe.—Los oradores de los Estados Unidos.—Caracteres y razones de su oratoria actual.—Los oradores de antes: Nye, Carpenter, Garfield, Lincoln.—Los oradores de ahora, y su método: Edmunds, Blaine, Conkling, Hewitt, Bayard.—En vísperas de un cambio en la historia de los Estados Unidos.—Proyecto de ocupación mercantil de los países españoles de la América del Norte.—Grant, Blaine y Arthur.—Proyecto de un canal americano en Nicaragua.—Curiosidades diplomáticas.—Tratado de los Estados Unidos con España sobre Cuba y Puerto Rico.—Tratado de los Estados Unidos con Santo Domingo.—El tratado con México.—Trascendencia americana de estos tratados.—Argumentos en contra y ligera discusión de los tratados.

Nueva York, enero 15 de 1885.

Señor Director de *La Nación*:

Es invierno, y lo es de veras; pero no lo está sintiendo nadie, de puro preocupado y asustadizo. Los teatros, siempre en esta época tan concurridos, o cierran, o languidecen, o se queman:—como si el arte debiera morir siempre así—iluminando: lo cual decimos porque es verdad que el fuego se tragó en estos días un teatro, a donde va la gente cuando no va a otros de más empaque y literatura,—porque aquel, con los teatrillos de variedades y museos de monstruos, es el teatro genuino y directo de este pueblo naciente en cosas de arte:—no gusta el pueblo de ir sino a donde se halla. En este teatro de comedia neoyorquina, no se pinta, como que no la hay, una sociedad como la de París, que parece una estatua hecha de gusanos; ni como la de Londres, que es una caja de geometría; ni como la de Madrid, que es una cana al aire revoloteando perpetuamente al sol; ni como la de Viena, que es un «gabinete particular», donde los camarones a la bordalesa están siempre servidos, y la tortilla con trufas, y el Liebfraunmilch rubio y ardiente: en el teatro de Harrigan y Hart, donde los actores, como fue de uso antaño, se escriben sus comedias, píntanse, con ribetes de sentimiento que parecen rayos de sol sobre una capa miserable; la masa revuelta, el feto colosal, las entrañas oscuras y fabricadoras, la roca hirviente, la calle, el taller, la casa de vecindad, la covacha en que los italianos aman y riñen; el aposento, repleto de hijos, donde el alemán, con gabán y sombrero alto, fuma, lee, se mata, o espera; la casuca, fabricada con restos de cajones, en que desde el pico de una roca, frente a un palacio enorme de granito labrado, un irlandés, cruzado de brazos sobre el chaleco mugroso, y empinados el labio inferior y las rodillas, mira sentado, fumando su pipa, cómo pasan, camino de la sombra, a manera de cesantes de la vida, los sacerdotes sin iglesia, con su corbata blanca, su levita negra, y su cara triste, los descendientes de los buenos holandeses, con su rostro afeitado y honesto, y sus vestidos de paño burdo, las damas de años ha, singular mezcla de virilidad y de recato, la más cercana acaso en nuestros tiempos a la

matrona romana: y ve pasar el irlandés—mientras que su hijo que vendía ayer periódicos se le sube por la roca, con su vestido nuevo de dependiente de comercio, y de los dos hijos del dueño del palacio que tiene en frente, la una se casa con un noble inglés y el otro quiebra:—a esos melancólicos y despaciosos pensadores de provincia, (niñescos y colosales a la par, como todo lo que está más cerca de la Naturaleza), que con lentitud y honradez de aldea iban moviendo, mundo adelante, su nación, y ahora, arrollados por el impetuoso pensamiento nuevo, que aquí toma las formas de la desesperación que embriaga y el ansia de conquista que la entretiene y alivia, tiene despavoridos y arrinconados, pálidos como los que se sobreviven, a los hijos legítimos de este país, que están viviendo como extranjeros en su tierra. Sentarse a oír una de las comedias de Harrigan y Hart, que no son más que escenas de costumbres avivadas con tonadillas penetrantes que toda la ciudad tararea luego, es asomarse a ver cómo se fabrica Nueva York,—y qué oro y qué cardenillo están entrando en ella.

Como alrededor de una oruga, muchos cuadros se desenvuelven en torno de una frutera irlandesa acurrucada, en medio de su montaña de mantones, frente a una mesilla de manzanas cenceñas que nunca se venden. Jóvenes dependientes; mozos artesanos que los miran como a gente menor; alemanes cuadrados y tortugosos; italianos tallados en un cuchillo; neoyorquinillos entecos, que son como maniquíes de apetitos, peinados a la Capoul y disfrazados con burlas, por ser ley que todo lo que degenera se hace crítico, y luego pasa a cínico; policías, que abaten con su palitroque al que hace guiños a la criada de servicio que tiene a honra haber parecido bien al uniforme azul de botones dorados; pilluelos que relampaguean; padres viejos que salvan; muchachas pobres, ramilletes de caléndulas en que el pisaverde de monóculo, corsé, bastón de puño de plata y polainas carmelitas hunde la nariz descolorida en busca de rosas,—son los personajes usuales, matizados con uno que otro negro del Sur, de las comedias de Harrigan y Hart.

Hombres y mujeres se deleitan en oírlas, porque se ven en ellas. Y el que de larva pasó ya a mariposa, y se puso debajo de Júpiter cuando llovía oro:—¡que nunca cuesta menos la riqueza!,—va allí de vez en cuando a batir las alas, o a rejuvenecerse acaso el corazón, viendo en escena, con los combates y lances que un día fueron los suyos, aquellos tiempos envidiables de contienda y creación, en que, porque era desgraciado, era dichoso. Estos Harrigan y Hart así surgieron: de pilluelos, a actores famosos, a empresarios de teatros, a héroes de la ciudad.

Sus comedias, ellos se las escriben; y su teatro, que era de ladrillo y estaba en Broadway, se lo hicieron ellos. En el incendio desaparecieron todas las decoraciones de una pieza nueva,—salpicada por cierto de escenas francesas, como aquí está ya todo— que iban a estrenar al día siguiente. Ea, pintores! Ea, carpinteros! Ea, maquinistas!: que Harrigan y Hart, por quienes todo New York se conduele, quieren enseñar que no les apena, a ellos que todavía ayer andaban descalzos, haber perdido con su teatro unos sesenta mil pesos; ea! que quieren abrir en una semana un teatro olvidado con la comedia nueva. Fue hecho, y lo abrieron. Mucha gente, en tanto que la Ristori declamaba en inglés los versos de *Macbeth* ante un teatro vacío, acudió a llevar los saludos de New York a sus actores favoritos.

Oh! la Ristori ahora, paseando por teatros lóbregos de tierras duras sus años adoloridos! Se siente una especie de dolor filial al ver esta majestad ofendida: parece que las estatuas griegas se han hecho carne; y vestidas de mendiga, lloran. ¡Cómo no lo han de sentir, los que, niños de escuela todavía, ayudaron a

desuncir, en una de las tierras del sol, los caballos de su carruaje, y mientras ella se cubría los ojos arrasados de llanto, se gloriaban, al aire la cabeza, en hablar de él! ¿Cómo no ha de ser digna de la gloria la que la enseña?

¡Váyase de aquí la triste señora, que aquí, ni la estatua de la Libertad ha hallado quien le compre el pie; que de limosna piden ahora al Congreso,—ni ella tiene escolares! Ser rico es bueno; pero esto no ha de roer lo otro.

Nada es tan repulsivo como un hombre acaudalado que se repliega en sí y descuida los dolores de los hombres. Es un criminal, sin duda: un criminal por omisión. Solo hay algo tan repulsivo como él: el envidioso disfrazado de filántropo, el denunciador sistemático de todo el que posee alguna riqueza. Un hombre hay en New York de fama universal por su fortuna; su padre, de poco más que botero, llegó, por las artes de su ingenio pronto y sutil, a fundador y dueño de caminos de hierro y otras altas empresas: el hijo, que heredó en tiempos prósperos, una hacienda enorme, con serena perspicacia la ha aumentado: sus millones llegan a la centena: otros tienen en sus manos las riendas de sus caballos, y él, como de los caballos modernos, las de los ferrocarriles: no es avaricioso, como Jay Gould, sino frío: ha levantado en la Quinta Avenida, frente a la Catedral de la religión, que como señal de los tiempos, está incompleta, la Catedral de la riqueza; su casa no tiene arabescos, como no los tiene su carácter; y ¡oh símbolo involuntario y elocuente! con cajas y con pacas se hizo esa fortuna, como toda la de este país, y la casa oscura de Vanderbilt tiene la figura de una caja o una paca: ¿se vive acaso en vano entre ellas?

Las artes todas de estos tiempos sin creación, puesto que son tiempos sin fe, se han dado cita, estimuladas como meretrices por el lucro, en este hogar de magnate indiferente. Sedas, Damascos, Gobelinos, Aubussones, Goyas, le parecieron tapices pobres y de poco costo para sus paredes; y las ha cubierto, como del lienzo que cuesta más, de tela de los grandes pintores, que son ahora los que hacen las cosas pequeñas: Meissonier vive, copiando crines y ribeteando sombreros de miñones, ochenta años; Bastien Lepage y Millet, que conciben los ángeles y llenan de aire cargado de espíritu sus cuadros, en la flor de su juventud afligida, mueren. En ciertos tiempos, y entre ciertas gentes, no hay como ser pequeño para ser grande. Y ahora que los de arriba bajan y los de abajo suben, y se está en el oleaje de que quedará luego el nivel justo, no hay como ser poseedor de una gran fortuna para atraerse la malevolencia de las gentes. Vanderbilt es odiado y por los que no lo odian, mirado de reojo. No lo conocen, ni ha hecho nada abominable, y, sin embargo, lo abominan. Aborrecen en él las desigualdades exasperantes que asaltan a los ojos melancólicos de los observadores, y a los menos benévolos de los pacientes de pobreza. Y en verdad, en verdad: mientras haya un hombre que duerma en el fango, ¿cómo debe haber otro que duerma en cama de oro? Séquense en las ciudades los barrios fétidos, échense a tierra las casas malsanas, levántense por los capitales desocupados, y dense a los pobres por bajo alquiler, o sin él cuando no pudieren pagarlo, casas limpias y gratas a los ojos—que la bondad en mucha parte entra por ellos! ¿Cómo se piden, de atmósfera miasmática, almas claras? El alma, que desde su aposento desaseado no ve más que lobreguez, se vuelve torva. Cada casa limpia y ventilada es una escuela.

Vanderbilt no cuida de estas cosas, no tanto porque desdeñe la fama y quehaceres de filántropo de oficio, como porque, de ver desde que nació, aduladores y viles a los hombres a su alrededor, ni le despiertan interés, ni le inquietan o alcanzan sus censuras. No tiene el ansia angélica de los espíritus generosos. No tiene el arte de la bondad.

Pero hace bondades colosales, simplemente. Como no ha padecido, no conoce a los que padecen. Para ser caritativo, se necesita haber sido infortunado. Y a Vanderbilt se debe disculpar porque los hombres, vistos desde arriba, vistos desde cualquier género de altura, dan tristeza:—«¿A qué quieren que me apresure—decía Barrios, el tirano de Guate-mala, un domingo por la mañana—para recibir esos perros que vienen a comer las migajas de mi mesa?»:—sus ministros, sus magistrados, sus empleados, sus aspirantes, ¡gente brava toda, que bajo hombre semejante tiene el valor de vivir! ¡gente muy brava!

Vanderbilt acaba de hacer ahora dos bondades. La primera ha sido, regalar al Colegio de Medicina de New York, que es mísero y no da médicos de monta, quinientos mil pesos, doscientos mil en terreno, para que levante un edificio, y en un cheque que incluyó en la carta de donación, trescientos mil. Tenía la carta unos veinte renglones. Más sonada aún y celebrada,—por estar hecha en favor de persona prominente, y con esa delicadeza que dobla los beneficios,—ha sido su bondad con el general Grant, a quien el fumar tabaco ha hinchado y puesto a punto de cáncer, la lengua,—y las amarguras pecuniarias, que en su momento fueron contadas a *La Nación*, tienen enfermo de espíritu. Se recuerda la quiebra famosa de la casa de Grant y Ward, en que aquel permitió a sabiendas, por salvar acaso a sus hijos comprometidos, que el bribón Ward usase de mala manera de su nombre. Recuérdase el pánico a que aquella quiebra dio origen: los bancos que se cerraron: las quiebras y suspensiones que les siguieron: el préstamo de $150 000 que Vanderbilt hizo personalmente a Grant para cubrir los pagos de un día del Banco a que la casa de Grant y Ward debía 600 000. De manera que, como Banco y casa vinieron abajo, Grant quedó debiendo por su propia cuenta a Vanderbilt $150 000. Tiene honor, el viejo soldado; y empeñó al punto a Vanderbilt cuanto le quedaba de la hacienda de su mujer y de la suya propia; sus casas, su finca de campo, los regalos que en su viaje imperial le hicieron en todas partes del orbe, las copas labradas que le dieron las ciudades inglesas, la caja de oro en que le entregaron su acta de ciudadanía de Dublín, las medallas acuñadas en su honor, los dos caballos blancos, de ojo vivo y caña aérea, que le envió el Jedive. Hizo Vanderbilt cual si de veras aceptaba los empeños, para que, como su deuda era privilegiada, no pudieran echarse sobre la propiedad otros acreedores de espíritu ruin; y luego que pasó lo empeñado a su poder, pidió permiso a la esposa de Grant para ofrecerle, en dominio absoluto, las pertenencias del marido: «y pasen, dijo, cuando el general lo desee, a poder del Gobierno de la Nación los recuerdos históricos que demuestran cómo supo servirla uno de sus más ilustres hijos».

Negóse el general, que, aunque pareció aceptarla al principio, se había resistido ya también a recibir de sus amigos la suma que estos, entre los que en New York y Philadelphia estiman a Grant en mucho, tenían casi reunida para pagar a Vanderbilt su crédito.—Insistió Vanderbilt; y Grant cedió; pero la esposa ha renunciado el donativo finalmente. Acomodo ha de haber: las medallas y regalos irán al Gobierno: Vanderbilt se ha hecho amable: ya los paseantes de la Quinta Avenida hallan menos insolentes los feos embutidos de oro que decoran un balconete interior de la fachada de su casa oscura.

Los hombres, uno a uno, son tristes de ver: en conjunto, admiran. Y como el infortunio acrisola, y no hay lavador de culpas como la desdicha, los adversarios más fieros de la política desdeñosa, marcial y adquisitiva de que consejeros adustos hicieron a Grant representante, arrían banderas, y saludan

con ella al enemigo vencido. Él, como aquel mísero general Santa Anna en sus últimos años, tiene ya los labios apretados, como si airado de no haber podido gobernarla a su antojo, no quisiese ya cambiar palabras con la vida. Él, luego que se vio en la mano, resplandeciente como si estuviera hecha de estrellas, la espada con que ganó la libertad de los negros y restableció su nación,—soñó, hecho ya a andar a caballo, que debía entrar a saco, disimulando el arma bajo tratados y convenios como el toreador su espada bajo la muleta, por cuantas tierras baña el mar y orean los cuatro vientos en los alrededores de Norteamérica. Soñó con Alejandro y con Aníbal:—y se apaga, de la tristeza de no serlos.—Mas la nación, que vio con inquietud y disgusto, cuando no con ira, su parcialidad para con sus secuaces, y las tentativas con que hubiera deslucido su propia gloria y la de la República,—no olvida, cuando lo ve desconsolado y esquivo, al que fue grande y clemente en Appomattox, juntó sin ira la República deshecha, y salvó para la libertad, con propósito o sin él, el pueblo único donde impera ampliamente. Cuando lo han visto sufrir, se han apretado todos a él; y en el Senado, donde ya habían hablado mucho de esto, un anciano de calva cabeza y barba blanca pidió a los senadores conmovidos la inclusión del general Grant en la lista de retiro con el sueldo pleno de General en Jefe de los Ejércitos de la República: y todos los senadores, y de los del mismo Sur, menos nueve, asintieron a la demanda de Edmunds. La Casa de Representantes ha de confirmarla, con debate agrio sin duda. Y ya se susurra que hablarán briosamente en pro oradores de fama.

¿Qué tienen los oradores americanos de este tiempo, que ni sus nombres, ni sus discursos, salen afuera? Los de Wendell Phillips, sí; y los de Webster; y los de Charles Sumner; y los de Lincoln.—Ah! lo que tienen es, que el que se preocupa excesivamente de sí, es olvidado de los demás con justicia; y el que trabaja en pro del rincón de tierra en que aprovecha y no de la tierra vasta humana en que solo la conciencia se beneficia, no merece salir, y no saldrá, de su rincón de tierra. Solo el amor penetra.

Y es curioso ver cómo se han ido convirtiendo de oradores en lectores los representantes norteamericanos. Ya no peroran, sino leen. Tienen como vergüenza de su propia inspiración. Creen que, si dejan el vuelo a la elocuencia airosa, se les ha de acusar de romancescos e inexpertos; y, una a una, en obediencia de la demanda de abogados utilitaristas, van deponiendo, sin tristeza, las nobles pasiones. El sarcasmo y la lógica quedan solo como fuerzas acreditadas en la oratoria americana; mas la elegancia y hermosura, la olímpica majestad, la arremetida relampagueante, la gloriosa fulgencia de la palabra de Webster,—parecerían ahora dotes pampanosas y vanas, con que se hurtaba el tiempo del Congreso, señalado a más altos oficios. También la oratoria como la pintura, se rebaja. En el mundo hay, sí por Dios, más Lopes que cortejan, que Cervantes que resisten. Tal paga, tal manda. Quieren calculadores, que vean por la bolsa. Y como de hacer el dinero, apenas les queda tiempo para gastarlo, no gustan de que el discurso les obligue a meditar, sino de que diga las cosas en lengua pedestre, que les parece sospechosa, y como poco fidedigna, si por desventura deja paso a algún primor artístico.—De ser elegidos viven los representantes; de modo que no hacen cosa que desagrade a los que han de elegirlos:—vese, pues, que en las tierras de sufragio hay peligro de vida en no afinar y aquilatar el espíritu de los electores.

Y con esa razón principal, esto también [es] para esta decadencia de la tribuna la parcialidad cerrada y ciega con que batallan aquí los bandos

políticos; porque como se sabe lo que cada partido piensa, y de antemano se tienen recontados sus votos, vienen a ser ineficaces los discursos, y a estar como previamente desoídos por aquellos en quienes debieran influir,—de modo que no se les da ya este empleo, ni se pretende hacer vacilar con ellos la opinión de hombres que se han resignado a no tenerla propia, sino que se usa de la tribuna del Congreso como de un medio de ser oído por toda la Nación—por lo cual ha venido a ser costumbre que diputados y senadores no pronuncien, con la animación de la palabra suelta, sino lean pausada y monótonamente sus peroraciones. Sobre que apenas hay tampoco cuestión que no demande tal copia de hechos menudos, y razones de cifra, que la improvisación, y la vehemencia que va con ella, parecerían extemporáneas. No ha de decirse, sin embargo, que los oradores han muerto. Las ocasiones vengan, que los oradores se revelarán.—¿Pues cuando no tienen qué decir, qué han de decir? No hay pudor más tenaz que el de la verdadera grandeza.

Oradores pujantes tuvieron en otro tiempo los Estados Unidos: aquel Nye, que llevaba en el pecho todas las pasiones de la muchedumbre, que le oía pasmada, y le seguía embebecida y sin aliento más que por el interés humano de la causa parcial que defendía, por aquella manera especialísima de discurrir en que ya describía cuadros queridos a la gente llana que iba siempre a escucharle, ya, pendientes aún las lágrimas de sus ojos, se las evaporaba en risas, ya desnudaba de toda virtud, a sus adversarios políticos: y parecía que quedaba marcado con hierro el hombre a quien Nye marcaba;—aquel Garfield, de griega solidez, en cuya plática maciza y bruñida ni la energía, ni la trascendencia, ni el ardiente amor a los hombres anduvieron nunca en falta;—aquel Carpenter que luego de estudiar, cincuenta y ocho horas de seguido a veces, la materia de su discurso, salía de entre volúmenes abiertos y revueltas notas a derramar su palabra caliente y meliflua, rebosante de admirables imágenes, que venían a sus labios armónica y precipitadamente, como los movimientos significativos a sus brazos, y a sus ojos encendidos las guedejas revueltas de su plateado cabello: y ya se ponía, como quien reta, las dos manos en los bolsillos de su pantalón, ya, como quien levanta un haz de flechas, las alzaba con gesto violento por encima de su cabeza, y con inspirados ademanes las abatía, sacudiéndolas, sobre sus oyentes; y aquel Lincoln, que no dijo palabra que no fuera máxima, que a todos venció en el arte de conmover a sus oyentes por medios inesperados y sencillos, que decía las cosas de manera que cada cual que las oía las tenía por suyas propias, que trajo a la oratoria aquel aroma fuerte de la selva bíblica, que en el trato de la naturaleza se consigue, aquel temido Lincoln que unió, con arte de ferrador, la claridad a la grandeza.

Otros son los oradores de ahora, más famosos por su manera diestra de escaramucear que por esas benéficas oraciones que quedan por largo tiempo visibles y suspendidas en el aire, como aquellos escudos de los caudillos que levantados por los nervudos brazos servían como de punto de reunión y signo de victoria a las cohortes desbandadas. Ese Edmunds, que habla como quien clava con las dos manos enlazadas y caídas, empujando a veces las palabras decisivas con el índice de la mano derecha,—certero, cortés, atendido; Blaine, que no fía a la inspiración sus discursos, sino los elabora celosamente, y escribe muchas veces las mismas frases hasta que le parecen bien cuajadas, y conoce el arte de sugerir, que gana al orador la voluntad de su auditorio, por cuanto deja creer a este que de sí propio origina lo que sutilmente le va el discurso enseñando: agrupar es el medio, contenerse es la habilidad, halagar es el arte de Blaine;—Conkling, el más airoso acaso de la nueva tribuna, que

sin un clásico no anda nunca, por no perder la costumbre del noble hablar, ni reconoce compañero más útil que el *Diccionario* de Noah Webster, Conkling nunca lee sus discursos, sino que se prepara cumplidamente, antes de ellos, sin que le quede malla rota en la armadura para ningún asalto probable, ni pueda ser que el adversario sepa del caso lo que él ignore: y ya sobre estos rieles, echa sin miedo ni violencia la palabra flexible y abundosa, que se esparce en variadas ramazones, y deja de una parte y otra cabos sueltos, y caracolea, y se remonta, y se enmaraña, y ya parece perdida, cuando como guiador que está seguro de sus corceles, con un hábil golpe de mano recoge las riendas divididas, y a paso resonante y altanero llega a término feliz, así cual carrero de Grecia que detuviese sus caballos robustos, en día de buen sol, frente a la columnata del pórtico.

A Carlisle, el Presidente de la Casa de Representantes, le viene su fama de aquel inevitable influjo de su palabra aparentemente sencilla, mas redoblada de finísimo acero templado en largo estudio; él no estudia su forma modesta, que es la de un disertador seguro y discreto; mas se carga de tal suma de razón, y con empeño tal escruta los detalles en que funda sus argumentos, que lo que dice, pesa y queda: y en otro campo le buscarán batalla, mas todos le huyen en el suyo propio: Bayard que está a punto de ser miembro del Gabinete de Cleveland, es un aristócrata de la lengua, que la usa con grande amor y gracia, y a quien lo abundante del pensamiento, sobre lo escogido de la dicción, hace parecer a veces, en el concepto vulgar, desmayado y difuso.

Otros hay, como Hoar y Long, que campean por la elegancia y riqueza de su lenguaje, que en Long alcanza excepcionales perfecciones; más, aunque la improvisación no los pondría en apuros, ambos estudian con mimo las oraciones que pronuncian luego de memoria, con arte celebrado; y de Hoar dicen que no solo las palabras aprende, sino en el espejo los gestos. Ya entre los famosos, quedan solo, porque lo profundo va en ellos realzado por lo clásico y por la honestidad clarísima de propósito, Abram Hewitt amigo de los hombres, que se mira en ellos, y les ve alada el alma; y Cox, el diputado de New York, que los números adorna con guirnaldas de rosas, con tal galanura que sus electores mismos no se lo echan a mal, como que no tiene la razón puerta mejor que la hermosura. Estos cruzan, en las grandes ocasiones, armas en la Casa y en el Senado.—¡Oh, oratoria, León encendido!

Es invierno decíamos, y lo es de veras; pero no lo está sintiendo nadie, de puro preocupado y asustadizo. Y es que al separarse Arthur del gobierno, ha propuesto a la nación, con asombro de los demócratas consternados que no hubiesen deseado tal herencia, no una ley importante, sino un conjunto de medidas que implican el cambio más grave que desde la guerra han experimentado acaso los Estados Unidos. De nada menos se trata que de ir preparando, por un sistema de tratados comerciales o convenios de otro género, la ocupación pacífica y decisiva de la América del Norte e islas adyacentes por los Estados Unidos. ¿A qué explicarlo en más detalles, que a tal distancia pudieran parecer complicados y enojosos? Y esto no es más que una nueva manera de hacer, con blandura y sin desatención aparente de sus deberes de nación republicana, lo que allá en sueños y sin saber bien cómo, quiso Grant,— y por malas artes y resortes ocultos, que por desdicha no fueron suyos solo, estuvo a punto de adelantar mucho Blaine: y ¿cómo no, si en cambio de apoyo inmoral, había nacioncilla de Hispanoamérica que le ofrecía, según se corre, una banda de territorio, por donde pudiera oprimir del lado del

Sur a un pueblo a quien ya tiene amenazado por el del Norte? ¿Cómo no, si en pago de haberle sacado de un conflicto con Francia, otro desvergonzado mandón, que solo los mandones hacen estas cosas, se ligó de pies y manos a los proyectos de Blaine, y le ofreció su ayuda incondicional en el atentado de someter, so pretexto de conferencia, a un protectorado del Norte los países de Hispanoamérica?

De las revoluciones y pobrezas que, por culpas de aquella de quien dice Quintana que no fue la culpa, han agitado nuestros países de América,—ha venido a los hombres activos de ellos un inmoderado deseo, saludable y urgente cuando se encierra en naturales límites, de desarrollar, a costa aun de la libertad futura de la nación, sus riquezas materiales así:—Nicaragua, que en progreso natural y ordenado no tiene que avergonzarse de pueblo alguno, ha contratado con el gobierno de los Estados Unidos la cesión, punto menos que completa, de una faja de territorio que de un Océano a otro cruza la República, para que en ella construya el gobierno norteamericano y mantenga, a su propio costo, un canal, con fortalezas y ciudades de los Estados Unidos en ambos extremos, sin más obligación que una reserva de derechos judiciales en tiempo de paz a las autoridades nicaragüenses, y el pago de una porción de los productos líquidos del canal, y de las propiedades que fincan en el territorio cedido al gobierno americano.

España, de otra parte, incapacitada de aliviar con sus propios recursos la angustia reinante en Cuba, obligada a pagar, fuera de sus gastos de vida, al gobierno español en enorme presupuesto local y una considerable parte del nacional, con los productos de azúcar que por lo subido del costo de la producción en la Isla y los derechos altos en los Estados Unidos no se vende,—ha celebrado con el Gobierno norteamericano un tratado comercial, que de tan absoluta manera liga la existencia de la Isla a los Estados Unidos que es poco menos que el vertimiento de cada uno de estos países en el otro, lo que acaso vendrá a parar, con gran dolor de muchas almas latinas, en perder para la América Española la isla que hubiera debido ser su baluarte.

A estos tratados se juntan el de México, ya ratificado, y a punto de salir reglamentado del Congreso; y el que acaban de firmar los Estados Unidos con Santo Domingo, en virtud del cual, como en el tratado con Cuba y Puerto Rico, cuanto acá sobra, y no tiene por lo caro donde venderse, allá entrará sin derechos, como acá las azúcares. Y vendrán los Estados Unidos a ser, como que les tendrán toda su hacienda, los señores pacíficos y proveedores forzosos de todas las Antillas.—Y como sin querella con Francia e Inglaterra no hubieran podido poner estorbo al canal del Istmo de Panamá, por donde querían, como quien aprieta a su seno con un brazo, abarcar esta parte de arriba de nuestra América, intentan ahora, con asentimiento imprevisor acaso de nuestra propia gente, pasar el brazo por el corazón de la América Central.

Pero esas medidas, más que alegrar, aturden a la opinión americana; no porque parezca mal atraerse tan estrechamente a países de tierra tan rica, y que mueven el apetito a poderosas naciones europeas, que serían para los Estados Unidos vecinos molestos, sino porque, poco habituados a concepciones nacionales y a previsiones históricas, miran estos convenios, no por el poder que para mañana aseguren, ni por los conflictos que eviten, sino por la suma de beneficio o daño pecuniario que su realización pueda importar. ¿A qué buscar, se dicen, en Cuba y Puerto Rico, un mercado que nos compra al año quince millones de pesos, si para esto vamos a perder los veinticinco millones que importan los derechos de entrada de las azúcares de las Antillas?:/y los que así razonan no ven que si mantienen los Estados Unidos sus derechos

altos, Cuba cesará de producir azúcar, porque no podrá competir en precio con las de otras procedencias en el mercado americano; ni ven que es tal el sistema de ocultaciones que con provecho y complicidad de los más altos empleados, se practica en las Aduanas de Cuba, que si quince millones de importaciones acusa la estadística, una tercera parte, a lo menos, va de aquí, de cierto; ni ven tampoco que, alentado el crédito en la Isla y aguzada por la penuria la natural perspicacia de sus habitantes, se establecerán, con capitales americanos acaso, múltiples empresas, que ocasionarían demanda extraordinaria de artículos del único mercado donde tendría la Isla crédito y dinero./¿Y qué haremos, dícense, los azucareros nacionales? Mas a esto se responde: ¿cómo ha de importar más el sustentamiento artificial de una industria que, a pesar de toda clase de favor, no ha sabido salir de sus pañales, que el beneficio de toda la Nación, a quien la importación libre, o casi libre, de las azúcares extranjeros permitiría comprar a precio bajo, mantenido por la competencia de los diversos países productores, el azúcar por una libra de la cual pagan hoy tanto, cuando no más, que por una libra de pan?

Gremios menores, y entre otros, los gremios políticos, se oponen al tratado español,—los amigos de Blaine, porque con hacer a la faz del mundo y con provecho seguro lo que quería hacer él con arterías y violencias, pierde su política una de sus novedades más alucinadoras,—los proteccionistas, porque un tajo en su sistema abre la puerta a otros tajos,—los librecambistas, porque con esa súbita reducción, y el aumento de gastos que la construcción del canal, caso de que se apruebe, u otras causas, pueden traer al tesoro, no habrá manera de hacer nuevas reducciones en los derechos de introducción, que harían menores las entradas del erario que sus expensas,—y los demócratas, porque al entrar, tras veinte años de ausencia en el Gobierno, jamás pensaron verse reducidos al desairado empeño de realizar un plan político cuyas ventajas habrían de ceder en favor de sus adversarios, y en cuya elaboración no tuvieron la menor parte. Ni parecen tampoco más resueltos a aceptar los tratados, los fabricantes cuyos productos excesivos hallarían venta en los países de esos convenios, oposición que en verdad solo se explica por el miedo en que pone a los manufactureros americanos todo desvío del sistema proteccionista, que durante veinte años les permitió ganancias tales, que no obstante las angustias presentes que les acarrea, aún dudan de que él sea el que las cause.

Y sobre el convenio para el canal de Nicaragua, inquieren, sin parar mientes en su alcance político, si por acaso no costará más de los ciento cuarenta millones en que ahora lo estiman, y si esta suma y la de su mantenimiento y defensa en caso de guerra pagaría probablemente un interés estimable.

Nótase, en conjunto, la sorpresa ingrata que, aunque de provecho posible en lo futuro, causa a la gente tímida una obligación inmediata inesperada. Temor de obligaciones, y no consideración alguna de otro género, es lo que inspira la resistencia a estos convenios.

Reunidos están el Senado y la Casa, y no se sabe si ratificarán, como ya hizo aquel con el de Santo Domingo, los convenios concluidos con Nicaragua y España, o si, para esquivar compromisos de ahora o dar a la opinión pública más tiempo de esclarecerse, se prorrogará para la sesión próxima del Congreso, caso de que el nuevo Presidente no convoque una extraordinaria, el examen de los tratados, y la política que implican. Se está, pues, en este país en el momento de un grave cambio histórico, de trascendencia suma para los pueblos de la América.

*La Nación*. Buenos Aires, 22 de febrero de 1885.
[Mf. en CEM]

CARTAS DE MARTÍ

I.—Crímenes y problemas.—El problema religioso: de racionalismo a autoritarismo.—Posición de las Iglesias hostiles.—Monseñor Capel y sus trabajos.
II.—La dinamita en New York.—Los irlandeses e Inglaterra.—Los socialistas alemanes.—Los Caballeros del Trabajo.—O'Donovan Rossa e Iseult Dudley.—Fenómenos del egoísmo.

New York, febrero 9 [de 1885].

Señor Director de *La Nación*:

I

Eco de Europa ha parecido en estos días últimos New York: y se delinea ya a los ojos de todos una pregunta que desde hace mucho se hacen los de mirada previsora: ¿este país tan preparado por la naturaleza y la fortuna para ser original y bueno, será definitivamente una voz genuina y formidable, que con locomotoras por cañones, chimeneas por lanzas, y dragas y cultivadoras por máquinas de guerra, eche adelante por el mundo, y lo lleve a vías nuevas,—o, sin fuerzas para depurar y transformar la invasión que a un tiempo lo trastorna y lo fecunda, será al cabo un mero eco?

Porque una iglesia se fundó aquí, con diversísimos rituales, hijuelos más o menos timoratos de un sistema de autoridad que a unos agrada y a otros parece indispensable, si el mundo ha de vivir en orden, dado que lo impuro y brutal florecen en él con exceso sobre lo delicado y justiciero, y es fuerza andar entre los hombres poniendo frenos y mellando dientes, si no se quiere, dondequiera que la vigilancia se abandone, ver, a manera de cuadro ultrapocalíptico, bajo de cielo desgarrado, los brutos sentados sobre sus ancas gordas, refocilándose con los restos de las almas:—un alma superior es un gemido. Mas todas estas iglesillas se unían, como en un templo de acero, en una iglesia fundamental y común, fecunda como todo lo digno, y era el ejercicio de la razón humana. Pues ahora crece y prospera, al modo compuesto y precipitado de una progresión geométrica, otra iglesia distinta que apoyada en los temores de los incultos a quienes aterra con el anuncio de la penitencia eterna y atrae con las solemnidades de su rito, y en los mayores y distintos miedos de la gente poderosa, que empieza a ver con recelo la libertad política, como ocasionada a que se salgan al fin de madre los apetitos de la muchedumbre, cunde y se enseñorea, atrae a sí las sectas más autoritarias y por tanto, abandonadas del culto protestante, crea Universidades de Teología, prepara, para echarlo por sobre toda la nación como una red, un sistema de enseñanza religiosa, y echa al cielo impasible, rodeada de palacios, una catedral de mármol,

más frecuentada y rica que todas las que proclaman el uso legítimo de la razón libre.

Se ve aquí todavía, como se acaba de ver en la elección presidencial, una especie de poder subcutáneo, lento de puro pudoroso, que en las horas de crisis y pervertimiento público, aparece, opera, sujeta los dioses a sus altares, dispensa a los profanadores, y con sus vestidos sencillos de paño burdo, se vuelve amenazante a su asiento.

Mas lo que viene de Europa arrolla y sobrenumera a lo que de aquí se mantiene; y en vista de las grandes hordas descontentas, deseadoras y convencidas de su poder que enseñan de todas partes el puño cerrado, y ya muy a menudo en virtud del falso sistema económico que permitió su importación excesiva, se quedan sin empleo, y en vista también de la indiferencia religiosa, que viene de la omnívora preocupación de la riqueza, y del pensamiento libre, que amenaza a la vez a todas las formas de cultos, el trascendentalísimo problema humano que aquí ahora se formula, es este:—¿Se agruparán, más en espíritu y forma y la mayor parte en espíritu, todas las Iglesias, autoritarias por esencia, alrededor de la más autoritaria mirada hoy como baluarte único contra la próxima arremetida social, o sensibles al fin al inminente peligro, ya por mucho tiempo descuidado, frente a la Iglesia Romana, y alguna hija cercana que se le allegue, se congregarán, en enorme y arrolladora rebeldía, a una sacudida alarmada de ese espíritu del país, que parece ir de vencida, todas las Iglesias, desde el episcopalismo al abeísmo, que mantienen el derecho inalienable del hombre al ejercicio de su propia razón?

¿Y cuánto problema secundario, cada uno considerable, arranca de este? ¿La Iglesia Romana, al enseñorearse de un pueblo de prácticas más libres y gratas al hombre que las de otro alguno, se suavizará beneficiosamente con ellas, o se valdrá meramente de ellas para luego ya segura de su dominio, cercenarlas?

¿Y la entrega voluntaria del Gobierno de sí, verificada de propio asentimiento y en paz aparente, en un pueblo fundado y mantenido con el fin de demostrar la capacidad del hombre para entenderse y regirse, no será el golpe más rudo de eco secular que haya jamás recibido, desde que el primer espíritu generoso se rebeló contra el primer déspota de tribu, la dignidad humana?

¿Dónde está pues, en esta fábrica portentosa, en esta nación a que su enormidad misma defiende y asegura, la hendidura por donde se está escapando, con prisa que da miedo el gran esfuerzo humano? ¿Todas las libertades, todas las abundancias, hasta todos los favores políticos que vienen de una posición geográfica privilegiada, no rodearon a este país al nacer, como hadas buenas, y le presagiaron no vil poder marcial, sino nueva y espléndida manera de fortuna? ¿Quién sino aquella cohorte de patriarcas norteamericanos, de las alas ensangrentadas de la Libertad fabricó riendas, y a la redención humana, que andaba en poesía, la puso en práctica, y llamó a la puerta del hombre, y le entregó las llaves de sí

mismo, y le dijo: levántate, y manda?—Y ¿qué valdrá más, aunque de lo que va dicho a esto parezca que hay gran salto, sin haberlo; qué valdrá más para un pueblo nuevo que quiere constituirse de un modo grandioso y durable, honroso para sí y la historia humana, puesto que sin utilidad para esta no hay honra alguna en ser grande; qué valdrá más: desarrollarse con lentitud juiciosa y por allegamientos moderados en analogía con su propio espíritu, o alcanzar en poco tiempo tamaño y fuerzas que pasmen, por la desbaratada acumulación de elementos desemejantes y enormes, comidos hasta la médula por odios y preocupaciones hereditarias, que se harán dueños de un país antes de haber tenido tiempo de confundirse con su espíritu y amarlo? ¿Pues nación es el conjunto de hombres febriles e indiferentes en una tierra en que han nacido de ocasión, o viven de poco ha, sin más intento que el de acaparar presto la mayor suma de fortuna, o es aquella apretadísima comunión de los espíritus, por largas raíces, por el enlace de las gentes, por el óleo penetrante de los dolores comunes, por el gustosísimo vino de las glorias patrias, por aquella alma nacional que se cierne en el aire, y con él se respira, y se va aposentando en las entrañas, por todos los sutiles y formidables hilos de la historia atados, como la epidermis a la carne? De eso, las cohortes que vencen; las literaturas que perpetúan; las nacionalidades que perduran y resplandecen.—¡No está el nutrirse bien, en esto de pueblos, en hartarse de alimentos, sino en digerirlos!

¿Cuándo hubo monjes en los Estados Unidos? Pues ya, en ceremonia pública y con más celebraciones que censuras, un joven de buena casa y fortuna, miembro de una Iglesia no muy reñida con la Católica, renuncia a las alegrías humanas, se rasa la barba, y se hace monje? ¿Quién que lee con atención la *North American Review*, donde con imparcialidad notable se van presentando los problemas que más preocupan al público, no ve que el religioso, con ser el político tan interesante, [no] está sobre él, sino dentro de él, y con extraño silencio o asentimiento resucitan debates teológicos, se acentúa la creencia en la necesidad de una Iglesia autoritaria, se enderezan argumentaciones sobre la bondad y racionalidad del infierno? En los periódicos, ¿quién no tropieza, aunque sean de gente protestante, con muy marcadas muestras de simpatía a ese blandílocuo prelado, que porque la tiene buena figura entre las cabezas de la Iglesia, y en dos años que lleva en este país, ha logrado vincular, como si trabajase en materia blanda, no solo en influyentes conversos, sino en gran parte del público común, ideas de autoridad y represión que a maravilla concuerdan con aquel cansancio del cuidado de sí que engendra, más que otro alguno en los hombres, el exclusivo afán de riqueza, y con los sustos en que ponen a la gente que tiene que perder las sacudidas y amenazas de lo que no halla camino de ganar? Monseñor Capel está en la casa de los ricos, en el púlpito de las catedrales, en el escenario de los teatros, en el retrete de las esposas afligidas, en la sala triste de la niña exaltada, que sin conocer todavía la santidad del amor humano, arde por consumirse en el

divino. Lógico, culto, fértil, elocuente, suave, diestro, está monseñor Capel: venerado y agasajado en todas partes. Si duerme, no se sabe; pero no lo parece. No hay día sin acto suyo. Está en los tiempos, y trabaja con ellos. No gusta de sermones, sino de conferencias. Cardenal como es, más que en la iglesia, predica en el teatro. Se dan fiestas noche tras noche, y no hay ramo de flores más oloroso que sus cumplimientos. Seda es su túnica y su lenguaje. No saca sus argumentos de la *Biblia*, ni de los Concilios, ni de las Encíclicas papales; sino de los sucesos corrientes, de los riesgos que acusan, de la necesidad de remediarlos. No presenta la Iglesia como una institución nacida de revelaciones, y mantenida por eterna virtud de autoridad; sino como el mejor sistema represor de los extravíos y peligros modernos.

Las preocupaciones, las azuza en privado; en público, no hace más que elegantes y estrechos razonamientos. Y el acero de Toledo penetra bien en la carne; pero no mejor que en las mentes desprevenidas, que son las más, y aun en las que no lo estén, la frase templada y bruñida de este reavivador infatigable, que ve que el combate está en la tierra, y pie en ella lo libra contra el siglo, de lo mejor de su panoplia misma, tomándole las armas. De manera que si hoy se preguntase quién ejerce en este país un poder oculto más enérgico y trascendental, el que respondiese que monseñor Capel era, no iría errado. A su aliento, se ha levantado todo un ejército de lidiadores.

En Roma, Concilio de obispos americanos. Aquí, con asistencia respetuosa de toda la prensa, Concilio en Baltimore; sabia presentación de la utilidad de la Iglesia como poder político, más que nunca necesario en el actual desbarajuste; donaciones cuantiosas para Escuelas Normales de Sacerdotes, base permanente de un ancho sistema de escuelas nacionales religiosas; y las arcas, ya llenas; y las órdenes, dadas; y los carpinteros, levantando enfrente de las escuelas públicas, donde ninguna religión se ofende ni apadrina, mas se mantiene el sentimiento religioso, las escuelas católicas, donde se enseñará la subordinación de todos los fines humanos a las ordenanzas de la Iglesia. Y en una caricatura del *Puck*, que es aquí un semanario cómico, con láminas de colores, un gatillo, a quien en la primera lámina da a beber leche una niña, con permiso de su maestra, que le guarda el libro, en la lámina última se ha convertido en aterradora fiera; la maestra, rota a un lado; el libro, bajo la garra; la niña, subyugada y temblorosa.

## II

De Europa vienen, no solo, suecos andariegos e italianos mansos; sino irlandeses coléricos, rusos ardientes, alemanes exasperados. El irlandés, que se ve cortejado por la importancia política que le da lo numeroso de su voto, y con ella le asegura buena porción de los presupuestos e innúmeras ventajas privadas que vienen de ella, mira esta como tierra donde es necesitado, y no olvidado jamás de su terruño, parte de buen

grado su hacienda entre el cura que le maneja el alma, y los capataces políticos que alardean de públicos enemigos de Inglaterra. El alemán que en buena porción es ciudadano pacífico, en otra, pernicioso y activo, es fanático propagador de medidas violentas que pongan de una vez los cimientos de las casas en las nubes, y los trabajadores socialistas en los lugares de los empresarios que los emplean. El ruso, sangrándole todavía las espaldas de los golpes del *knut* trae a estas inquietudes alemanas su palabra deslumbrante y fatídica como las estepas: y entre esos odios brilla, con su frente blanca y sus ojos azules, como el ángel de la iniquidad. De alemanes está lleno el Oeste; y el Este de irlandeses: de alemanes, que azuzan a los trabajadores descontentos; de irlandeses, que alientan, más que a los defensores esforzados de su tierra en el Parlamento inglés, a los que saltan, en unión con gente de París, el Parlamento, y Westminster, y la torre de Londres.

De la noble Francia, que paga siempre con sobrada sangre propia sus errores, no ha de decirse que viene a perturbar la casa ajena. De Europa vienen, pues, con los artesanos que trabajan, los odios que fermentan. Viene una población rencorosa e híbrida, que ni en sí misma ni en la que engendra produce hijos legítimos y sanos del país cuyo gobierno, sin embargo, les pertenece; y más que en el provecho de una nación que no aman, y de la que, por estar ella misma trabajada, no alcanzan cuanto apetecen, usan sus privilegios de ciudadanía en satisfacer sus pasiones extranjeras, en propalar ideas nacidas en otras tierras de problemas extraños, y en valerse de la inesperada libertad para cumplir más prontamente sus designios. Su trabajo, generalmente bien remunerado, les da modo de mantener en constante empleo a los que, por convicción o por oficio, se ocupan, no en estudiar y perseguir las causas económicas de las injustas diferencias de provechos entre empresarios y empleados, sino en excitar a los obreros, en preparación de un levantamiento formidable aún lejano, a actos de violencia que por el terror arranquen de los empresarios las concesiones que la razón a veces no alcanza, aún cuando en verdad sea la causa de su resistencia en muchos casos, no el deseo de un inmoderado provecho, sino la angustia en que tiene en todo este pueblo hoy a los fabricantes la venta cada día menor de sus productos, elaborados a un precio demasiado alto para exportarse con utilidad, en cantidad que excede en mucho a las necesidades ya bien suplidas del mercado doméstico.

Estos buenos establecimientos, que ven así mermar sus beneficios, y acumularse en almacenes que no se depletan, sus artículos, o suspenden sus trabajos, dejando en inmediata penuria, presa de los horrores del invierno, a pueblos enteros de trabajadores, a quienes el imperfecto sistema actual de salarios no permite allegar ahorros, o, para poder continuar produciendo, reducen en una porción siempre importante, el sueldo de sus operarios, a lo que estos, necesitados de más de lo que ganan, con todos sus esfuerzos se resisten. Y hoy, en

silencio, están cerradas centenares de enormes fábricas: poblaciones completas hay de trabajadores sin empleo.

Y allí, en vez de la prudencia que aconseja no pedir más de lo posible, o esperar para rebelarse época y estación más clementes, las Asociaciones socialistas envían sus azuzadores profesionales, que alzar la gente no logran; mas envenenarla sí.—Otras más temibles ligas que estas de alemanes frenéticos tienen tratadas en centenares de miles de miembros, los trabajadores norteamericanos: y a haber Gracos pronto, que ya los habrá, esta será cuestión como la de Roma, y más grave que aquella; y si no se viene pronto, como es de esperar que se venga por aquel poder genuino de que hablábamos a una original y justa distribución de los provechos de la industria, se verán frente a frente con el voto primero, o de cualquier otro modo, los trabajadores unidos de una parte, con todas las cohortes de agitadores en su bando y de otra los que, a pesar de la moderación con que entablarán aquellos sus demandas, determinan resistir sus pretensiones. Así ceñidos por los deberes de una Asociación propia, la de los Caballeros del Trabajo, bastante fuerte y rica para auxiliar en horas como esta a sus miembros desocupados, la gente alemana halla pasto escaso entre los obreros norteamericanos que—¿cómo no?—en el ejercicio seguro de su libertad han aprendido a desamar la violencia: pero en las ciudades, donde el trabajo, en su mayor parte extranjero, ya viene de Europa ofendido y codicioso, la propaganda sí prende; las asociaciones de destrucción, prosperan; químicos expertos enseñan en libros y lecciones prácticas, la manera de elaborar compuestos explosivos, y en esta última semana como toda esta gente inquieta es sombra y secuela de Europa, a las explosiones de dinamita en Londres siguieron aquí sucesos, que por encima de todos los demás, han escandalizado, y en cierto modo alarmado, el espíritu público. A la verdad, que no hay peor país para ejercitar la violencia que aquel donde se practica el derecho. Lo innecesario de la ofensa la hace más abominable.

¿Quiérense en una nuez estos acontecimientos extraordinarios? O'Donovan Rossa, feniano de fama, publica en dos cuartos tétricos, un periódico en que mantiene la legitimidad de aplicar a edificios y personas en la tierra inglesa, y a sus buques en la mar, sustancias explosivas, como manera de asegurar a Irlanda las libertades que apetece: y Rossa en esto, más que criminal, es aberrado.

La barba, tiénela roja; y el color, pálido. El ojo, que se le enciende en un fuego enfermizo, le vacila, como si no tuviera detrás la razón. Mas Rossa no es solo el defensor de estas ideas, sino el jefe en América de los que las aplican, y el peticionario y receptor de las sumas que en este género vil de guerrear se emplean, y el organizador de los planes tremendos que alguna vez, y siempre con ejecutores sobrados, se han llevado a camino. En una casuja, con los escalones del pórtico destartalados, tiene Rossa su oficina de crímenes: y cara noble, por allí jamás entra: que el patriotismo se detiene, allí donde para salvar a la

patria es necesario deshonrarla. Y esa casuja ha conmovido a New York en estos días, y a toda Inglaterra. Poco tiempo hace, hicieron venir a New York con alevosía a un capitán Phelan, que tuvo que hacer en la tentativa de volar un vapor inglés, y reveló a un periódico algunos detalles del suceso: Phelan vino, y a la oficina de Rossa, que cayó toda sobre él, este con puños, otro con botas, otro a cuchilladas, de las que le dio once: de una le pasó el cuello, de otra le rebanó un brazo. El Phelan, momentos después, ya preso el asesino, le disparó a quemarropa con el brazo libre su pistola; y hoy andan en tribunales, y cada día hay que quitarle a Phelan del bolsillo, porque no mate ante los jueces a Short, un gran revólver de marina, de los que parece tener abundancia.

Pero todavía no se habían secado las manchas de sangre en los cuartos de Rossa, todavía se estaban recogiendo del suelo los pedazos de una rica vidriera que en venganza de los dueños de una tienda de ropas saltaron con una sustancia desconocida algunos de sus empleados: todavía se escuchaba el tumulto de los dos bandos de socialistas alemanes que, reunidos en un mismo salón a censurar y encomiar las explosiones en Londres, a puñetazos y puntapiés echaron abajo de la plataforma a la policía que subió a ella para poner orden en el concurso; cuando Rossa mismo, cogido con maña en un lazo de los de su naturaleza, cayó herido sobre las losas de la calle por la bala de una mujer inglesa. «¡Felón eres, y enemigo de mi tierra, y como a felón te mato!».

La mujer, está presa: Rossa, con una bala en un hombro, ya en pie, y vociferando; de poco menos que de can, lo trataban los diarios más generosos al dar cuenta del suceso: no hay mano sin retrato de esta nueva Corday, como la llaman; no ha tenido New York, de Guiteau acá, sensación más durable. Mas ¡ay! que no parece el caso comparable al de la sensible francesa. Una vida quebrada, dada a lo romántico, y sin salida apetecible para su dueña, halló, avivada acaso por una indignación real, manera con este suceso de quedar en el mundo con la notoriedad y prominencia, antes en vano procurada. De la historia de la mujer, esto se revela.

Ella es Iseult Dudley, de alto cuerpo y de finas maneras. Tendrá 24 años. Tiene cierta belleza, esa belleza lívida que da a los rostros el espíritu capaz de semejantes resoluciones. Usa anteojos azules, porque tiene un ojo imperfecto. El cabello lo lleva en dos sobre la frente, y recogido en un nudo sobre la nuca. Habla cultamente, como quien lee y escribe, y ha visto mundo. Su vida es la de aquellas criaturas que apetecen más de lo que por su posición social o mérito verdadero les es dable alcanzar. Como enfermera recibida, con muy buen diploma, vino aquí de Inglaterra hace poco tiempo, y en Inglaterra lo había sido, y muy estimada, mas de ánimo inquieto, y solo unos meses, ya al fin de su carrera dolorosa marcada por dos tentativas de suicidio. Un hijo había tenido, y parece que de persona principal, al cual hijo no amaba natural, sino frenéticamente.

Se le murió, y pasaba semanas, día sobre noche, junto a su tumba en el cementerio. Quién era el padre no se sabe; unos dicen que un ministro; otros que un militar francés; pero ella, en más de una ocasión y lugar, ha mostrado, cuando no bolsa amplia, aquellos gustos y alardes de persona determinada a poseerla. Osada en ejercicios corporales; ardiente en amistades y antipatías; protegida por personas que tenían este deber, concebían con ella verdadera lástima; arrebatada hasta la epilepsia, ya por la muerte de su hijo, a quien, estando en pobreza, erigió una tumba de cincuenta libras esterlinas, ya por cualquier otro accidente que echaba en tierra sus esperanzas; acosada por un afán enfermizo de ver reconocida, en su profesión y fuera de ella, la superioridad que en cierto modo tiene; exaltable la mente al punto de haber querido sacársela dos veces de su quicio; compelida a buscar en un trabajo rudo, que por otra parte desempeñaba con celo, una existencia inferior a la que juzgaba merecer; abandonando,—presa de estas inquietudes, los empleos en que comenzaba a hacerse valer,—¿qué mucho que ella, nunca especialmente dada a cosas políticas, buscase, en la oportunidad que a su mente inclinada a lo violento ofrecían los sucesos de Londres y la connivencia probable de Rossa, manera de prestar con un ardid un servicio de policía que la señalase y abriese camino, y que desesperada de lograr su objeto, u obedeciendo a la idea, nunca en ella nueva, de llamar sobre sí la atención de una manera ruidosa, disparase sobre él, con tal cuidado que el escándalo ha sido grande, y el daño tan corto? Patriotismo no es, ni extraviado siquiera; porque a estas determinaciones se llega, como a la cumbre de un monte, después de larga subida, y no de pronto: y para el crimen, solo arma la mano un patriotismo tan vivo y absorbente que pare en locura. Se cansaba de esperar oportunidad de señalarse, y halló esta buena. Ni fue determinación de momento, porque ella, que vio a Rossa dos veces en la entrevista a que el disparo puso fin, quiso que él firmara, por una imaginaria cantidad con cuyo ofrecimiento le atraía, un recibo en que Rossa atestiguaba haber tomado la cantidad para emplearla en gastos de explosiones contra Inglaterra, y con tal arte estaba hecho el documento, que solo él, dadas las leyes americanas, hubiera sido razón suficiente para perseguir en los Estados Unidos a Rossa, por lo que mucha gente cree, y los fenianos declaran, que esta mujer, para hacer lo que ha hecho, estaba en la paga del Gobierno inglés. Cosa muy rara es la policía secreta: y la mujer que nos seduce, y el amigo que nos aprieta a su corazón, son a veces empleados de la policía, y esta criatura desgraciada, mas con artes y apariencias de dama e inteligencia no común, pudo acaso ser empleada para atraer a Rossa a firmar el recibo: mas lo del disparo, que a tan poco riesgo penal la expone, y le da las ventajas de la notoriedad buscada antes por ella en vano, de fijo que fue su idea propia.—Y hay adivinador que cree adivinar que en la paga de Rossa mismo estaba, para llamar sobre él, trocado en mártir, el cariño y ayuda de los irlandeses, ya un poco reacios en proveerle de fondos para

sus tentativas: mas esto es un alarde de suspicacia,—ella, en su celda, reina y recibe cartas, amenazas, flores, gente curiosa, telegramas. En Inglaterra, han bebido en tabernas, ricos y pobres, a la salud de Iseult Dudley. Aquí, airada como estaba la opinión por las explosiones inglesas, y atenuada la tentativa por su ligero éxito, mírasela en lo general con más curiosidad que encono, y a Rossa con abominación y desdén.—¿No es el egoísmo, la lepra y signo dominante de nuestros tiempos? ¿El cuidar de sí, y el descuidar de los demás, no es hoy enfermedad usual y aborrecible, que a los ánimos generosos trae disgustados, como de una llaga, de la vida? ¿Lo que en todos prospera, en algunos no culmina? ¿Todos los tiempos, no producen criminales representativos del defecto especial que los carcome? ¿No es el prescindir de la vida de otro en provecho de las aspiraciones propias, una manifestación suprema del amor a sí? En Guiteau, en quien alcanzó al grado sumo esta enfermedad vil, llegó a la muerte. En Iseult Dudley, en quien la enfermedad parece menos aguda, ha llegado solamente a la herida. ¿Quién hoy no se alimenta fríamente de alguien, y se nutre de la bondad, de la inteligencia, de la sangre del alma, como estos de la sangre del cuerpo, ajena? El medio es distinto: mas igual el fin. ¡En las dos sienes pudiera marcarse a los egoístas con los dos retratos de Guiteau y de Iseult Dudley!

JOSÉ MARTÍ

*La Nación*. Buenos Aires, 20 de marzo de 1885.
[Mf. en CEM]

# INAUGURACIÓN DE UN PRESIDENTE EN LOS ESTADOS UNIDOS

Cleveland.—Sucesos varios y desatendidos: huelga de los empleados de ferrocarriles.—La estatua de la Libertad.—Grant moribundo.—La guerra en Centroamérica.—La nueva administración y los empleados.—Escenas en Washington antes de la inauguración.—La mañana del 4 de marzo.—Ceremonias y fiestas.—Arthur y Cleveland van de la Casa Blanca al Capitolio.—El Senado y el juramento del Vicepresidente.—El discurso inaugural de Cleveland.—La majestuosa escena.—«¡Conciudadanos!».—Cómo fue dicho y oído el discurso.—Líneas generales de la política de Cleveland.—La procesión enorme.—El Sur abrazado en las calles con el Norte.—Ovación a las tropas confederadas.—El gran baile de inauguración.—Los confederados en el gabinete.—El nuevo gabinete y su política.—Bocetos de los nuevos Secretarios.—Bayard, de Estado; Lamar, de lo Interior; Garland, de Justicia; Vilas, Whitney y Endicott.—Cómo nombró Cleveland su gabinete.—Nueva política de los Estados Unidos en la América española.

Nueva York, marzo 13 de 1885.

Señor Director de *La Nación*:

Un acontecimiento ha de llenar esta correspondencia, como ha llenado al país desde un mes hace, sin que aún hoy le deje espacio para ocuparse de otro asunto: la inauguración del presidente Cleveland. Ya está sentado en su mesa de trabajo, del alba de un día a la madrugada de otro, el hombre cuerdo y entero que hace cinco días era por completo desconocido en la política americana; abogado honrado era, sin miedo a hablar la verdad, y sin paces con pícaros, por lo que lo hicieron *Mayor* de su ciudad de Buffalo; fue *mayor* íntegro, sin sumisión en los intereses bajos y personales de su propio partido, ni a los de las corporaciones que viven del favor del gobierno,—y lo hicieron Gobernador del estado de Nueva York; fue gobernador tan imparcial que, gobernando con su partido, se captó la voluntad del partido hostil,—y lo hicieron presidente. De Presidente, ya ha comenzado a hacer lo que, como Gobernador y como *Mayor*. Basta que le pidan un empleo, para que no lo dé al que lo pide. Apenas sabe que en las oficinas públicas sobra un empleado, que cobra una paga que no gana, lo cercena. Le preguntan, contra lo que piensa la mayoría de su partido, si convendrá al país que el gobierno siga imponiendo la circulación, con valor de cien centavos, de los pesos de a ochenta y dos, y él, sin temor a la opinión de la mayoría, responde que el gobierno tiene antes que nadie el deber de ser honrado, y que la moneda pública debe tener un valor real.

Como ha venido al más alto puesto de la nación por su imparcialidad e independencia, en ellas se mantiene, no con alarde excesivo de virtud,

que ofendería a los que no la poseen, y aun a los que la poseen parecería de mal tono, por cuanto hasta en el ejercicio de la virtud se debe ser cauto y artista; sino como quien cumple una función natural, con tan sencilla determinación y tan claras razones que desarma aun a los más enconados enemigos. Al poder no llegan nunca, de una o de otra manera, sino los que en sí concretan y tipifican uno de los elementos de la nación, que predomina por causas accidentales o esenciales en el momento de su triunfo. Las voluntades no se agrupan, ya para elevar, ya para sufrir, en el poder, sino a quien las representa La admirable aristocracia que consumó la independencia estuvo gobernando desde ella hasta la guerra de separación, los Estados Unidos; los representantes del estado de guerra, ya en principio, como Lincoln, ya en armas, como Grant, ya en agios o combinaciones políticas, gobernaron por derecho y consecuencia naturales la nación que habían organizado; hasta que, vuelto a sí en un momento de crisis el país que se había abandonado a los que le defendieron bien ha veinte años, vio que a poco más lo sacaban del mando de sí mismo; y en la persona de Cleveland, regular e incontrastable como una fuerza, ha recobrado su propio gobierno. No ofrece la política moderna, fenómeno ni persona más interesantes, que las que en carta inmediata estudia, para *La Nación,* la pluma que pergeña ahora esta. En Cleveland están fundidos el espíritu neoinglés, adusto y neto; y el del neoamericano, que ni teme ni ceja.

De cabo a cabo están llenos de Washington los diarios de los Estados Unidos. Y suceden, sin embargo, muchas cosas interesantes:—Los empleados de los ferrocarriles del Oeste, en formidable revuelta, capitaneada con tino, se niegan a servir a los ferrocarriles en las condiciones que estos les imponen; y hay un Congreso de los directores de las vías; y otro de representantes de los empleados, y truecan términos, y debaten un contrato de avenimiento, y los ferrocarriles no andan hasta que las compañías cedan a las peticiones de sus trabajadores, lo que hace pensar inevitablemente en cuánto es cierto lo dicho en estas cartas numerosas veces: que acá se van agrupando los dos bandos de la gran batalla venidera, y que acá se ha de resolver, antes de que fine el siglo, la cuestión industrial, acaso ¡oh, maravilla! sin guerra.

El general Grant, con un cáncer en la garganta, escribe sus últimas memorias, y expira. Revuélvese inútilmente con las manos tendidas, la comisión encargada de recoger fondos para acabar el pedestal de la estatua de la Libertad, que ya se embarca en Francia generosa, en un buque de la nación, y que aún aquí no tiene pie. Sentencian en Washington por falsario, y disfrutador de forrajes para más caballos de los que tenía, al rico general Swaim, que ayudó a morir a Garfield y fue su íntimo amigo. Surgen, como por ensalmo, en los teatros, en los circos, en las iglesias mismas, salas de patinar con ruedas; y con celo de las compañías teatrales, alarma de las madres y escándalo del púlpito, no

hay niño, galancete, ni damisela que de siete a diez de la noche no se deje llevar por las ruedas amables, de lo que muchos amoríos se enzarzan, y muchos niños, estragados, mueren. Se desata, ya mal contenida en muros flojos, la guerra en Centroamérica, que Barrios quiere entre para sí, contra El Salvador, que pide auxilio a México con éxito; contra Costa Rica, cuyo Presidente ha fallecido hoy de muerte súbita; contra Nicaragua, que por un plato de lentejas quería vender a este país su primogenitura; contra Honduras misma, que solo en fuerza de su pequeñez va a la zaga de Barrios, mas conserva en su seno nobles rebeldes que no estarán, apenas lo puedan, del lado de esta bárbara persona, mantenida en el poder más por la corrupción de sus conciudadanos que por cualidad alguna suya. Sabe Barrios que los hombres son viles, y se venden, y los paga; y ellos, por tener puesto asegurado, y por vivir en lujos, o por miedo, le sirven; y con sus ideas ¡ah, prostitutos! cubren los atentados brutales de su dueño: ¡estatuas de fango!—pues decíamos que ni este suceso, que por de contado destruye toda posibilidad de que el proyecto de canal con Nicaragua sea aprobado, basta a sacar los ojos de la gente del escritorio de Cleveland, que sin más que dos criados a la puerta de la Casa Blanca, recibe afablemente a los que le quieren ver, con tal que no sea en busca de empleos; que ya la caterva hambrienta de solicitantes sabe que si bien, como es de ley, una administración democrática necesita para realizar sus fines agentes democráticos en los puestos de iniciativa y representación nacional, esto no arguye que los empleados menores sin significación política que cumplen bien con su deber, sean removidos, en mero provecho de los peticionarios democráticos, por el pecado de ser republicanos. Y a cada peticionario, aunque cuando venga, como suelen, provisto de cartas y recomendaciones de gente de viso, lo envía, como un pedidor común al Jefe del Departamento en que solicita empleo: solo que los nuevos Secretarios, más que a cambiar de empleados, se muestran dispuestos a destituir a todos los que no tienen oficio real, de cuya clase de parásitos remunerados así por turbios servicios políticos, estaba poblado el árbol gubernamental en tiempo de los republicanos.

Cuarenta empleados de una vez ha suprimido el Secretario de Hacienda; el coronel Lamont, personaje silencioso y astuto, que hace de Secretario particular de Cleveland, y es como él honrado hasta el hueso, ha reducido a la mitad el número de servidores de la Casa Blanca. Seis porteros había y, hay dos. Un caballero había empleado en recortar de los periódicos, y conservar en grandes volúmenes, los elogios a la Administración; y han quedado sin oficio las tijeras del buen caballero. Unos invasores de tierras indias tenían muy cercado a Cleveland, en la esperanza de que, como que los republicanos les vedaron ocupar un territorio reservado a los indios por tratado, la administración democrática, por serlo, volvería contra la decisión republicana; pero a esto Cleveland responde confirmando, con un énfasis que ha confundido a los rufianes, la necesidad humana y política de respetar la tierra propia

de los indios vencidos. Se habla a menudo, cuando se quiere dar idea de gran destrozo, de un torete en una tienda de porcelana:—garboso, y pujante y sobrancero en bríos, aquí ensarta, allá vuelca; todo lo echa por tierra el torete:—pues esto parece que será aquí dentro de poco la caterva de agiotistas y mendicantes políticos: porcelana rota.

Ya está, sí, Cleveland, como un llano caballero, sentado, después de almorzar, a las ocho y media de cada mañana, en su mesa de trabajo. Su inauguración fue un júbilo. Su discurso inaugural, ingenuo y sensato, con sabor de cosa nueva, como aquellas intrépidas manifestaciones de los fundadores de la República, que trajeron el hombre al Gobierno, y con él el calor y hermosura de la naturaleza. La procesión y el baile con que celebró el suceso Washington, enormes. El gabinete nuevo, invulnerable.

Jamás monarquía alguna celebró fiesta de reyes con más brillo. Imagínese: en la ciudad donde Washington en mármol, ofrece su espada desnuda a la Casa de las Leyes, el Sol radiante, en un día azul de invierno, sobre trescientos mil hombres, dueños de sí mismos.

Desde el día 3, la ciudad toda era gente. Cuanto demócrata tuvo bolsa y tiempo, fue a ver la entrada en el Gobierno del Presidente demócrata.

Todo el Sur, vuelto por primera vez al mando y a la discusión leal de sus destinos con el triunfo de Cleveland, se vació sobre Washington. En las calles donde veinte años hace era castigado como felón el negro que portaba armas, ahora, con sus vestidos viejos de guerrear, y con mosquetes y banderas, alegraban la noche los soldados negros, y cuando hallaban a su paso a un anciano de elevada estatura, privado de una pierna, de gran barba blanca, que le caía, como un testimonio de nobleza, sobre el pecho de su uniforme de confederado, los negros vitoreaban al que fue su enemigo, y a la sombra de la bandera desplegada de la Unión, que abrazaba el anciano, celebraban, ante la multitud que se descubría la cabeza, el olvido de aquel mal entendimiento de ha veinte años, de cuyos resultados se enorgullecen hoy tanto los que pretendieron evitarlo como los que lo defendieron. ¿No están hoy, sin escándalo de nadie, sino con aplauso público, Lamar y Garland, dos confederados ardientes e ilustres en el gabinete de Cleveland,—Garland, que fue diputado al Congreso de la Confederación, —Lamar que mandó sus tropas y fue a Rusia a abogar por ella? En esos reconocimientos, músicas y preparativos, pasó la ciudad de Washington la noche. Todas las ventanas estaban encendidas. En las aceras, la gente acurrucada. En los teatros y las iglesias, ocupados todos los asientos, como en función. Un tren cada minuto. Al paso de los forasteros salía una «Comisión de Comodidad», encargada de hallarles alojamiento y comida a precio ínfimo. Las compañías de milicia, las diputaciones de asociaciones democráticas, las avalanchas de habitantes de las comarcas vecinas, derramábanse a toda hora de la noche por las anchas calles, todas más ganosas de ver el alba que de sueño. Ya Cleveland,

que a la callada había salido de Albany, a la callada había llegado a Washington; y cuando salió el sol, salió sobre este espectáculo:—en los momentos en que volvía al poder un partido privado de él por veinte años, y salía de él otro partido acostumbrado a mirarlo como cosa suya, y era puesto en el gobierno de la nación el bando del Sur que luchó temerariamente por dividirla,—ni un soldado había en la casa del Presidente que cesaba, ni un soldado en el hotel en que se alojó el Presidente nuevo.

¿A qué hablar del número inmenso de gente militar que desde por la mañanita buscaba su sitio en la procesión, a no ser para decir que no eran los del gobierno, ni pagados en modo alguno por él, sino gente voluntaria, venida de los Estados a dar brillo a la fiesta, y cada una de las cuales, ya de su bolsa, ya de la de sus asociaciones políticas, se pagó sus propios gastos? ¿A qué pintar el apretarse de las gentes en las aceras de la Avenida por donde debían pasar los presidentes; los tablados, de seis pisos algunos, levantados sobre sus cabezas y desde las diez henchidos de espectadores; las ventanas, acariciadas por el sol, repletas de gente; los árboles, cargados de fruta humana, y las lámparas, y los postes de telégrafo, y los techos? Músicas, cuchicheos, el sol en las banderas, en los penachos y en los cascos; edecanes cercando el paso a los carruajes; pequeñuelos pacíficamente sentados en el brazo de mármol de Colón, sobre la cabeza iracunda de la Guerra, a los pies de la estatua de Washington. Ya vienen, en su carruaje tirado por cuatro caballos, frente a un senador del Norte y otro del Sur, los presidentes Arthur y Cleveland. Los vitorean, pero más con cariño que con estruendo: Arthur que ama el poder, le deja con pena profunda, que no se le nota, sin embargo, en el disciplinado rostro. Cleveland viene sereno, regocijado de verse querido, y visiblemente contento de sí; mas sin aquel exceso de cortesanía con que los hombres ambiciosos semejan acatar al pueblo de quien anhelan constantes honores.

Al Capitolio llegan, donde la Casa, en sesión tumultuosa, acaba de cerrar sus sesiones aprobando la ley que coloca a Grant con sueldo de General en Jefe en la lista de retiro; donde el Senado presenta a Arthur la ley, que él firma con júbilo. Solemne está el Senado le entra la luz por altos cristales de colores. Cabezas calvas de barbas luengas se destacan como cabezas sacerdotales, de detrás de los escritorios de pulida caoba. En sus sillones de cuero están sentados los jueces de la Suprema Corte, cuyas togas de seda negra caen en pliegues sobre la alfombra verde. Damas y caballeros de pro llenan los asientos todos de la sala. Entra Arthur entre los dos senadores y resuena un aplauso nutrido. Entra, de los mismos senadores acompañado, Cleveland: al redoblado aplauso, el rostro se le enrojece, saluda a un lado y otro, y sonríe.

De manos de Edmunds, de barba blanca y larga, toma juramento como Vicepresidente de la República y Presidente del Senado el venerable Hendricks, a quien lo fino de la inteligencia ha ennoblecido y

aguzado el rostro; sobre la nariz aguileña se levanta la frente cuadrada: sus dos ojos penetran: los labios delgados y apretados enseñan firmeza. Ya está el Vicepresidente en su puesto. Ya afuera se ha ido llenando el tablado levantado a la intemperie en el pórtico del Este del Capitolio, siguiendo el uso de Washington, que al aire libre prestó la primera vez su juramento. De diplomáticos, de senadores atildados, de diputados menos cultos, de los jueces de la Suprema Corte está ya lleno el tablado. ¡Qué hurra, cuando aparecen ante la muchedumbre de la plaza, Arthur y Cleveland! Conversan un instante: renuévase el vocerío; pónese en pie Cleveland de súbito, y alzando la mano derecha, en que en una tarjeta lleva apuntadas las palabras iniciales de los párrafos de su discurso, dice, con penetrante voz, juvenil y halagadora; «¡Conciudadanos!». Y el magistral discurso empieza. Lo sabe de memoria, como todos los suyos, y lo recita.

La cabeza echa atrás, como quien es honrado, y no lo teme. Su grata voz corrige el imperio de este gesto. La mano izquierda no la saca de la espalda. A cada término de frase, una ola de hurras. Tiene delante, rematados en cuatro ríos de acero que se pierden por las colosales avenidas, cincuenta mil hombres, con la cabeza descubierta. ¿Qué se dirá en estas ocasiones, que no llegue al cielo? Se entiende por qué los reyes se han creído a veces de buena fe enviados divinos. Eso ha de consagrar, y en el alma ha de haber, en momentos tales, postramientos e inundaciones de luz; y ha de parecer como que, en una sombra solemne, desciende sobre la cabeza una hostia.

Cleveland, a quien una mano amiga había acercado un vaso con un líquido turbio, que bebió de un aliento, dice con entereza sus propósitos nobles. Ni un vuelo de retórica, ni una pompa de estilo, ni un puntal de frase. Todo ello es verdad fuerte, dicho de la manera augusta y sencilla que es el natural lenguaje de los principios fundamentales. Parecía bien aquel discurso, de líneas sobrias y grandiosas en aquel día tan claro. «Aquí no vengo como dueño, sino como encargado de los intereses del pueblo de mi tierra. Nuestra doctrina democrática, que con esta elección agitada se confirma, no necesita apología: pero todo ciudadano es un miembro del gobierno, y si este ha de obrar bien, aquel ha de entender a tiempo cuándo es ocasión de que el calor del partidario político se trueque en el patriotismo del ciudadano. Recuerdos de la guerra y pequeñeces de partido han sólido dividirnos; es hora ya de que armoniosamente trabajemos por el bien de todos, y gobernemos de un modo práctico esta nación práctica, y aseguremos por firme determinación al pueblo de esta tierra, el beneficio entero de la mejor forma de gobierno que haya sido jamás gozada por el hombre».

Cada palabra iba cargada de sentido: caía sobre las heridas, como un bálsamo; sobre los errores, como una reprimenda discreta y cariñosa; sobre los buenos, como una iluminación. «Por amistad y concesión mutua se hizo la Constitución: pues así se mantenga! ¿Qué importa que acá se lastime un interés privado, y allá se sacrifique una preocupación

local? Piensen honradamente los legisladores en lo que conviene al bienestar general, y hallarán compensados esos sacrificios. Seré buen guardador de la Constitución, y de los deberes del poder ejecutivo, y de aquellos prudentes límites que mantienen en roce y sin choque al Gobierno Federal y los estados. Pero no seré más, ni siento ser más, siendo presidente, que lo que todo labrador, todo artesano, todo mercader, todo hombre de honor de la República es en ella: vuestro es todo aquello que yo tengo que guardar y hacer guardar: vuestra es la Constitución; vuestro el gobierno que me dais; vuestro el sufragio: y todas las leyes, y toda nuestra mecánica administrativa, desde el municipio hasta el Capitolio de Estado, y el Capitolio Nacional, son vuestros:—de modo que tenéis el mismo deber que yo de cuidarlos, y de vigilar a sus servidores: ese es el precio de nuestra libertad, ese el derecho de nuestra fe altiva en la República».

Lo aplaudían punto menos que a cada palabra, y rogaba con la mano que no lo aplaudiesen. Con líneas seguras, apuntó su política doméstica y extranjera. «No se gaste más en el gobierno que lo que estrictamente necesite, administrado con modestia; y viva todo el mundo sencilla y económicamente, que esta es tierra de gente trabajadora: vivan sobre todo con discreción y sin vanidad los funcionarios públicos

Querellas extranjeras, no las tengamos con nadie. Ni nosotros en la casa ajena, ni en nuestra casa nadie. Sea nuestra política de independencia y de neutralidad: la política de Monroe, de Washington y de Jefferson: "Paz, comercio y honrada amistad con todas las naciones; alianzas comprometedoras, con ninguna"».

Aquí el aplauso fue tal, para reposo de nuestra América y honor de esta, que parecía sacar a los circunstantes de su juicio.

«La hacienda, procuraremos arreglarla de manera que los negocios se sientan seguros, ni el trabajador tenga que temer por sus salarios, y la tarifa será compuesta de modo que el país no pague tributos innecesarios, sin comprometer por eso los intereses de los capitalistas y obreros empleados en las industrias americanas; ni permitir tampoco la acumulación de un exceso en el erario que convida a la prodigalidad y extravagancia: ni la propiedad de la Nación ha de ser distribuida entre usurpadores y agiotistas.—Los indios han de ser tratados con lealtad. La poligamia ha de ser perseguida sin descanso. La reforma del servicio de empleos públicos no admite espera ni debilidad; por mérito y competencia se dan los empleos; no por favor político, ni en cambio de apostasías y servicios ocultos. A los negros emancipados pertenece de hecho todo lo que de derecho se les tiene acordado. Al Gobierno refluirán, y el gobierno con imparcialidad y honradez atenderá, los varios contrapuestos clamores de los intereses diversos que en constante brega labran juntos, aunque en apariencia divididos, esta fuerte Nación; que no solo a nuestra laboriosidad y vigilancia, y al cuidado infatigable de nuestras libertades debe fiar sus destinos; sino que, reconociendo humildemente el poder y la bondad de Dios Todopoderoso, que preside

sobre los pueblos, y se ha revelado en todas ocasiones en la historia del nuestro, ha de invocar, como yo invoco ahora, su ayuda y bendición sobre nuestros trabajos».

El Justicia Mayor se puso en pie; tendió abierta al Presidente, que ayudó a sostenerla con la mano derecha, una *Biblia* pequeña y muy usada, de cubierta de cuero y con ribetes dorados, que fue la misma que dio a Cleveland su madre cuando salió de mozo a buscar suerte por el mundo; recitó el Justicia el juramento, y lo selló el Presidente con un beso en la *Biblia*.

La procesión comenzó entonces del Capitolio a la plataforma erigida para el cortejo presidencial cerca de la Casa Blanca. ¿Que fueron Arthur y Cleveland, ambos descubiertos, llevados, más que por los cuatro caballos, por los vítores,—y Hendricks tras ellos en otro gran carruaje? ¿Que iban Arthur y Cleveland vestidos de paño modesto, y sin insignia, ni banda, ni joyas siquiera? ¿Que las asociaciones democráticas de New York, no todas amigas de Cleveland en los días de su elección, acudieron en masa, con trajes de calle uniformados,—Tammany Hall, cuyo nombre viene de un caudillo indio, con unos cuantos politicastros rubios a la cabeza, pintados los rostros con colores a la manera salvaje,—y Irving Hall con sus ancianos de peluca de cola y gran bastón,—y la Democracia del Condado con sus viejecillos Knickerbockers, en memoria de los holandeses que fundaron a New York, los cuales iban encorvados, como los vejetes del coro de *Fausto*, golpeando acompasadamente con sus báculos el asfalto de las avenidas de la procesión? ¿Que bajo la bandera federal, al mando del general confederado Lee, sobrino del jefe militar de la rebelión, iba, con sus vestidos de guerra, toda una división en uniforme confederado,—y que el general Lee recibió, en aplausos, en saludos, en ondeos de pañuelo y en flores, una ovación más entusiasta y significativa que la que a los presidentes mismos se estaba tributando? ¿Que detrás de ellos, con sus ropas desgarradas de combate, venían los negros invencibles de Philadelphia, que decidieron en pro del Norte muchas batallas dudosas contra los rebeldes,—y los gloriosos irlandeses del Regimiento 69, con su uniforme verde, como su bandera, y sus hazañas? ¿Que los estados todos enviaron sus más gallardos jefes, hombres mejores y mejores tropas? ¿Que dondequiera que asomaba, acudían mujeres y hombres a saludar y festejar al anciano confederado de la barba y de la pierna rota?—¿Que fue todo el día 4 de marzo, día de asombro, en que los vencedores magnánimos del Norte instalaron con júbilo indecible en el Gobierno a los vencidos decorosos? ¡Así el hermano ofuscado por cierto tiempo con nimias discordias de familia, aprieta al fin a su hermano contra su pecho, en un abrazo en que parece que quiere recobrar de un solo ímpetu todos los años de amor perdidos! Los federales eran los que hacían los honores de Washington a los confederados. Así, pues, resultó una fiesta nacional, y confirmación definitiva de la paz, la vuelta de los confederados al Gobierno, que los republicanos agoreros pregonaban como una calamidad pública: los

republicanos mismos, arrebatados por la grandeza del suceso, salían en tropel de las aceras para estrechar la mano afable del General Lee, que detenía al paso de los vencedores el de su hermoso caballo obediente, y con antigua gracia recibía los honores de la derrota. Sin convulsión, pues; sin insolente remoción de empleados; sin peligro, antes bien con provecho de la Unión, han vuelto al poder los demócratas, y los confederados con ellos.

Porque, no bien había reposado Cleveland del baile con que en el edificio enorme de Pensiones le obsequiaron las asociaciones democráticas, que en la fiesta emplearon sesenta y tres mil pesos, y decoraron con inusitada riqueza de pabellones de seda las columnas, de plantas tropicales, los recodos, de flores valiosas el gigantesco sillón presidencial, de escudos las paredes, de emblemas florales, altos como un hombre, en representación de las diversas secretarías el salón reservado a Cleveland; no bien; asomó el día 5,—el nuevo Presidente envió al Senado, a que la aprobase, la lista de los que ha elegido como sus consejeros; y entre ellos, para representante de la ley nacional, Garland, que se rebeló contra ella; y para Secretario de lo Interior, Lamar, que pocos días hace, como herido en la médula, se levantó con elocuente indignación en el Senado a anunciar que jamás permitiría que en su presencia se llamase traidor a Jefferson Davis! y Cleveland, sin miedo, ha traído a estos dos hombres, que de persona no conocía, a su consejo íntimo. Y la Nación lo ha aplaudido por ello unánimemente.

Así se vence de veras: honrando al vencido. Acaba, por tanto, con este atrevimiento generoso, la época de suspicacia y recriminaciones, que sigue siempre a una guerra; y comienza, de buena fe y de lleno, el trabajo acordado de las dos secciones del país, la agrícola y la manufacturera, en busca de una prosperidad durable, que no haya menester de falso estímulo, ni de merodeos por tierras ajenas. Querían los republicanos, so capa de comercio y humanidad, una política acometedora y alejandrina, y soñaban en Roma y en Cartago, y ya se veían señores de toda la América. Con hombro desdeñoso echan por tierra los demócratas esta fatiga, y, como símbolo de la política de neutralidad que restauran, viene a la Secretaría de Estado Thomas Francis Bayard, que capitaneó con éxito en el Senado la resistencia al proyecto del canal en Nicaragua—¡y cómo ha venido a darle razón ahora, y a hacer que de Tiro como de Troya le feliciten, la guerra que Barrios mueve en Centro América, tomando excusa de estas tentativas de alianza con los Estados Unidos, que en ley de honor, y antes de sacar fruto del canal, se habrían visto en el empeño de mantenerlo, y amparar a la pequeña nación que por tratar con ellos se ve en tal disturbio!

La artística hermosura del lenguaje, que le censuran por exceso de perfección, realza en Bayard la moderada firmeza de sus opiniones, que no reprime cuando el caso lo quiere, el fuego sagrado y el acometimiento. Se ve ya en el timón de la nave una mano segura.

Daniel Manning es el Secretario de Hacienda. Con decir que Tilden le quiere entrañablemente, está dicho su elogio: Tilden,—que pudo ser hace ocho años, sobre sangre acaso, el Presidente de los Estados Unidos, y, por no verter sangre, no quiso serlo; que sin conflicto alguno lo pudo ser ahora, y echó el manto en los hombros de Cleveland: ¡feliz el que desdeña lo que tantos se disputan! La indiferencia del poder es la prueba más difícil y menos frecuente de la grandeza del carácter. De modo que el que Tilden estima, bueno ha de ser.

Como organizador político, como ojeador del campo hostil, como lidiador de recursos rápidos y sorprendentes, como penetrador de los hombres, Manning no vale menos que como perito en Hacienda,—y como cajista: que parando letras y atando galeras empezó su camino en el *Argus,* de que hoy es dueño, el político brillante que a Tilden en 1876 y a Cleveland ahora, aseguró, sobre disensiones en el campo propio y maldades del ajeno, el triunfo.

De lo Interior, el Secretario es Lamar, a quien acusan de distraído, sin más razón que la de no estar nunca lejos de su sesuda frente las ideas graves. La pasión, ordenada y artística, acalora en él las deducciones rigurosas del juicio, que suelen sugerirle imponentes arranques oratorios. Con él van llama y peso. Le cuelga sobre los hombros la melena, que no está mal a su rostro robusto y ponderoso. En la confederación, su espada fue buena, y su palabra tan buena como su espada. En el Senado, pocos le han aventajado en elocuencia e influjo. En el Gabinete, todos le miran como el carácter más pintoresco e interesante. La mirada triste alivia la expresión severa de su rostro, y hay en el hombre cierta natural majestad que a sus amigos fascina, e impone respeto a los extraños. Abuso no verá que no cercene. Hará pasar el río por los establos. Representa en el Gabinete la voluntad leal del Sur de cooperar sin reservas con el Norte al engrandecimiento nacional, y a la pureza más estricta en la administración doméstica.

Y a su lado se sienta William F. Vilas, que para venir a ser Secretario ha tenido que abandonar la cátedra en que le oían con respeto sus discípulos, y en los tiempos de la guerra alzó una compañía, se vio de capitán a su frente, y de coronel muy pronto, y luego de vencer en Vicksburg, se retiró a enseñar historia:—¡como Arthur ahora, que acaba de ser presidente, y ha tomado ya en un edificio de pórfido y bronce, una oficina de abogado! Puesto de peculiar importancia es el de Secretario de Correos que tiene Vilas; porque los empleos de correos son muchos, y por tanto, las ocasiones de favorecer; y porque, en paga del puesto, y con las relaciones en que pone, cada Administrador de Correos ha venido siendo agente eficacísimo del gobierno, en manos hasta hoy de los republicanos.

Pero sin administradores de correos triunfó Cleveland, y contra ellos: de modo que para gobernar y volver a vencer, no ha de necesitar revertir a usos legítimos las funciones de los administradores, que no contando ya en el gobierno con la impunidad que les aseguraban sus

servicios políticos, atenderán con más empeño, si han de conservar sus puestos, al servicio público. Luce, como una gala, el coronel Vilas, a su muy discreta esposa. Crece un hombre bien casado. El mal casado, decrece. O si se mantiene en alto, será con agonía, y sobre puntales.

Garland es el Secretario de Justicia. Reacio al principio a seguir a los confederados, no resistió al fin a ellos, y fue su diputado. Ni en firmeza, ni en honestidad, ni en manera clara y galana de exponer le vencen fácilmente. Cuando escribe, suele parecer que graba. Presenta con método, y deduce en justicia; por lo que se le tiene como muy apropiado para su puesto, donde están bien la palabra elocuente, juicio frío y no seco, voluntad firme y talento elegante que le adornan.

El Ministro de la Guerra es un juez, el Juez Endicott, de prosapia puritana. No lo tomó Cleveland en atención a que es en Massachusetts prominente, y a que figuró con honor hace un año como candidato demócrata al gobierno del estado; ni porque viene de gobernadores y Secretarios ilustres, y su elección había de halagar al hidalguío de Neo Inglaterra, sino porque Endicott tiene, con todas estas ventajas sociales y el cariño unánime de su bando y del opuesto, aquella actividad en la labor, tesón en el empeño, y honradez inconmovible que a Cleveland placen. No hay miedo de que en manos de Endicott vaya el ejército a la corrupción y a la tiranía,—de donde iba yendo!

Ministro de Marina es Whitney, otro abogado, ya notable porque con tacto singular ha salido sin mancha de peligrosos puestos públicos, por lo que se espera que realce el que ahora le asegura, tanto como sus méritos, la amistad personal de Cleveland.

Y para venir a este gabinete ¡cuánto ir y venir de comisión por ríos y por tierra; cuánto entrar y salir de gente ansiosa en la oficina y la casa de Cleveland; cuánto apretarse, en ominosa hilera, frente a la puerta de su aposento, cuando días antes de su entrada en Washington, vino, para oír pareceres, a New York! Todos los estados le enviaron comisiones. Los corredores de su hotel eran congresillos y hormigueros. Cada asociación tenía su favorecido para cada secretaría. Cuál estado, por esto, reclamaba para sí la de Hacienda. Cuál, por aquello, la de Correos. Cuál, se enardecía porque de un solo estado, el de New York, iba a haber dos Secretarios, el de Marina y el de Hacienda. Cuál, del Oeste, se quejaba altamente de que no hubiese representante occidental en el Ministerio.

A los abogados de cada candidato oía Cleveland, y ni de oír se cansaba, ni de callar. Mas no compuso su gabinete en obediencia servil a estas prácticas de agio, ni a estos miedos de que los Estados descontentos le nieguen su simpatía o sus futuros votos; sino de modo que reuniese un grupo de hombres inteligentes, limpios y activos, que, sin trabas de patronazgo ni empeños previos, entrasen brava e inmediatamente en la tarea de asegurar la paz con el extranjero, consolidar la unión con los Estados un tiempo rebeldes, preparar al país para una liberal reforma económica que normalice la producción y

abarate la existencia, y extirpar los abusos que entorpecen y afean la administración pública.

He aquí, pues, que de un sol a otro sol, por la fuerza regular e incremento del voto libre, ha cambiado de rumbo radicalmente la política americana, y acaso la América. Porque a ofrecerse venían, ¡qué mengua! varios estadillos hispanoamericanos, y a tomar lo ofrecido, y a más, mostrábanse dispuestos, y decíanse necesitados, los gobernantes y gente de influjo en el partido dominante en los Estados Unidos. Pero el buen abogado de Búfalo piensa de otro modo, y no quiere lances afuera, sino honradez en casa, ni estima bien que los abanderados de la libertad se entren a saco por las tierras vecinas, violando la libertad ajena. Ya se vislumbra la prosperidad que seguirá a esta confianza. Ya no se ve a los Estados Unidos como traidores odiosos al espíritu humano, de que parecen mantenedores naturales; sino que ya que no ayudan como debieran a la victoria universal de la libertad, la practiquen al menos, y la respetan. Salir de sí, y confundirse en batalla generosa y activa con el Universo, falta para su grandeza a los Estados Unidos. ¡Mas qué servicio nos hacen con su ejemplo!

JOSÉ MARTÍ

*La Nación.* Buenos Aires, 7 de mayo de 1885.
[Fotocopia en CEM]

# CARTAS DE MARTÍ

Historia de la caída del Partido Republicano en los Estados Unidos y del ascenso al poder del Partido Demócrata.—Antecedentes, transformaciones y significación actual de los partidos.—Resumen, con este asunto, de todos los detalles y consideraciones que pueden explicar de una manera definitiva como clave para sus movimientos futuros, la política norteamericana.

Nueva York, marzo 15 de 1885.

Señor Director de *La Nación*:

Yo esculpiría en pórfido las estatuas de los hombres maravillosos que fraguaron la Constitución de los Estados Unidos de América: los esculpiría, firmando su obra enorme, en un grupo de pórfido. Abriría un camino sagrado de baldosas de mármol sin pulir hasta el templo de mármol blanco que los cobijase; y cada cierto número de años, establecería una semana de peregrinación nacional, en otoño, que es la estación de la madurez y la hermosura, para que, envueltas las cabezas reverentes en las nubes de humo oloroso de las hojas secas, fueran a besar la mano de piedra de los patriarcas los hombres, las mujeres y los niños.—El tamaño no me deslumbra. La riqueza no me deslumbra. No me deslumbra la prosperidad material de un pueblo libre, más fuerte que sus vecinos débiles, aislado de rivales peligrosos, favorecido con la cercanía de tierras fértiles necesitadas de comprarles sus productos, y al que afluye, al amor de la libertad y a la facilidad para el trabajo, lo que tiene de más enérgico y emprendedor la Europa sobrancera de habitantes, lo que tienen de más puro y entusiasta los partidos humanitarios de las naciones que no han roto aún la cáscara del feudo.

Los nombres no me deslumbran, ni las novedades, ni los brillantes atrevimientos, ni las colosales cohortes; y sé que de reunir a tanta gente airada y hambrienta de pueblos distintos que no se abrazan en el amor a este en que no nacieron y cuyo espíritu no llevan en las venas, ni del miedo a la vida, acumulado en ellos por los padecimientos heredados y los propios sacan otro amor y cuidado que no sean los de sí,—sé que de reunir a tanta gente egoísta y temerosa, ha sucedido que la República esté en su mayor parte poblada de ciudadanos interesados o indiferentes, que votan en pro de sus intereses, y cuando no los ven en riesgo no votan, con lo que el gobierno de la nación se ha ido escapando de las manos de los ciudadanos, y quedando en las de grandes traíllas[2] que con él comercian. Sé que las causas mismas que producen la prosperidad, producen la indiferencia. Sé que cuando los pueblos dejan caer de la mano sus riendas, alguien las recoge, y los azota y amarra con ellas, y se sienta en su frente. Sé que cuando los hombres

descuidan, en los quehaceres, ansias y peligros del lujo, el ejercicio de sus derechos, sobrevienen terribles riesgos, laxas pasiones y desordenadas justicias, y tras ellas, y como para refrenarlas, cual lobos vestidos de piel de mastines, la centralización política, so pretexto de refrenar a los inquietos, y la centralización religiosa, so pretexto de ajustarla: y los hijos aceptan como una salvación ambos dominios, que los padres aborrecían como una afrenta.

Sé que el pueblo que no cultiva las artes del espíritu aparejadamente con las del comercio, engorda, como un toro, y se saldrá por sus propias sienes, como un derrame de entrañas descompuestas, cuando se le agoten sus caudales. Sé que a esta nación enorme hacen falta honradez y sentimiento.—Pero cuando se ve esta majestad del voto, y esta nueva realeza de que todo hombre vivo, gritón o auriteniente—forma parte, y este monarca hecho todo de cabezas, que no puede querer hacerse daño, porque es tan grande como todo su dominio, que es él mismo; cuando se asiste a este acto unánime de voluntad de diez millones de hombres, se siente como si se tuviera entre las rodillas un caballo de luz, y en los ijares le apretásemos los talones alados, y dejásemos tras de nosotros un mundo viejo en ruinas, y se hubiesen abierto, a que lo paseemos y gocemos, las puertas de un universo decoroso: en los umbrales, una mujer, con una urna abierta al lado, lava la frente rota o enlodada de los hombres que entran.

A los que en ese universo nuevo levantaron y clavaron en alto con sus manos serenas, el sol del decoro; a los que se sentaron a hacer riendas de seda para los hombres, y las hicieron y se las dieron; a los que perfeccionaron el hombre, esculpiría yo, bajo un templo de mármol, en estatuas de pórfido. Y abriría para ir a venerarlos, un camino de mármol, ancho y blanco.

No se ven bien las maravillas cuando se está dentro de ellas. Las colosales figuras, los colosales hechos, solo a distancia adquieren sus naturales proporciones, y se enseñan en su conjunto y hermosura.

¿Qué sabe el gusanillo que anda en las entrañas, de la majestuosa beldad del cuerpo humano? Por un canal se entra; en una celda se aloja; cae, como la langosta sobre los sembrados, sobre todo un tejido: ¿qué sabe él, luzbelillo ocupado en transformar la viña, de las amables líneas del cuerpo en que carcome,—de los mandatos amorosos, veloces y brillantes como rayos de estrellas, que van de un cuerpo a otro,—del velo de luz en que, como el sol a la tierra en la mañana envuelve el enamorado a su querida; ni qué sabe del toldo de rosas a cuya sombra se abrazan y adormecen?

Es recia, y nauseabunda, una campaña presidencial en los Estados Unidos. Desde mayo, antes de que cada partido elija sus candidatos, la contienda empieza. Los políticos de oficio, puestos a echar los sucesos por donde más les aprovechen, no buscan para candidato a la presidencia aquel hombre ilustre cuya virtud sea de premiar, o de cuyos

talentos pueda haber bien el país, sino el que por su maña o fortuna o condiciones especiales pueda, aunque esté maculado, asegurar más votos al partido, y más influjo en la administración a los que contribuyan a nombrarlo y sacarle victorioso.

Una vez nombrados en las Convenciones los candidatos, el cieno sube hasta los arzones de las sillas. Las barbas blancas de los diarios olvidan el pudor de la vejez. Se vuelcan cubas de lodo sobre las cabezas. Se miente y exagera a sabiendas. Se dan tajos en el vientre y por la espalda. Se creen legítimas todas las infamias. Todo golpe es bueno, con tal que aturda al enemigo. El que inventa una villanía eficaz se pavonea orgulloso. Se juzgan dispensados, aún los hombres eminentes, de los deberes más triviales del honor. No concibe nuestra hidalguía latina tal desborde. Todavía asoman, detrás de cada frase, las culatas do aquellas pistolas con que años atrás, y aún hoy de vez en cuando, se argumentaba acá en los diarios en época de elecciones. Es un hábito brutal que curará el tiempo. En vano se leen con ansia en esos meses los periódicos de opiniones más opuestas. Un observador de buena fe no sabe cómo analizar una batalla en que todos creen lícito campear de mala fe. De plano niega un diario lo que de plano afirma el otro. De propósito cercena cada uno cuanto honre al candidato adverso. Desconocen en esos días el placer de honrar.

Las elecciones llegan, y de ellas ve solo el transeúnte las casillas en que se vota despaciosamente, las bebederías en que se gasta y huelga, las turbas que se echan por las calles a saber las nuevas que va dando el telégrafo a los boletines de periódicos. Se ve aturdir, escamotear, comprar, falsear el voto. Se ve a extranjeros naturalizados votar por su interés especial en daño de los de la tierra que les da porción en su hacienda y en su gobierno. Se palpa el peligro de dar autoridad en el país a los que no han nacido en él, y no lo aman, aunque se reconoce la justicia de que cada uno de los que ha de llevar las andas al hombro, dé su voto sobre el peso de las andas. Se vive de mayo a noviembre viendo ruindades, y en disgusto y alarma. Pero por sobre ellas, y con todas ellas ante los ojos, queda en la mente, sacudida de asombro, un respeto comparable solo al de quien viera tambalear sobre su quicio un mundo, inclinarse de un lado al abismo, irse ya todo sobre él, y reentrar de súbito en su puesto. Conmueven, obrando a la vez, diez millones de hombres. El que los ha visto, en esta hora de faena, siente que la tierra está más firme debajo de sus plantas: y se busca sobre las sienes la corona. Este es el inevitable hecho épico. Brilla, entre la revuelta y oscura campaña, como en un cielo gris brillaría una gran rosa de bronce encendida.

Campaña ninguna presidencial fue tan enmarañada, trascendental y significativa como la que dio el triunfo a Grover Cleveland. De lejos, no se distingue tal vez más que el hecho de bulto: la victoria del Partido Demócrata; y se supone, con error, que implica un cambio decisivo en la opinión y tendencias del país. De cerca, se observa el peligro, punto

menos que inevitable, de dejar la política del país, que en las naciones libres, no es ya más que la manera de conducir honradamente sus intereses, en manos de una casta de empleados ociosos que no los poseen. De cerca se observa cuán difícil es, luego que ha sido descuidado por la gente proba, recobrar el ejercicio del poder político. De cerca, se ve que el cambio no ha sido esencial y durable, sino ocasional y como de prueba: y se ve lo que puede, con una sacudida de hombros, un puñado de gente honrada.

Nada más, nada más que esto, un puñado de gente honrada ha dado el triunfo a Cleveland. Mil votos menos, entre diez millones de votantes, y el Presidente hubiera sido un hombre impuro y funesto, un sofista brillante, hubiera sido Blaine.

Cuello a cuello fueron hasta el último instante en la carrera Blaine y Cleveland: y por muchos días después de la elección no se supo de veras si había de ostentar en el actual período la Casa Blanca, el piñón, símbolo de los republicanos, o el gallo democrático. Garfield por los republicanos y Hancock por los demócratas contendieron por la presidencia hace cuatro años: es verdad que esta vez votaron 468 000 electores más por Cleveland de los que entonces por Hancock, pero también por Blaine votaron 393 000 más que por aquel discreto, sufrido, buen Garfield. De un solo Estado de los 36 que tiene la República dependía la victoria de uno u otro candidato: del estado de Nueva York.

El que lo obtuviese ganaba la Presidencia: nada más que por mil votos ganó el estado, su propio estado en que gobierna, Cleveland. No en vano, indomable y airoso, no se confiesa vencido Blaine por su adversario, sino por la casualidad; y con sutil conocimiento de los odios y miedos de su pueblo, los azuza todos, los hila en cuerpo de doctrina en un discurso de habilidad admirable, y hace de ellos cartel de batalla con que se propone guiar a su hueste de aquí a cuatro años al gobierno perdido.

Sabe que el Norte está aún receloso del Sur, y que la administración democrática, por tener en el Sur la gran masa de sus partidarios, y por obediencia a su espíritu y programa, ha de ser benévola con el Sur: lo que Blaine, hábil para manejar a los hombres por sus pasiones, anuncia, seguro de que ha de suceder, y de antemano explota.—Desentrañemos, pues, porque está llena de enseñanzas, la elección de Cleveland.

Y si antes se pregunta quién es él, diremos que es un caballero del pueblo, y aunque joven, uno de aquellos americanos viejos de mano de hierro y ojo de águila, que no pone ya las botas sobre la mesa, pero que tiene aún puestas las botas. Tiene los desdenes, la penetración, la ingenuidad, la audacia, la dureza, la nativez del pueblo en que ha nacido. Viene del mercader y del explorador. Viene del puritano y del volcador de los fardos de té. Tiene el ojo puesto adelante, como quien está decidido a llegar.

Tiene la inocencia poderosa de los caracteres primarios, que salen derechamente de la Naturaleza, y deben menos a los hombres que al

influjo de su propia originalidad, y a su aptitud para domarlos, mezclando hábilmente la astuta sumisión con que se les halaga al desembarazado desdén con que se les atrae y sujeta: que los hombres y las cosas, esquivos para quienes los solicitan, se apegan, por vil esclavitud instintiva, a quien quiere deshacerse de ellos. Los grandes hombres necesitan ser coquetas. Fácil es, sirviendo a intereses o preocupaciones poderosas, subir a grandes puestos, a ser como antifaces o portavoces de las fuerzas que encumbran; mas ¿cómo no admirar, cuando se sabe lo desamparada y sola que anda la honradez, a quien no llega al triunfo en virtud de complicidad con los defectos de los hombres, sino contra ellos? ¿Quién está en el fondo de los pueblos, como en el fondo de los hombres, que, a despecho de ellos mismos, y con voz determinada e imponente, aconseja al oído lo que en las horas de peligro deben hacer, y los echa por el camino de la salvación, en temporáneo arrebato de virtud, que los sostiene y levanta cuando están al borde ya de la caída? El ángel no visita a Cleveland; lo sublime no se estruja y mantiene en agonía la mente; su espíritu tiene la solidez y llaneza de sus almuerzos: pan y mantequilla, y ancha lonja de carne, y sendo té. Tan sencillo es a veces que parece pueril: pero pensando en él, aunque no fuese más que por el ajuste del hombre a la situación en que adviene, se asoma a los labios—¡qué elogio!—el nombre de Lincoln, que es de los que cuando aparecen, alivian e iluminan. ¿Qué hacen los pueblos que no levantan grandes templos a los redentores de los hombres; y colocan en nichos sus estatuas, y componen con ellos un santoral nuevo, y se reúnen en los días feriados a comentar las virtudes de los héroes? ¿Por Iglesia, claman? ¿Por Iglesia que reemplace a la que se va? ¡Pues he ahí la Iglesia nueva!

Hay dos clases de triunfo: el uno aparente, brillante y temporal: el otro, esencial, invisible y perdurable. La virtud, vencida siempre en apariencia, triunfa permanentemente de este segundo modo. El que la lleva a cuestas, es verdad, tiene que apretarse el corazón con las dos manos para que de puro herido no se le venga al suelo: que tan roto le ponen los hombres el corazón al virtuoso, que si no lo corcose y remienda con la voluntad, saltará deshecho en pedazos más menudos que las gotas de lluvia. Solo en los momentos de agonía suprema, a que conduce a los pueblos fatalmente la prescindencia de la virtud, acuden los hombres con grande homenaje y alabanza a ella, dispuesta siempre a salvar en la hora de tribulación a los que la olvidan, y no bien se ven por la virtud sacados del apremio, la acusan de gazmoña y estorbosa y de importuna y excesiva, y le empiezan a roer los pies, y la derriban.

Los hombres gustan de ser guiados por los que abundan en sus propias faltas. Véase cómo se apegan con más ardor a las personalidades viciosas, brillantes, que a las personalidades puras, modestas. Solo en las épocas de crisis, el instintivo conocimiento del gran riesgo y de su incapacidad para librarse de él, les hace aceptar a

los grandes honrados. La pureza, de que en lo general carecen, les irrita. En las faltas del que los gobierna, ven como la sanción de las suyas propias. Por una mentirijilla de la conciencia, creen que exculpándolos, se exculpan. Pues que sus pecados no estorbaron al gobernante para llegar a su alto puesto, no es tan malo el pecar, que el mundo condena y premia. Todos los que han pecado, tienen simpatía secreta por los pecadores. No hay como caer en error para aprender a perdonarlo. Ni hay insolencia mayor que la de la virtud, que con su cara austera, sus vestidos humildes y sus manos blancas, va haciendo resaltar por la fuerza del contraste, las villanerías y mañas criminales de la gente, que cuando la virtud no está cerca no aparecen de tanta fealdad, como que, por tenerlas todos por igual, en nadie sobresalen: así es que, en cuanto la virtud asoma, los caminos se quedan sin piedras, porque todos dan sobre ella.

Para el poder, sobre todo, es mal camino la virtud. Los hombres no siguen sino a quien los sirve, ni dan ayuda, a no ser constreñidos, sino en cambio de la que reciben. La autoridad que por su condición de ciudadano en un pueblo de gobierno electoral, o de persona de influjo, reside en ellos, la regatean y escatiman mucho. Todo hombre es la semilla de un déspota; y no bien le cae en la mano un átomo de poder, ya le parece que tiene al lado al águila de Júpiter, y que es suya la totalidad de los orbes. Por eso en estos pueblos en que la autoridad reside, cuando no es en cada ciudadano, en cada capataz de ciudadanos, de que hay cuentos, el que aspira a ganar voluntades tiene que rebajar tanto la suya, que no se sabe cómo se pueda, con grandeza de alma, soportar las vergüenzas que acarrea la conquista del poder. El corazón honrado se revuelve a la vez contra los que humillan, para prestar su apoyo, y contra los que en espera de él se humillan.

Pero el que, cuando necesita del influjo de un capataz de votos, inquiere, antes de procurarlo, cuál es su pasión, para halagársela; o su precio, para pagárselo; o su vanidad, para acariciársela; o el puesto que apetece, para empeñárselo; el que, con mayor apego a sí que a su pueblo o al pueblo humano, afloja en la defensa de lo que mantiene, o lo abandona, o lo defiende con más brío, según acomode a aquellos de quienes ha menester para lograr el mando;—el que, sabedor de que la razón es de suyo, como que está convencida de su justicia, confiada y desdeñosa, y la preocupación impresionable y activa, opone a la razón de sus contendores cuanta preocupación, odio o cizaña encuentra a mano;—el que no ve en sus capacidades intelectuales una misión de abnegada tutela de las capacidades inferiores, sino un instrumento eficaz para perturbarlas y dirigirlas en provecho propio;—el que usa para sí lo que no recibió de sí, y no pone en la humanidad, sino que la corrompe y confunde;—el que no ve a los hombres como hermanos en desgracia a quienes confortar y mejorar, aun a despecho suyo, sino zócalo para sus pies, sino batalla de orgullo y de destreza, sino la satisfacción de aventajar en ardides y fortuna a sus rivales;—el que no

ve en la vida más que un mercado, y en los hombres más que cerdos que cebar, necios a quienes burlar, y a lo sumo fieras que abatir;—el que del genio tiene lo catilinario, cesáreo y luz bélico, y no lo humanitario y expansivo;—el que, como lisonja suprema a los hombres, cae en sus faltas y se vanagloria de ellas,—ese tendrá siempre la casa llena de clientes, y entrará en los combates seguido de gran número de partidarios. Blaine es ese.

Ocupados los unos en fabricar riquezas; privados muchos, en la batalla por el pan del día, del bienestar que hubiera podido moverles a ver con celo por el buen gobierno que ha de conservárselo; y abandonados todos, por la sordidez que trae al ánimo esta vida precipitada, suntuaria y avariciosa; la política, aunque jamás desamparada de eminentes y pulcros servidores, fue aquí quedando por gran parte, en manos de los políticos ambiciosos, los empleados que les ayudan para obtener puestos o mantenerse en ellos, los capitalistas que a cambio de leyes favorables a sus empresas apoyan al partido que se las ofrece, los extranjeros que votan al consejo de sus intereses y pasiones, y los leales partidarios que, encariñados con las glorias pasadas o las ideas añejas, recuerdan solo la cosa pública, con consecuencia mal entendida, los días en que las elecciones les ofrecen oportunidad de ejercitar su autoridad y confirmar su fe.

Las grandes almas, modestas y vergonzosas de suyo, solo consienten en salir de sí cuando corren la humanidad o la patria un grave peligro, el cual afrontan con pasmoso denuedo, y con pecho ciclópeo, para volver después, ganada la batalla y asegurada la victoria, al dichoso rincón donde se goza de la aprobación interior y el cariño de algunas gentes buenas. Apenas hay para estas almas martirio mayor que el de confundirse necesariamente en la hora de la batalla con los logreros, negociantes y fanáticos que, como la lepra a la piel sana, se pegan a las grandes ideas, y son a veces lo que se ve más de ellas. Magnífico fue el surgimiento de la gente honrada, cuando el Sur, exagerándose sus fuerzas y derechos, se mostró al fin decidido a apartar de la del Norte la fortuna de sus Estados esclavistas: y a la luz del cadalso de John Brown, apareció, cuál con la palabra, cuál con el bravo pecho, cuál con el don de toda su fortuna, aquel inagotable ejército del Norte.

Astros tienen los cielos, y la tierra: como un astro refulge el cadalso de John Brown. Jesús murió en la cruz, y este en la horca. Luego de muertos los hombres, vacíanse, sin carne y sin conciencia de su memoria, en la existencia universal: en remolinos suben; camino al Sol caminan; dichosamente bogan; mas si se hallaran los hombres después de muertos, que no han de hallarse, andarían de la mano Jesús y John Brown.

Tales se van poniendo los humanos, que como no tenga éxito común la vida de un apóstol, se avergüenzan de que se sepa que lo admiran, y

el loarlos mismo viene a ser de mal gusto. ¡Pues al primer grupo de estrellas que se descubriese, bien pudieran llamarle John Brown!

Entonces, al peligro, acudió lo más granado de la gente del Norte; y el mejor de todos fue aquel zanquilargo, bolsicorto y labirraso de mirada profunda y ojos tristes; aquel que no vino de negociantes, pastores, ni patricios, sino de la Naturaleza y la amargura; aquel de vestir burdo y alma airosa, el buen Abe Lincoln. Ellos, en incontrastable exabrupto, no crearon solamente un partido, al organizar el republicano, sino que volvieron a crear la Nación. Fueron cruzadas nuevas, y Wendell Phillips su Pedro *el Ermitaño*. Se entraron por todas las ciudades. Asaltaron todas las plataformas. Hablaban desde un púlpito en las iglesias, desde un barril en las plazas, desde un caballo en los caminos. Ni una aldea sin prensa; ni un día sin peroración; ni una estancia sin su misionero. Cubrieron toda su tierra, y salieron de ella a conmover a las ajenas. Así quedó el Partido Republicano establecido: como el mampuesto de la libertad humana.

Mas luego que venció el Norte, y quedó en el poder como símbolo de la Unión el partido formado para defenderla, y fuera del poder como causante del disturbio, el Partido Demócrata dominante en los Estados rebeldes, miró apenas la República, deslumbrada por la victoria y la colosal prosperidad que vino de ella, en los detalles de la cosa nacional, cuyo manejo juzgó premio oportuno de los que la habían salvado. Diose fervientemente el Norte a la elaboración de la riqueza. Cumplido su deber, fueron volviendo a sus hogares y quehaceres los hombres generosos que solo al gran peligro consintieron salir de su humildad. Quedó el Partido Republicano en manos de aquellos que, ya por cariño a sus victorias, ya por odio a sus enemigos, ya por temor de que resucitasen, ya por beneficio propio, tenían un interés más directo en mantenerlo organizado y poderoso. Y como la victoria pudre, comenzó inmediatamente después de ella la descomposición. El manifiesto de la libertad humana llegó a convertirse en una casa de agios.

¡Qué repartir, como canonjías, a hombres ineptos los puestos mejores! ¡Qué distribuir, en gastos confusos, los ingresos sobrantes! ¡Qué contratar a escandalosos precios, correos que no existían y buques que a la primera caldeada zozobraban! ¡Qué dar destinos, con perjuicios de los más dignos y probos, a los que tenían valedor de uno u otro sexo, o habían puesto manos serviciales en los manejos oscuros de las elecciones! ¡Qué acumular, con promesas secretas y compromisos inmorales, sumas enormes en las campañas presidenciales para vencer a los demócratas! ¡Qué prometer a los empleados la permanencia en sus oficios, si ayudaban con su óbolo al fondo electoral, y por él al mantenimiento del partido en el gobierno! ¡Qué ir entregando, ley a ley, a los capitalistas y asociaciones poderosas, las tierras de la Nación, y hasta sus derechos, en pago, estipulado previamente, de los subsidios cuantiosos que para asegurarse en el poder recibía el partido de

monopolios y bolsistas en horas apuradas! ¡Qué responder cínicamente, con acusarlos de amigos enmascarados de la rebelión, a las acusaciones de sus adversarios, y de la gente mejor de su propio partido, a quien el espectáculo de tan atrevida corrupción había forzado ya a salir de su silencio!—¿quién deja a la libertad sin vigilancia? ¿quién no sabe que por cada paloma que nace, nacen como tamaño de tres palomas de gusanos? En las elecciones ¡qué comprar los votos o cambiarlos en las urnas, o rebajarlos en las listas, cuando era menester! En las asambleas menores de los Estados que eligen los diputados a la Convención que ha de designar el candidato del partido a la Presidencia, ¡qué excluir, con anatema de traición, a los que se negaban a votar en el interés de los políticos de oficio!

En las Convenciones mismas, a la hora de elegir ya el candidato, ¡qué desdeñar a los prohombres de reputación acrisolada, por aquellos de reconocidas faltas, que merced a ellas mismas pudieran, con menos escrúpulos, asegurar en la elección, más votos, y en el poder, más empleos, y provechos! ¡Y qué venderse los diputados de la Convención a este o aquel postulante a la candidatura; bien por dinero, bien por la promesa de un buen puesto, en caso de triunfo!

Una tienda abierta, donde se mercadea por los rincones el honor, han venido a ser las convenciones, un tiempo gloriosas, en que los delegados del partido en cada estado se reúnen cada cuatro años a elegir su candidato para el primer empleo de la Nación. Toda una delegación se compraba con unos cuantos millares de pesos, así, como esta suerte de delegados para serlo, había comprado, siempre de mala manera, en la asamblea menor del estado, el nombramiento en virtud del cual podían luego en la convención nacional vender su voto. Y dinero para estas compras de delegaciones oscilantes, jamás faltaba, por haber tanta enorme corporación, y tanto atrevido empresario, interesado en el triunfo del candidato que, en recompensa de estos anticipos, ha prometido estar a su servicio. Así, como de un templo profanado, se retiraron de la última convención las gentes blancas del partido.

Pregonábase como calamidad nacional, y como el triunfo del Sur, la vuelta al poder del Partido Demócrata, con lo que se tenía segura la adhesión de los estados del Norte.

Por desamor a la publicidad, o por no aparecer en ella del brazo con los logreros, manteníanse apartados de los negocios públicos los hombres mejores, y por indiferencia los que no tenían especial interés en ellos. De manera que, seguros del triunfo y de la impunidad, puede decirse, de acuerdo con las declaraciones escritas y habladas de los republicanos más notables, que no había abuso público, violación, fraude, cohecho, rapiña, robo, que el Partido Republicano no cobijase o atentara.

En las elecciones, sustituían las papeletas democráticas por las republicanas, o aumentaban estas a su sabor, o falseaban los recuentos.

En los estados, desaparecían en bolsas privadas los dineros dispuestos para atenciones públicas. En Washington, compraban los ministerios el apoyo de los representantes en ambas Cámaras con empleos y pensiones para sus recomendados: a cada senador y representante estaban reservados, para distribuir entre sus favorecidos, cierto número de empleos, «y en muchos casos» —dice el honrado MacVeagh, miembro que fue del gabinete de Garfield—«los hombres a quienes se reserva este privilegio, y las mujeres nombradas en virtud de él (que ya se sabe que en los Estados Unidos muchos empleados son mujeres), viven lejos de la protección y las trabas de sus hogares».

En la Secretaría de la Guerra, todo eran cajas rotas, y «cuentas dobles», y forrajes para caballerías imaginarias. En la de lo Interior, no podía entrarse sin tropezar con los agentes de la camarilla de pensiones, de fondos Indios, de Distribución de Terrenos, de cuyo valor, una vez concedidos a la camarilla, iba una buena parte en pago a los que habían asistido en asegurar la concesión. En la de Correos, al contratista encausado por percibir subsidio efectivo por servicios falsos, concedíansele nuevas contratas. En la de Hacienda, ladrón de billetes del tesoro llegó a haber tan poderoso que cuando uno de los secretarios quería indignado poner mano sobre él, otro Secretario había, cuando no más de uno, que abogaba por el ladrón, y lo salvaba. En la de lo Exterior ¿no hubo toda una misión labrada, faz a faz de una guerra, en la esperanza de obtener el reconocimiento de una inmoral reclamación privada, pretexto, si no a ganancias viles o a protectorado inmerecido y abusivo, a dandismos y calaveradas diplomáticas, indignas de una nación honrada y grave?

Fuéronse, al fin, con tan grandes abusos, despertando la indignación y energía de los miembros más sanos y menos ostensibles del partido, y primero en los consejos privados, y luego, aún a la callada, en las luchas eleccionarias, y por fin abiertamente en la Convención que nombró a Blaine, y en la campaña en que fue vencido, publicaron su determinación de purificar su partido deshonrado, o apartarse de él. Los apellidaron fariseos, petimetres y traidores.

Con ocasión del nombramiento del candidato, y la lid electoral que le siguió, se acentuaron, y quedaron definidas las tendencias que en sigilo habían venido dividiendo al Partido Republicano, y ya antes, por haber de preceder en la feroz contienda humana alguna sangre a toda obra fructífera, habían venido a producir, exaltando un cerebro desatinado, la muerte de Garfield. Los bandos eran dos. Los unos mantenían descaradamente que, por encima de toda otra consideración, estaban el interés del partido y el beneficio de sus miembros; que la Unión era propiedad natural de los que la habían sacado en salvo; que al vencedor pertenecen los despojos de la victoria; que los empleos, concesiones y dignidades deben ir a pagar los servicios prestados para mantener en el poder al partido que los concede; que no es censurable, sino lícito, colectar de los empleados públicos, pagados con dinero aprontado por

toda la Nación, sumas destinadas a mantener en el Gobierno a uno de los partidos que se disputan su gobierno, y en cambio de este auxilio queda obligado a mantener en sus destinos a los contribuyentes, convertidos en sus cómplices, y a proteger o disimular sus abusos. Los otros, hijos en espíritu de los monumentales fundadores de la República, tachaban ese programa de abominable y vicioso; y si bien dispuestos a conservar viva la organización republicana, como símbolo aún necesario de la Unión ayer amenazada, como partido moderador y principalmente doméstico, como represor juicioso de la excesiva influencia seccional y extranjera que parece notarse en el Partido Demócrata, compuesto en gran parte de los electores del Sur y de muchos de Irlanda y Alemania,—preferían, sin embargo, la disgregación temporal, si no definitiva, del partido, o la fusión tal vez de la mejor parte de él con la más elevada y doctrinal de los demócratas, a contribuir con su complicidad al mantenimiento del Gobierno de la Nación en manos de una agresiva caterva de logreros tenaces.

¿Cuál era la nuez de este poder colosal; la clave de esta máquina enorme; la valla puesta a los mejores esfuerzos de la gente sana del partido; el obstáculo a toda tentativa de su moralización y reforma, sino la facultad de distribuir entre sus auxiliares los empleos y propiedades públicas? ¿Qué agentes más perspicaces y celosos puede tener un partido que aquellos que le deben su subsistencia, y que sin él, habituados ya al bienestar fácil, y la holganza, se verían reducidos a la desconsideración y la miseria? Eran, pues, los propagandistas y servidores del partido, no sus secuaces sinceros que, como que se dan sin paga, gustan de hacer sentir su influjo, sino aquellos otros dependientes de él para subsistir y medrar, y a quien altos ejemplos y el deseo de sostenerse en plácida fortuna incitaban para lograr influjo con que servir a su partido en la época electoral, a las complicidades y dispensaciones ilícitas que permite el ejercicio de una autoridad benévolamente vigilada.

Tardó mucho en parar mientes en esta corrupción la mayoría del país descuidado. A la masa común, y aun a la entendida, parecía peligroso devolver el gobierno a los demócratas, en cuyos consejos se suponía aún predominante el espíritu del Sur. Y como a la guerra, bajo los republicanos que la ganaron, había sucedido prosperidad casi maravillosa, patriotismo e interés se juntaron para mantener la confianza en el partido vencedor, que a pesar de sus desaciertos y abusos, resultaba acreditado por la abundancia de las cosechas, la cuantía de las sumas que entraban en el país en retorno de ellas, y la aplicación de esta riqueza sobrante a la creación de industrias que parecían prósperas, porque aún era bastante a consumir sus manufacturas el mercado doméstico, al que el exceso de lo que exportaba sobre [lo] que importaba permitía pagar sin gran quebranto el precio inmoderado a que por el alto derecho de introducción de los artículos europeos, se vendían los productos rivales americanos.

En pos de la enorme guerra vino la enorme confianza, y la riqueza que ciega y arrebata, y lo atrae todo a sí en el afán de gozarla y el miedo de perderla; de lo que, mientras a sus extraordinarias empresas se daba con verdadero frenesí el país deslumbrado, se aprovecharon las aves de rapiña para anidar en el árbol nacional, hasta fue al fin fue innegable y visible que la larga permanencia en el poder de hombres que a su sombra habían perdido ya la costumbre, y la capacidad acaso, de más honroso modo de vivir: la seguridad de una constante victoria; la práctica de emplear los dineros nacionales en sus gastos de partido; la intimidad con negociantes que, hacen pagar caro los servicios que prestan, habían, a la vez que pervertido sus móviles, hecho insolente y descarado al partido gobernante, que con prácticas, cuando no con leyes, venía cercenando al país los medios de sacudírselo y reemplazarlo por sus opositores: por lo cual, en cuanto sintió el país el yugo sobre el cuello, lo echó, de un solo vuelco, abajo.

Se vio que, envalentonado con su predominio, no atendía el Partido Republicano a calmar el desasosiego que la exuberancia de productos invendibles y el exceso de población desocupada comenzaban a causar con sobrada justicia. Se vio que para poder continuar repartiendo entre sus favorecidos el sobrante recaudado innecesariamente por derechos de importación, se resistía a rebajar estos, so pretexto de proteger las industrias nacionales, que de esta protección están muriendo; como que en verdad no se hacía más que encarecer el costo de vida de una población ya afligida por la falta de empleo, originada forzosamente en la producción excesiva de artículos que por su abundancia y precio subido no hallan compradores en la Nación abastecida y alarmada, ni fuera de ella pueden competir con artículos mejores fabricados a menos precio en tierras más baratas. Se vio que con el apoyo desvergonzado de legisladores venales, tendían las leyes a concentrar, así como el poder,
la riqueza, con pérdida creciente de la independencia de los Estados, y la de los ciudadanos, y con merma de las posibilidades de emprender, que los monopolios absorben, y sin cuya esperanza se descontentan y rebelan los trabajadores útiles. Se vio que con la liga entre los empleados y el gobierno, y la aplicación de los caudales de la República a los gastos privados de uno de sus bandos políticos, se iba a hacer a la larga imposible arrancar la autoridad a un partido cuyos abusos y arrogancia provocaban la condenación de sus prohombres, y cuyos errores económicos, continuados en favor de notorios intereses, han traído al país, favoreciendo engañosamente el mantenimiento de industrias artificiales, a una crisis latente y angustiosa, que todo lo paraliza y alarma, y de la que solo podrá reponerse la Nación por su producción agrícola, ayudada del abaratamiento de la vida en virtud de una tarifa más racional y llevadera, y de la reducción de la producción industrial a la de aquellos artefactos que sin ficción arancelaria pueden fabricar los Estados Unidos con posibilidad de vencer en la competencia

a sus rivales extranjeros.—Tierra, cuanta haya debe cultivarse: y con varios cultivos,—jamás con uno solo. Industrias, nada más que las naturales y directas.

No bien comenzó la Nación a sufrir por la depresión de su comercio, investigó sus causas, y las halló en gran parte en el parcial y desenfadado manejo de los negocios públicos. La Nación era un festín, y los republicanos, gordos y lucidos, estaban perpetuamente sentados a la mesa. Las heridas políticas, como las del cuerpo, de sí mismas se curan, sin más que cuidar de no envenenarlas o reabrirlas; y así como la carne crece, y acerca con un tejido nuevo los bordes abiertos, así de los males excesivos brota, como su fruto natural, el remedio. Las leyes de la política son idénticas a las leyes de la naturaleza. Igual es el Universo moral al Universo material. Lo que es ley en el curso de un astro por el espacio, es ley en el desenvolvimiento de una idea por el cerebro. Todo es idéntico.—Cuando parecía, por el apetito de riqueza fuera del gobierno, y la inmoralidad dentro de él, podrida en la médula, y como sin cura posible, la nación; cuando en su aplicación veíanse corrompidas como en los países viejos, las instituciones políticas, y la naturaleza humana; cuando a vuelta de un siglo, toda era polvo la peluca de Washington, y polilla la chupa de Franklin y lepra todo Jefferson; cuando eran de ver, en el espíritu del gobierno, la usurpación y el desenfado, y el ímpetu de arremeter, so manto de Libertad, contra la esencia de ella en el país y fuera de él,—y en el país eran de ver la misma empleomanía, preocupaciones e imprevisión que desfiguran a pueblos de cima menos afortunada y grandiosa,—surgió, como por magia, en cada lengua un remedio, se levantó, como contra la esclavitud, en cada púlpito un apóstol; se ensañaron con brío juvenil, los honrados ancianos; relucieron aquellas mismas lanzas de la cruzada abolicionista; salieron de su silencio los pensadores vigilantes, que son, como la médula del cuerpo humano, la esencia escondida de los pueblos; y la República se mostró superior a su peligro.

¡Así sea para los males de orden mayor que se están comiendo el espíritu nacional, nacidos todos ellos, como las ramas de una semilla, del culto exclusivo a la riqueza! Se llenó el país de reformadores. Y la campaña que empezó en las elecciones de ciudad por despojar a los traficantes de votos del poder, poco antes omnímodo, de elegir a su sabor los municipios, creció, más aprisa que la nieve que rueda, y en tres años ha venido a parar en arrancar a los traficantes, organizados de modo formidable, el absoluto y descarado dominio con que venían imponiendo su voluntad en las mismas elecciones presidenciales sobre la unánime de la Nación y sus necesidades más urgentes.

A las raíces del mal se está yendo, se ha visto de donde el mal proviene. En las raíces se le está atacando. Así, de tiempo en tiempo, precisa purgar el campo de gusanos y yerbas.

Tímido primero, y luego más enérgico de verse desairado, empezó a alzarse entre los republicanos un clamor de reforma,—en la manera de nombrar los empleados, en los trabajos electorales y la recaudación de fondos para ellos, en la distribución fraudulenta del sobrante del Tesoro, en los derechos de importación que, con ser más que lo que el gobierno requiere para sus expensas, mantenían en apetito activo a las traíllas de logreros congregados en Washington para distribuirse el exceso, estimulaban la producción de artículos imperfectos, invendibles en el interior e inexportables, y hacían cada día más escaso el trabajo, más cara la existencia, y más sombrío el problema público. Enfrente de los demócratas al principio, cerca de ellos más tarde, y a su lado al fin, se unieron los republicanos honrados a la demanda de reforma, cuando no la originaron y consiguieron con más energía que los demócratas mismos, como en la ley que establece la elección de empleados menores en certamen público, y su promoción por mérito. Y como trocar el sistema de empleos, era descabezar la organización republicana, ahí culminó y por ahí se convirtió en guerra mortal, el desacuerdo referido, entre los republicanos que mantenían la urgencia de reformar la tarifa, purificar la administración, y estorbar con un buen sistema de empleos la complicidad del Gobierno y los funcionarios públicos en la preservación violenta e indebida del poder, y aquellos otros republicanos más influyentes en el partido y numerosos que, ayudados de los capitalistas cuyas empresas favorecen, originan su influjo y bienestar, y los mantienen en el ejercicio de su privilegio de distribuir empleos entre sus amigos y auxiliares.

¿De quién había de ser el triunfo en la convención de los delegados del partido, escogidos entre los que subsisten de su favor por los que lo comparten o lo esperan, sino de los que reparten los beneficios? De esta, secundado por los capitalistas, era Blaine el capitán; Blaine, que llama a la gente familiar por su nombre de pila, y a los Josés «Pepotes», y a los Migueles «Miquis», y «Tomasetes» y «Juanillos» a los Tomases y a los Juanes, lo que deja a estas gentes gansescas muy llenas de halago; Blaine, que con el rufián habla en su jerga, y con el irlandés contra Inglaterra, y con el inglés contra Irlanda, y fue el que quiso sujetar en hipoteca al Perú, bajo la garantía y poder americanos al pago del reclamo de un aventurero con quien andaba en tomares y decires y por cuyos intereses velaba con tal celo que convirtió al Ministro de los Estados Unidos, muerto después del bochorno, en agente privado del reclamo, que abusaba del gran nombre de su pueblo para que los beligerantes reconociesen la impura obligación, Blaine, móvil e indómito, perspicacísimo y temible, nunca grande; Blaine, acusado con pruebas y con su propia confesión escrita, de haber empleado espontánea e intencionalmente, en anticipo de una recompensa en acciones, su autoridad como Presidente de la Casa de Representantes para que se votara una ley que favorecía indebidamente los intereses de un ferrocarril en que ya tenía, por servicio no menos, una buena parte;—

Blaine, que no hablaba de poner orden en su casa, sino, de entrarse por las ajenas, a buscar, so pretexto de tratados de comercio y paz, los caudales de que los errores económicos del Partido Republicano han comenzado a privar a la nación;—Blaine, mercadeable, que a semejanza de sí propio,—en el mercado de hombres compra y vende. Tal Convención eligió a tal candidato. Blaine fue el electo. Por debajo de las banderas alquiladas, y de entre los delegados vendidos que habían ayudado al triunfo, salieron, llenos de rubor y de ira, los que con una generosa esperanza habían acudido a la Convención para ver de nombrar a un hombre honrado.

Había venido entretanto, criándose para la victoria, a la que son buenos pechos los desastres, el Partido Demócrata. Coincidiendo, en apariencia en toda cuestión grave, y aún en sus mismas divisiones interiores, con el Partido Republicano, no puede, sin embargo, desconocerse que lleva en sí poderosísima esencia y algo como la médula de la República el partido que quedó en pie después de haber abierto el camino a los rebeldes, dándoles eminentes defensores, y continuando luego la guerra con el voto cerrado de los enemigos de la Unión.

Mas los federalistas, que eran como los republicanos de ahora, se habían diseminado: los republicanos triunfantes no traían cuerpo esencial de doctrina, sino la misión accidental y temporal de mantener sujeta la Unión para cuya defensa habían nacido; y el Partido Demócrata quedó vivo, como partido de oposición, que con serlo tiene ya condiciones legítimas y útiles de existencia, como el último símbolo, y la semilla de derecho, de la doctrina de los estados rebeldes que por medio de él únicamente se manifestaban,—y, enfrente de un partido transitorio e infantil, como la urna de madera noble, hollada por los fusiles, roída por los gusanos, quemada por la pólvora, que guarda el aroma de aquellas colosales flores de justicia, radiosos pensamientos, con que este pueblo apareció a la vida. Aquella gran familia de estados, que tuvo, como toda casa joven, sus desconocimientos y turbulencias, mas que se asentó luego con el respeto y puntillosa cortesía de los hogares puritanos; aquella sustanciosa y fundamental elocuencia, novedad absoluta y reflorecimiento de la mente humana, cuyos radiantes párrafos parecen pabellones de victoria, y a la que se asoma el espíritu reconocido como a la mano de un padre, o como a un nuevo mar; aquella generosa épica, que en su día aparecerá, cuando la lejanía permita verla proporcionalmente, no abatiendo hombres, sino tallándolos; no tinta en sangre por una moza liviana, como la épica de los peluquines clásicos, sino de las ruinas del hombre, que salió mal hecho la primera vez, recomponiendo a la criatura humana, y quitándole las bridas, y coronándolo de luz; aquel espíritu, aquella letra, aquella revelación del tiempo heroico del pueblo americano, perpetúanse, como tradiciones de familia que han sólido ser abandonadas en el canoso Partido Demócrata, favorecido con el sutil prestigio de la leyenda y de la

buena casa. Imponen, esas acumulaciones de virtud. Los hombres, que apedrean la virtud, saben que necesitan de ella para salvarse.

Ve la gente, en la posteridad de los personajes ilustres, como la sombra de los grandes hombres. Y los pueblos, así como los hijos, aman más a sus padres después de muertos. Luego que cesó la guerra, y empezaron a brillar los mercenarios que ella sacó a flote, con la insolencia y ruidos propios de la gente advenediza, los ojos se volvían como a un descanso, a aquel viejo partido, arrinconado y expulsado, que purgaba en la pobreza su fausto y sus yerros; pero en el cual, más que en los atrevidos soldados triunfantes, vivía, con su traje de terciopelo negro y sus zapatos de hebilla de plata, el espíritu de la República.

Demócrata había sido el Sur antes de la guerra; y vencido en su tentativa de crear nación propia, mantúvose afiliado al partido que a sus contemplaciones con el Sur, tanto como a una corrupción administrativa, no menor que la de los republicanos de hoy, debió su salida del poder, punto menos que ignominiosa.

Y como considerable número de demócratas del Norte habían servido con lealtad la causa de la Unión, no les dañó grandemente que los estados rebeldes les continuasen afiliados, sino antes bien les dio la formidable masa de votantes que para equilibrar la de los republicanos, dueños de todo el Norte, necesitaban, mientras que la adhesión del Sur se explicaba como el natural apoyo de estados oprimidos al partido que mantenía la obligación nacional de respetar, como caudal ajeno, los derechos reconocidos por la Constitución a los Estados. Señores del Norte eran los republicanos: y del Sur, los demócratas. Más poblado estaba el Norte que el Sur, pero esta merma de población la reparaban los demócratas con sus partidarios del Norte numerosos. El combate, pues, comenzó a ser reñido desde las primeras elecciones y a pico cerrado. Con un poco que aflojasen los republicanos, con un poco que los demócratas creciesen, la victoria podía cambiar de lado.

Para un cambio en el gobierno, no se necesitaba un vuelco redondo de la opinión nacional, sino una oscilación ligera. Quedaba, para los demócratas, reducida la contienda a aguardar los yerros de los republicanos, a esperar a que se apaciguase la desconfianza que de ellos se tenía por su arraigo en los estados rebeldes, a presentar en las grandes cuestiones nacionales un programa más seguro y conforme a las tradiciones, que el de los republicanos. Todo lo cual dejaron de hacer cegados por intereses locales, durante largos tiempos. Y el poder les viene hoy, no de sí mismos, ni de ninguna especial virtud de la idea democrática, sino de la confianza que, a pesar de su partido, inspira Cleveland, por independiente y honrado, en un momento de corrupción gubernamental y alarma pública, en que la independencia y honradez hacen gran falta.

Aseguradas las libertades esenciales, sin cuyo completo goce no está justificada la paz en ningún pueblo honrado; anonadada la intentona de separación que puso a la vez en peligro la eficacia de la República como

forma de gobierno, y la existencia de la unión nacional; creados, en consecuencia de la población, confianzas y créditos que trajo la guerra, intereses enormes,—los problemas que a la guerra siguieron, salvo el de las franquicias del Sur, que los republicanos cercenaban y amparaban los demócratas, fueron, más que políticos, económicos. Y el de importancia mayor, y el único con el que uno de los dos partidos hubiera podido presentar batalla, era el problema del librecambio, que a cada elección parecía venir a ser el caso de combate, pero del que, como del escollo en que ha de zozobrarse, huían con igual tenacidad ambos partidos.

El librecambio, que solo impide el desarrollo de las industrias ficticias, y asegura baratez a la vida general, base firme a la riqueza y al comercio, y la paz, que de esto viene, a la Nación, se hacía cada vez menos fácil en los Estados Unidos, por haberse creado, al abrigo de un sistema engañoso, numerosas industrias violentas que ocupaban a centenares de miles de obreros, a los que humanidad y prudencia aconsejan no dejar súbitamente sin oficio.

No son en los Estados Unidos partidos de clases diversas los dos que se disputan el gobierno. Fabricantes y obreros hay con los demócratas; fabricantes y obreros hay con los republicanos. Por sus notables principistas y abnegados servidores de la cosa pública sobresalen los demócratas, pero muchos de ellos, como Cox, son hombres acaudalados; como Hewitt, grandes manufactureros.

Y manufactureros y operarios, tanto de un bando como de otro, son, según sus alcances intelectuales y la independencia de sus industrias, librecambistas o proteccionistas. De modo que esta no pudo ser línea divisoria entre las organizaciones rivales. Poderosa ala librecambista tiene el Partido Demócrata: más poderosa acaso la tiene el Republicano: y cuando una u otra de estas dos opiniones contendientes en el seno de cada partido ha querido extremarse y declararse como dogma de él, la opinión rival se le ha opuesto con tanta energía que la tentativa ha sido abandonada, porque de seguro abría en dos el partido, que para sus demás fines necesitaba conservar la Unión.

En economía, pues, uno y otro partido andaban igualmente vacilantes. En religión, fuera de estar siendo socavados ambos, como por el diente de una nutria, por la Iglesia católica, tan dividido en protestantes y católicos está el uno como el otro. En política, sí que los divide, aun sin saberlo ellos, el diferente concepto de la nación y su gobierno; pues los republicanos, que vinieron de la guerra, trajeron a la conducción de los negocios públicos los desembarazos y acometimientos de los vencedores, y en su política fueron de notar siempre, como pecho velloso que no alcanza a esconder la pechera bruñida, las cualidades del combate: el botín y la violencia; mientras que los demócratas, que de viejo guardan la leyenda republicana, miraban de mal grado a la muchedumbre violenta y novedosa, amiga de mandos imperiales y de pompas, y de excursiones por tierras ajenas, que, porque había salvado

de un peligro a la nación, se creía autorizada a prescindir y blasfemar de su espíritu:—por lo cual, aunque descontentos de mucho inmigrante burdo que a la prédica de las libertades les seguía, íbanse del lado demócrata los guardadores de la República: los enemigos del soldado.

Pero como unos y otros, aparte de esta distinción (no visible sino a las miradas penetrantes) donde gobernaban, gobernaban con iguales abusos, por ser ambos tajos de un mismo pueblo; como en ninguna cuestión capital se diferenciaban, sino que se dividían de igual manera; como que, el único problema imponente, a no ser el de la corrupción electoral y administrativa, era ese del sistema económico que la exuberancia de la producción y dificultad del comercio venían cerrando, en él parecían haber de parar al fin ambos partidos, e irse de un lado los librecambistas, republicanos y demócratas, y de otro, los proteccionistas de ambos bandos.

Mas los pueblos ricos, conservadores de suyo, solo aceptan en casos extremos las soluciones radicales, y ven todo cambio con horror secreto. De modo que como, a la vez que estas penurias económicas, cuyo remedio ha de ser a la fuerza violento y costoso, había disgusto de la arrogancia republicana, pruebas de su imprudencia en el manejo de los caudales del Erario, y miedos de que la libertad electoral, ya muy desfigurada por los que han hecho negocio de la política, quedase definitivamente en sus manos, por ahí se han manifestado primero, por no costar ahí nada el cambio, las inquietudes y cóleras del país descontento.

Y esto, no por sacudimiento de la masa votante, que solo se estremece cuando el hierro le entra en las carnes, o el lobo le aúlla a la puerta; sino por la briosa arremetida de la gente pensadora, que apenas vio cierto el peligro de la República, saltó a la plataforma, peroró desde los ferrocarriles, propagó por toda la nación la alarma, enfiló sus soldados en las cajas de imprimir, y en el borde de una navaja ganó la contienda. Mas lo curioso es que la victoria de los demócratas la han ganado los republicanos.

En la nación venían gobernando los republicanos; pero en algunos Estados los demócratas; y en New York, donde la opinión fluctúa, con inclinaciones democráticas, unos y otros, con lo que se tenía ocasión de ver que los de la oposición no eran más escrupulosos que los del gobierno en el modo de reclutar partidarios y premiarlos. New York principalmente estaba como roída por una caterva de hombres lustrosos y obesos, consagrados, con gran provecho, a mantener subordinado el voto de la ciudad a los intereses de una añeja corporación democrática. Tammany Hall, que como por la distribución de empleos pequeños y el avivamiento de las pasiones irlandesas, disponía del voto de la ciudad que es más importante que el del resto del estado y decide de él, no solo imponía sus candidatos al partido, sino que, por lo que New York pesa en los negocios nacionales, y por no poder haber ahora presidente sin el voto de New York, no podía aparecer candidato democrático a la

presidencia a menos que no consintiese de antemano en servir los intereses de Tammany Hall. Y los candidatos que sacaba electos, sabíase ya que entraban a sus oficios obligados a repartir puestos y ganancias con los miembros de la asociación: de estos empleos mayores obtenía los menores con que tenía sujetos a los votantes, que en cambio de ellos le daban el poder necesario para imponer condiciones a los que deseaban ser electos, o sacar por sobre sus contendientes a los que la asociación deseaba elegir.

Era Tammany Hall, con ser demócrata, tipo acabado, por lo que aquí lo describimos a la carga, de ese sistema de capataces, de caciques, de gamonales del voto que,—con no admitir en las listas de las asociaciones de barrio del partido sino a los que acataban sus voluntades, tenía sujeto por la raíz el voto público. Al fin, los no admitidos, que por indiferencia o respetos, venían viendo en silencio este abuso, se levantaron, y votaron. La revuelta fue en el campo republicano. Se levantaron los votantes ultrajados contra el *boss*, el cabecilla, el gamonal. Se levantó primero Brooklyn, hogar de la Iglesia protestante, que guarda a pesar de sus estrecheces—¿por qué no decirlo?—la semilla de la libertad humana.—¡Ah Holanda!—¡Ah Guillermo de Orange! ¡Ah, sembradores! vuestra mano, penetrante como una consagración—se ve aún sobre el hombro de estos reivindicadores de la limpieza de sufragio.

Sacasteis a la mejilla, mejor que nadie en Inglaterra y en Francia, la dignidad humana, que ya no se irá jamás del rostro. Fue Brooklyn la primera en rebelarse contra el *boss*, que en Tammany Hall tenía su representación más acabada. Y eligió a su *Mayor*, un joven honrado y rico, contra la oposición de los capataces del voto en Brooklyn. Y como el mal era nacional, por la Nación se esparció el contento y por los electores el crecimiento de fuerza que da la victoria. Y luego por sobre el *boss* eligió el Estado a su gobernador. Y al fin sobre el *boss*, tipificado en Blaine, eligió la Nación su Presidente.

El canevá de toda aquella urdimbre electoral, el huevo de toda aquella vileza, era la repartición de los empleos públicos. Los que «trabajaban» por el triunfo de un partido, se proclamaban con derecho exclusivo a que este los recompensase con los destinos de la Nación, así como los que de alguna manera contribuían a la victoria, y sin influjo o pecunia hinchaban el voto, creíanse con naturales títulos a las concesiones y preferencias que están en mano de los administradores de negocios públicos; de lo que deriva que el electo a un puesto no fuese en él, como que sin aquellos votos interesados no hubiera podido alcanzarlo, más que el cómplice y servidor expreso de estos intereses; vendida como se ve estaba la Nación, a los traficantes activos de la política, que por el alejamiento de las urnas de los votantes desinteresados o entrabados por miramientos de partidarios o tibios, dominaban sin contrapeso en las deliberaciones de ambos bandos. Porque donde llegaba al gobierno el demócrata, como que subía por la misma tortuosa escala, quedaba

sujeto a iguales compromisos. El gobierno tiene puestos que dar, y abusos que permitir, y contratos que autorizar; y los trabajadores lo eran por la golosina de los puestos, y los que los ayudaban, por la de las contratas y permisos. Lo que a los buenos republicanos indignaba, indignaba también a los buenos demócratas. Y así vinieron a juntarse, en la saludable revuelta, unos y otros.

Porque aquella misma diferencia en el partido dominante entre los republicanos de sangre entera, que mantenían en todos sus extremos la política gamonal, de disciplina, acometimiento y despojos, de subserviencia de sus adversarios, de befa y estrago de los pueblos débiles, de gobierno de conquista en conquista en lo interior y lo exterior, y los republicanos de media sangre, que querían mayor respeto a la voluntad nacional, menos alarde en las relaciones extranjeras, más pureza en las elecciones y distribución de empleos, más libertad para los miembros del partido,—existía, por causas iguales y con equivalente encono entre los demócratas. No se habla aquí del Sur, cuya simbólica democracia anda dividida por causas locales relacionadas con la guerra; sino del Norte, y de New York en especial, donde se extremó el mal y ha comenzado la cura.

«Borbones» se llaman entre los demócratas los viejos, los que gobernaban antes de la guerra, los que siguiendo el ejemplo inicial de los tiempos de ardiente contienda no concebían que bajo una administración hubiese empleado alguno que no compartiera sus miras políticas, los que en el gobierno contrajeron los vicios que de él nacen y han corrompido a los republicanos, los que más para los demócratas que para la Nación querían su vuelta a la gobernación pública, los que están a las tradiciones, y no a los tiempos. Mas en estos veinte años, mucha persona de buen pensar, mucho guardián de las libertades públicas, mucha gente moza a quien sacaba al rostro los colores la soberbia republicana, mucho elector del Norte que veía riesgos de guerra o tiranía en la tendencia del Partido Republicano a reunir en el poder federal las autoridades que pertenecen a los estados y garantizan el equilibrio y renovamiento indispensable a la existencia de esta nación vasta y numerosa, habían venido afiliándose, como al único partido combatiente fuera del que ocupaba el gobierno, al bando democrático, y creando dentro de él como tejidos nuevos, libres de la polilla que cernía la mente preocupada y los casaquines de seda de los empolvados «Borbones». Ni celos del Norte, ni invasiones a México, ni intolerancias mezquinas, ni explotación del gobierno en beneficio de los partidarios. Enfrente de los males creados por el partido republicano, y por el disgusto de ellos, había formado bandera esta gente nueva bajo los demócratas, de modo que no batallaban como los «Borbones» para recobrar su influjo y aprovecharlo bien, sino para destruir los abusos republicanos, para estancar en lo posible la sed inmoral de puestos públicos; para establecer las organizaciones del partido de manera que todos sus miembros pudiesen expresar y realizar en él sus voluntades

libremente; para reformar las elecciones de modo que los funcionarios no fuesen los meros ejecutadores de las imposiciones de las camarillas que le aseguraban el nombramiento; para aliviar de cargas innecesarias la importación de artículos y la vida general, sin comprometer de súbito la suerte de las industrias establecidas; para sacar de sobre las arcas del Tesoro a los explotadores que las cubren. Y contra estos demócratas nuevos, claman los trabajadores por empleos, los negociantes que los auxilian y dirigen, y los «Borbones».

Los «Borbones» son disciplinarios y quieren el mando como cuna propia, de que nada se debe a los que no sean miembros del partido, en lo que son como los republicanos de sangre entera. Y los demócratas menos miran el gobierno como la manera de afirmar el beneficio propio sirviendo con imparcialidad los intereses generales de la nación, y no creen que sea el gobierno una granja de los miembros del partido triunfante, donde pueden coger hasta la fruta, y rapacear a su placer, sino un depósito, en lo que se parecen a los republicanos de media sangre. Venían, por tanto, con semejante espíritu, hablando dentro de su partido con enemigos iguales, y acercados por natural simpatía, los mejores entre los republicanos y los mejores entre los demócratas. Tímidamente primero, y como en un ensayo, se unieron en Buffalo para la elección de corregidor de la ciudad a Cleveland. Ya con más franqueza, aunque sin confesión pública, juntaron de nuevo fortuna para elegir, siempre a Cleveland, gobernador del estado de New York. Por fin, abiertamente, y en notoria rebeldía, salieron de la Convención republicana muchos de los delegados más ilustres, decididos a apoyar; como apoyaron, al candidato de los demócratas, si en vista de este apoyo, el candidato fuese como fue siempre, Grover Cleveland.

Porque tuvo el Partido Demócrata la fortuna de que apareciese en él el reformador que los tiempos requerían, duro como un mazo, sano como una manzana, independiente como un cinocéfalo. No usa pompas en el lenguaje, ni en la vida. Cuando pasa un bribón, dice: «Ese». Cuando le piden que haga lo que no debe, dice: «No». Cuando le representan que un acto de justicia podrá dañar su adelanto personal o el de su partido, dice: «Es justo». Y como el país tiene ahora miedo de que los abusadores le sequen sus caudales, más aún que de que los «trabajadores» le vicien sus libertades políticas, se han dado todos a apoyar a este hombre sencillo, que se ha puesto sin miedo a la limpia de los bribones y la vigilancia de las arcas.

Con el auxilio de los republicanos tan puros, y contra el sentimiento borbónico de su partido, fue electo Cleveland al corregimiento de la ciudad de Buffalo, para que la gobernase con imparcialidad e independencia. Con tal entereza condujo los negocios de la ciudad, y ganó por ello tal fama, que el elemento joven del partido demócrata lo sacó triunfante sobre los «Borbones» corridos, como candidato al gobierno del Estado de New York, a cuyo puesto subió en hombros de demócratas y republicanos que lo ayudaron, ya con su abstención, por

no complacerles el candidato de su partido, ya con su voto silencioso. Y como Cleveland en su dificilísimo puesto mostró saber conciliar el agradecimiento a sus electores con sus deberes para con el estado, como no tenía que pagar por un empleo que no había solicitado; como que contra Tammany Hall, repleto de borbonismo, fue electo; y no cedió ni al deseo de atraerse más voluntades republicanas, ni a las amenazas de Tammany Hall; como gobernó con su partido sin faltar a sus deberes con la Nación, sino en ejemplo y provecho de ella, como en tiempos en que había clamor de honradez y fortaleza, subía la fama de Cleveland por fuerte y por honrado,— aconteció naturalmente que cuando con la designación de Blaine por la Convención republicana para la candidatura a la Presidencia culminó el desdén de los republicanos a la opinión nacional, y la indignación pública,—culminó de la otra parte, en la Convención Democrática, con floja e ineficaz oposición de los «Borbones», el anhelo de reformas en aquel que había demostrado que no tenía miedo para afrontarlas, ni exageración con que deslucirlas, ni debilidad en llevarlas a remate en Grover Cleveland.

Los republicanos disidentes, por considerar como un golpe en la mejilla la designación de Blaine, se organizaron en los Estados, se reunieron en junta pública, proclamaron su determinación de votar con los demócratas, y, contra gran parte de los demócratas mismos, los sacaron triunfantes.

Los más mordidos de borbonismo, los más vivaces partidarios de los demócratas viejos, los que no querían en el gobierno a la democracia joven, formada en los problemas actuales para salvar en ellos a la Nación, sino la de antaño, amiga e incondicional de sus secuaces y consagrada a su servicio; los capataces de votos, que llenará Tammany Hall, siempre por Cleveland tratados con severa firmeza, y sin aquella adulación a que los solicitantes de sufragio tienen acostumbrados a los de Tammany,—en masa se revolvieron contra Cleveland, y ya a la callada, ya a la faz, prescindieron de su voto, o se lo dieron a Blaine, que halló fáciles partidarios entre estos «Tomasetes» y estos «Miquis», y ayudados de ellos, en la gente de Irlanda, con el anuncio, desmentido, sin embargo por su conducta anterior, de que, en defensa de los irlandeses iba a poner la mano, como en el de un perro de presa, sobre el cuello inglés.

Mucho puede Tammany Hall entre los electores de New York, y muy bien organizados los tiene. Muchos votos de Tammany Hall faltaron sin duda el día de elecciones, aunque en público, afectó decir que apoyaría a Cleveland, y luego ha ido a festejar su inauguración en Washington. Mucho irlandés votó por Blaine, aunque mucho alemán republicano hasta ahora, votó en cambio con la democracia. Pero las demás asociaciones democráticas de la ciudad de New York, a que, dado el equilibrio nacional de las fuerzas de los dos partidos, estaba la batalla presidencial reducida; y el comercio en masa, que llenaba las calles bajo la lluvia con procesiones y banderas; y los republicanos disidentes, que

en plataforma, púlpito y prensa pelearon por Cleveland, con un ardor que entre los demócratas entibiaban mucho los «Borbones» airados, pudieron al fin, no sin grandísima dificultad, superar el voto de los republicanos disciplinados, y los tránsfugas demócratas por poco más de un millón de papeletas en diez millones de votantes: ¡honradas papeletas, alas del derecho, que por encima de candidaturas censurables aunque previsoras, como la de Butler, o ineficaces, como la del Partido de Temperancia, o curiosas como la de la señora favorecida por las sociedades del sufragio femenil, han llevado al sencillo reformador a que la oree y purifique, a la Casa Blanca!

Así cayó el partido republicano del poder: así sube, y en esas dificultades queda en él, el elemento joven del partido demócrata. No tiene la virtud más enconados enemigos que los que la ven de cerca!

JOSÉ MARTÍ

*La Nación*. Buenos Aires, 9 y 10 de mayo de 1885.
[Mf. en CEM]

## SUCESOS DE LA QUINCENA

Proceso del banquero Fish.—Vindicación de Grant.—Escenas de su agonía.—Memoria del general Santa Anna.—El aniversario del rendimiento del general Lee.—La escena en Appomattox.—Movimiento político en Washington.—Continuación del análisis del actual problema político.—Modo y razones con que combaten los elementos del Partido Demócrata.

Nueva York, abril 14 de 1885.

Señor Director de *La Nación*:

Grant, vindicado, expira; y si como presidente dejó pensar y gobernar por sí a sus amigos y valedores, que abusaron de su nombre y desconocimiento de la cosa pública en provecho de ellos y de sus camarillas; si como soldado deslució sus glorias adquiridas en la campaña contra los estados del Sur, con su disposición a marchar a la cabeza de las tropas que debían en caso de protesta armada de los electores del demócrata Tilden, colocar en la presidencia al republicano Rutherford Hayes, nombrado en virtud de fraude; como hombre de negocios al menos, aunque débil y ciego, cual suelen ser fuera de sus quehaceres militares, los hombres de armas, queda bien probado que le engañaron en vil acuerdo un atrevido bribón, Ward, a quien quería como a un hijo aventajado, y un presidente de banco, Fish, que arregló con el rufián la manera de ir disponiendo, en forma de préstamo a su cómplice sobre seguridades nulas o supuestas, de los depósitos acumulados en el Banco, que como provechos de la firma Grant, Ward y Cía. iban, en parte a Grant y a sus hijos y en parte mucho más considerable a Ward y a Fish. El nombre de Grant lo había deseado Ward, de rostro vago, lechoso y lampiño, y mirada llena de atrevimiento y desvergüenza, que en el mundo pasan por intrepidez y empuje,—ya por los naturales beneficios que, con semejante asociado y el caudal que él y sus hijos aportaban, habían de venir a la firma; ya por la esperanza de tener por medio del ex presidente aquellos prolíficos y misteriosos negocios de gobierno que en todas partes, según es fama, hacen crecer a ríos, allegados por de contado con aguas turbias, las fortunas que eran antes de ellos escuálidos arroyos. Y Grant, por su parte, airado de que los Estados Unidos no abundasen en aquellos sordos e imperiales deseos suyos de extensión y conquista que le hacían desear por tercera vez la presidencia, y en que le apoyaban, como jefe del partido de resistencia a las masas inquietas, los que pudieran llamarse aquí conservadores, se echó de bruces, espoleado por la visión de crecimientos súbitos y el amor a sus hijos, en las tramas de uno de esos proyectistas ávidos lenguaraces que, por su falta de escrúpulos y sus capacidades de acometimientos, hallan siempre acogida en los negociantes crédulos o

ambiciosos. Mas por Grant no vinieron, como Ward suponía, aquellas secretas influencias y contratos pingües que de él se aguardaban; ni Ward, que tenía en estos toda su esperanza, supo hacer más, si esto siquiera hizo, que mermar de tal manera en unas cuantas especulaciones secretas de Bolsa, el capital aportado por Grant y sus hijos, que a poco de asociarse a ellos, ya le fue preciso, en la esperanza acaso de una salvación remota, fingir, en compañía de Fish, y merced a la prominente situación de Grant, la existencia de productivos contratos de gobierno, con cuyos amplios rendimientos explicaba el alto interés que pagó siempre, como incentivo para atraer a sus arcas las fuertes sumas requeridas ya por él para algunas especulaciones locas que aumentaban sus apuros, ya por su cómplice Fish, para ir cubriendo la falsa situación del Banco, que en tanto estuviese en pie les proporcionaría sumas que irse repartiendo como provechos de la firma. Grant entraba y salía en estos negocios, y firmaba en ellos mucho, mas sin entenderlos.

De fumar con exceso se le llegó a acentuar en la garganta una disposición cancerosa que hoy se extiende por toda ella, y ya le está comiendo, en presencia de un pueblo afectado, las últimas migajas de la vida. En mortaja lo envolverán cuando se muera; pero cuando el desastre de su firma trajo aquel pánico de Wall Street, en que las mujeres llamaban sollozando a las puertas de los Bancos cerrados, que habían jugado sus ahorros, y los hombres fornidos se sentaban en los bordes de las aceras a llorar su ruina como mujeres; cuando su prolongada asociación con aquellos dos desfalcadores y truhanes, que solo una excesiva ignorancia explica, trajo sobre su cabeza las acusaciones y desvíos más rudos; cuando el que se vio tratado por encima de Washington en su propia tierra, y como a rey en las ajenas, se veía en política desdeñado como jefe inepto y ambicioso, y en privado como el amparador y compadre de un fullero; cuando a duras penas recobraba un tanto del respeto público por su determinación de pagar con sus mismas reliquias de guerras y viajes los ciento cincuenta mil pesos que por consejo de su asociado pidió a su amigo Vanderbilt, y este dio sin tardanza, y no quiso cobrar luego; cuando del más alto poder y fortuna vino a verse de modo que recibió con lágrimas de agradecimiento unos mil pesos que dejó en su mesa D. Matías Romero, el ministro mexicano en Washington, que le quería muy bien, y unos quinientos más que le mandó en préstamo un extraño compasivo;—mortajas fueron ya para aquel hombre, rotas todas sus vestiduras, y el día mismo que le veía vivir, y los rayos de sol que por el alma triste le penetraban como espadas: ¡solo para los felices es hermosa la Naturaleza! Y a todas esas humillaciones venían a unirse la áspera censura de algunos diarios inclementes, que aquí sacuden el látigo sobre la frente de los moribundos y las cenizas de los muertos, y la negativa de la Cámara de Representantes a cumplimentarle con su colocación en las listas de retiro en el carácter de General en Jefe que abandonó para

ocupar la presidencia. Hacía Grant pensar en aquel desdichado general Santa Anna de México, que llegó a ser venerado como Alteza por las gentes de su pueblo y murió al fin, ya después de mucho tiempo de haber muerto, apagadas sus atrevidas ilusiones, vacías las arcas pródigas en que tanto aventurero puso mano, solo, apretados los dientes, con un rasgón de su colcha entre las manos crispadas, en cuarto de paredes polvosas y de alfombra roída, como por el despecho su propia alma.

Mas ni fueron como las de Santa Anna, las culpas de Grant, ni esa por cierto será su muerte, aunque en la amargura y desastres de los últimos meses de su vida se venían pareciendo.

Porque, no bien fue el peligro de Grant conocido, y se supo que el general que sacó a puerto la Unión, y recosió con su espada la carta rota de la República, tanto bajo el peso de sus desdichas como bajo el de sus enfermedades, se moría, los enemigos esgrimieron con menos fiereza sus armas; los veteranos comenzaron a recordar hechos gloriosos de su jefe; el Congreso avergonzado de su demora lo puso a la cabeza de la lista de retiro; los sacerdotes de sectas diferentes que en esta época del año—buena para gente anciana—se congregan, le enviaron sus plegarias; la Casa Blanca, que está ahora en los recibos de primavera, suspendió sus banquetes y sus bailes; los niños de las escuelas, con rosas cogidas por sus manos, le mandaron su tristeza y sus buenos deseos; la calle de su casa, en los días en que más se ha temido por él, no se vio un instante sin grupos de gente silenciosa, que miraba amorosamente a las ventanas del cuarto donde expira, y en que la luz, a través de unas cortinas amarillas, entra para verle luchar, con un valor que le atrae las simpatías que le enajenaron sus errores, faz a faz y a sabiendas con la muerte para oírle despedirse uno a uno, y con voz entera, de su mujer, y de sus hijos y de los amigos que rodean su cama, para alumbrar la escena en que, sentado en su sillón de brazos, declara en el proceso del banquero Fish hechos que llevan a toda la nación la certidumbre de la inculpabilidad de Grant en las vilezas de la firma que llevó su nombre, y para ver cómo lo escribe, ya limpio de esta mancha, y generalmente venerado, en el libro de autógrafos de un niño.

Así queda muriendo. Y el banquero Fish, juzgado en jurado, muy discreto por cierto, en estos días, es reconocido culpable de los cargos más graves que puedan hacerse a un negociante honrado, cada uno de los cuales, que son nueve, lo sujeta a prisión, de cinco a diez años. En prisión está ya, cubierta la mala cabeza, cabeza turbia de anciano vicioso, con un casquillo de seda negra; sin que en el rostro gris de barba rala, acentuado por los labios gruesos y los ojos fríos, se le note la grande vergüenza de haber venido a parar de presidente de uno de los bancos más sanos y antiguos de la Nación en despreciado huésped de una de sus cárceles. En la misma está Ward; y se esquivan, como dos cobardes que han tenido quehaceres con la misma moza. Así vio Fish el 9 de este mes, aniversario de la mejor batalla que ganó Grant en su vida

de soldado, y de su clemente aceptación de la rendición de los confederados en Appomattox.

El 9 de abril era; Appomattox, río estrecho; en el pueblo, cinco casas; un juzgado, un taller de carrero, una pulpería, una casa de ladrillo, una taberna; del pueblo al río, un terrenillo, y en él un manzanar, que daba buena sombra; a un lado del camino, donde un negro tiene ahora una cabaña, descansaba Grant, recién llegado, bajo unos pinos: del otro lado, a lo lejos, ya seguro de que el maravilloso Sheridan le había cerrado con su caballería el paso por donde pensaba escapar con su ejército, venía el general Lee, despacio sobre un caballo rosillo, vestido de coronel confederado, a la cabeza de su Estado Mayor. Ya había venido carteándose con Grant sobre la manera de efectuar su entrega; ya llevaba la bandera de los estados sin fortuna caída sobre su corazón; no quería ya más sangre americana; venía muy lentamente, bajo el ala del fieltro oculto el rostro, las riendas sobre el cuello del caballo; y, en silencio, llegaron al sombrío.

Sentado estaba allí entre sus oficiales apeados, sobre unas estacas de la cerca del manzanar con que le improvisaron un asiento, cuando se vio venir en son de ataque a una parte del ejército del Norte. Hizo Lee enarbolar en una astilla un lienzo, que no se sabe si fue pañuelo o toalla, y con él en alto salió un emisario al paso de los federales, a decirles que Lee, rendido, deseaba ver a Grant; de debajo de un árbol de manzana, salió con este mensaje el emisario. Viose a poco subir por la pendiente a un hombre corto y recio, de holgados vestidos, y fue hacia él seguido por sus oficiales hasta poco trecho, Lee, que se bajó de su caballo a medio camino, y siguió a pie a saludar al que venía. Dicen que de lejos no parecieron más que buenos amigos que se dan la mano y hablan de cosas indiferentes. Concertaron allí nueva entrevista, para firmar las estipulaciones de la rendición; y esto hicieron unas dos horas más tarde, en la casa de ladrillos, a donde Lee acudió con su mejor traje, y al cinto la espada, que cuando salió de allí llevaba: Grant iba en traje descompuesto por no haberle llegado con el triunfo su equipaje, y recibió de manos del desdichado capitán uno de los más grandes ejércitos que han movido guerras sobre el mundo, mas no quiso que los confederados rindiesen sus caballos «porque habían de hacerles falta para el arado de la primavera!».

Lee, casi lloraba. ¡A Grant, que montó a poco a caballo y siguió a Washington, no se le vio ni alegre, ni movido con afecto alguno el rostro! A las pocas horas, el árbol de manzanas a cuya sombra se había sentado Lee estaba hecho trizas, y todas ellas en manos de los soldados federales, que aquella noche se las enseñaban con júbilo al resplandor de las grandes hogueras con que festejaron su victoria.

Otras batallas se lidian ahora en Washington, diversas de las que se libraron en aquellos días. Batallas son de empleos y de damas.

Las damas, por sus puestos de precedencia ¡quién lo dijera de la republicana Casa Blanca!; por empleos, los políticos de profesión de los

estados, todos, que ya se van volviendo, cariacontecidos y sin credenciales, pero que todavía, de cuando en cuando, apoyados por los demócratas antiguos, se aprietan unos contra otros, como los bisontes, y arremeten unidos, levantando gran polvo, con los cuernos rasando la tierra, contra las puertas cerradas de la presidencia y las secretarías, que a nueva guisa, y no a la añeja, están distribuyendo puestos pocos; mas ya estos buscadores de empleos están desapareciendo de lo visible, como los bisontes. Solo que, llenos de despecho, reaparecerán por todo el país, obedeciendo acaso al mandato de la vieja democracia irritada, para impedir, con todo género de esfuerzos de palabra y obra—que en la Convención de delegados demócratas que cada cuatro años se congrega para designar el candidato del partido a la presidencia, vuelva a salir electo, aunque el partido corra riesgo de volver a la derrota, «¡ninguno de estos ridículos demócratas mozos que pretenden que la gente trabaje por la victoria de un partido que se niega después a darles empleos!». Aunque esto harán los solicitantes despechados, con auxilio de los demócratas de antaño que ven desdeñados sus métodos y maltrecho su influjo en los altos cónclaves demócratas, sin recordar, que, entre otras reformas, anda en camino la de esas mismas convenciones electorales que no son asambleas oficiales de la Nación, sino un modo privado de los partidos de discutir y presentar sus candidatos a la presidencia, en vez del modo antiguo que consistía en que los representantes y senadores de cada uno de ellos en Washington se reuniesen en convención para acordar y nombrar el candidato.

Y la reforma acaso irá más lejos, puesto que actualmente, las convenciones de los Estados, que son los riachuelos que dan en el río mayor de la Convención Nacional, designan a los votantes que las obedecen, los electores presidenciales, encargados por la Constitución de escoger el Presidente de la República; y como los partidos están organizados de manera que no la han de votar fuera de la cédula adoptada en las convenciones, o es inútil el voto, se está estudiando por gente de peso un plan de elecciones presidenciales que no sujete a los electores nombrados por los Estados a la dependencia absoluta de las decisiones de la Convención que los designa, a la cual están ahora sujetos; sino que, ya que el nombramiento de los electores es irresponsable, puesto que lo establece la Constitución, este sea hecho de manera que el tribunal de ellos escoja libremente de entre todos los candidatos, o fuera de estos si le parece bien, el que haya de ser Presidente de la República. Gran batalla será esta, y no menor de la que acá se necesita para ir salvando a esta Nación de la corrupción y desastre que, a seguir por las vías porque iba, le aguardan; mas todavía no está cercana. La de los empleos es la que se riñe ahora.

José Martí

*La Nación.* Buenos Aires, 2 de junio de 1885.

[Mf. en CEM]

## CARTAS DE MARTÍ
## SUCESOS DE LA QUINCENA

Conducta de Cleveland en el poder.—Espíritu y práctica de su gobierno.—Su teoría y manejo de los empleos públicos.—Los nuevos empleados.—Reforma en la organización de los partidos políticos.—Casos de prueba.—Los republicanos aún en sus puestos.—Los nuevos enviados diplomáticos.—El conflicto de Centroamérica, la muerte de Barrios, y la actitud de los Estados Unidos.—Actitud de los Estados Unidos después del incendio de Colón en la guerra de Colombia.

Nueva York, abril 15 de 1885.

En los Estados Unidos fue uso siempre, desde la época de su fundación en que los demócratas de ahora se llamaban republicanos, y los que en tendencias se parecían a los republicanos de ahora, federalistas,—el cambiar, de la raíz al tope, todos los empleos cada vez que, aún, cuando fuera del partido mismo, y sobre todo cuando el partido cambiaba, entraba en el gobierno un presidente nuevo. Mas entonces se debatían intereses esenciales, y las pasiones de los que batallaban por decidir la suerte futura del país eran ardientes e inconciliables y tan opuestas sus tendencias que con los unos no podían gobernar los otros. Triunfaron definitivamente al fin los mantenedores de la Constitución; y sus adversarios, seco ya aquel primer campo de batalla, entraron a reñir, con menos ira, y ya sobre el país fundado, en los campos menores que la política corriente iba ofreciendo.

Y desde antes de la guerra se hubiera notado este decrecimiento de pasión, y esta reducción de la contienda por el gobierno a una contienda de métodos administrativos y económicos, a que está reducida ahora, si no hubiera quedado aún en pie aquella cuestión esencial, preñada de problemas y de llamas, la cuestión de la esclavitud, que trajo al fin, como lo previó Webster, la guerra.

Con los amigos de los esclavos no podían gobernar los enemigos de la esclavitud, que venían al poder con el ánimo de irla destruyendo. Con los enemigos de la esclavitud, y de sus defensores del Sur, no podían gobernar los hombres del Sur, decididos a mantenerla.

Por las diferencias constitucionales primero, y por las esclavistas luego, se concibe cómo, ni aun en manos de aquel clarísimo Jefferson, pudo el gobierno librarse de la práctica, entonces necesaria, de cambiar casi totalmente los empleados públicos a cada presidencia. Mas extinguida con la guerra, en tanto que se presenten nuevos problemas, la última diferencia esencial, llegóse a ver, como en estas correspondencias queda minuciosamente explicado, que de la viciosa manera de distribuir los empleos, y del ansia de ellos, venían, ayudados de los apetitos de las grandes empresas y los miedos de los capitalistas, los defectos graves del sistema político, que iban ya penetrando en la

Nación. Casta de holgazanes. Casta de legisladores traficantes. Nación indiferente. Los que dan el poder con sus votos en liga con los que distribuyen los provechos que vienen de la posesión del poder. El Ejecutivo a las órdenes del Legislativo, en las funciones que son de aquel, para el buen rodaje nacional. El Legislativo a las órdenes de los electores.

A quien no ofrece puesto, no se da voto. De modo que ya se dijo—o la Nación se iba a pique, o se veía modo de poner fin a estas rapiñas y vergüenzas. La reconstitución moral de la República, seriamente amenazada, había de empezar por la reforma en la distribución de los empleos. Cleveland, ascendido al poder en virtud de estas doctrinas, y contra los miembros de su partido que las desatienden y ridiculizan, tendría en el poder entereza bastante para afrontar la amenaza, la injuria, la burla, la calumnia, el desdén, el abandono, que habrían de apilar sobre él, como han apilado, los demócratas viejos, celosos de su influjo en tiempos en que las cuestiones eran otras, y los buscadores de empleos que, en acuerdo con las antiguas costumbres, más que por el triunfo de un sistema político, trabajan por un cambio de gobierno que les asegure puestos de lucro correspondiente a sus servicios? Pues Cleveland ha tenido esta entereza:—y esa frase explica todo lo que ahora, con inflamada verba, llena los diarios, republicanos o demócratas.

Vienen de los estados diputaciones especiales, con largas listas de candidatos para los empleos ocupados por los republicanos, y al pie de ellas, firmas de los demócratas que en los estados mandan en los votos;—pero los republicanos, si han sido honrados, en los empleos se quedan, y las diputaciones especiales, recibidas sin mucho agasajo, a sus estados se vuelven, aunque sin las listas, que por orden de turno quedan cortésmente registradas en las Secretarías a que los empleos pertenecen.

Era con los otros presidentes, en estos meses de la primavera del año de la inauguración, una antesala del Conde Duque la casa presidencial; y el presidente para nada más tenía tiempo que para oír recomendaciones y demandas, y esquivarse o prometerse: con Cleveland, los solicitantes comenzaron, si bien con parsimonia, a invadir la Casa, mas de tan firme manera fueron los más señorudos enviados para reforzar su empeño al secretario a que el puesto solicitado incumbía, y el secretario con la entereza daba a entender que el viejo tiempo es ido, que a poco ya estaba tranquila la Casa Blanca.—Antes, a cada entrada de gobierno, representantes y senadores acudían a cada secretario con la lista de los empleados de sus demarcaciones, de antemano adjudicados a los que les habían ayudado mejor, ya en su propia elección, ya en las demás del partido; y fuera del natural contrapeso de influencias rivales de otros republicanos o algún deseo particular del gobierno; los empleos iban, so pena de la hostilidad del representante en el Congreso, a quienes este señalaba, por lo cual era visto como el dispensador de puestos públicos en su distrito: y como los Senadores son electos de más indirecta

manera, que comprende demarcaciones democráticas, estaba esto concertado de modo que a los republicanos pertenecía, como de derecho natural, la distribución de los empleos de su distrito entre sus secuaces; y a los senadores la de los empleos de los distritos demócratas, lo que era tan sabido que cuando un demócrata quería un puesto, al senador o diputado republicano lo pedía, no al suyo, que en tal arreglo no tenía manera de influir en las Secretarías:—y sucedió naturalmente que al venir al poder los demócratas, a sus senadores y representantes enviaron sus pretensiones los aspirantes, y aquellos, ya en casos estrechos con su recomendación personal, ya en casos comunes endosadas con su firma, las presentaron al presidente o a los secretarios; mas la austeridad de estos ha puesto la honradez en moda, y el senador que más se muerde los labios, y el representante que más murmura de un sistema que le pone en riesgo a su juicio la elección próxima, hacen gala de no ser vistos por las Secretarías, u ocultan que alguna vez lo fueron.

En cuanto a empleos, cambios ha habido, inevitablemente en todos aquellos empleados que por la naturaleza política de sus funciones, han de estar para que estas sean eficaces, en acuerdo con el espíritu y métodos del gobierno cuyas ideas administrativas aplican. Los representantes extranjeros se han cambiado; los jefes de secciones en los departamentos; el personal privado en cada uno de estos; el personal director de aquellos ramos confesamente necesitados de reforma. Mas en un caso conspicuo, para el que los republicanos observadores y los demócratas viejos, se apretaron su mejor cinto y batallaron sobre su mejor caballo,—en el caso de Director de Correos de Nueva York,—un republicano probo, que no torció nunca a servicios de partido su correo, y ayuda con voz y acto a la reforma, iba a cesar, por expiración de término, en su puesto. El comercio lo deseaba. Toda la ciudad, y el estado todo, lo apoyaba. Había cumplido con su deber irreprochablemente. Pero si, para otros puestos, bien que de espíritu político, y para hacer la reforma que ya este republicano tiene hecha, se habían nombrado demócratas; ¿por qué a su salida natural de su empleo, no habría de nombrarse en su lugar a un demócrata? ¿Qué demócrata es Cleveland, y cómo considera a su partido, que así va a poner en manos de un republicano la Dirección de Correos de New York, que dispone de mil setecientos empleos? ¿Cómo se contentará sino con este puesto deseado, a tanto prohombre demócrata de New York, que puede dar a los republicanos el triunfo en las elecciones de noviembre, y de Brooklyn, que tan bien combatió por Cleveland?

¿Para quién trabajó la democracia; para los republicanos? Pues si Cleveland deja en la Dirección a Pearson, «contra nuestra voluntad, la voluntad de los demócratas de New York, suceda lo que suceda,—¡ya verá Cleveland!» En estas y mayores razones andaban los demócratas viejos, que en New York son los más, y acaso en toda la Nación; cuando se supo, con mucho regalo de la parte honrada, y con mucha ira de los

«Borbones», que Cleveland, asesorado por demócratas ilustres, había hallado ejemplar la conducción de la Casa de Correos por el empleado republicano: y lo dejó en su puesto. Las amenazas culminaron. La rebelión alzó las armas. Los «Borbones» pronosticaron la derrota del partido en noviembre, que sin duda desean, para forzar con este escarmiento a Cleveland a que acate su sabiduría y les ceda la jefatura del partido. Cleveland, sin duda estaría ya arrepentido frente a su oposición, de haber nombrado al republicano!

Sucedió en esto que el Comisionado de Pensiones, porque cierta señora que tiene un buen empleo había ofendido en cosas políticas a un amigo suyo, le pidió por telégrafo, a uso republicano, que enviase su renuncia; a lo que respondió la señora que quitarle el puesto lo hiciera el Comisionado; pero renunciar ella, no.

Y el Comisionado acaba de ser nombrado por el nuevo gobierno: este es otro caso de prueba. Es verdad que la señora ha vociferado un tanto, y como desafiado el poder del presidente. Mas no parece que este dé razón al empleado demócrata, sino que, caso de que la señora no desfigure su derecho con provocaciones excesivas, Cleveland estará por la señora.

Y en el nombramiento de representantes [en el] extranjero, que por su importancia precedió a todos los demás, igual fue la sorpresa, cuando si bien en irreprochables individuos no recayó la elección en aquellos prominentes personajes del partido en quienes, por haber ganado antaño glorias en contiendas domésticas, todos tenían puestos los ojos, mirando más en los destinos una recompensa que un trabajo público. Mas Cleveland los considera evidentemente de esta última manera, y no de aquella; por lo que no eligió para los altos puestos de la diplomacia políticos de mera reputación nacional, o meros magnates demócratas, sino aquellos que, a las condiciones generales de antecedentes y cultura que han de asegurarles el respeto que su situación exige, reúnen en cada caso las condiciones especiales necesarias para resolver las dificultades que él presente. A Inglaterra, en diplomacias consumada, que con los Estados Unidos tiene pendientes cuestiones tan importantes como la validez del tratado Clayton-Bulwer y las de la extensión de los derechos de los irlandeses naturalizados, americanos en Irlanda, envió al caballero Phelps, tan llano como discreto, muy conocedor del carácter y legislación de Inglaterra, y maestro eminente de ley internacional.

A Francia, donde el conocer a los franceses tanto importa, mandó a quien lo es en modales y aficiones, y se educó entre ellos, al caballero McLane, muy distinguido. A Alemania manda a Pendleton, no por ser, como es, demócrata de mucho viso, sino porque el alemán lo habla como el inglés, y las cuestiones pendientes o probables con Alemania, sobre su general ilustración, le son de particular conocimiento.

Y a España, ni siquiera un demócrata nombra; sino que como el republicano Foster inició y llevó a su estado actual el tratado de

comercio entre los Estados Unidos y las Antillas, que asegura sin duda a aquellos la dictadura comercial en estas, ruega a Foster que permanezca en su puesto, por lo menos hasta que termine el tratado. En tal espíritu han sido hechos los nombramientos restantes de ministros y cónsules. Solo al Perú va un caballero que, aunque conoce un tanto sus asuntos y no tiene tacha, tampoco cuenta derechos especiales; por más que parece que el Secretario de Estado espera mucho de las cualidades de que sabe poseedor a Mr. Buck, entre las que es la primera un decidido respeto a la independencia de los países a que los representantes diplomáticos van acreditados. A Chile va de enviado un caballero de buena historia política, varia y limpia fortuna y distinción personal: el coronel Roberts. A México, como acatamiento a los derechos del Sur, y cumplimiento a la cultura y aficiones mexicanas, envía Cleveland el general confederado Jackson, persona literaria, y de mucha moderación y riqueza.

Va ya tan adelantada esta carta que apenas queda en ella espacio para dar cuenta de la intervención discreta, aunque no hubiera llegado a ser, ni tenía derecho a ser, eficaz, de los Estados Unidos en la tentativa de unir por la fuerza bajo un solo imperio las cinco Repúblicas de Centroamérica, tentativa que solo la muerte violenta del que la venía desde hace tantos años acariciando, impide comentar con la sagrada dureza y ardiente inmisericordia que inspiran las ambiciones de los tiranos.

¿Cómo no ha de haber anticipado el cable que Barrios, el dictador de Guatemala, es muerto; que en una fiesta de ópera bufa hizo leer la proclama en que se anunciaba Dictador Militar Supremo de las cinco Repúblicas centroamericanas; que mal seguro a última hora del apoyo del Presidente de El Salvador, escurridizo y misterioso, echó sobre él su ejército preparado, y ya en camino para unirse al de Honduras, mientras que Zaldívar, el presidente salvadoreño, aclamado jefe del ejército de resistencia por Nicaragua y Costa Rica, y apoyado por México eficazmente con un contingente de armas que marchaba sobre Guatemala, reunía en la frontera guatemalteca, para cerrar a Barrios el camino de Honduras, el ejército desesperado que en una batalla ya legendaria libró a Guatemala de un dueño cruel, a Centroamérica del más grave de sus peligros, y a nuestra historia americana de un período de espanto y de vergüenza? El cable ha de haber dicho que el senador Edmunds hizo aceptar en el Senado una resolución tan enérgica que hubiera sido punto menos que una declaración de guerra contra el Dictador, a no haberla templado con su mera repulsa moral el secretario de Estado, Bayard. No: los Estados Unidos no intervendrían en las querellas intestinas de los centroamericanos; pero defenderían a sus súbditos en aquellas tierras; y las propiedades de ellos, y protegerían la comunicación por el cable interrumpida, a lo que enviaban ya el buque y las instrucciones necesarias;—y el cable habrá dicho, cómo el generoso México, que por justo aborrecimiento a la conducta y atentado de

Barrios, se ligó por telégrafo en suerte de armas con El Salvador, y le ayudó grandemente con distraer parte de las fuerzas de Barrios en ir a esperar a los mexicanos que se le venían encima,—desiste, apenas Barrios muere, de todo preparativo de guerra, y de las intenciones de aprovecharse de su posición de persona mayor en Centroamérica, que los Estados Unidos ya le suponían, más celosos que conocedores de su noble vecino mexicano.

Y ya el cable habrá dicho también cómo los Estados Unidos armaron en unos cuantos días, con determinación y sin alarde, unos seiscientos hombres de marina, y en sus humildes buques de guerra, en vapores mercantes, los enviaron a proteger en el istmo de Panamá las personas e intereses de los ciudadanos americanos ya en Colón, reducida a cenizas en la guerra civil que ahora enciende a Colombia, ya en Panamá, que a la fecha queda en manos de los revolucionarios: mas la expedición llevó y ha cumplido la orden de proteger a los súbditos, y reponer el tráfico interrumpido por el ferrocarril del istmo, a lo que están obligados los Estados Unidos por tratado, sin intervenir para esto en modo alguno con la contienda doméstica que divide ahora a Colombia, ni juzgar en ella, ni ayudarla en una parte u otra. Corre el ferrocarril, Colón repara sus muelles. En Colombia pelean contra el Presidente liberal que se entrega a los conservadores, los liberales que, extraviados en querellas internas, no vieron que, so capa de buena lengua y literatura latina, siempre gratas a pueblos cultos, se venía encima de sus escuelas laicas, de sus instituciones tolerantes y del gobierno que las mantiene, un grupo político que nada ve en América tan estimable como en España, ni reconoce en aquella destinos propios que en algo la apartan de su fundadora, ni con la España nueva está, de Núñez de Arce, y Ateneos, sino con aquella otra canónica y desusada, que rey y clero quiere, y es como era cuando recibía tributo de los indios arrodillados en los zaguanes empedrados de huesos en Guatemala.

JOSÉ MARTÍ

*La Nación*. Buenos Aires, 5 de junio de 1885.
[Mf. en CEM]

Grant mejora.—Cómo se despidió Lee de sus soldados.—La casa y el ferrocarril.—Quincena de crímenes.—Un joven distinguido se mata, y mata a su madre y a su hermana.—Males modernos.—El mal de las aspiraciones excesivas.—Exhibición de cuadros americanos.—Bosquejo del arte en los Estados Unidos.—Recuerdos del arte en México.—Los tipos del arte americano.—Creación del arte.—Los pilluelos de Brown.—Reforma trascendental en el Colegio de Harvard.—Modernos contra antiguos.—Una victoria del espíritu moderno.—El estudio del griego y el latín no será obligatorio en la Universidad.

Nueva York, abril 23 de 1885.

Señor Director de *La Nación*:

Funerales de Grant; suspensión y estremecimiento público; reunión definitiva, junto a su féretro, de los federales y los confederados; reavivamiento en los diarios de las trágicas y pintorescas memorias de la guerra;—de como en Petersburg, que fue terrible, nadie vio temblar a Grant, sino andar a paso contenido en su caballo, de un lado para otro, con un tabaco en la boca, siempre encendido; de cómo Lee, cuando acabó la guerra, reunió a todos sus generales frente a su casa de Richmond; que echaron pie a tierra, con las bridas al brazo, de cuyo modo se fue Lee despidiendo de ellos uno a uno, tomándoles largamente por la mano, y mirándoles, en silencio, muy despacio, en el rostro, en el rostro de todos aquellos generales que lloraban, después de lo cual, sombrero en mano, cuando ya muchos de aquellos bravos sollozaban abrazados al cuello de sus caballos, subió Lee paso a paso la escalinata de su casa antigua, y con la mano libre, cubiertos los ojos, llenos de lágrimas, se entró precipitadamente, sofocando sus altos gemidos, por su morada solitaria:—esas y más, historias y sucesos tenía ya preparados la fantasía popular. Ya se le tenía elegido a Grant lugar de reposo a la sombra del monumento a Washington, y se decía con este motivo: «Para dos cosas servirá este costoso y feo obelisco, a más de conmemorar la gloria del padre, para medir, como merced a él se ha medido, con más exactitud la velocidad de la luz, y para albergar en su recinto a un gran soldado». Ya un periódico novedoso y brutal había impreso, con vivos detalles, el orden del séquito fúnebre y las ceremonias con que había de ser puesto el cuerpo en tierra;—cuando la prensa entera cae sobre los siete médicos que habían declarado a Grant moribundo de un cáncer en la garganta, porque una buena mañana el general, sin ayuda de brazo ni bastón, bajó en el elevador hasta el comedor donde almorzaba su familia, y se sentó entre ella, a comer de sus panecillos calientes y su guisado de carnero. Y se ha levantado Grant, y va en carruaje al Parque Central, que está cerca de su casa, al

doblar de la cual están por cierto las dos casas suntuosas que compraron, en la Quinta Avenida. Barrios, el muerto, y el que fue su amigo y presidente de Honduras, amigo de las letras y de sus prohombres, Marco Aurelio Soto. Y no solo sale Grant en carruaje, sino a pie por los alrededores de su casa, por donde hay siempre un grupo de curiosos que se descubre al verle pasar, a lo cual él, dulcificado por el sufrimiento, responde con gratitud en la sonrisa: no hay como verse cerca de la muerte para aprender a ser humilde. Ahora dicen los siete médicos después de un mes de exámenes microscópicos de lo que creyeron un epitelioma, que puede ser que no lo haya más que en la superficie, o que la hemorragia que puso en riesgo al enfermo—fue de una úlcera común, y no cancerosa:—y como la conmoción pública, alimentada por los constantes boletines de los siete doctores, fue profunda, ahora hay alegría porque el héroe de la guerra puede bien salvarse, y cólera contra los médicos que tan plenamente erraron. Porque al tenor de los boletines, hora sobre hora, un cáncer estaba comiendo a Grant la garganta, y en «su bata de paño pardo y con el gorro de seda que usa para librarse de neuralgias» podía a cada momento quedar muerto en brazos de su fiel criado negro, de su Dr. Douglass de barba blanca, y de sus hijos. Ese es acaso, con no ser más que personal, el suceso más saliente y notorio de estos días.

Siempre por estos meses, en que empieza a cesar la vida exuberante del invierno, y a prepararse la larga vacación de estío, son escasos los sucesos de importancia, para quien no tiene la mente de gacetero de crímenes que en la quincena actual han sido terribles, y entre gente de cierta pro, como revelando la agonía profunda de un país donde los afectos íntimos no son bastante dulces y sagrados para sobrellevar el peso enorme de esta vida de bestia de hipódromo, apretada y seca, como las fauces del que camina largo tiempo por un desierto en que no hay remanso en que apagar la sed.

¡Mantengan la casa, los que quieran pueblo duradero! ¡Y malhaya los ferrocarriles, si se llevan la casa, que viene a ser como el hígado, que limpia todas las impurezas de la vida! Esta vida de cartón y gacetilla que se lleva ahora, no es buena. Es mejor vivir como los antiguos griegos, sin ventanas a la calle, ni en toda la casa más que una sola puerta; o como vivíamos antes en nuestros países de América, con aquella claridad patriarcal que fomenta la sabrosa virtud, y que la riqueza fácil, y las ventajillas de apariencia que permite, y las rivalidades que crea nos deslucen ahora. Una mañanita de nuestros antiguos domingos, cordial y comunicativa, vale tanto como un ferrocarril o un puerto. Hace cinco años, un pobre suizo, arrepentido de haber puesto en vida miserable a sus tres hijos pequeñuelos, se los echó a los brazos, se fue con ellos a una selva, y, en lo hondo de un pozo, se ahogó con ellos.

Dos años ha, la mujer de un conocido médico de locos que ahora mismo hace de testigo en el pleito de una hija desheredada, so capa de

demencia, por su padre, se encerró con todos sus hijitos en su alcoba, y con una pistola nueva, les dio muerte, y se la dio ella. Hoy, el hijo de un caballero que fue ministro de los Estados Unidos en Europa, se lleva por la orilla del mar a su madre y hermana, y las mata, «para que sean más felices», y se mata. Maridos que de una descarga de revólver se llevan a sus mujeres y a sus hijos, y sus propias sienes con ellos, los hay aquí, por celos y por pobreza, cada día.

Algo falta, que refrene. En este pueblo de gente emigrada, falta el aire de la patria, que serena. En este pueblo vasto de gente aislada y encerrada en sí, falta el trato frecuente, la comunicación íntima, la práctica y fe en la amistad, las enérgicas raíces del corazón, que sujetan y renuevan la vida. En este pueblo de labor, enorme campo de pelea por la fortuna, las almas apasionadas de soledad se mueren; o apenas acaba el goce de la riqueza, ya se vuelan el cráneo, porque les parece que no hay más goce. Y a más, en esta época de renovación del mundo humano, los ojos desconsolados, se vuelven llenos de preguntas al cielo vacío, gimiendo junto a los cadáveres de los dioses. De esos crímenes, por sobre todo otro suceso, o falta de otro mayor, se ha hablado principalmente en estos días.

De ese hombre joven que mató a su madre y a su hermana, dicen que en todo este año último lo vieron silencioso y torvo, como si le doliese tener que vivir, con sus gustos de universidad, en un pueblo de gente de trabajo, que ara la tierra y comercia con sus frutos: ¡como si hubiera sobre la tierra nobleza mayor, ni impresión más sana y dulce, que la que pone en un alma limpia el espectáculo de la hermosura de la Naturaleza, y el tráfico con sus fuerzas vivas! Ver trabajadores, repone. Vivir en ciudad, enjuta. Ese infeliz caballero sufría de verse con más apetitos que modos de satisfacerlos: y era como otros tantos de mente de hormiga enferma: padecía de no poder vestir bien, ni poseer grandes trenes por los pueblos de baños en verano, ni ostentar en clubs y teatros en invierno la abundancia de otros condiscípulos suyos más afortunados. Parece que el rencor le fue creciendo en el pecho, donde le anidaban algunas buenas condiciones; y en vez de hacerse, de su propia sangre cuajada, un pedestal en que afirmarse contra los vientos de la vida, era de los que, por traer en el cerebro unos granos de talento, o en los hombros un retoño de alas, ya se imaginan que la tierra entera está obligada a servirles de pavés, como a un triunfador o a una maravilla, y a traer a sus plantas, como a un conquistador, todo género de presentes y de ricas frutas, sin ver que en la tierra, con las propias manos se ha de sembrar con esfuerzo, y con la propia sangre se ha de regar con dolor, toda fruta con que se haya de enjugar los labios. No hay corona como la de la entereza en la adversidad. Se sale de ella, a menos que no se tenga una virtud implacable y excesiva, siempre que se pone el cuello al yugo del trabajo, que no estorba, sino estimula, los centelleos del genio, cuya sublime e irremediable intranquilidad suelen confundir los que no

lo poseen con las inquietudes punzantes que provienen de la desigualdad entre las aspiraciones prematuras y su realización penosa. El genio verdadero, fuerte de naturaleza, y seguro de un reconocimiento final, acá o allá, no gruñe, ni se impacienta, ni da valor a riquezas pasajeras: trabaja, aguarda y desdeña. Se mete las manos en el corazón sajado y caído, y cuando las retira, con un dolor que da luz, llenas de su sangre propia, sonríe deliciosamente, complacido en su valor; y para beneficio de los hombres, las manos cuentan lo que han visto; o con el verde de la hiel hacen esmeraldas, y con el rojo de la sangre hacen rubíes, y con sus lágrimas diamantes, que montan en firmes estrofas, como un joyero sus piedras, y ofrecen a los hombres curiosos, que no saben qué gemidos saldrían, si se rompiesen, de aquellas joyas finas. Mientras más cruel es el desengaño, más acerada es la espuela heroica. El dolor excesivo empuja el alma a las resoluciones grandes. Los cobardes, dan en la boca de una pistola, y con el humo de la pólvora se desvanecen. Los enérgicos, aunque desgranándose en lo interior como un rosario al que se rompe el hilo, echan manos a la espada, al arado o a la pluma, y con las ruinas de sí mismos, fundan. El hombre tiene que ser abatido, como una fiera, antes de que aparezca el héroe.

En ese pobre mozo que mató a su madre y a su hermana, parece que pudo tanto la certeza, aparente a su ojos, de la inconformidad de un espíritu superior con la vida usual, y el rencor a esta,—que tardaba en satisfacerle—llegó a ser tal, que no creyó bien dejar tras sí, en una existencia infecunda e injusta, a su hermana y a su madre, a quienes amaba: y se las llevó consigo. Algún pesar de familia, que apenó la casa, le decidió la mano. Hoy, sus condiscípulos compasivos, que le recuerdan como al alumno más brillante que tuvo en estos años el Colegio de Yale, que es aquí una especie de Oxford, le han cubierto su féretro de rosas: y con noble piedad, el pueblo de Greenwich, cuyas doncellas acompañaron a la sepultura a su amiga Eleanor, han enterrado juntos a la madre y la hermana, y al infeliz hijo.—¡Ah! una mente exaltada, un corazón ambicioso, cuestan mucho de llevar a salvo por la tierra. ¡Con que el decoro mismo, se salva a penas!

Bien hacen, pues, y un bien radical y urgente, los presidentes de colegios que, obedeciendo a esa analogía indispensable entre la vida de la nación y los elementos que han de continuarla y vivir en ella, se han decidido a abandonar el programa extemporáneo y férreo de la vieja educación universitaria, y a ir poniendo sus colegios de manera, como el benéfico Ezra Cornell quería, que cada uno pudiese seguir en ellos la línea de estudios a que se sintiese más aficionado. Este Cornell fue, como Cooper, un hombre de trabajo, que fundó un Instituto, donde los americanos modernos pueden educarse en los conocimientos nuevos, necesarios para luchar con fruto por la vida en la época moderna.

En primavera se congregan siempre, para departir sobre los problemas e intereses en curso, las corporaciones en los Estados Unidos:

los presidentes de colegios como los ministros de las sectas religiosas, los sastres, que quieren reformar el vestido de etiqueta, como los artistas americanos, que no han podido crear aún más que dos tipos, con color falso y ejecución burda, el viejo de barba en halo, como la de Lincoln, con sus botas recias, su chaleco corto y su sombrero de fieltro; y el pequeñuelo de las calles, que con cara más rosada e ingenua que la tiene de veras, reproduce el pintor Brown en lienzos conmovedores y picarescos. Ahora están en exhibición, los cuadros de los artistas americanos. No se inspiran en su propia naturaleza, por lo que no traen su nota propia al arte; ni les es esto posible por desdicha, por ir ya el arte tan adelantado que los que quieren estar en sus mercados, y venderse en él, tienen que tomarlo al paso que va, y como él es, desprendido de vida centurial en otros países; de modo que el arte americano no puede traer, al saltar de súbito a la arena, más que ciertas originalidades menores, que por el escaso relieve artístico que todavía alcanza acá la vida nacional, no tienen aún valer de tipos universales, en todas partes estimados y reconocidos, sino méritos secundarios de tipos locales, solo apreciables para aquellos que ven de cerca su exactitud o se sienten movido ante ellos el corazón por las relaciones del sentimiento y la memoria, que siempre gustan de traer por medio del lienzo a la presencia del espíritu lo que causó en ellos alguna vez una impresión penosa o halagüeña.

El Arte, como la Literatura, ni se improvisa ni trasplanta; ni trasplantado, da buen fruto. Para ser poderoso, ha de ser genuino. En pintura, como en letras, solo perdura lo directo. El Arte ha de madurar en el árbol, como la fruta. Se va haciendo despaciosísimamente, mediante la agrupación tenaz e indisoluble de los elementos nativos y distintos que, por los caracteres peculiares de la naturaleza o los productos condensados y resistentes de especiales direcciones del espíritu, constituyen al fin de larga vida el carácter nacional, que como se sale el alma al rostro, en el Arte y en la Literatura se reflejan. Están ahora estos Estados Unidos definiéndose y condensándose, y en un período de monstruosa elaboración e incesante allegamiento, en que apenas se entreven cuáles elementos han de descartarse, y cuáles de permanecer en la Nación definitiva; de modo que, a más hacer, el arte americano, por mucho que quisiera apartarse de las seducciones del mercado que lo incita, no podría más que pintar, con los métodos extranjeros, los paisajes de una naturaleza que tiene más de grandiosa que de peculiar, y los tipos de accidente que en esta época de formación han alcanzado alguna relativa permanencia: el soldado de la guerra del Sur; el negro voluntario; el estanciero viejo; el explorador del Oeste; el esclavo en día de fiesta; el muchachuelo de New York. Y es curioso de ver cómo la mujer norteamericana no ha podido aún lograr una expresión durable en la pintura; ya porque los artistas, educados en el estudio de tipos europeos más armoniosos y flexibles, las hallen, como en verdad están, faltas de femeneidad y delicadeza, ya porque con

aquella ductilidad y porosidad mayores que son propias de su sexo, se amoldan con tal rapidez a las fases de civilización por que precipitadamente su pueblo atraviesa, que en ninguna de ellas persisten por tiempo suficiente para constituir un tipo fijo. Más que por condiciones propias, la mujer americana es original en cuanto a espíritu por su asombrosa falta de estas condiciones; y es como un vaso de madera amarga, que en el primer momento guarda al licor que va el azar vaciando en él algo como su sabor legítimo, aunque ya un tanto derivado por el natural del vaso, mas a poco, por encima del sabor del líquido extraño, sobresale la amargura nativa de la madera. Escurridiza como un reptil, vacía como una vejiga, la mujer americana va de una forma a otra, sufriendo rápidamente influencias extranjeras diversas con todos los hábitos y servidumbres del harem en medio de una sociedad libre, que no ha alcanzado a caracterizarla y dignificarla, siendo más digna por el tácito asentimiento de los demás, que por ningún esfuerzo o deseo propio. Por estos tantos resulta que no se ofrece a los pintores como tipo original ni en espíritu ni en cuerpo. Ni los retratistas mismos hallan modo de espiritualizar con el pincel la abuela entonada, la matrona fría, la granítica doncella, cuya faz ni se ilumina ni se adelgaza con los bellos sustos y angélicas consagraciones de las novias. Modelos de trajes, y no almas en transfiguración, parecen aquí los más perfectos retratos de recién casadas.

Escasez, pues, por todas estas razones, tanto de asuntos nacionales como de espíritu nacional con que tratarlos, los artistas americanos que con la buena venta que en estos tiempos alcanzan las pinturas han florecido copiosamente, se limitan, dentro de las maneras de ejecución que gozan ahora mayor precio y boga, a tratar los sujetos usuales del arte moderno, o los correspondientes, y en relación nuevos, que les ofrece directamente su país. Aquel modo de ver heredado, aquella acumulación de métodos originada lentamente en la contemplación de unos mismos espectáculos por los pintores de diversas épocas de una misma raza, que para el fin en una escuela, o en cierta particular sustancia del arte de cada país está manifiesto aún en los métodos más personales y distintos, de sus artistas,—aquí faltan. Cierta crudeza, cierto abocetamiento, cierta prisa, cierto desdibujo, o contradibujo, cierto exceso en la condición dominante, que es condición de la juventud, en el arte como en todas las demás manifestaciones de la vida, si se notan, como defectos típicos nacidos de causas comunes, a modo de impresión general de la exhibición.

Y sin querer, y cuando iba esta carta a hablar de la buena reforma que han acordado los profesores del Colegio de Harvard, se ha dado cuenta de uno de los sucesos más señalados de estos días, que ha sido la exhibición de cuadros de artistas americanos, congregados a competir por los cuatro premios, de a dos mil quinientos pesos cada uno, que, para animar las artes nacionales, tienen fundados las ciudades de Nueva York, Boston, Louisville y San Luis, cada una de las cuales tiene su

museo, que compra en esa forma la obra que premia: y hay además otros premios menores, creados por americanos entusiastas que aman la pintura, y son, en Nueva York al menos, bastante numerosos. ¡Ah! Cuán diferentes resultados, los que hasta la fecha, y con tanto ánimo y precio, ha dado el arte rudo o imitativo de los Estados Unidos a sus practicantes, y el que, sin estímulo ni campo, ni más que una sola y buena escuela, rica en cuadros antiguos, lleva dado, con sus estudiantes, geniosos y pobres, el arte en México! Allí, a las pocas tentativas, rebozó lo que aquí falta: la personalidad. Al punto, la historia legendaria del país comenzó a estimular la fantasía de los jóvenes pintores. La atmósfera musical y luminosa de la tierra de México se puso en sus cuadros. Se ve en muchos de ellos, como que fundó la nueva escuela un dibujante eximio, un ultradibujo que, de puro embellecer el asunto, lo desnaturaliza y recorta.

Pero, si ya en la primera generación de pintores modernos mexicanos, —Rebull, Pina, Cordero, Sagredo, Ramírez,—se nota, a pesar de la excesiva sumisión a las enseñanzas del español Clavé, en el Jesús de Sagredo arrobadora idealidad, en Cordero osadas excursiones en el verde y en la sierra, en Pina solidez que Alma Tadema envidiaría, en Rebull transparencia y bruñimiento—que a los de ningún pintor moderno ceden,—ya en la generación de jóvenes a quienes estos enseñaron ¡qué irse cada uno, este con tamaños históricos, aquél con feminismo italiano, el otro con elegancias parisienses, por donde el genio libre, enfrenado por el buen dibujo, le mandaba! Enfrenado, porque para dejar de hacer academias, es necesario haberlas estado haciendo mucho tiempo.

Sin compradores, y con escaso público, pintaban, con un celo triste y solitario, Obregón, con esmero y color, sus cuadros de indios; Ocaranza, el más independiente y original de todos, sus cuadros de asuntos modernos, elegantes a veces como un pasaje de François Coppée, simbólicos y terribles otros, como un cuento de Edgard Poe; y Parra pintaba, con vuelo no igualado por ninguno de sus profesores y condiscípulos, ya a los matadores de Cholula, cubiertos de hierro, ya a Fray Bartolomé, encendido siempre en los ardores a que le movieron los espectáculos tristes de la Española en tiempos de Enriquillo, pidiendo al cielo a las puertas de un templo profanado, justicia, para el indio gallardo que yace a sus pies muerto, para su desposada de pies desnudos que se abraza sollozando a las rodillas del dominico.

¿Cómo no acordarse, teniendo sangre leal de hispanoamericano en las venas, de estas glorias sofocadas y desconocidas de nuestro arte latino, enfrente de estos paisajes violentos de Chase, no como los de Velasco el mexicano poderoso; de estas marinas, acabadas, más sin brío, de Swain Gifford, que sigue a Tieppolo; de estos retratos de Sargent, que tiene genio suyo y copia con soltura la figura humana, más a la manera ajena de Bonnat; de estas playas borrosas de Arthur Quartley, y árabes de Moore, calcados sobre los de Fortuny, y pilluelos de Brown, que, tanto

como la fidelidad de la expresión, deben su fama a aquella misteriosa simpatía de las almas bien nacidas por la flor que saca su tallo por encima del lodo, por el niño desvalido que, solo en estas ciudades tremendas, batalla y trabaja? A puñados se quisiera tener el oro, para poner en buen camino a esos pilluelos ingeniosos, a esos escolares cascacabezas, a esos vendedorcillos descalzos, a esos harapientos críticos de los manjares expuestos en las vidrieras, a esos remendones de sus propios zapatos que con color un poco castaño pinta Brown.

JOSÉ MARTÍ

*La Nación.* Buenos Aires, 13 de junio de 1885.
[Mf. en CEM]

## CARTAS DE MARTÍ

La educación conforme a la vida.—Disciplina de la mente moderna.—La lengua antigua.—Sucesos políticos.—Facciones democráticas.—Tilden.—Habilitación de un confederado.—El ministro a Italia enemigo de la unidad italiana.—Número excesivo de aspirantes a exámenes para turno en las listas de empleos.—Consecuencias de una guerra entre Inglaterra y Rusia para la marina mercante americana.—La raza de color y el Partido Demócrata.—Desfile de sacerdotes.

Nueva York, abril 24 de 1885.

Señor Director de La Nación:

A la Batalla de los Presidentes volvemos ahora, que así se llama el libro en que corren expuestas las razones porque Harvard, repitiendo, y no con menor riesgo, la hazaña de Tomás Moro en los tiempos escolásticos, va reemplazando la mera educación literaria, útil solo, cuando es exclusiva, a los maestros de bellas letras por aquella otra más eficaz y sensata, que a la par que afina con el conocimiento de las mejores obras del espíritu las tendencias ásperas de la naturaleza del educando, le prepara, con el estudio de las fuerzas corrientes y el modo de aprovecharlas, a vivir de propio derecho, y no por merced de la tradición y a su sombra, en países en que la tradición no importa, o importa menos que en cualquiera otra, y todos corren, y el que no corre queda bajo los pies de los demás, o se levanta detrás de ellos, oscurecido y empolvado. Ya los sacerdotes no tienen tan seguro empleo; ya los abogados defienden sus pleitos ante los jurados, que no conocen de latines, sino de hechos; ya el periodista ha de abarcar, si quiere poner bien su nombre, no solamente aquellos truismos escolásticos, amartillados en el yunque latino, y dispuestos con provincial prosopopeya, que bastaban antes, con algún tintillo de cosas extranjeras, para dar a un escritor fama de lucero de la prensa; sino la moderna vida múltiple, en todas sus formas, cómo estalla en las minas, cómo ruge en las fraguas, cómo se transforma en el comercio y viaja, cómo se deifica en la literatura y en la política, cómo se sublima y colorea en las artes. El periodista ha de saber, desde la nube hasta el microbio. A Omar Kheyyam y a Pasteur. La literatura del espíritu, y la de la materia. Ambas han de enseñar, si quiere dar buenos hombres de ideas, o preparar bien a los hombres de actos, el colegio moderno.

De disciplinarse tiene la mente, y de ejercitarse; mas no en la repetición de reglas muertas para idiomas que no se hablan; sino en el estudio minucioso de los organismos naturales, que no son menos lógicos que los de las lenguas, y se les parecen,—y en el de estos idiomas de ahora, que a la par que sirven de gimnasia a la inteligencia, y la enseñan a refrenarse, agrupar, depender, e ir por cauces, cosas todas

que ha su gran menester la inteligencia humana, la dejan en aptitud de asimilarse los resultados eminentes y actuales de la labor de los hombres en los pueblos en que se hablan las lenguas modernas,—ventajas que no tiene el que sin más estímulo que el del goce de la belleza literaria, que a muy pocos es dado, adquiere imperfectamente a disgusto una lengua en que de siglos atrás han dejado ya de vivir y trabajar los hombres.

Bienvenida ha sido, pues, y merece serlo, esta decisión de Harvard de ir acercando a la vida la educación universitaria, y poniendo a los alumnos comunes más cerca del alemán y [el] francés que del latín y el griego, sin cerrar por eso,—que esto jamás debe hacerse,—a los que sientan afición irrevocable por las letras, o a los que quieran conocer con más fijeza las fuentes del idioma que hablan, aquellas cátedras de lenguas y literaturas antiguas, donde se coge como la flor del espíritu nacida al calor de un cielo azul, en bandejas de plata.

Suena a hoz nueva sobre espiga primeriza, esa brillante lengua antigua.

Es como núcleo y jugo. Da olor de yerba fresca. Asomarse a un poema viejo, es como asomarse al Paraíso. Adán anda desnudo; la serpiente ventrea; se despierta Eva. Todo es raizal, troncal, floral. Circula un aire esencial y penetrante. Parece que se caen capas del cuerpo. Es como una radiosa Primavera. Tales gozos son muy dulces al alma, y a las privilegiadas sobre todo; mas fuera de aquellas escasas personas de irrevocable fuerza literaria a quienes esa enseñanza provee de la grande y sólida forma que han de revestir, para que duren e influyan, los pensamientos, tal espíritu en el colegio, por lo mismo que saca la mente de las esferas usuales a otras más elevadas y deleitosas, no solo lo aleja de la posibilidad de batallar con éxito en aquellas esferas que por su educación desconoce, aunque de su educación ha de entrar, de súbito y de lleno, a batallar en ellas; sino que dispone el espíritu a los agudos sufrimientos que produce el choque incesante de una mente purificada y engrandecida por el trato y amor de los grandes ideólogos, con los intereses apasionados y fuerzas egoístas e incontrastables cuya lidia permanente, y en apariencia odiosa, constituye la vida verdadera.

De hoy, pues, en adelante, el Colegio de Harvard, que va siempre en su disposición a aceptar lo nuevo un poco adelante del de Yale, abre sus costados con mayor largueza a la vida moderna; deja a la opción de sus colegiales el estudio profundo de las lenguas y literatura antiguas, que solo exige para la carrera exclusivamente literaria; y en su sistema general establece el principio de libertad de los alumnos para escoger, dentro del plan y orden del establecimiento, aquellas asignaturas que por sus tendencias más les atraigan, o por sus proyectos para su futura ocupación más necesiten. De esta manera, al saltar a la lid por la existencia, lid impregnada de espíritu animal, avariento e implacable, no se verán los alumnos de Harvard, codo a codo en la labor diaria con los

hijos de la naturaleza y del trabajo, como aquellos pecheros obligados en los juicios de Dios del tiempo añejo a pelear con un palo y a pie contra el señor montado a caballo, y armado, caballo y él, de todas armas.

Sucesos políticos, fuera de la continuación y menudeo de aquellos ya estudiados en cartas anteriores, no los ha habido en estos días prominentes. Que las facciones de los demócratas riñen, ganosa cada una de quedar con mayor influjo en la administración de Cleveland, y este, sin cejar de su programa, acá nombrando a un republicano, allá a un demócrata inesperado, las va, descontentándolas por igual, manteniendo sin razón para creerse una ni otra postergadas. Que desde su hermosa casa a orillas del río Hudson, llena de ricos manuscritos históricos y cuadros notables, mantiene Tilden, con sus sagaces consejos e influjo en su partido, la energía de Cleveland, que no lleva, a lo que parece, camino de quebrantarse. Que los senadores republicanos se negaron a confirmar el nombramiento de un general confederado para una Legación en Europa, so pretexto de que no hay ley que haya devuelto a los confederados su representación política, contra cuyo voto del Senado mantiene Cleveland su nombramiento, y el general va a Europa. Que después de elegido un Mr. Kelley para ministro en Italia, resulta que años atrás, cuando el ejército unido ocupó a Roma, este Mr. Kelley tachó de crimen el suceso, y a Víctor Manuel de criminal, lo que desenterró aquí la prensa, que es un vigía que lo desentierra todo, y Mr. Kelley, avisado de que era probable, como en cartas de Italia se dejaba ver, que el rey Humberto no lo recibiría, creyó bien, a petición acaso de este gobierno, presentar su renuncia.

Que son tantas las peticiones que se presentan a la Comisión de exámenes de empleados de Gobierno, para alcanzar en concurso puesto de turno en las listas a donde por la ley nueva ha de ir el gobierno a proveer ciertos empleos, que la Comisión de exámenes ha tenido que declarar que el número de solicitantes excede ya con mucho al que racionalmente puede ser en mucho tiempo empleado, lo cual anuncia, tanto para contener la demanda por exámenes, como para evitar el mantenimiento de esperanzas inútiles. Que como la guerra probable entre Inglaterra y Rusia haría peligrosa para la marina mercante la bandera inglesa, sería muy aconsejable reunir en sesión extraordinaria a la Casa de Representantes hoy en receso, para que revocase la torpe ley que prohíbe que un buque no construido en los Estados Unidos lleve bandera americana, abriendo así con esta revocación, oportunidad a que la marina mercante inglesa se acoja al pabellón neutral americano, y recobren los Estados Unidos la preponderancia naval perdida, por proteger a unos navieros que solo a precios enormes han llegado a hacer buques buenos. Que los negros del Sur, afiliados hasta hoy como a sus defensores naturales a los republicanos contra los demócratas que miraban como a sus enemigos, por haber sido siempre demócratas los

estados del Sur que mantuvieron los esclavos; declaran hoy, por boca de su caudillo, el pujante orador mulato Federico Douglass, que el gobierno de Cleveland les merece cariño y confianza; y un Congreso entero, de ciento cincuenta sacerdotes de color, que representan a trescientos mil negros, va en cuerpo a la Casa Blanca, con el obispo a la cabeza, y dice a Cleveland un largo discurso congratulatorio, en que le asegura de la buena voluntad y afectuosa sorpresa con que ha recibido los actos del gobierno su raza; después de cuyo discurso, en fila india, de a uno en fondo, pasaron como en la Casa Blanca exclusos, los ciento cincuenta sacerdotes por frente de Cleveland, deteniéndose cada uno, sin hablar, el tiempo necesario para que el Presidente les estrechase la mano.

JOSÉ MARTÍ

*La Nación*. Buenos Aires, 14 de junio de 1885.
[Mf. en CEM]

# CARTAS DE MARTÍ

Revista y resumen de los problemas actuales en los Estados Unidos.—La crisis económica y sus causas.—Dificultades y progresos del gobierno de Cleveland.—Manera con que ha ido venciendo la oposición de su propio partido.—Método de proveer los empleos públicos.—Desalojo de republicanos.—Esbozo del carácter de Cleveland.—Cómo Cleveland, siendo alcaide, haló dos veces de la cuerda de la horca.—Los americanos en Panamá.—Gran urgencia de una reforma liberal en la legislación de aduanas y de mar.—Necesidad y modo de crear la marina mercante americana.—Obstáculos que encuentran las reformas, y conciliaciones necesarias.—Cómo son escritas estas cartas.—Hechos menores.—Gran número de suicidios.—La parada de coches.—Beecher inicia una revolución religiosa.—Miss Cleveland, la hermana del presidente, va a publicar un libro.

Nueva York, mayo 29 de 1885.

Señor Director de *La Nación*:

En este mes de mayo reposan los partidos políticos de su campaña del invierno, y hacen por medio de la prensa y de las declaraciones de sus hombres importantes una especie de balance de cuentas, que viene a ser como una toma de posiciones para los combates que se reanudan en octubre, ya en las elecciones parciales de los estados que en ese mes las celebran, ya en Washington, donde los republicanos, reducidos a la observación, luchan desde ahora por ver cómo impiden que lleguen a un acuerdo sobre las cuestiones de reforma esencial e inmediata los dos bandos que contienden por la supremacía en el seno del Partido Demócrata. Unos quieren que la tarifa se reforme en sentido librecambista, y que los gastos de la federación se colecten principalmente de los contribuyentes nacionales, y en especial de los consumidores de bebidas y tabaco: y estos parece que están en lo cierto, y que cuentan acaso con el apoyo del Presidente. Otros quieren la abolición de las contribuciones internas, para que de este modo, obligado el gobierno a colectar la suma que necesita para su mantenimiento, se vea forzado a mantener la actual tarifa, proteccionista, que ha traído al país a la crisis creciente y gravísima porque ahora atraviesa.

Las cosechas se venden mal; ya porque de afuera compran menos, ya porque Australia y la India producen mucho, y con trabajo más barato y libertad mayor pueden vender a menos precio que los Estados Unidos. Las industrias, ni tienen el mercado propio, que solo compra, y esto con miedo, los artículos corrientes, ni han mostrado hasta hoy el empuje y previsión necesarios para hacerse del mercado extranjero.

Los ferrocarriles cuestan mucho más de lo que producen, y como ellos

las demás vías de comunicación, lo que tiene en depresión creciente el mercado de acciones. En el mercado de productos, suele venderse con tal lentitud que los corredores, cuando no andan entretenidos en unas tiendas de lotería en que so pretexto de negociar acciones por lotes se juega verdaderamente al azar, se toman de la mano en un gran corro y danzan alrededor de la enorme pila de trigo que se ostenta en el centro de la sala. El dinero mendiga tomadores, y no los encuentra, ni aun a precios ínfimos.

Las casas de comercio disminuyen sus gastos y empleados: es notable el número de hermosas oficinas que en este mes de mayo, cuando la ciudad entera cambia de casa, han quedado sin inquilinos: y esto que las oficinas de ahora convidan a trabajar en ellas, las unas pintadas al óleo, de colores blandos, con todo el maderamen amarillo que alegra los ojos y predispone al tráfico y la confianza; las otras de pórfidos y bronces, de losetas de mármol el techo, sujetas con clavos de bronce dorado; de losetas de mármol el piso; de madera amarilla tallada ricamente el mostrador; cada mesa de escribir colocada sobre una alfombra persa; las ventanas de vidrios de colores.

En la ciudad no se observa aquella riqueza y bullicio que en años más prósperos reinaban, sino que los sábados, día en que todas las damas y los galanes todos de Nueva York se dan cita en la acera derecha de Broadway, es muy de notar cuánta menos es la gente que pasea hoy, que lo que solía ser. Los vapores ingleses, que en esta época del año tienen muy de antemano tomado todo su pasaje por viajeros a Europa, ahora solicitan pasaje, y aunque lo llevan bueno, ni es numeroso, ni presentan aquel concurso parlero y ameno que se reunía en la cubierta de los barcos a decir adiós a los viajeros conocidos, o a darse cita en Europa, o a verlos partir: las mesas estaban llenas de grandes herraduras de lores, de cestos y vapores de alambre vestidos de rosas: ¿cómo ha de ser este año lo mismo, si los ferrocarriles no pagan dividendos, si los canales los pagan escasos, si los gastos de las empresas exceden de sus provechos, si el mal estado del comercio se agrava con la depresión que la producción excesiva está causando en casi todos los países con que los Estados Unidos trafican?

La primavera misma, consoladora de suyo, ha demorado tanto este año que aún hay nieve en los campos, y el trigo de invierno viene pobre y tardío. Y el mal crece, porque ni depende de este país solo, ni la mente americana es fuera de su tierra tan perspicaz y atrevida como la inglesa, ni aún como la alemana, que dominan las plazas que por todo sentido debieran pertenecer al comercio del Norte; ni es dable en un día volcar, sino con mucho más tiempo y cuidado, el sistema funesto, de engañosas apariencias, el sistema protector, que ha traído este país a esta alarmante plétora de producciones caras, que lo tiene hoy vuelto una especie de Midas. El oro rebosa; pero el pan falta. Demasiados ferrocarriles; demasiada tierra sembrada de trigo; más vías de comunicación de las que en mucho tiempo pueden necesitar las

comarcas despobladas que atraviesan; más acciones de las que autorizan el capital empleado y la capacidad productora de las compañías que las emiten.

La deshonestidad y el atrevimiento inmoderado, si bien deslumbran con sus primeros arranques y beneficios, no pueden crear una prosperidad segura. Los mismos que llenaron el mercado de acciones infladas, sin base real, vendidas ricamente por la astucia y falsificaciones de las compañías emisoras, no saben hoy mismo qué hacer ni con el dinero que merced a ellas han acumulado, ni con las acciones buenas, que en la baja y zozobras generales, han seguido en la mala fortuna, a las dudosas o nulas.

El dinero desocupado viene buscando empleo en suntuosas fábricas urbanas, más altas que las más elevadas torres de las iglesias, todas llenas de piedras talladas el pavimento de mosaico, las alfombras de terciopelo espeso, la entrada, baja y oscura, como en los palacios italianos; todo una maravilla.

Mas las causas que tienen deprimido en lo general el tráfico, mantienen a las gentes en disgusto de toda idea de aumento y cambio; sobre que, como muchos capitales se han dado a edificar, y acá el hacer casas va tan de prisa que parece cuento, los edificios excedieron pronto a las necesidades de la población; y estructura magnífica hay, a un lado de la entrada del Parque Central, que como los dientes de una sierra descompuesta dibuja en el cielo azul, allá a la altura de un noveno piso, sus paredes desde hace un año no adelantadas. Ese es en Nueva York, sin exceso y sin ocultación, el mayo financiero.

El mayo político va muy ligado a él, como que la catástrofe que la paralización de las industrias traería encima, iniciaría acaso, amén de los males presentes, una campaña temible de los trabajadores desocupados, que pudiera ¿por qué no, si lo tienen en la mente, y aun en los labios? acarrear graves trastornos públicos.

Pero quien observa este país, sin encono, por mucho que en él le disguste la primacía que tienen los apetitos, y el olvido, si no el desdén, en que están las cualidades generosas, ha de reconocer que, con la periodicidad de una ley, sucede siempre que cuando parece que un peligro es inminente, o que una institución está ya profanada sin remedio, o que un vicio se ha comido un lado de la nación, surgen, sin gran aparato, y cuando el mal tiene aún cura, los hombres y sistemas que han de evitar sus estragos. Aparecen, hacen lo que tienen que hacer, y se pierden de vista. Y parece ser también condición de esta ley que el mal se extreme, como si los pueblos prósperos no se decidiesen a variar de rumbo, y a perturbar sus hábitos, sino cuando ya la realidad aprieta tanto, que no es posible negarse a ella.

Esta ley fue confirmada en la elección de Cleveland antes que a la presidencia, al gobierno del estado. El mal era muy grave, y tan arraigado que no se veía la manera de extinguirlo: los republicanos,

asidos del poder, abusaban de él cínicamente: atentaban a la libertad del voto, a la de la prensa: burlaban con leyes parciales el espíritu de la Constitución: meditaban ya, para llevar la atención fuera de sus manejos, la táctica de los tiranos, la guerra exterior: ¿quién iba a combatirlos, quién a derribarlos, si las elecciones se ganan a fuerza de dinero, si los republicanos tenían la mano libre en las arcas nacionales, si los ciento cincuenta mil empleados de la República, pagados por esta, eran con su bolsa y con su influjo los agentes interesados en la conservación del Partido Republicano en el gobierno? ¡Pues de pronto se alzó una ola, que nadie desde afuera vio formar, ni se sabe cómo vino, y por encima de todos los políticos ambiciosos e ilustres de la Nación, por sobre el enojo de sus propios partidarios los demócratas, por sobre prácticas y vanidades justificadas por el tiempo, la ola enorme y triunfante trajo sentado en la cresta, y apeó en la Casa Blanca, a un hombre poco menos que desconocido, a un hombre recio y humilde, apropiado para la tarea de reformar sin miedo y con paciencia el gobierno corrompido, a un hombre nuevo para la obra nueva, al que entre todos sus conciudadanos parece más determinado, y capaz de cumplirla, a un alcaide que cuando fue del deber de su puesto tirar de la cuerda de la horca en una sentencia de muerte, no pagó a otro, como pudo y es uso, porque lo hiciera, sino lo hizo él mismo: la ola trajo a Cleveland!

Nosotros, de raza nerviosa y sensible, no entendemos cómo cabe nobleza, ni elevación, ni cualidad alguna estimable, en un hombre que, cualesquiera que sean las obligaciones de su empleo, no se desgarra en el cuerpo la túnica oficial, y huye de ella como de un manto de lenguas encendidas, cuando su puesto público le exige que por su propia mano hale la cuerda que ha de causar la muerte a un hombre. Aquí también se lo echaron en cara cuando las elecciones; pero se conocía que, aunque el hecho era cierto, la acusación venía sin fuerza y caía en falso. ¿Acaso el enorme valor que un hombre culto necesita para cumplir un deber tan abominable, el deber conocido de un empleo que solicitó y aceptó de su propia voluntad, para cumplirlo por su mano cuando podía remitirlo a otra, no ponía más de manifiesto, en el juicio de esta raza diversa de la nuestra, el alto temple de alma, y cierta manera de heroísmo, del que con ese acto, dos veces practicado, daba prenda de que ninguna consideración ni influjo le hacía cejar en la obediencia a los más duros deberes? Porque más duro no lo hay; ni puede estar sujeto un hombre a influjo mayor que al de su propio deseo de evitárselo. Ha de ser un gran domador de hombres el que a sí se doma.

De esto, sentado como una fortaleza humana en su sillón presidencial, a la cabeza de sus siete ministros trabajadores, está dando amplias pruebas, en cosas aparentemente sencillas, el nuevo presidente. Hace lo que cree que debe hacer. Oye a todo el mundo con suma paciencia, clavando en los que le hablan una mirada que pregunta y juzga, una mirada que tiene aprendido mucho y no lo esconde cuando mira; y luego

hace lo que le parece que debe hacer. Si no le conviene para ser reelecto, como sin duda ambiciona y en sus adentros prepara, y una porción de su partido desea,—bien está, no le convendrá; pero eso es lo que se debe hacer. Si no conviene al partido un acto de justicia, sino que sería bueno, para no descontentar a los partidarios, demorarlo o disfrazarlo,—nadie le hable de eso; al partido no le convendrá, pero a la nación le conviene: eso es lo que se debe hacer.

Decidido sí es el Presidente; pero no obstinado. Cuando ha meditado sobre un asunto, con conocimiento de todos sus detalles, y resuelto sobre él, lleva a cabo lo que ha resuelto. Pero pesa antes con cabal serenidad los argumentos de un lado y los de otro, y se ve, sin lo cual ninguna virtud o excelencia hubiera sido bastante a traerlo a su alto puesto, que procura ir conciliando, en cuanto la justicia no resulte dañada, los elementos diversos de su partido, y los intereses de su partido y la Nación, dispuesto siempre, sin embargo, en caso de conflicto, a poner por encima los de esta.

No se cierra al consejo racional; antes lo invita, y suele acomodarse a él y agradecerlo: a lo que sí se cierra es al mero influjo personal, y es fama que no hay persona,—y así debe ser, y los que así no sean, dejen el arte de gobernar,—que pueda torcer su determinación una vez que la ha tomado en consecuencia de un estudio maduro.

Como se sabe honrado, no duda de sí, ni teme a lo que digan las gentes. Esta es su excelencia, y no otra. Por la excesiva flexibilidad de los gobernantes en manos de su partido llegó a corromperse la administración republicana: viene bien ahora, para volver las cosas a nivel, un hombre inflexible.—Viendo de alto, se ven estas leyes en lo político como en lo físico. El alma, con todas sus libertades, va como los astros, con toda su luz, donde sus leyes la llevan. Es muy grandioso el mundo. ¡Los hombres espantan; pero meditar en la hermosura universal, aunque sea a propósito de una hormiga que pasa, consuela!

—¡Influir en el Presidente!, respondió a un caballero de nuestras tierras una ilustre señora de Washington, que de seguro lo ha intentado en vano: ¡*Pooh, pooh*! ¿Qué ha de influir en él ni su hermana, ni nadie? No creo yo que si el más hermoso ángel femenino de los cielos cayese a sus pies con las alas abiertas, hiciese en él más impresión que la que los ángeles de la tierra hacemos, y a la verdad, esta no es mucha.

El Presidente es cortés, pero no a lo cortesano, sino a lo rudo. Tiene la apariencia pesada, como de una fuerza que anda.

El cuerpo lo tiene recio, y el cuello toral; pero el cabello, ya escaso, le suele caer en gajos rebeldes sobre la frente, y como bajo ella le lucen siempre los ojos inquietos, y a veces se mueve impaciente de un lado y de otro en la silla, como quien va a embestir, no es difícil entender que en aquel hombre de peso hay a la vez un hombre de batalla. No son sus condiciones de las que brillan a primera vista, sino de las que se hacen sentir a la larga.

Merced a ellas, cuando aún no lleva un trimestre de gobierno, ya tiene como ganados y convencidos, o enfrenados a lo menos, a los que le hacían más oposición en su partido propio, por su resistencia a repartir a cubadas, y sin mirar en quién, los empleos públicos; sin que para esto haya cejado un ápice en su determinación de irlos proveyendo conforme a justicia.

Ya los republicanos han visto que, aunque Cleveland les agradece muy de veras que hubiesen ayudado a su elección, y allí donde hay en un empleo rico un republicano honrado en su empleo lo deja, esto no quiere decir que por más que los republicanos lo amenacen, como lo amenazaron, con retirarle su apoyo, vaya a dejar a todos los republicanos, honrados o no, en sus puestos, por el miedo de descontentarlos. Ya los demócratas han visto, no sin cierto respetuoso asombro que la gente previsora impone a la que no lo es, que si bien no está Cleveland dispuesto a dar los oficios de la Nación a los demócratas, cuando estos no tengan más méritos que el de haber ayudado en las elecciones a su partido, está por otra parte, determinado a ir colocando demócratas en los puestos ocupados hasta hoy por republicanos que tomaron parte con algo más que con su voto personal, en contiendas electorales y trabajos políticos: y como estos empleados republicanos que son tantos, que apenas hay uno a quien no caiga la censura, y Cleveland vino al poder confesamente para extirpar este vicio, resulta ahora que, precisamente en consecuencia del programa que tanto le pelearon los demócratas, tienen estos manera amplia y justa de entrar con aplauso público en los puestos en que forcejeaban por entrar a rebato y con violencia de oficio: estos son miopes: aquellos son présbitas. Hipermétrope parece que llaman a los que combinan los dos defectos que en política son dos cualidades: en política, se debe ser hipermétrope.

Esa venía siendo ahora la cuestión más grave e interesante en la política, después de haberse demostrado, con la rápida ocupación y abandono inmediato de Panamá, deslucidos un tanto por la ayuda a las tropas del gobierno colombiano, que si los republicanos tramaban aprovecharse de toda oportunidad que les diesen los disturbios de la América española para ir poniendo mano sobre ella, no es este el espíritu de los demócratas que, aunque a la salida del poder hace veinte años eran tan ambiciosos como los republicanos, ahora, con la sangre nueva que ha entrado en el partido, han vuelto a su prístina pureza y patriarcal espíritu antiguo. Esa venía siendo,—y ahí quedó nuestra última correspondencia,—la cuestión más grave e interesante de esta política: la distribución de los destinos. Véase ya cómo va quedando resuelta, y cómo la astucia ha ido aquí acompañando y sirviendo a la honradez.

Formidable fue, y descarado, el ataque de los pretendientes a la Casa Blanca y a las Secretarías, abiertas a todo el mundo para oír, cerradas para conceder. Sin sorprenderse ni ablandarse, que sabía que todo el

país le miraba, echó Cleveland atrás a los pretendientes, que se fueron a sus estados jurando venganza y rugiendo. Y ahora resulta que, no en virtud de fraude ni engaño, sino por rigurosa aplicación de su proyecto de reforma, los demócratas, aunque ni por supuesto lo más revuelto de ellos, sino lo más granado, están entrando en orden y por legítimo derecho en los empleos que apetecían. Y la República ha celebrado, la energía primero, y la habilidad después, del Presidente.

Cuanto empleado republicano se ha valido del empleo, o del influjo, o del dinero que recibió de la Nación, para servir los intereses de su partido, ha faltado a su deber y ha abusado de la Nación: su puesto queda vacante, y un demócrata entra en él, un demócrata obligado a no hablar en público, a no escribir en la prensa, a no valerse de su oficio público en favor de los intereses de su partido, al cual, desde que acepta un empleo de la Nación, que a todos los partidos comprende por igual y de todos se alimenta, ya no tiene el derecho de servir al suyo propio más que con su voto. ¿Harán tal los demócratas? Los republicanos afirman que no; sino que harán como ellos. Pero, en silencio, temen que, si esto sucede, Cleveland, que no tiene su empleo de presidente en más que su reputación de hombre honrado, sacará de sus puestos a los demócratas culpables, como con todo cuidado y paciencia está sacando ahora a los republicanos.

Este reconocimiento de los derechos del partido, como se dice en la parla política, ha sido mucha parte al buen acuerdo que ya se nota, o por lo menos al mayor acuerdo, entre las agrupaciones que contienden por el predominio en el gobierno demócrata, y puede a la fecha tenerse por cierto que con una cordura que en un hombre político no hay como alabar, el Presidente, si bien no esconde sus aficiones librecambistas, y todas las que derivan de ellas está decidido a irlas subyugando a las condiciones reales que aún estorban su triunfo, y prolongan, aunque para poco, el de los defensores de la tarifa alta; a cuya muestra de respeto se sienten agradecidos los proteccionistas, que por la boca de su jefe, Randall, celebran «la gran prudencia y patriotismo del Presidente», y abogan desde ahora por su reelección, cuando Randall mismo era uno de los candidatos. Y Carlisle, el último presidente de la Casa de Representantes, que comparte con Randall el influjo sobre sus miembros, dice punto por punto lo mismo, lo cual hace creer que, aunque cada facción esté en octubre en su puesto, ambas aceptan un mismo árbitro, y estarán a lo que él componga y determine.

Esta concordia es también favorecida por la urgencia de no aparecer divididos e incapaces de soluciones precisas, en momentos en que la penuria pública, imperceptible acaso desde afuera, va siendo ya tan recia que no hay cómo sacar el pensamiento del modo de aliviarla. Si de afuera no compran y adentro no hay para qué, y las fábricas a gran costo siguen acumulando productos que nadie consume, o reduciendo al consumo sus productos, o cerrándose, como ya están centenares de

ellas, y estarán otros centenares pronto, ¿qué se hará el ejército de obreros? ¿qué entretendrá las mandíbulas de este gigante? Nadie tenga en su casa un oso, que no haya provisto manera de darle de comer. ¡Qué desbarajuste enorme, el día en que, en un país como este, donde el interés personal es la ley, sientan todos que el terreno que pisan se les escurre bajo las plantas, y, con todos los hábitos pomposos del lujo, se revuelvan coléricos a todos lados, a las fábricas cerradas, a los ferrocarriles detenidos, a los barcos vacíos, a los obreros amenazadores, comidos todos del horror de la vasta pobreza! A esto hay que poner mano, y esto va a suceder, si no se evita a tiempo, en el período de esta misma administración democrática. Toca a los demócratas ir llevando en salvo al país por entre los conflictos a que lo ha traído la administración de los republicanos.

El comercio exterior es muy escaso: es necesario estrechar amistades, abrir caminos nuevos, celebrar tratados útiles, crear el comercio.

Rebajar de una vez la tarifa abarataría la vida del obrero y el costo de la materia prima, lo que permitiría producir más barato y competir en el extranjero con Inglaterra, Francia y Alemania; pero como ya estos países tienen hecho lo que aquí está por hacer, la producción barata, inundarían los Estados Unidos con sus manufacturas, antes de que las fábricas americanas pudiesen estar en posición de exportar en las nuevas condiciones a menor precio; y privada de súbito del consumo doméstico, único que hoy la alimenta, la industria nacional, levantada a tanto costo, se vendría abajo: de modo que hay que ir combinando con todos estos elementos la reforma de la tarifa: el problema es este,—legislar de manera que se abarate la producción sin que perezca la industria.

Y ¿en qué buques va hoy por los mares el comercio americano? En buques ingleses, dinamarqueses, italianos, alemanes, noruegos. No hay marina mercante americana.

Allá en tiempos de antaño, por favorecer a unos constructores de buques del país, acordó el Congreso que ningún buque que no fuese construido en arsenales de los Estados Unidos podría llevar bandera americana: y como, por excluir así los buques de fábrica extranjera, los constructores americanos quedaron dueños del mercado, impusieron sus precios, más altos que los de los demás países sobre que, por la alza general que origina el sistema de protector, el costo de producir los buques americanos era en realidad mayor que el de los de otras tierras: de modo que desapareció de las aguas, o punto menos, la marina mercante americana. Si la hubiera, el dinero que ahora se paga por llevar el comercio de los Estados Unidos a los buques extranjeros, quedaría en bolsillos americanos, y constituiría a la riqueza pública.

Es necesario que vuelva, pues, a la Nación el caudal que neciamente se está pagando fuera de ella. Hay que reconstruir la marina mercante. Hay que abaratar la producción de los buques; pero como esto no puede

ser tan de prisa cuanto la angustia pública requiere, hay que habilitar a los buques de fábrica extranjera para llevar bandera americana.

En estas meditaciones se juntan y concuerdan, apegados tanto por razón patriótica como por el interés de partido, los bandos en que se dividen los demócratas, muy divorciados entre sí sobre estas mismas cuestiones, pero convencidos ya, a lo que parece, de que no es este el tiempo de extremarlas, sino de acomodarlas de modo que resuelvan, de un modo amplio y generoso los problemas presentes. En plegar y moldear está el arte político. Solo en las ideas esenciales de dignidad y libertad se debe ser espinudo, como un erizo, y recto, como un pino.

Queda arriba reflejado, con el reposo que la calma de primavera permite, el estado interior de esta tierra, y por dónde y adónde van las fuerzas que la componen y dirigen. No está acaso de más advertir que estas cartas humildes van dispuestas de manera que, sin fatigar al que lee con la relación de hechos menudos y nombres que apenas a la distancia entendería, no quede sin embargo espíritu de persona o de suceso que acá influya que, sin que lo parezca acaso, no esté, en una frase u otra, y en el lugar en que hace juego, expresado en estas cartas. De manera que a veces, tratando a la larga un solo asunto, van envueltos en él, sin que se vea en la superficie, otros muchos incidentes y detalles menores, que dados uno a uno, y sin aquella armonía, ni dieran tan clara idea del movimiento y elaboración de esta República, ni dejarían que el que leyese viera de bulto y en globo, como debe ver, las fuerzas que en ella se acomodan y agrupan.

¿Hechos menores? ¡pues si cada día es un poema! ¡cada número del *Herald* es, a su modo, un poema! En estos días, muchas mujeres que se matan; una, con todos sus hijos; otra, la hermosa hija soltera de un labriego, educada en un seminario, que viene a morir a Nueva York en un hotel:—y su padre tenía la mano en el arado cuando recibió la noticia; otra, una niña apenas, sobrina de la viuda de Lincoln, se dispara, en su cama de colegio, una pistola sobre el corazón. Muchos hombres se matan, alemanes los más de ellos: viven hasta su último centavo: con él ruedan.—Hay mucha carrera de caballos, con caballeretes de casa rica que montan bien y saltan mucho. Hay mucho juego de pelota. Hubo hace días mucho coche, en la parada de ellos, que hacen aquí en remedo de la de Inglaterra, y fue muy pobre, no porque los coches no fuesen tan caros y los caballos tan buenos como los de los ingleses, sino porque la costumbre no es del país y se despega de él. Acá no hay en las venas esa sangre hereditaria, que sale por sobre los vestidos. Acá no se ha refinado esa costumbre pintoresca, muy fina donde es antigua, acá no hay en los colores de los coches aquellos juegos que en París renuevan y mejoran la costumbre inglesa, y alegran la parada. Acá, con vestirse las señoritas que van en la imperial del carruaje, de crema y de lila: y los señoritos ir tocados con una chistera blanca, que en Venezuela llaman *pumpá*, y en Colombia *cubilete*, y en Cuba *bomba*, y *sorbetera* en

México, y *galera* en otras partes, denotándose con la dificultad de apellidarlo noblemente, que el tal sombrero en sí es ruin,—ya creen que van bien, cuando no van. Acá, los de los coches van sentados con tal encogimiento y gravedad, como las sombrillas y bastones que lleva el carruaje a un lado en la bastonera de mimbre. Acá se ha dicho mucho, sin embargo, de esta parada de los coches.

Y entre otros muchos hechos, dos hay, que no son para olvidarlos. Es el uno que Beecher, quien a pesar de su moderado atrevimiento, será juzgado con justicia, no solo como el mejor orador sagrado, sino como uno de los gloriosos atrevidos de este país,—ha comenzado una serie de sermones en que pretende, del brazo de la teología y ciencias que la ayudan, conformar el espíritu religioso al espíritu científico: ¡como si, a manera de perfume, no se escapara de la ciencia, la religiosidad! Mientras más hondo, más alto!

Y el otro hecho es que la hermana del Presidente, que es dama de voluntad propia que no quiere vino en la mesa de su hermano y anda enojada con él por esto, vino a arreglar por sí misma, desde la Casa Blanca en que preside, hasta Nueva York, la publicación de un libro suyo, notable y encendido a juzgar por la muestra, en que reúne sus ensayos éticos, estéticos e históricos.

Quien quiera ver a la hermana del Presidente, vaya de mañana a la Casa Blanca, y la encontrará, vestida de una bata de franela, con una rosa mal prendida al lado, encorvada sobre sus cuartillas, caídos sobre la frente los rizos sueltos del cabello gris que usaba corto, y abierta a la derecha una obra de Hume, que la enoja, y a la izquierda las Capitulares de Carlomagno.

JOSÉ MARTÍ

*La Nación*. Buenos Aires, 15 de julio de 1885.
[Mf. en CEM]

## CARTAS DE MARTÍ

*Decoration Day*.—La campaña de otoño.—La estatua del peregrino.—Junio.—La Universidad de Cornell.—Universidad para los hispanoamericanos.—Derechos en Alemania de los alemanes naturalizados en los Estados Unidos. Caso diplomático.—Bismarck y los norteamericanos.—Actual situación de demócratas y republicanos.—Análisis de la situación política.—La próxima campaña electoral.—Los grandes fraudes de la Aduana.—Nosotros los hispanoamericanos—¿Perdurará en los Estados Unidos el espíritu puritánico?—El peregrino de bronce.—El día de las flores.—Grant dice adiós a sus soldados.

Nueva York, junio 12 de 1885.

Señor Director de *La Nación*:

¿Los hijos de los alemanes naturalizados en los Estados Unidos, y los mismos alemanes naturalizados, quedan sujetos, o deben quedarlo, a perder a los dos años de su residencia en Alemania la ciudadanía adquirida en América? ¿En Nueva York, quién vencerá en otoño, los demócratas, que parecen más dispuestos a acatar a Cleveland, o los republicanos, cuyo sistema de fraudes en la Aduana es revelado ahora, y que andan divididos en facciones más hostiles que las de los demócratas? ¿En los Estados Unidos, perdurará el espíritu de *La Flor de Mayo*, representado en la estatua de uno de los peregrinos que vinieron en ella, y ahora en bronce se levanta en el Parque Central, o se pondrá en su lugar, más pujante y menos puro, el espíritu cartaginés, que la seguridad de la fuerza engendra y favorece, o el mercenario, aún más dañoso,—nacido de la accesión continua al país de hombres de otros pueblos que no tienen raíces en él, cuyo objeto único en la vida es fomentar su hacienda y aumentarla; cuyo corazón—como un ave que tuviese las alas contra el cuerpo—se agita siempre, con cierta ira de haberla abandonado, por la tierra nativa, donde hay menos riqueza y más ventura; cuyos hijos nacen en un país que nadie le enseña a amar, con el espíritu del cual contiende acaso el acre y diverso que de sus padres extranjeros recibe, cuyos elementos nacionales, cuyas tradiciones, cuyos propósitos, cuyo sano orgullo patrio no lleva en la sangre? ¿Grant, morirá? ¿Su libro de memorias, que se publicará en diciembre, y del que ya corren muestras, se leerá con tanta avidez como el de la hermana del Presidente, la doctrinaria inspirada, que en diez días andará ya en todas las manos, y es esperado con curiosidad acá y en Inglaterra?

De todas esas cosas se habla ahora, porque son las que han ocurrido en los últimos días o están para ocurrir; de todo eso se habla, ya en los colgadizos de los hoteles de verano, sentados los contertulios frente al mar o a la falda de la arboleda pintoresca, en anchas mecedoras rústicas

de madera roja y asiento de paja; ya mano a mano en las canoas, cuando se va a recobrar en una partida de remo las fuerzas exhaustas por la labor excesiva, mientras se ve a lo lejos girar sobre su sostén central un puente de acero por donde acaba de pasar arrebatado un ferrocarril, para que a su vez lo cruce el vapor embanderado que lleva a los paseantes por el río; ya en los juegos de pelota, ya en las carreras de caballos, ya en la playa limpia de los pueblecillos veraniegos, viendo cómo compiten, a modo de regata de alas blancas, los veleros *yatchs*, ya en las fiestas con que en este mes de junio celebran los colegios—Yale[8] y Harvard viejos, Vassar rico, Cornell útil—las fiestas de fin de curso que abren las puertas a las golondrinas cautivas, y los echan armados, a la batalla de la vida, o a que en los regocijos de las vacantes remocen las fuerzas para seguir con el nuevo invierno, preparándose a ella.

Cornell, en Ithaca, es Universidad magnífica. Es la Universidad moderna. No a Seminarios, donde los quiebran; no a colegios de pupilos, donde los explotan y descuidan; no a academias literarias, donde ni las ventajas de la literatura obtienen, pues olvidan la propia y no tienen tiempo ni gusto de adquirir la ajena; no a injertar violentamente en el espíritu penetrado ya de los aires nativos, otro que no se apega a él y lo aumenta, sino que lo contradice; no a esto, ni por esos caminos, debería mandarse a los Estados Unidos a los niños hispanoamericanos; sino a la Universidad de Cornell, basada en el conocimiento y necesidades de la vida moderna, sin desdén de lo bueno de la antigua; a la Universidad de Cornell, donde adquieren en un trabajo interesante y fecundo los elementos universales de la vida nueva.

¿Los alemanes naturalizados, y sus hijos nacidos en los Estados Unidos, caen de nuevo en su ciudadanía originaria, a los dos años de vuelta a su país?

Parece que sí caen; y que tan oscuro anda el punto, que Alemania ha retenido como soldado a un joven hijo de alemán, nacido y educado en San Luis, que por la Constitución americana pudiera ser elegido a la presidencia de los Estados Unidos. Bismarck gruñe, y da con la bota de hierro en el suelo, cada vez que los vapores de inmigrantes se le llevan a América, con sus gabanes de lana y sus cachuchas, la pipa en los labios, y en la mano la jarra de cerveza, a una barcada de soldados futuros, de espaldas anchas y corazón bueno. Bismarck aborrece a los Estados Unidos. Ayer, cerraba a la carne de cerdo americana sus mercados, so pretexto de que iba enferma y dañina, cuando era la verdad que los que de comer cerdo morían, morían de haber comido el mal cerdo alemán; hoy, ya trabaja por cerrar la Alemania a los granos y el petróleo de los Estados Unidos. Y como ve con ojos hondos, y muy en las entrañas de los pueblos, desafía al norteamericano sin ningún embarazo, y vuelve a desafiarlo al día siguiente, siendo raro que, si puso la mano sobre un alemán naturalizado en los Estados Unidos o en su hijo, ablande el modo huraño y consienta en devolver a los cautivos: antes parece que se goza

en negarlo de una manera brusca. ¡Y acá, puestos a machacar en el yunque y a apilar el oro, se ocupan poco en eso!

Pero ahora se nota el deseo, avivado por los alemanes alarmados, de que se rescinda el tratado de Bancroft, que en 1868 ajustaron los Estados Unidos con Alemania por diez años, y en que, en clarísima cláusula, se estipula, con inconcebible desconocimiento de los derechos personales, que el alemán naturalizado en América que vuelve a la tierra nativa y está en ella dos años, es de nuevo alemán. Clay, en 1829, ajustó otro tratado que aún rige, y nulifica el de Bancroft, pues en él se ajustó que los habitantes de Prusia y los Estados Unidos pueden entrar y residir, y salir con toda libertad, y como si fuesen nacidos en la tierra, en todos los lugares de la otra nación que estén abiertos al comercio,—sin limitar tiempo, ni perder derecho alguno, ni estar obligados a más que a no infringir las leyes del país. Mas hay manera de obviar las contiendas a que se prestan ambos convenios, y es notificar a Alemania como en el de Bancroft se acordó, que al año del aviso queda sin efecto el último tratado. En uno nuevo, no habría que esperar de Bismarck más concesiones, puesto que mira a este país como a un atrevidillo ladrón, que le hala impunemente del mostacho, y se le encorva cuando le enseña toda su estatura; pero se definirían los puntos dudosos. Y los alemanes podrían ir sobre seguro a su tierra; o no ir si no van seguros,—que es donde Bismarck les hiere, porque sabe que los aflige.—»¡La tierra padre!» como dicen ellos: y se quedan largo tiempo en silencio, delante de su vaso de cerveza, apagada la pipa, y mirando vagamente al vacío.

¿En Nueva York, quien vencerá en otoño, los demócratas o los republicanos? Si los republicanos, ¡cómo será esto tenido en el país por una muestra de la incapacidad para el gobierno de los demócratas, que ayudan a derribar a su caudillo porque no se presta a abandonarles los puestos públicos!

Si los demócratas ¡qué golpe de maza en la cabeza de los republicanos, a quienes demostraría así el Partido Demócrata que aunque haya en él mucha gente interesada y vociferadora, puede más la que no lo es, y aplaude la política honrada de Cleveland!

Mal va para las nuevas elecciones a la presidencia el partido que pierda ahora las elecciones en otoño. Por eso, con todo su brío, han empezado ya las labores de campaña unos y otros; y si se recuerda que fue en este mismo estado de Nueva York donde Cleveland estuvo a punto de perder la presidencia, que solo por una pobreza, por unos mil cuatrocientos votos, llevó a Blaine, vese que el vado es de tentar. Y como los demócratas de Nueva York no obtienen de Cleveland, como muchos de ellos quisieran, los puestos pingües en que se abusa de los dineros e influencia de la ciudad, no fuera extraño que muchos de ellos conviniesen en dejar de votar, o votasen de mal grado y como para ser vencidos, lo que, por mucho que el grupo de republicanos independientes ayudase a Cleveland, bastaría para poner muy en riesgo

la elección. Es un gobernador el que elegirán en otoño; pero ya se ve como lo que en verdad eligen es un presidente. Cleveland, sin embargo, es muy sesudo, y ni pierde los estribos, ni vacila en dar con ellos sobre la cabeza de los que le quieren sacar de su buen paso.

Oculta, bajo su aspereza aparente, una singular habilidad; y cuando llegó a la presidencia, ya tenía meditada la manera de poner en armonía los apetitos de su partido, sin la satisfacción de los cuales no puede gobernar ningún partidario, y las necesidades de reforma administrativa que le trajeron al gobierno, y él obedece: el cual medio ha sido el de expulsar de los empleos nacionales a los que usaron de ellos como instrumentos de partido, lo que deja legítimamente vacantes, gran número de puestos, que entran a ocupar demócratas de honradez bien probada, con la obligación de pagar con su absoluta imparcialidad en las elecciones el precio del puesto que desean. Lo que toda la Nación paga, no hay derecho para convertirlo en beneficio inmoral de uno solo de sus partidos. Y como de esta manera van entrando en oficio muchos demócratas aunque no tan de prisa como quieren, ya sus reclamaciones y amenazas van a menos; y sin que los republicanos independientes tengan por qué arrepentirse de la ayuda con que sacaron a Cleveland triunfante, se ve que los demócratas airados empiezan a apaciguarse y a estar contentos.—De que conversa poco; de que consulta poco; de que se deja guiar poco; de que «cree que lo lleva todo en sí»; acusan esos demócratas mohínos a Cleveland. Pero así es siempre: al honrado le llaman orgulloso. La dignidad es tenida por soberbia. Hay en la humanidad un deseo sordo de abatir a los que no se abaten.

Ni esta causa de conciliación, ni la moderación que impone el triunfo, que trueca en gente provecta y sesuda a la más moza y levantisca, favorecen ahora a los republicanos. Cierto que tienen grandísimo empeño en la derrota de los demócratas, que sería considerada como una censura del partido a las intenciones reformadoras en cuya virtud vino al poder, y como un estruendosísimo fracaso. Cierto que entienden que en esta campaña les da la presidencia, y a cuanto nervio tienen le están dando cita para que la campaña sea campal y honrosa. Pero no se ve modo de que las facciones de los republicanos concuerden en un candidato aceptable a todas ellas; ni aquellos republicanos puritánicos que votaron por Cleveland están aún descontentos de él y deseosos de volver a su partido; ni los mismos demócratas que ayudaron flojamente en la elección presidencial o la traicionaron, en la esperanza de que Cleveland fuese derrotado, tienen ya hoy contra él el encono que todavía conservan, capitaneados por dos rivales que se abominan, los bandos en que los republicanos se dividen; el de los *Stalwarts* o «Mejores» que quiere gobierno recio en casa, y expansión del territorio, pero por manera franca y arrogante y con manos limpias;—y el de los «Mestizos», que en sí tenía un elemento honrado de reforma que inició Garfield, y hubiera acaso evitado el advenimiento de los demócratas; mas Blaine lo lleva ahora tras de sí, y lo desacreditó con sus empresas y

métodos impuros, mientras estuvo en la Secretaría de Estado, siendo tal el enojo entre los «Mestizos» y los «Mejores», que estos, sin alharaca, tienen determinado no votar en pro de su propio partido, como en castigo de haber sido desdeñados por él cuando Garfield, y en la Convención que eligió a Blaine sobre Edmunds; y para ver si de este modo, reconociendo los «Mestizos» que sin los «Mejores» no pueden ganar batallas, resuelven hacer penitencia, y venir a pedirles por merced el apoyo que una vez desafiaron. Cuando el Secretario Folger, que murió del pesar como Greeley, fue propuesto por los «Mestizos» como candidato al gobierno del estado, en la elección que hizo gobernador a Cleveland, los «Mejores», con el soberbio Conkling a la cabeza, se cruzaron de brazos; y, por la más subida mayoría que vieron jamás elecciones, por más de 200 000 votos, Cleveland fue electo. Cuando Cleveland contendió por la presidencia, se cruzaron de brazos los «Mejores», y vieron impasibles, más, vieron contentos, cómo los demócratas vencían a Blaine. Ese voto negativo de los «Mejores» fue tan eficaz para el triunfo de Cleveland como el voto positivo de los republicanos independientes. Es formidable en política el no hacer.

Esta situación de los republicanos ha venido a agravarse con el escandaloso descubrimiento de los fraudes perpetrados impunemente en la Aduana de Nueva York, servida hoy por políticos de oficio y gentezuela laboriosa en las faenas de partido. Los comerciantes americanos se han puesto a una, a bien que ya lo estaban, del lado del gobierno. Los comerciantes extranjeros se ven sorprendidos y murmuran. ¿Quién creyera que en la Aduana de Nueva York, en la primer Aduana de los Estados Unidos, se hayan estado cometiendo por años enteros, los mismos abusos que han hecho famosa a la Aduana de la Isla de Cuba, los mismos que los americanos echan en cara a México? Esto no sorprende, sin embargo, sino a quien no observa: porque no hay pecado latino, que acá no haya, y con creces; pero hay en cambio virtudes y sistemas que no tenemos nosotros, nacidos ¡ay! de padres que no fueron puritanos!

No nos falta la condición, no, sino la ocasión, la constitución social, el medio ambiente. Sacudirnos todo lo que nos queda de polvo viejo: abrir los brazos, y tenerlos siempre abiertos; dar al que llega un arado, y un pedazo de tierra, y ayudarle a hacer la casa, y respetársela; crear medios honestos de vida para las inteligencias calientes, ambiciosas y desocupadas; sacar de la literatura escolástica, la educación pública que hoy se basa en ella, y arraigarla en las ciencias y artes prácticas, para que no le falte al hombre trabajo útil que lo dignifique, ni aquella savia pura falte a rama alguna de vida; decisión en masa de los hombres honrados para levantar en sus espaldas este edificio del continente nuestro, fundado sobre serpientes, y echarle base nueva, sin lo que vendrá abajo, desapercibido y befado, como una nube que pasó, con el seno repleto de gente alborotada, por el cielo humano: tal nos falta, y nada más:—virtudes de condición, y no de esencia: de acomodación, de

lugar, de atmósfera; pero en nosotros mismos tenemos la impaciencia y previsión del espíritu futuro, la mano ágil, la mente viva, el corazón caluroso, el caballo de cañas finas en la llanura, y en las sienes.

Desbasar, y rebasar. De raíz venimos mal; y tenemos que sacarnos la raíz, y ponernos otra.

Los abuelos nos pudrieron; pero el aire puro de nuestras tierras nos ha oreado. El alimento que hemos tomado por las ramas combate, y expele, al que nos viene de la raíz. Con nuestra clase fina cultísima, y nuestras clases bajas rudísimas, somos como un libro de Barbey d'Aurevilly en manos del hombre fresco de la selva. Tenemos cabeza de Sócrates, y pies de indio, pies de llama, pies de puma y jaguar, pies de bestia nueva. El sol nos anda en las venas. Nuestro problema es nuestro, y no podemos conformar sus soluciones a las de los problemas de nadie. Somos pueblo original: un pueblo, desde los yaquis hasta los patagones.

Como la cabeza socrática no gusta de abatirse, ni sabe cómo, ni puede, tenemos, si no queremos morir de mal de cabeza, que ponernos cuerpo en relación a la cabeza. Somos el producto de todas las civilizaciones humanas, puesto a vivir, con malestar y náuseas consiguientes, en una civilización rudimentaria, el choque es enorme; y nuestra tarea es equilibrar los elementos. La literatura debe afinarnos y entretenernos, no ser nuestra ocupación favorita y exclusiva: nuestra ocupación favorita ha de ser el estudio, ¡hondo y de prisa! de nuestras condiciones peculiares de vida.

Decíamos que en la Aduana de Nueva York se han descubierto grandes fraudes. La Aduana tiene sus avaluadores, y los derechos de ciertos artículos se pagan sobre el avalúo,—que suele tener en cuenta como base el precio que las mercaderías traen en factura. Alegan los comerciantes americanos, con visos de certeza, que el fraude en su mayor parte era tramado y beneficiado por los mercaderes extranjeros. Ya fuese que los fabricantes de Europa estableciesen aquí casas sucursales para la venta de sus géneros; ya en las casas de europeos aquí abiertas se pusiesen de acuerdo con los manufactureros de allende, ello es que las facturas traían siempre un precio inverosímil por lo bajo, menor con mucho que el costo mismo de producción de los artículos: los avaluadores de la Aduana, cómplices todos entre sí y cohechados, avaluaban sobre los precios de factura; como de este modo venían a ser muy reducidos los derechos y resultaba que los comerciantes que declarasen el valor real del artículo y pagasen derechos sobre él, habían de venderlo a un precio mucho mayor que el que en virtud del fraude pedían sus competidores; cuando no era, además, que los encargados del avalúo, como para intimar a los comerciantes la necesidad de un arreglo, fijasen a las mercaderías de los importadores honrados, un valor caprichoso, que hacía que los derechos fueran aún mayores. La Aduana toda está andando en puntillas. El ministro de Hacienda, que es político agudo, no pudo hallar mejor ocasión para sacar a luz estos malos secretos de los empleados republicanos que ahora que el voto de la

ciudad, no muy fiel a los demócratas, importa tanto para *ganar* las elecciones de otoño.—«¡No en balde, dice un comerciante neoyorquino, ha hecho ese alemán pelirrojo en cuatro años una fortuna igual a la que me ha costado a mi veinticinco hacer!». Pero el alemán pelirrojo dice que también el americano rubio, entiende de preparar facturas.

¿Qué espíritu perdurará en la civilización norteamericana: el puritánico, la afirmación más sesuda y trascendental del derecho humano, o el cartaginés de conquista y el mercenario de lucro que la contemplación del enorme poder nacional, el aislamiento de la vida de los individuos, y la accesión incesante de inmigrantes desamorados fomenta?

¡Bien que agita esta duda, aunque a la callada, a los briosos descendientes que aún quedan de aquella raza de hombres que huyó con la libertad por sobre los mares, y vino a ponerla en una tierra inmaculada que mereciese recibirla! Los descendientes y amigos del espíritu de aquellos peregrinos, reunidos en una sociedad que llaman de la Nueva Inglaterra, acordaron que en el Parque Central se levantase, en una estatua magnífica de bronce, la figura de uno de aquellos domadores de la selva, fortalezas del derecho, hombres celestes, en imagen del puñado de ansiosos evangelistas a cuyo paso de bota cuadrada se alzó por el cielo la libertad como un sol que ilumina día y noche la tierra, grande como el espacio que en lo más ancho del Continente va del Atlántico al Pacífico, y afluyeron los hombres redimidos, y pulularon las ciudades como arenas.

Ya se ostenta en el Parque Central *El Peregrino*, a provocar en los que contemplen la admiración por aquellos hombres que fundaron el reinado de la razón sin desenfreno, el del derecho propio sin desconocimiento del de los demás, el del examen libre, como decoro de la mente, sin asolar, cual vientos envidiosos, la esperanza y la poesía.

De allí se ve el muelle de Leyden, con sus tablas comidas; el barquichuelo en que venían, con tanta mano al cielo; la roca de Plymouth, altar natural digno de las rodillas de los hombres. Contra la razón augusta, nada. Sobre el deber de dar empleo a las fuerzas que puso en la mente la naturaleza, nada. Ni rey sobre el derecho político, ni rey sobre la conciencia. Por encima del hombre, solo el cielo. Allí está desafiando a los que entregan en curatela su inteligencia, y la ponen como una culpa, trémulos y traidores, a los pies de los que envilecen y contienen la naturaleza humana; allí está, inexpugnable como Wickliffe, firme como John Hampden, profundo como Milton,—la mano a la escopeta, boca en tierra; al cinto la canana; sobre la túnica de estameña la blusa de cuero; por encima de la media de costuras la bota a la rodilla; la cabeza, cubierta, que ante Dios nada más se destocaba. Y todo él, batallador y altivo, como si la escopeta fuera a levantarse y a vomitar fuego sobre los que abdican el ejercicio de su inteligencia, y se sacan el juicio de las sienes, y en las gradas de un dueño deshonrados,

lo ponen temblando. Allí está, y lo descubrieron con fiestas y músicas, el hombre de bronce.

Y pocos días antes, cerca de donde la estatua se alza ahora, con sus manos escuálidas saludaba a los regimientos que cruzaron ante él con la cabeza descubierta, como el valor honrado y la muerte lo merecen, el general Grant, que lentamente acaba.

Era el día de las flores y de los muertos; un lindo día de mayo. De rosas están llenos los héroes en las plazas; las ventanas, de pabellones; las calles, desde por la mañanita, de anchos carros repletos de macetas. Por todas las esquinas desembocan, resplandecientes y orgullosos, los regimientos de milicia, y los soldados de la guerra: aquellos, peripuestos, de casaquilla gris y pantalón muy blanco, con un jefe muy bien montado, y con pomposa música;—¡y los soldados de la guerra, sin brazo el uno, sin pierna el otro, otro sin los dos brazos, vestidos de paño azul, con unos vivos de oro, y sus propios hijos tocando los tambores, y las banderas rotas!

Se juntan en procesión. Cleveland ha venido de Washington a verla, y lleva en el ojal una rosa roja, la rosa roja que los habitantes de Gales sembraban en la tumba de los que habían obrado bien y merecido el cariño de su patria. Decenas de miles van en la procesión. Van a los cementerios, con sus carros floridos, a vaciarlos sobre las sepulturas de sus compañeros muertos en la guerra.

Nadie está triste: hay como una sobrenatural alegría, hasta en las ancianas mismas, vestiditas de negro, que en los carros del ferrocarril elevado van con el primer sol al cementerio, y llevan sobre la falda su maceta de flores.

Las calles, henchidas. El tambor mayor, ¡cómo levanta, que parece que va a perderse por el cielo, su bastón de cabeza de plata que se sube por el aire como una saeta, y cae en sus manos derecho y obediente, y vuelve a subir, entre los aplausos de la muchedumbre! Un buen viejón, de cabeza muy blanca ¡cómo cojea y cómo lo vitorea la gente, que cual bravo le vio pelear en la guerra, y después, en veinte años, jamás le ha visto faltar a una parada!

¡Cómo se quitan todos los sombreros cuando pasan, con sus banderas despedazadas, las mangas vacías! Y un desterrado que anda por allí cerca ¡cómo llora! Luego que se acabó la procesión, como ya Grant se muere, fueron a decirle adiós, y desfilaron silenciosamente bajo sus ventanas.

JOSÉ MARTÍ

*La Nación*. Buenos Aires, 24 de julio de 1885.
[Mf. en CEM]

## CARTAS DE MARTÍ

En verano.—Política, religión, tribunales y literatura.—Un libro de Vining sobre Hwui Shang, el primer descubridor de América.—Cosas americanas.—El periodista Stanton y su tiempo.—Los periódicos antaño. —Los campamentos de milicianos en junio.—Congresos.—Los indios inquietos.—Cómo los trataban los agentes del gobierno.—Los cheyenes. —Gobierno admirable de los cheroqueses.—El sufragio, la escuela y la propiedad entre los cheroqueses.

Nueva York, julio 6 de 1885.

Señor Director de *La Nación*:

Está la mesa llena de los diarios del mes. Es mes ocupado; pero no en cosas mayores: en regatas, en partidos de pelotas, en carreras de caballos, en exámenes de colegios, en simulacros y ejercicios militares, en congresos de sacerdotes y de músicos, en preparar el viaje a Europa, a aplaudir a la esposa del ministro inglés Churchill, que es americana y acaba de dirigir y ganar la elección de su marido al Parlamento; o a Nueva London, a ver las regatas entre los remadores de la Universidad de Harvard y los de la de Yale; o a Long Branch, a festejar abundantemente a los marinos franceses que han traído a Nueva York la estatua de la Libertad; o a Saratoga, que es cada año lugar de certamen y exhibición de las hermosas; o a Peekskill donde a la sombra de las pestañas de las lindas niñas, acampan, so pretexto de ejercicios militares, los soldados elegantes del 7mo. regimiento, que son de lo granadito de Nueva York, y muy mimados y regalados por las damas; o a Richfield Springs, donde veranea la gente sensata o a las montañas de Catskill, a rusticar en paz, y echar afuera, enfrente de la hermosura y grandeza naturales, los miasmas de alma y cuerpo que echa en ellos todo un año de vida en la ciudad.

En política, Cleveland no ceja, y va por donde iba, conciliándose cuando puede las voluntades de los politicianos y arrollándolos cuando la honestidad del servicio público lo ha menester; ciego estará quien no vea que, aunque los desengañados le ladran, el país lo aprueba.

En religión, antes de viajar por Canadá en velocípedos,—cincuenta clérigos van a dar este verano la vuelta al Canadá en velocípedos, en calzón corto, camisa de franela y casquetín de paño!,—antes de salir, con los dineros que suelen regalarles sus corporaciones, a veranear por California, donde hay valles que hacen pensar en el Señor, o por Europa, de donde vuelven con asuntos nuevos para sus teatrales sermones de invierno, recogen los clérigos en pláticas eminentes sus doctrinas del año; y a manera de la lluvia de estrellas con que rematan las funciones de fuegos de artificio, acaban con brillantes discursos, que sintetizan su enseñanza pasada y prolongan la futura, el curso de pláticas anuales,

colección casi siempre de estudio sobre los sucesos y problemas del día, matizados con versículos bíblicos y unas tantas invocaciones al Señor.

En tribunales, Iseult Dudley, la que disparó su revólver sobre el feniano O'Donovan Rossa, ha sido absuelta, con escasa persecución del fiscal, so pretexto, que de pretexto no pasa, de que es lunática: y dos millonarios han ido a la Penitenciaría.

En literatura, no hay casa que no se tenga prometido leer el libro de la hermana del Presidente, que apenas salga leeremos también nosotros acá en *La Nación*: ni hay veterano que no se haya suscrito a las memorias de Grant, de las que ya murmuran que no las ha escrito él, sino el talentoso de la casa, el viejo y letrado general Adam Badeau, que es Pílades de este Orestes que se muere; rodeado de sus hijos, en una casa de campo. Así también se dice de las memorias del general Páez, quien manejó mejor la lanza que la pluma—¡la lanza a cuyos botes huía, con sus entrañas de tigre, Monteverde!—y contó sus recuerdos, para que los escribiese, al cubano Mantilla.

Otro libro hay notable de los publicados en este mes. *Un Colón sin gloria* se llama el libro nuevo de Vining, a quien los americanistas acusan de romanesco y novador, como al abate Brasseur, quien solía dar por cierto lo que le parecía y se llevó de Guatemala, lo cual no ha hecho Vining, riquezas de librería antigua que generosamente pusieron en sus manos los guatemaltecos.

Todavía anda sin publicar una obra en diez tomos sobre la antigua Centroamérica, del alemán Berendt, donde dicen que se ven, bien traducidos, aquellos títulos de propiedad indígenas, que eran la historia de cada casa, y tanticos en coloreada imaginería que no parecen documentos de dominio, sino mantos de plata luciente, revestidos de piedras preciosas, colas de aves del paraíso, segmentos de arcoiris.

Edward P. Vining, con mejores fundamentos que el abate Brasseur para muchas de sus teorías, mantiene en un recio octavo de 700 páginas, que otros Colones hubo que no fueron el genovés, y el primero de ellos el monje budista Hwui Shan, quien con otros monjes de Buda, salió de Afganistán, y entró por el estrecho de Behring en América, de donde volvió después de sendos años, contando maravillas del industrioso pueblo que habitaba la tierra de Tu-Sang, cuyas señales de tal manera coinciden, según el manuscrito de Hwui, con lo que por entonces era México, que ni del viaje del monje budista se puede dudar, ni de que los Tu-sang-ecos eran los mismos mexicanos «que tenían unos relucientes espejos de piedra, y unos tejidos muy semejantes a la seda, y unas plantas de que hacían de beber y sacaban cuerdas, y una manera de escribir con pinturas que ya contenía los principios de un alfabeto de sonidos, y unas ovejas muy crecidas, con grandísimos cuernos», que eran en todo como las ovejas, de cuernos tales que cada uno pesaba cincuenta libras, y Coronado cuenta haber visto por cerca de Cíbola.

Como en México hay todavía la tradición de la visita de Hwui Shan, en que se cuenta que llegó por el Pacífico, y traía barba larga, y todo el cuerpo cubierto de extraños vestidos, con los que anduvo respetado y enseñando su religión por varias comarcas de México, la crítica no toma a fantasía el libro de Vining, sino que lo juzga muy puesto en razón; y parece que ya se ve salir vivo, de detrás de los anuncios que dicen en los cristales de las librerías *An Inglorious Columbus*, a aquel que vino a América, y no esclavizó, ni mató, ni trajo a gente de matar, sino que enseñó y amó, y se volvió a Asia sin más almirantazgo que su conciencia satisfecha, ni más trofeos que sus honradas barbas.

Y en literatura de periódicos, los periodistas de Nueva York se reunieron en el salón de lectura del club de la Prensa, a oír cómo su presidente, Amos Cummings, en un discurso, que comienza con la mismísima frondosa imagen con que empiezan las notas de Castelar sobre Víctor Hugo, saluda al más anciano de los periodistas neoyorquinos, fuerte también como la encina, y ni atemorizado por el trueno, ni deslumbrado por el rayo. Fue de los que vio venir como si todos los soldados de la tierra se hubiesen juntado en una llanura, a los suntuosos rebeldes del Sur, sobre el Norte, indefenso, y embrazó la pluma, la pluma sagrada, que pone la resolución en el ánimo de los héroes, y fortalece y corona a los soldados.

Henry B. Stanton se llama el periodista octogenario: y ¡entre qué gentes le tocó vivir, y cuánta fortuna es vivir en tiempos grandes, y cuánta desdicha ser grande en tiempos pequeños! Lincoln, Horacio Greeley, Federico Douglass;—tales, y todos como ellos, fueron los hombres de su tiempo. Cuando Stanton ensayaba la pluma que había de ser famosa, Erastus Brooks, celebrado hombre de prensa, estaba de mancebo en una pulpería; Federico Douglass; el esclavo orador, recogía semillas en una hacienda del sur; y Lincoln ganaba seis pesos al mes manejando una balsa de transporte en el río Ohio. Y ¡cómo han andado los hombres, de entonces a ahora!

Hoy, seis horas después de que el corresponsal del *Herald* se inocula en el brazo el virus colérico del bravo valenciano Ferrán, por todos los Estados Unidos se publica, con tan minuciosos detalles que la fantasía de los quesos de Zola, o la de las ropas blancas, los envidiará: y entonces, aunque en pro y en contra se apasionaba aquí la gente con los sucesos de Napoleón, tardaron sesenta y cinco días en tener noticia de su derrota en Waterloo. Y los correos que repartían los periódicos por los campos servían a los periódicos a la vez de correos y de cronistas. «De 120 diarios—dijo Stanton esa noche—que he visto fundar en esta ciudad de Nueva York en lo que llevo de vida, solo han perdurado seis: veinticinco millones de pesos he visto gastar estérilmente en aquellos». Y Erastus Brooks recordó lo que le dijo al tomarlo a su servicio, su señor el pulpero, con cuyo consejo le ha ido después muy bien en el periodismo: «Erastus, aquí tengo trabajo para ti: échale agua al ron, moja el tabaco, ponle arena al azúcar, y enseguida, a rezar a la iglesia».

«¿Qué más—añadió Erastus—se necesita para ser un buen periodista!».

Son de ver los campamentos del mes de junio. Allí van como si fuesen de guerra, los regimientos de milicianos de ciudades mayores y menores; allí se ensayan en las artes del buen marchar y el mal dormir, y las durezas de la guerra; allí, si llueve, con el fusil al hombro lo tienen de sufrir; y si el sol quema, de quemarse han, como si les pareciese bien, con el fusil al hombro. Los milicianos, que en las ciudades tienen suntuosos cuarteles, allí viven cosa de una semana en tiendas de campaña; de comer, rancho; de beber, leche y agua de soda; de vestir, el uniforme; de dormir, el catrecillo de campamento, y con la mano sobre el arma, y la cabeza en la gorra, porque a lo mejor suena el clarín, en lo más fresco de la madrugada, y el que no esté a tiempo en fila, como el que falta a cualquiera otro deber del soldado, paga su pena, que suele no ser floja, como el año pasado, en que por haber faltado al respeto a una fornida moza de la vecindad, un sargentín de muy lindos bigotes, y mayores dineros, fue degradado ante las filas, y expulsado a redoble de tambor de su regimiento.

Todo el día lo pasan en aprestos y ensayos de guerra; en marchas; en guardia; en avanzadas; en simulacros de encuentros. Suelen ir a verlos, en carruajes de fiesta, grandes partidas de damas, que aquende, como allende, gustan de los vestidos coloreados y de las armas relumbrantes; y luego que la temporada de ejercicios termina, bien que se baila, y se entregan de veras los soldados de afición a las amenidades sociales: por cada rama, que estas juntas y bailes son casi siempre en lugares frondosos,—asoma, tendido el arco y aguzada la flecha, un amorcillo: y de noche, aun cuando la disciplina lo prohíbe, y suele seguir al pecado el arresto, so capa de que redactan un informe, o auxilian a un enfermo, o asisten a bien morir a un compañero que en su catrecillo perece de risa, se reúnen los más amigos a jugar a las cartas y a otras cosas prohibidas. La disciplina engendra un deseo: el de infringirla.

Otras veces, no son los caballeros jóvenes de casas ricas, ni de los de modesta fortuna y sincero entusiasmo los que acampan en los grandes parques de las ciudades o a la sombra de bosques tupidos; sino gente hecha a las armas, o diestra en sus ejercicios, que viene desde los estados más distantes a competir por premios de dinero, que las ciudades ricas allegan sin dificultad, para aquellas compañías que mejor marchen, o ataquen, o se defiendan, o dirijan sus tiros. Se hacen procesiones verdaderas de estos milicianos lucrantes, que de ciudad en ciudad, so pretexto de campamento militar, van exhibiendo sus habilidades marciales, sobradas siempre de amigos, muy sobradas de amigos por desdicha, y repartiéndose buenamente los premios que ganan al paso.

Y como que, de abril a julio, cuanto elemento público, asociación o gremio hay en los Estados Unidos se congrega en algún grato lugar a debatir sus intereses, no es extraño que al plegar sus tiendas, al son de los tambores y los pífanos, los soldados veraniegos, tropiecen con los

músicos que van a una sala vecina a levantar la suya, los unos, los de la derecha, tras un cabecilla alborotoso de ojos salvinianos y mostacho negro, que pone por sobre su cabeza a Bellini; los otros, los de la izquierda, a grandes trancos, capitaneados por un luengo señor de corbata blanca, rala barbilla, y gafas de oro, levantando, a par que andan, los brazos al cielo, y alabando a Wagner.

Los sastres también han tenido su congreso este mes; y los albañiles y los zapateros.

Y los indios han tenido también su congreso: un congreso de guerra. Los cheyenes, que ya en 1878, cansados de padecer vejámenes a manos de los agentes del gobierno, se rebelaron y fueron causa de preocupaciones, gastos y guerra seria,—están descontentos. Entonces, tuvieron razón. Ahora, puede ser que la tengan. Entonces el gobierno los desatendió y los provocó a la guerra. Hoy, en cumplimiento de la promesa de mirar por los indios que en su discurso de inauguración hizo Cleveland, envía a un comisionado de paz, a inquirir sus razones de queja.

En 1878, ¿cómo no se habían de sublevar los cheyenes, si los agentes del gobierno en las reservas de indios, les robaban, los esquilmaban, los sometían a trabajos inicuos, les negaban la medicina y el alimento? El Congreso vota de sobra dinero para atender bien a los indios sometidos; mas era uno de los bochornos públicos en tiempo de la administración republicana la repartición que los empleados del gobierno hacían en su favor de las sumas dispuestas al pago de los contratos del gobierno con los indios, en forma de escuelas, tierra cultivable, aprestos de cultivo, medicamentos y raciones, con que se compensaban las tierras cedidas de mal grado por las tribus.

A los cheyenes del norte, los sacaron de sus hogares, en la agencia de la Nube Roja, y los llevaron con los cheyenes del sur, al territorio indio. Al año, se huyeron, saqueando a su paso. ¿Cómo no, si morían uno sobre otro de malaria, y semanas enteras había en que no se les daba un medicamento; si en vano se quejaban de que les habían traído de sus hogares fríos y sanos, en que prosperaba su naturaleza, a una tierra ardiente y pestífera, donde se secaban los senos de las madres, y la piel no servía más que para dibujar los huesos de los pequeñuelos; si el gobierno contrató con ellos pagarles por su tierra, entre otras cosas, con raciones, y los agentes se negaban a darles las raciones que eran suyas por contrato, y su único recurso de alimento, a menos que no acabasen un trabajo rudo que no tenían obligación de hacer?

Se huyeron, y con no poco esfuerzo y muertes injustas, fueron acorralados en las tierras pestíferas, a ser mejor tratados, mas no tanto que ahora, en unión con otros indios que llegan a cinco mil, no den señales de una temible revuelta, que acaso evite el mensaje de buena voluntad que les lleva el comisionado del gobierno.

¡Y dicen ciertos caballeros de nariz canina, porque los ven infortunados y desnudos, y a veces, por culpas históricas que ahora se

pagan, violentos y feroces, dicen que los indios son gente inferior, buena sola para envainar la espada o encajar la lanza! ¡Esa es la inmigración que mejor nos estaría acaso, o ayudaría mucho a la otra: nuestros propios indios! Acá, en los Estados Unidos no tanto, que son pocos: pero nosotros, ¿cómo podemos andar, historia adelante, con ese crimen a la espalda, con esa impedimenta? Lo que los indios son, o pueden ser, lo enseña el senador Ingalls, que ha vuelto del territorio de los cheroqueses, adonde fue en comisión del Senado, que quería saber la verdad en ciertas materias. Ingalls, que es uno de los senadores más renombrados por su elocuencia y juicio, viene maravillado de lo que ha visto en las tribus; ¡pues no tienen un gobierno democrático, con un jefe elegido por sufragio, y su Senado y su Congreso, que cada año se juntan! Tienen sus tribunales, con jueces también electivos; tienen su sistema de penas, tan ordenado como el de los blancos; y no tienen leyes para cobrar las deudas, porque entre ellos no hay deudas.

¡Y escuelas! ¡Los cheroqueses tienen escuelas! ¡Cincuenta por ciento del dinero público de los cheroqueses es empleado en las escuelas! Dondequiera que hay trece niños reunidos, levantan una escuela, y la proveen del mejor maestro que hallan: y ha de ser bueno el maestro. La escuela tiene dos habitaciones, como las de Utatlán de los cachiqueles que a botes de lanza exterminó Alvarado: una habitación es para las niñas, y para los niños otra: de las escuelas de Utatlán salían los niños indios en procesión, a aquel sol suave, con sus vestidos blancos: ¡salían cantando! Los edificios de escuelas de los cheroqueses son de apariencia noble, y el gobierno cheroqués no solo paga los maestros, sino que viste y alimenta a los alumnos: y cuando estos completan la educación que puede darles la escuela india, como que en su territorio no quieren los cheroqueses a gente blanca, mandan a los estudiantes a los colegios famosos de los Estados Unidos, a Darmouth, a Yale. A los blancos, los quieren bien; pero de lejos: sobre todo, no quieren colonos blancos en sus tierras. Indios sí: cuantos vengan.

Y el senador Ingalls viene asombrado de la manera en que los cheroqueses, «con ventaja, dice, sobre cuanto pueblo civilizado conozco», tienen resuelto el problema de la distribución de la tierra.

Toda la tierra pertenece en común a la tribu; lo que no excluye la propiedad, ni el derecho de traspasarla según las leyes de la tribu; pues la tierra es del que la cultiva, eso sí, mientras la trabaje, porque en cuanto el propietario de la tierra no la trabaje, vuelve al común. Mientras la cultiva, es su propiedad absoluta. Cualquier cheroqués puede cultivar cuanta tierra le plazca, con tal de no llegar sino como hasta un cuarto de legua a distancia de los linderos del vecino. Con esto se impide la acumulación de vecinos en pequeñas comunidades, que a juicio de los cheroqueses favorece la holganza y sus vicios. Y con que la tierra vuelva al común tan pronto como su propietario no la cultive, se estorba que una misma mano llegue a poseer mucha tierra, y cuanto viene de eso.

70 000 habitantes tiene el país de los cheroqueses: no hay ni un mendigo.

JOSÉ MARTÍ

*La Nación*. Buenos Aires, 20 de agosto de 1885.
[Mf. en CEM]

## CARTAS DE MARTÍ

Dos millonarios en la penitenciaría.—Los secretarios de Cleveland.—La reforma adelanta.—Cómo nombró Cleveland al colector de la Aduana de Nueva York.—Ojeada en el trabajo interior del partido demócrata.—El Presidente doma a su partido.—Vicepresidente contra Presidente.—Nuestras tierras latinas.—Inquietudes en la América Central.—Lo que piensa hacer el gobierno de los Estados Unidos en la América Central.—Problemas de la América Central, en relación con los Estados Unidos.—Cómo gobernaba Barrios.—México y las repúblicas de Centroamérica.—Los Estados Unidos en Panamá.—Los Estados Unidos en México.—Intereses de los Estados Unidos.—México arregla su deuda y suspende los subsidios acordados a las compañías de ferrocarriles americanas.—Discusión de este asunto.—Habilidad y lealtad de México.

Nueva York, julio 6 de 1885.

Señor Director de *La Nación*:

Peor que mendigo está ahora el que fue presidente de banco, gamonal en Wall Street, este Lombard Street de Nueva York, y cómplice de Ward en los manejos inicuos de aquella firma, cuya historia se contó en estas cartas, de que eran socios el general Grant y sus hijos. Sesenta y dos años tiene el infeliz presidente de banco, el viejo dado a cosas de mozo, que con brutal crueldad retratan en los anuncios de una farsa que corre por los teatros con el nombre de «Nos, nosotros y compañía».

Ya se recordará que Fish era socio de la casa de Grant y Ward, a la vez que presidente del Banco de Marina, y como presidente del banco prestaba sin garantías o con garantías simuladas, sumas enormes a la casa de Grant y Ward, por cuyo servicio, que trajo al fin la ruina del Banco con la quiebra de Grant y Ward, recibía de este sin escrúpulo sumas cuantiosas, fuera de toda relación con el capital que representaba en la firma. De todo género de abusos, ocultaciones y fraudes, fue acusado y convicto.

«Ahí están, decía a los crédulos directores del Banco, las seguridades sobre que en uso de mis facultades de presidente he prestado a Grant y Ward tal suma»: y los crédulos directores acataban: y las seguridades o eran menos y diferentes de las que él decía o eran un mazo de papeles en blanco.

Estas y aquellas condiciones exigía con razón el Banco a las casas a que prestaba las sumas confiadas a él, y al presidente exigía que las investigase bien y no prestase sin ellas: y Fish ponía toda la fortuna del Banco, toda la fortuna de centenares de depositantes, en manos de una casa que no reunía ninguna de estas condiciones, sino que por todos se había de sospechar que carecía de ellas. A Ward, aún no se ha hallado manera de entablarle acusación: Fish, tiene ya puesto el vestido de listas

del penitenciario.

Y otro millonario ha ido también por dos años a prisión. A la sombra de un contrato con el gobierno, que le habilitaba para introducir libres de derechos los cristales que convino en suministrar a los edificios públicos de Filadelfia, importó, sin pagar derechos, grandes valores en cristales destinados a su particular comercio. Se comprobó el fraude. A un hijo mayor de veintiún años, a quien mezcló el millonario en sus operaciones, por ser joven lo dejaron libre, con mil pesos de multa y una severa plática del juez: el millonario, está en la penitenciaría.

Persiguiendo abusos semejantes emplean a la callada lo más de su tiempo, los secretarios de Hacienda, Interior, y Guerra y Marina. Uno, suprime de un rasgo de pluma trescientos empleados inútiles. Otro, rechaza al contratista mimado por los republicanos, por violación probada del contrato, un buque de guerra de seiscientos mil pesos de valor, que los asesores de la Secretaría habían declarado ya en la administración anterior proyectado y construido conforme al convenio. Otro, ordena la suspensión de los trabajos en la oficina litográfica del gobierno, mantenida a gran costo, so pretexto de abaratar la obra de litografía que necesitan las publicaciones oficiales, mas sin oficio real, a no ser el de producir un número excesivo de retratos de diputados y senadores sin derecho a ello.

Mucho trabajan los secretarios en eso, en ver que ningún republicano que disfruta de un empleo sea acusado por pura codicia de las faltas que pudieran hacérselo perder, y en sacar de sus puestos prontamente a los que de veras las hayan cometido, que son reemplazados entonces por demócratas puros.

Sorpresa como la que Cleveland dio a los políticos de oficio del estado de Nueva York, ha habido pocas. El puesto de colector de la Aduana de Nueva York es, con el de Director de Correos, el más apetecido de todos los del estado, y por el que lo obtiene se juzga del carácter del gobierno que lo nombra, porque ha sido siempre un político de influjo en el bando cuyas simpatías desea el Ejecutivo conservar. Grande era la expectación desde hace meses.

Los demócratas viejos, los que mantienen su derecho a los despojos de la victoria, volvían a amenazar al Presidente con privarle de sus votos si no agraciaba con el puesto a un hombre de su bando.—«Pues si lo agracia», decían los republicanos benévolos, «su partido lo ha vencido y el reformador ha muerto». «Si da la colecturía, como la dirección de correos, a un republicano», decían los demócratas, «desdeña a sus partidarios, y permitiremos nuestra derrota en las elecciones de noviembre».—«Y si es demócrata el colector, ¿de qué clase de demócratas será? ¿de los perseguidores de empleos, o de los que sirven a su partido con mejores fines: será el candidato de Tammany Hall, el cuartel de la gente irlandesa y la política de gula, o el de la democracia del Condado, donde los hábiles lo son en pro de los buenos principios y

de los hombres honestos?».—«Personaje ha de ser; republicano o demócrata, sea de Tammany o del Condado».

Cleveland nombró por fin el colector. Era demócrata y no era personaje. No era el candidato de los perseguidores de empleo, sino el de los hombres honestos. Era un excelente hombre de negocios, de notable práctica en las operaciones aduaneras, de capacidad y honradez sumas, y punto menos que desconocido entre los políticos de oficio. El aplauso llegó al cielo: no de los demócratas famélicos, que, sin tener reproche que hacer al nombrado, se mordieron los labios. De manera que Cleveland no cede. Lo que ofreció, lo cumple.

No ha venido, so capa de reforma, a continuar en provecho de su partido una política viciosa; sino que conocidos los vicios públicos, y elegido para extirparlos, reforma de veras.

Que los de Missouri piensan que el gobierno no satisface bastante las aspiraciones de los demócratas a los puestos públicos. Pues Cleveland lo siente por Missouri, pero cree que todo hombre debe avergonzarse de confesar que sirve a un partido político por los provechos que le vengan de él. Y tras esta contestación, el senador que la provocó, no vuelve, y Missouri no pide más destinos.

La energía del Presidente va plegando la aparatosa de sus opositores que, aunque se sienten apoyados por el vicepresidente Hendricks, notan que a este no vale para hacer triunfar sus doctrinas el andar de discursos por ferias y colegios apuntando que no le parece bien la política del Presidente.

Por cierto que si en nuestras tierras sucediese que un vicepresidente indicara en público su desaprobación de la conducta del gobierno, parecería esta natural manera de tentar la opinión y ejercer legítimo influjo, una exhibición lamentable de nuestro díscolo espíritu latino. Y de ambicioso y traidor sería lo menos que se adjetivaría al vicepresidente. Pues acá se hace también y no parece mal.

Acá se hacen también muchas cosas que nosotros hacemos. Es que, en tanto que tengamos en empresas útiles modo apropiado de emplear nuestras inteligencias, estas, enfermizas de puro ociosas, de puro inactivas irritadas, con poco que ver fuera de sí, se vuelven contra sí, y como el alacrán, se hieren con su misma ponzoña. Siempre que se ve mucho, constante, y acaso únicamente un mismo objeto, el objeto llega a parecer deforme. Así nosotros: de puro mirarnos a nosotros mismos no nos conocemos.

Nuestras tierras son ahora, precisamente, motivo de preocupación para los Estados Unidos, México y la América Central los preocupan.

¿La América Central? ¡Quién sabe lo que será de la América Central! ¿México? ¡Quién sabe lo que será del bravo México! El *Sunday Herald* de Washington lo decía, por boca de un miembro del gobierno que tendrá más o menos que hacer con las miras del Presidente sobre la América Central—»Vale más que se sepa desde ahora»—ha dicho el miembro del gobierno, sin que los periódicos le hostiguen, ni lo duden,—»que aunque

no se proyecta plan alguno de anexión, ni ha tomado aún el gobierno en consideración el establecimiento de guarniciones militares permanentes en la América Central, sea lo que quiera lo que las circunstancias demanden, eso será hecho. La política exterior de los Estados Unidos será a la vez guiada por los principios más humanitarios, y en acuerdo con las necesidades de la civilización anglosajona».

De esta manera ha hablado el miembro del gobierno, aludiendo a inquietudes próximas en la América del Centro, que en nada por cierto afectarían, ni de cerca ni de lejos, a los Estados Unidos, a quienes, con ser lo que son, no agrada la idea acá concebida, y simplemente absurda, de que México generoso, México sobrecargado de territorio frondosísimo, México con más problemas que modos de afrontarlos, México a quien toda habilidad y energía bastarán apenas para salvarse de los riesgos a que le expone la vecindad de un pueblo acometedor, que lo necesita y no lo ama, llegará a apoderarse, por artes de vecino fuerte, de las repúblicas de la América Central.

¿Dónde se vio león con dos cabezas, mirando con la una, todo azorado, al norte, y la otra en la cola, abierto para tragarse al sur?

¿Ni cómo asiría México, ahora ni en el cercano porvenir, un territorio tan vasto y escurridizo como el de la América Central, sobrado segura, por otra parte, contra semejante tentativa por el doble interés de los Estados Unidos, ya de que México no adquiera un territorio que pudiera llegar a ser base de una civilización hostil y formidable; ya de que las tierras vecinas del Istmo, caso de salir de sus dueños naturales, vengan a ellos?

Pues en Panamá, aunque con mesura y apariencias de servicio público, y orden de no hacer más que lo que fuere necesario—¿no ha ido la marina americana más allá de la mera protección de su bandera, puesto que ha impedido con la imposición y la amenaza de la fuerza los actos de uno de los partidos beligerantes en el país, y ayuda con esta actitud y con sus propios buques las operaciones de guerra de otro de estos partidos?

Pues ahora, ¿a qué vendrá la intervención americana en Centroamérica, fuera de aquella honrosa que quiere evitar sangre y se ha de limitar para no ser sospechada a buenos oficios, caso de que en Guatemala aspirase al poder, lo cual anda aún lejos un partido liberal, moderado, que quisiese rescatar el país de manos de los reaccionarios confusos que a la sombra de Barrios, aun después de muerto lo gobiernan, por haber estado en el poder, so nombre de liberal, cuando Barrios murió, en manos del partido embozadamente religioso, en aquel ensayo grosero de monarquía que el rudo instinto aconsejaba al Dictador, quien, aparentando que desdeñaba la opinión, tenía el oído atento a ella, y no bien se le encrespaban los religiosos, daba de espaldas a los reformadores, y no bien había desacreditado a aquellos lo bastante para no haber de temerles por algún tiempo, se volvía hacia los reformadores, que creían, o por su salvación o interés afectaban creer,

que los impulsos liberalescos a que su odio a las clases altas movía a Barrios eran aquel tesón en el moldeo de caracteres, aquel fortalecer la dignidad con respetarla, aquel mirar sesudamente por la cordial unión de todos los elementos limpios, más o menos arrebatados en política, que son los medios únicos de asegurar en un país la práctica de la libertad?

¿A qué vendría la intervención americana, siquiera fuese igual a la de Panamá, como ya la anticipa el miembro del gobierno, caso de que Honduras, mal contenta con su jefe actual, deslucido por su incondicional sumisión a los proyectos de Barrios, volviese los ojos, aunque fuesen, como en todo pueblo imperfecto van, acompañados de las manos, a otro jefe de mayor peso y alcance, señalado hace dos años por su resistencia a coadyuvar a la tentativa armada del guatemalteco, de quien fue teniente este jefe, que redimió el haberlo sido con fatigarse a tiempo de serlo?

¿A qué vendría la intervención americana, caso de que El Salvador, que ve con malos ojos todo gobierno que le venga de Guatemala, volcase el que ahora tiene, que le ha venido de ella, incapaz de absorber al Salvador por la fuerza, pero capaz aún de gobernarla por medio de un salvadoreño que le prometa no serle hostil en cambio de su alianza?

Solo estos problemas se abocan en Centroamérica: ¿en qué puede ninguno de ellos afectar a los Estados Unidos, sino en uno que otro ciudadano suyo, que andan allí en número mucho menor que los de cualquiera otra nacionalidad? Pero los pueblos no se forman para ahora, sino para mañana.

Los Estados Unidos se han palpado los hombros y se los han hallado anchos. Por violencia confesada, nada tomarán. Por violencia oculta, acaso. Por lo menos, se acercarán hacia todo aquello que desean. Al istmo lo desean. A México, no lo quieren bien. Se disimulan a sí propios su mala voluntad, y quisieran convencerse de que no se la tienen; pero no lo quieren bien.

No parece que reconocen el derecho de México a hacer, sino que le permiten que haga. Apenas México afirma con un acto desembarazado, y siempre hábil y correcto, su personalidad de nación, acá se toma a ofensa y se ve el caso, no por el derecho de México a ponerlo a su interés, sino por el deber de México de no hacer cosa que no sea primeramente en el interés de los Estados Unidos.

Libremente, sin intervención alguna del gobierno de los Estados Unidos, y estipulando que en caso alguno que resultara de su convenio acudirían a él, contrataron con el gobierno de México, ciertas compañías ferrocarrileras norteamericanas la construcción de vías férreas en México, y de México a los Estados Unidos, favorecidas con crecidos subsidios del gobierno de México.

El gobierno del presidente González, calculando mal los ingresos futuros del erario, ofreció de gobierno a contratante particular, estos subsidios. Bien pudieron ver, como veía todo calculador juicioso, que

México no había de poder, a los pocos años, pagar las subvenciones ofrecidas. El cuidado mismo que ponía en exigir que no se acudiese al gobierno de los Estados Unidos en caso de falta de pago lo indicaba. Escritores ilustres y periódicos famosos de los Estados Unidos lo advirtieron. Grant recomendó la empresa, estimulado por su amigo fidelísimo, el ministro de México en Washington, Matías Romero, que ha hecho el objeto de su vida acercar esta tierra a la suya.

Deliberadamente, y como empresa privada, entraron las compañías en la empresa de construcción de los ferrocarriles. Los construyeron. Sucedió lo previsto. Hubiera sucedido aun sin los abusos que hicieron pública granjería del erario mexicano en el último tiempo de la presidencia de González.

Con estos abusos, sucedió más pronto. Advino Díaz al gobierno, y halló a la nación en quiebra. Tenía un déficit en el presupuesto anual. Tenía contra sí veinticinco millones de obligaciones legales. Ni cubrir su presupuesto podía, cuanto más pagar esa deuda enorme.

Tales eran las subvenciones ofrecidas que, de pagarlas, consumirían todas las entradas naturales. ¿De qué viviría el país? Acaso este no debió ofrecerlas: pero, ¿por qué, libres los contratantes para observar y prever, las aceptaron? Ni el ejército ni el servicio civil estaban pagados, ni podía seguírseles pagando en el número y suma que se les pagaba. Díaz, provisto de poderes amplios por el Congreso, afronta enérgicamente la situación desesperada: reduce los gastos del gobierno; suspende las subvenciones acordadas y aceptadas imprevisoramente durante el gobierno de González; unifica en una emisión de bonos por veinticinco millones a veinticinco años, al seis por ciento anual, los subsidios pendientes hasta la fecha de la unificación y otras obligaciones semejantes; refunde las deudas varias del país en una sola deuda con interés más bajo y uniforme, que será gradualmente de uno, dos y tres por ciento, en el primero, segundo y tercer año, hasta quedar en tres, por $144 000 000, suma total aproximada de la deuda; y aunque importa tanto a México el apoyo de Inglaterra fundado en un derecho real, para sus conflictos futuros con los Estados Unidos, repudia valerosamente la deuda de la intervención y las que dieron pretexto a ella, aunque dos terceras partes de esta deuda están en manos de ingleses, acto de lealtad que debiera inspirar en los Estados Unidos respeto profundo por la buena fe de México, que ni desconoce sus peligros, ni con admirable habilidad deja de precaverse contra ellos, ni cualesquiera que sean los motivos de la aparente cordialidad norteamericana, cesa de pagarlos con la más candorosa nobleza.

¿Pues qué camino le queda, tampoco, sino cerrar con exquisito cuidado todo camino de reclamación por el que ante el mundo que observa pudiera decorosamente entrarse una república por otra que la trata con tanta limpieza y gallardía? Obra fina, y por todo punto magistral, están haciendo los mexicanos en sus relaciones con los Estados Unidos. Sobre hierros encendidos están andando; de todas

partes oyen voces que debieran acalorarlos y cegarlos: no tropiezan. Acaso se salven.

Ahora, naturalmente, los tenedores de acciones de los ferrocarriles mexicanos claman. Las acciones han bajado de precio. Por años, la empresa es ruinosa. Mas la reforma mexicana ha empezado en casa; está conforme a la ley y necesidad; pudo y debió ser prevista por los que se expusieron libremente a ella: y si estos entraron a correr este riesgo, a pesar de él, o tal vez por tener ocasión en él de cosas mayores, o porque este riesgo que se preveía pudiera dar a algún político ambicioso ocasión de conquista, merecido tienen por su deslealtad o su codicia el apuro que pudieron prever o acaso desearon.

Como cien millones de pesos emplearon los norteamericanos en ferrocarriles en México. A ciegas no pudo ser ni sin prever y estudiar sus consecuencias. Así queda, briosamente sentado en México, y en hora todavía oportuna, el problema de mayor interés que presenta acaso la política continental americana. Quien dude de nuestras tierras, para redimirse, para trabajar sus minas, para mejorar sus ciencias, para crear su arte, para crecer de sus mismos infortunios, para mantener la más difícil diplomacia, mire a México.

JOSÉ MARTÍ

*La Nación.* Buenos Aires, 21 de agosto de 1885.
[Mf. en CEM]

## CARTAS DE MARTÍ

## MUERTE DE GRANT

El lecho de muerte.—Preparativos para sus funerales.—Los diarios.—Las calles.—Disputa sobre el lugar de sepultura.—Se le entierra en Nueva York.—El monumento.—La tumba provisional.—Grant, en la guerra y después de ella.—El Este y el Oeste.—Los gitanos en Nueva York.—La magia de Nueva York.— Convulsiones de elaboración en el Oeste.—Los indios revueltos.—Los vaqueros traviesos.—Los ganaderos rebeldes.—Un sacerdote con pistolas.—El caolín.—Éxodo de húngaros.—A trabajar, los nobles!—Una ciudad en un mes.

Nueva York, agosto 3 de 1885.

Señor Director de *La Nación*:

Las calles están vestidas de negro. Las veletas de los techos echan al aire sus cintas de luto. Edificios de once pisos están cubiertos de casimir fúnebre. Todo Wall Street, la calle de la banca, parece un féretro. Poco menos que de pie sobre el aire cuelgan de paño sombrío los decoradores, columnas y balcones más altos que las torres de las iglesias.

Los carreteros han puesto sobre las sienes de sus caballos rosetas de duelo, los maquinistas han atado a la chimenea de sus máquinas sus cintas de tristeza, que, a par del humo oscuro, van oscilando al viento. La ciudad entera se viene preparando a ver pasar el sábado, con doscientos mil soldados y lo mejor de la nación tras él, el cadáver de Grant.

Murió el 23 de julio. Le rodeaba toda su familia, su criado fiel, sus médicos. Los nietecitos dormían en sus ropas blancas de sueño, en el cuarto que daba sobre su cabeza. La esposa le tenía de las dos manos, se las acariciaba, le apartaba los cabellos de la frente. Nadie lloraba. De pronto, aspiró el aire, con ese movimiento de fuego fatuo con que lo aspiran por última vez los moribundos. Y murió como a las ocho y ocho minutos de la mañana, en Mount Mc Gregor, a más de diez horas de Nueva York. A las ocho y once minutos, con el telegrama que anunciaba la hora del fallecimiento, salía a las calles, el *Evening Telegram,* que es el alcance al *Herald.* De entonces a hoy, y van ya diez días, ni diarios ni gentes hablan más que del funeral de Grant, a quien Nueva York ha acaparado para sí, con gran celo de Washington, que lo reclama como a héroe nacional; de Chicago, siempre celosa de Nueva York; de Galena, la humilde ciudad donde nació y padeció pobreza, y de donde salió a la guerra primero, después de cinco años de quehaceres penosos por

asegurar el pan del día, y luego a la presidencia de la República. En los lugares puros y apartados del campo se crían las grandes fuerzas.

Política, teatros, artes, todo parece en tregua desde hace diez días. Los detalles más menudos de la vida del general llenan, de la fecha al pie de imprenta, los periódicos: las casucas empinadas de los barrios más ruines, los puestos de frutas de los italianos, los sillones de los limpiabotas en las esquinas, todo se ha ido adornando con guirnaldas y coronas negras y retratos del muerto. En el gran Parque Nuevo lo van a enterrar, más allá del Parque Central. Quinientos mil pesos quieren reunir para levantar sobre su tumba un mausoleo de granito y bronce. Fabrican provisionalmente, mientras se le levanta el palacio de granito, una bóveda recia, semejante en la forma a una ambulancia militar. Día y noche está en sus alrededores la policía arrollando gente, que va a millares a ver hacer la tumba, y a recoger como memento una esquirla de ladrillo, una pedrezuela, un puñado de tierra, una hoja de los árboles de las cercanías. El funeral adelanta, como una apoteosis. La ciudad de Nueva York ofreció a la familia de Grant, el lugar que ella eligiese para sepultar al jefe muerto, quien ya en vida había dicho que contaba a Nueva York entre las ciudades donde le sería agradable ser sepultado «porque el pueblo de Nueva York le había sido amigo en su necesidad»; y como el municipio concedió a la viuda el derecho de ser enterrada al lado de su marido, según este quiso, la familia prefirió a Nueva York, que con las más ostentosas celebraciones se prepara a agradecer el privilegio de abrigar en su suelo el cuerpo del que llevó de gloria en gloria, contra los rebeldes esclavistas, el ejército colosal de la Federación. A las veces, la sangre le llegaba, como en la batalla de dos días en Shiloh, hasta las cañoneras de las sillas, él, entre los labios el tabaco, el fieltro sobre los ojos imperturbables, avanzaba. Si por la derecha le cortaban el paso, se iba por la izquierda; si por esta se lo cortaban volvía por la derecha. Caía, sin cólera, como una avalancha. A donde puso el ojo, puso la bandera.

Una capa nueva podría hacerse a la tierra con los soldados que perdió en una sola batalla; pero expulsó de sus cuarteles del oeste a los confederados; pero forzó el paso del Mississippi; pero entró en Vicksburg inexpugnable; pero jamás tuvo que hacerse atrás; pero acorraló al ejército enemigo contra el manzanar donde se le rindió Lee. Y como tendió la mano a los vencidos, estos, los generales mismos a quienes echó de ciudades y atrincheramientos, han venido a sentarse a su cabecera y llevarán mañana las cintas de su féretro en su entierro: ¿quién dijo que se habían acabado los poemas? Nueva York no quiere ver hoy en Grant, ni la nación agradecida quiere ver, ni en realidad quiso ver nunca, al hombre de armas en quien era vicio ya el mandar, abarcar y arremeter, al presidente parcial y manejable, al político autocrático e inculto, cuyas faltas alcanzaron siempre a disimular el resplandor de su triunfo y el candor de su ignorancia. Las grandes personalidades son como cimientos en que se afirman los pueblos. Pueblo hay que cierra los

ojos a los mayores pecados de sus grandes hombres, y necesitado de héroes para subsistir, los viste de sol, y los levanta por sobre su cabeza.

Cuantos errores pudo cometer hombre, en cosas públicas; muchos de los atentados que puede imaginar presidente de un país libre contra el derecho de su país y el del ajeno, Grant, que tenía apetito de marcha, permitió e imaginó. Él miraba con ansia al Norte inglés; al Sur mexicano; al Este español; y solo por el mar y la lejanía no miraba con ansia igual al Oeste asiático.

Mascaba fronteras cuando mascaba en silencio su tabaco. La silla de la presidencia le parecía caballo de montar; la nación regimiento; el ciudadano recluta. Del adulador gustaba; del consejero honrado no. Tenía la modestia exterior, que encubre la falta de ella, y deslumbra a las masas, y engaña a los necios. Concebía la grandeza cesárea, y quería entrañablemente a su país, como un triunfador romano a su carro de oro. Tenía el rayo debajo del ojo; y no gozaba en ver erguido al hombre. Ni sabía mucho del hombre; sino de empujar y de absorber. Pero ahora no escribimos su vida. Ya nos asomaremos el sábado, los lectores de *La Nación* y nosotros, a verlo pasar, con la carta que su pobre mujer le hizo poner en el bolsillo del pantalón en que «se despide de él hasta un mundo mejor»; ya veremos el sábado este suceso histórico, y en las paradas de la procesión de doscientos mil soldados, hablaremos de aquel que sin pestañear ni cejar se fue derecho al triunfo, a la cabeza de un millón de hombres. Esta masa, no manejada antes nunca por el hombre, tuvo en las manos, que no le temblaron.

No era de los que se consumen en el amor de la humanidad, sino de los que se sientan sobre ella. Ha muerto noblemente, robándole a la muerte los días necesarios para escribir el libro que deja como único caudal a su mujer y a sus hijos. Antes de morir concibió y proclamó la hermosura de la paz. Fue leal. No fue cruel. Le esperan, en fila silenciosa, para acompañarlo a la tumba, los cañones envueltos en crespón, y las casas, las colosales de Nueva York, a la generala.

La ciudad no está triste; comienza a estar solemne. No se debe ahorrar a los pueblos los espectáculos grandiosos.

El Este se prepara a esta fiesta; el Este, que acata el derecho humano y es hoy sobre la tierra su mejor mampuesto.—Triste sí, uno se siente triste en Nueva York. Ver pasar unos infelices gitanos que el municipio cruel devuelve a Europa de donde acaban de venir; verlos pasar, los pequeñuelos con sus ojos de amor; los chalanes con su chaqueta alamarada; las mozas con sus pañuelos amarillos, entre los policías espaldudos que los llevan a oír su sentencia de reembarque a la casa municipal; verlos pasar, como migajas secas de la paleta de Pasini, del luminosísimo Pasini, destacándose de las paredes oscuras de estas casas cuadradas, alegra los ojos, con esa batalladora alegría que producen el color, la luz, el hombre libre y el caballo suelto. Triste sí, uno se siente triste en Nueva York;—pero firme también; se siente uno tan firme que cuando se aleja de estas playas, ¡en no siendo para las de la

patria, donde la roca es dulce!, parece como que se aparta del goce digno de la libertad real, que se aleja de sí propio!

Mientras celebra a su héroe de guerra el Este culto, en el Oeste contienen a duras penas a los indios las tropas del general Sherman; las ciudades se arman, para defenderse de los huelguistas que las acometen; empresas de ganaderos intentan rebelarse contra el gobierno; y sostener por las armas su derecho a conservar en arrendamiento por precios mínimos tierras indias de pasto, que no pudieron alquilar de los indios sino por medio del gobierno; en un mes, donde no había ayer más que una escuela y una tienda de campaña, en Fern City se levanta, al cebo de un pozo de petróleo, una ciudad nueva que ya se procura municipio, jefe de policía y vigilantes, y tiene al aire sus fondas, y un periódico, y cuatro mesas permanentes de jugadores: a Fern City están mudando toda una ciudad vecina, cerca de la cual se secó un pozo de aceite. Las casas de dos pisos vienen por los caminos: las apean, las remontan en Fern City. Los vaqueros traviesos, los gauchos del Oeste, detienen un tren; porque les dio gana de reír de los *cajetillas,* y a cuanto caballero de ciudad va en el tren lo ponen—ayer mismo los pusieron—de cabeza en tierra con los pies al aire, y de dos tiros de bala le destaconan los zapatos. En Kansas City, un cura católico cayó en liviandad, y en el desamor de sus feligreses; ante los cuales, como que son gente de vestido de cuero y escopeta pronta, se presenta a decir misa, entre silbidos y befas, con sus ropas de sacerdote, y bajo ellas dos pistolas. Un marqués, que se fatigó de ser noble y ha alzado un gran rancho, no sin haber tendido de un balazo a más de un vaquero atrevido, halla en las cercanías de unos terraplenes recién descubiertos, una arcilla finísima, que dicen ser el caolín afamado de los chinos: ya el marqués levantó compañía, busca obreros en porcelana, y diseña una fábrica enorme.

Cansados, en tanto, por Filadelfia, unos veinte mil húngaros de trabajar a intervalos en industrias que por muchos años han de estar produciendo más de lo que de ellas se demanda, propónense emprender la marcha con otro noble a la cabeza, el Conde Esterhazy, y dedicarse en masa, juntos los veinte mil húngaros, a las labores que perduran, y en las que debe descansar toda riqueza, a las labores agrícolas: les da el gobierno cerca de la frontera del Canadá doscientos mil acres de tierra. La Hungría es vivaz y de ojos negros; y escogida en sus mejores lugares puesto que los tiene laxos y malos, no estaría mal en la América Latina. Una raza no crece bien sino con el allegamiento de materiales afines.

José Martí

*La Nación.* Buenos Aires, 20 de septiembre de 1885.

[Mf. en CEM]

# EL GENERAL GRANT

Estudio de la formación, desarrollo e influjo de su carácter, y de los Estados Unidos en su tiempo.

Nueva York, agosto 12 de 1885.

Señor Director de *La Nación*:

Nació de pobres; de niño, gustó más de caballos que de libros y acarreó leña; en la Escuela Militar se distinguió por buen jinete; llegó a capitán en la guerra de México y, por no ser sobrio, le pidieron su renuncia; le alcanzaron los cuarenta años poniendo billares, curtiendo cueros y cobrando cuentas; cuatro años más tarde, era General en Jefe de un ejército activo de doscientos cincuenta mil soldados que peleaban por la libertad del hombre; cuatro años después, presidía desordenadamente su República.

Luego viajó por el mundo, que lo hizo miembro de sus mejores ciudades y lo salió a recibir, guiado por sus presidentes y sus reyes; luego cayó en trampas de comercio, por el apetito vulgar de la fortuna; al fin ha muerto, ennoblecido por sus dolores; seguidos de cincuenta mil soldados, los generales a quienes venció en batalla lo acompañaron a su tumba. Hombres de hechura nueva y de tiempos radiosos son estos que en veinte años aprenden a amar sin disimulo, al que frustró sus esperanzas, diezmó sus feudos y los venció en guerra! ¡Estos son hombres, los que no empeñan la vida de generaciones y la paz de su pueblo en vengar derrotas y rumiar injurias!

Se pelea mientras hay porqué, ya que puso la naturaleza la necesidad de justicia en unas almas, y en otras la de desconocerla y ofenderla. Mientras la justicia no esté conseguida, se pelea. Luego, sofocando con la superior fraternidad que da el contacto común con la muerte los recuerdos que expusieron a ella, se entregan en paz los hombres dignos de serlo a las faenas usuales de la vida, engrandecidos por aquel caudal nacional que dejan a los pueblos las campañas en que se han probado las virtudes de sus hijos. Los bravos, olvidan. Se nota, después de las guerras, que los que olvidan menos, son los menos bravos; o los que pelearon sin justicia, y viven en el miedo de su victoria. Pueblos hay y gentes, de oro por fuera, que son una cueva de duendes insomnes por dentro. Solo los pueblos pequeños perpetúan sus guerras civiles.—Como bueno, caballo contra caballo, se dirimen las contiendas que arrebata al dictamen de la razón la ferocidad del hombre: después, como los federales en Washington luego que acabaron de vencer, como los confederados en Appomattox, luego de ser vencidos, los soldados se despiden de sus generales, y sin suspender sobre la patria las armas ociosas ni cobrar como mercenarios impuros con una soldada perenne el premio de haber cumplido con su deber, vuelven, enriquecidos con la

grandeza propia y la de sus adversarios, a los quehaceres libres que mantienen en toda su fuerza y majestad al hombre.

Ulises Grant fue el que nació de pobres, en una casuca gacha de madera y tejas, allá en un rincón de Ohio: y de terciopelo y paño negro estaban colgadas las casas de mármol y los palacios de piedra cuando al doblar de todas las campanas de la nación, seguían su féretro por las calles de Nueva York, Johnston, a quien su teniente Sherman desalojó de Atlanta; Buckner, a quien Grant mismo tomó diecisiete mil prisioneros en Fort Donelson, Fitzhugh Lee, sobrino y soldado de aquel hombre brillante y piadoso que, por Grant solo fue rendido:—Culminan las montañas en picos y los pueblos en hombres. Veamos cómo se hace un gran capitán en un pueblo moderno.

Como de un pobre colono fue la casita de su nacimiento: de un piso, paredes de madera, techo de caballete; la chimenea en la cruz, la puerta entre dos ventanillas; de madera el cercado, monte atrás, en el patio, follaje, un árbol en la puerta. Allí, en el cariño de su buena mujer, descansaba el padre de Grant de curtir cueros, cuando no contaba las hazañas de sus antepasados, que eran gente de Escocia brava y firme, o escribía con mano hecha al oficio un artículo de diario. De ocho generaciones americanas vino Grant, generaciones de campesinos y soldados. ¿Se acendran las cualidades de los padres al pasar por los hijos? ¿Serán los hombres nuevas representaciones de fuerzas espirituales que se condensan y acentúan? «¡Firme! firme!» rezan los motes del linaje de Grant, uno sobre una montaña que humea, otro sobre cuatro eminencias encendidas: «¡Firme, Craig Ellachie!». De Grant era todo un regimiento inglés en la India, que fue de los más bravos. Montaña encendida, regimiento, firmeza: todo eso se encuentra en Grant; y va con él, maceando, aplastando, arremolinando, tundiendo. En Chickahominy, cuando en un cuarto de hora acaba de perder once mil hombres, sin moverse de la silla, manda renovar el ataque. En Vicksburg, a una anciana que le da agua: «Aquí me estaré hasta tomar a Vicksburg, aunque tenga que esperar treinta años!». En Chattanooga, «¡arriba, arriba!» por la montaña, entre las nubes, por encima de las nubes: se ven de abajo como cintas de fuego; y se oyen estampidos graneados; al resplandor de la fusilería, la bandera sube, en lo más alto del pico ruedan las balas tras los confederados, monte abajo:—la montaña encendida.

De niño, aprende muy poco. Los libros le enojan, como le han de enojar siempre. Dicen que a los dos años oyó un tiro sin pestañear:—«¡Otra vez!», «¡otra vez!». A los ocho años, se sube en cuanto caballo halla a mano. Tiene el cuerpo endeble en apariencia, fuerte en realidad. Se educa como todos los niños pobres de campo de su tiempo; en invierno, a la escuela; en verano, al trabajo.

A los doce años, guía en una excursión el cochecillo de unas señoras y a lo que iban por un arroyo, notan las señoras aterradas que los caballos han perdido pie; «no hablen; y yo las saco en salvo». Y las saca.

Quiere que su padre le compre un caballo, para emparejar con uno que ya tiene, y se obliga a pagarle el precio de él acarreándole los leños que corta en el bosque el peón de la casa: acarrea leños ocho meses: un día, no halla al peón: saca del carro al caballo, le hace arrastrar los leños sobre un árbol caído: de donde los rueda sobre el carro, y vuelve a la casa: ¿Y el peón? «No sé, ni me importa. Cargué solo el carro».

Así crece; de madre llana y leal, de padre inteligente y poco afortunado.

A los 17 años, por servicio de un representante del estado, entra en la Escuela Militar de West Point. Montar, monta muy bien; estudiar, estudia mal. Es el mejor jinete de su curso; pero al fin de la carrera, en una clase de treinta y nueve, obtiene el número veinticinco. Ha sido silencioso, pero amigo de juegos, obediente y cortés, «un buen muchacho». Las matemáticas no las estudió a disgusto. De deberes militares, táctica, ordenanza y balística aprendió más que de mineralogía, geología, química, ingeniería y mecánica. Se enamora intensamente, que es signo de personalidad. Se casa joven, que es signo de nobleza. Y va, con grado de teniente segundo a la frontera, como todos los militares jóvenes.

Ambiciosos y esclavistas se juntaron por aquellos años, en los Estados Unidos para arrebatar a México una porción preciosa de territorio.—Los colonos americanos inundaron a Texas, y se alzaron con él, como estado perteneciente a la Unión del Norte por la voluntad de sus habitantes.

México clama. Los esclavistas del Sur, que venían lidiando desde principios del siglo por introducir la esclavitud en los estados libres, o aumentar el número de estados esclavistas, favorecen en este concepto la anexión de Texas. Van Buren, candidato a la presidencia, censura la tentativa de anexión, como motivo probable de una guerra injusta con México; y su contendiente Polk, que personifica la idea anexionista es electo. Las tropas americanas, so pretexto de defender a sus conciudadanos de Texas, entran más allá del límite extremo del estado. Las tropas de Arista se les oponen, de lo que toma Polk pretexto para dar por declarada la guerra. Taylor marcha sobre México, y lleva a Grant entre los suyos. Adelantan, como suele la injusticia. Grant peleó contra los cadetes imberbes que a la sombra del último pabellón mexicano cayeron sonriendo, apretados uno contra otro, sobre los cerros de lava de Chapultepec. En un parte fue citado Grant, por bravo. Y en nada más se distinguió, aunque tenía veinticinco años. Sirvió bien como habilitado, y allí aprendió a cuidar del soldado en campaña, y de bagajes y almacenes. El conocimiento de los detalles es indispensable para la preservación de la grandeza: el impulso necesita ser sostenido por el conocimiento.

No parece que a su vuelta de México, donde llegó a capitán, fuera tan sobrio en el beber como el decoro aconseja. Es creencia pública que este triste hábito llegó a ser en él tan manifiesto que, a no haber accedido a pedir la renuncia que de él solicitaron sus jefes, hubiera caído en un

consejo de guerra; ni parece tampoco, en pura verdad, que semejante costumbre le siguiese en los años oscuros y amargos en que vivió Grant, hasta que estalló la guerra civil, ocupado en penosas faenas, si bien tiene biógrafos que solo por la persistencia de aquel hábito, aun en sus días gloriosos, se explican ciertos errores y acometimientos en la guerra. Anduvo Grant de hacienda en aldea. En California establecía un billar, y quebraba. Vivió luego en una hacienda de su mujer—él cortaba la madera, él la acarreaba por el pueblo y él la malvendía. Para cobrar no servía mucho, porque era dadivoso y no sabía ver lástimas. Apetecía la fortuna; mas no era ruin y abusador de naturaleza, de modo que cuando andaba luego de cobrador de rentas, a par que de vendedor de madera, recio el cuerpo y despacioso, oculto el rostro bajo un fieltro ancho, por pieza de mangas una blusa, y embutidos en las altas botas los calzones, más eran las cuentas que dejaba atrás que las que amonedaba, aunque él siempre recordó aquellas fatigas con orgullo.—»Aquellos eran buenos tiempos, amigo», dijo una vez en la Casa Blanca a un marchante suyo de aquella época que electo representante más tarde fue a visitarlo, todo tímido cuando ya era Presidente: «buenos tiempos eran aquellos; porque yo hacía lo mejor que podía para sostener a mi familia». Y siguió conversando con la esposa de su marchante, de las mañanitas frías en que él les llevaba la leña, la apilaba con sus manos y la medía, e iba luego a cobrarle a la oficina. Pero en tantas estrecheces se vio que hubo al fin de aceptar en Galena, donde su padre y hermano tenían una curtiembre, un empleo de doscientos pesos anuales: y ya para entonces Grant frisaba en los cuarenta años. Más notado era por el callar que por el hablar. A todos parecía en el pueblo un hombre adocenado. Aspiró a una plaza de agrimensor, y no la obtuvo. Se paseaba; callaba, fumaba. No mostraba impaciencia. De la guerra se había traído sus celos, celos profundos de los que, por capricho de la fortuna o influjo de amigos poderosos, alcanzaron puestos prominentes, sin los merecimientos acaso que él creía sentir en sí. Mas estos celos, apenas los entrevé un ojo avisado en las primeras efusiones suyas, raras, por cierto, como deben ser siempre las efusiones, con un amigo militar a quien llevó hacia Grant una simpatía que a poco llegaba ya a veneración; con Sherman, que cuidaba de él como de una criatura de sus manos, y por su fama miraba más que por la propia.

Sherman, alto, elocuente, centelleante, inquieto, inspirador, desasosegado, desbocado, fiero; Grant, corto de cuerpo, ya espaldudo, lento; sobrio en el habla, de ojo impasible, que acaparaba lo que oía, que no daba de sí. Grant, que concebía laboriosamente, o volteaba en la memoria con esfuerzo lo que acababa de oír; Sherman, que como lluvia de chispas vertía ante su amigo silencioso sus planes e ideas. A veces, a todo un discurso de Sherman, Grant no contestaba. Se recogía en sí; y aunque siempre estuvo pronto, con generosidad singular y absoluta, a encomiar el mérito de sus subordinados y reconocer espontáneamente la parte que tenían en sus victorias, si recibía influjo de ellos, no gustaba

de dejarlo ver, ni ponía en acto la idea ajena, hasta que de magullarla y considerarla llegaba a tenerla como propia. Y le fue creciendo tan fuera de medida la persona, que llegó a ponerse en él en lugar de lo más alto y a oscurecerle el juicio.

Pero en aquellos duros tiempos de Galena no se notaba en él, oscurecido en la oficina de la curtiembre, cualidad marcada alguna, ya porque su mala salida del ejército y falta de éxito en sus humildes empresas lo tuvieran desconfiado y encogido, ya porque, comido de esa impaciencia que consume a los caracteres originales y pujantes, fuera presa constante de la sorda ira que produce la falta de acomodo entre la realidad trivial y el deseo osado. El silencio es el pudor de los grandes caracteres: la queja es una prostitución del carácter. Aquel que es capaz de algo y muere sin que le haya llegado su hora, muera en calma, que en alguna parte le llegará. Y si no llega, bien está: ya es bastante grande el que es capaz de serlo.

No era Grant de carácter amigable, y si no desdeñaba los escasos cariños de que pudiese ser objeto, jamás cortejó, ni en lo más recio de sus pruebas, amistad alguna. En sí exploraba y vivía. Venía del campo, del campo siempre nuevo y original, y de sí mismo, con poca mezcla de lo general humano, en cuyas artes se sintió siempre como extraño y perseguido; ya abrumado, como un hombre a quien todo vence, ya rebelde, como aquel a quien azuza una voz superior. Huía Grant por eso, y por sus penosos recuerdos de su vida militar, que se exacerbaron con su candidatura frustrada al puesto de agrimensor, de los manejos políticos, harto complicados siempre, aun en los villorrios, para no inspirar temor y un sentimiento previo de derrota a los espíritus sencillos; mas por esto era, y no porque en sí le desagradasen, sino que, marcial de naturaleza, arremeter y arrebatar le era más fácil que cautivar y esperar, y carecía de aquella ductilidad y pleguez que en la vida política aseguran el éxito. A su naturaleza de dueño repugnaba esa angustiosa y continuada servidumbre con que se compra casi siempre la prominencia política. Entrar en política sí le hubiera parecido bien: pero como se entra en una plaza enemiga: imponiendo condiciones. Por donde iba la política no lo distinguía él muy bien a veces; pero en su país, la política era la única forma del mando. A los demócratas estaba afiliado, porque era en aquel tiempo la democracia, el partido que al estado en la Unión, y al hombre en el estado, reconocía más derechos, y Grant fue siempre muy celoso de los suyos; mas en sus cuarenta años solo en una elección había dado su voto, y en una República, un hombre que no vota es como en un ejército un soldado que deserta.

Acerca a los espíritus originales una incontrastable simpatía. Mirando bien se observan dos especies de hombres en perpetua lucha; los que arrancan de la naturaleza, pujantes y genuinos, activos y solitarios, reconocidos y aclamados solo en las grandes crisis, que necesitan de ellos; y los hombres amoldados a la convención, que ocultan su espíritu

como un pecado, que defienden y contribuyen a lo establecido, que viven acomodados y dichosos, y en el movimiento social solo son útiles como fuerza saludable de resistencia, en los casos en que un carácter natural, embriagado con el triunfo, se desvanece y afirma en demasía. Otro carácter natural vivía en Galena, el abogado Rawlins, un árbol de virtud, todo hecho de valor y de justicia. Hablaba en explosiones. Sus pensamientos nacían y salían de él derechamente, como rayos de luz. Tenía la concisión y grandeza de la palabra apostólica, y la suprema elocuencia de la vida, ante la cual la de las academias, como coqueta embijada ante doncella de franca hermosura, se oscurece. Rawlins había vivido de hacer carbón hasta sus veintitrés años; Rawlins, que murió más tarde de secretario de la Guerra. Solo, se educó; solo, se hizo abogado; solo, impuso respeto a sus cofrades: se habituó a pensar y a obrar solo. Y solo podía pensar y obrar sin miedo, porque no le dominó más pasión que la de la justicia. Pero tenía aquella superior prudencia que, como nueva gala, engendra el sufrimiento prolongado en los hombres de verdadera fortaleza, dichosa cualidad que en el grupo de caracteres naturales distingue al desinteresado del egoísta. En el egoísta hay más personalidad, visible al menos, que en el desinteresado, pero solo en el desinteresado hay verdadera grandeza. En Rawlins eran apreciables la palabra, la intuición, la firmeza, la honradez, el consejo. Aplastaba las intrigas como hubiera aplastado víboras. Una sinrazón o un agravio no podía soportar, aunque se hiciesen a una tórtola. La verdad quería él que triunfase, aunque nadie llegara a saber que triunfaba por él. A este hombre, desde que vendía cueros se fue Grant acercando poco a poco; en sus defensas bebió luces; en su consejo superior encontró un dueño: de los labios de Rawlins salían acabadas y perfectas, las ideas que en su forma rudimentaria de instinto fatigaban el cerebro a Grant. Y juntos hablaban el abogado y el curtidor de cómo se venía encima la querella en el Sur, cuyo creciente atrevimiento, como a toda la Unión, tenía asombrada a la gente de Galena.

Los tiempos eran aquellos de la más noble cruzada que jamás vieron los hombres. De un mar a otro hervían los estados del Norte: «No ha de haber más esclavos».

Desde que Garrison fundó su *Liberator* no hubo paz en la Unión; ¡cómo crecen las ideas en la tierra! Una pobre hojilla era el *Liberator* en 1831, el primer vocero de la idea abolicionista: ya en 1840 había descompuesto los partidos enormes que contendían por el poder, y creado el de la libertad: el de los abolicionistas que querían el mantenimiento de la Unión, contra su mismo apóstol Garrison, que llamaba a la Unión, porque amparaba la esclavitud, «contrato con el infierno y convenio con la muerte». Los 7 000 que en 1840 votaron por el partido de la libertad, ya eran 62 500 cuatro años más tarde. En 1848, ya eran 300 000, ya pedían, congregando en una organización formidable a los antiesclavistas de todos los partidos, «la tierra libre para el pueblo libre». Ya en 1856 fueron 1 341 000; y en 1860 ya fueron

la Presidencia de la República, fue Lincoln. ¿Dónde se vio mayor grandeza, más generoso impulso, más llameante palabra, más desinteresado caudillaje, ni virtud más fecunda y batalladora? Por el apetito del cielo y el amor de la ventura batallaron en tiempos de guerra otros cruzados; pero estos de América conmovieron sus hogares seguros en una época próspera y pacífica para libertar a la raza más desventurada de la tierra. Ellos la bolsa, que cuesta; la palabra, que consume; la familia, que sujeta: la vida, que en una tierra libre y próspera enamora. El Sur, hecho a mandar, veía con cólera la resistencia del Norte a sus voluntades, y sonreía a la gente burda de los estados libres, empinado sobre sus esclavos.

El Norte, lento como todos los fuertes, cauto como todos los trabajadores, miraba al principio con temor, y siempre con pena, el peligro de la ruptura que el Sur provocaba. No había paz desde 1831, desde el *Liberator*. Por todas maneras persiguió el Sur el periódico de Garrison: por la voz del presidente Jackson pidió al Congreso la persecución de toda propaganda abolicionista.

El Sur pidió más tierras para criar la esclavitud: el Norte, obligado por la Constitución a reconocerla en los estados que la tenían establecida, en la Constitución misma se apoyaba para resistir su institución en los nuevos estados. Si un territorio entraba a ser estado, el Sur lo clamaba para sí, para tener esclavos en él, y más votos en el Senado sobre el Norte; y el Norte, fatigado de aquella inhumanidad y de la arrogancia del Sur, clamaba como libre el estado nuevo, inundado de merodeadores sudistas que en batallas campales o en asaltos nocturnos disputaban la tierra a los colonos abolicionistas. Cuando Wilmot pide que los estados que por la paz con México hayan de entrar en la Unión puedan a su voluntad no tener esclavos o tenerlos, el Sur, que los quiere esclavistas, se yergue como herido en la médula; y a la afirmación enérgica del Norte, al partido del suelo libre, a la palabra de Wendell Phillips, opone tan atrevida resolución que cuando se trata de la incorporación de California como Estado libre propone, por la voz de Calhoun, que se iguale por ley el poder político del Sur y del Norte. La palabra majestuosa de Henry Clay obtiene, a fin de alejar el conflicto que ya en 1850 se avecina, el compromiso famoso en que, a trueque de que el Sur reconozca estado libre a California y el distrito federal y facultad a Nuevo México y Utah de declararse libres o esclavistas, el Norte se obliga a ceder en una cuestión del territorio de Texas, y a devolver por una ley de fugitivos los esclavos prófugos del Sur. Este, hasta entonces siempre vencedor, se cree seguro. El Norte, avergonzado, fulmina sus censuras contra la ley de esclavos prófugos; reúnense en Europa los enviados diplomáticos del partido del Sur para publicar proyectos de extensión del territorio esclavista; y en 1856, contra el Partido Republicano que nace con un millón y medio de votantes, para impedir la extensión de la esclavitud en los Estados libres y territorios, eligen presidente a Buchanan, uno de los tres ministros esclavistas de Europa.

Recoge el Norte el guante. Ya el Norte es un partido y el Sur otro. ¿Quién en el Norte entregará a un esclavo? Las legislaturas de los estados libres dictan leyes que impiden los efectos de la de esclavos fugitivos. Renace el fuego de los mártires y los apóstoles. Cunde entre los apáticos el ardor de los generosos. John Brown se ofrece en sacrificio: y convierte la idea en acción. Del cadalso en que muere porque faltó a la ley escrita, un ejército surge, que pulula buscando jefes y campo de batalla. Cuando las nuevas elecciones vienen, y el Partido Republicano, en una gloriosa arremetida, elige a Lincoln, sin un solo voto del Sur vencido, ya la guerra ominosa está en todas las bocas. La Legislatura de Carolina del Sur llama a Convención para discutir el derecho del estado a separarse de la Unión; y ella y once estados más se separan, y reunidos en Congreso, crean la Confederación de América y eligen presidente a Jefferson Davis. Arsenales, aduanas, fuertes, todos los recursos y depósitos del gobierno en el Sur caen, sin oposición, en manos de los confederados que al fin disparan sobre el Fuerte Sumter. Un leñador está en la Casa Blanca—un curtidor de cueros está en Galena.

Oye Grant la noticia. «El Gobierno me educó para militar, dice, y todavía no le he pagado bien mi deuda». Rawlins, en un discurso ardoroso, disiente de su partido y mantiene la Unión, en cuya defensa entra a servir al punto. Lincoln ha llamado a las armas 75 000 voluntarios; y como en Galena no hay más militar que Grant, a él le dan a instruir, y a que lleve al gobernador la compañía de Galena. Apena recordar cómo en aquellos días andaba el triste soldado de puerta en puerta pidiendo, como de limosna, un puesto que le niegan. Ese, que cinco años después llevaba cuatro ejércitos con pasos seguros a la victoria, no pudo hallar al principio un puesto ruin en las armas de su patria. Lo pide al Ayudante General, que no le contesta. Lo pide dos veces a McClellan que lo conoce: en vano las dos veces. Lo hacen al fin, por carencia de instructores, coronel de un regimiento, al cual enseña y organiza de manera que cuando, merced a un representante del estado que le fue siempre amigo, lo nombran brigadier del Ejército, a nadie que lo ha visto en medio de sus soldados le sorprende. Rawlins, que erraba pocas veces, estaba ya a su lado, «preparándolo a vencer», de secretario y ayudante. Rawlins, la sugestión disimulada, el consejo hábil y modesto, la prudencia que sofrena, la palabra que pule. Y se vio entonces de nuevo el poder del hombre para crecer a nivel de sus dificultades.

Dieciséis mil hombres tenían por todo ejército los Estados Unidos cuando se declaró la guerra que cinco años después cerraba, al mando de Grant, con 1 000 516 soldados en servicio activo y 2 254 006 en reserva,—dieciséis mil hombres componían el ejército, esparcidos en lugares apartados de la Nación por el Ministro de la Guerra del gobierno de Buchanan, para que no pudiesen impedir la organización armada de la Confederación, que con tanta presteza como el Norte cubría su territorio de soldados. De voluntarios tuvo el Norte un ejército a los

pocos días. A porfía organizaban tropas los estados, las ciudades. De $100 a $400 daba el gobierno a cada voluntario. Al instante se reúnen 750 000; 42 000 enseguida; enseguida 300 000 más. En cuanto se refiera a los Estados Unidos, se ha de contar con esta pujanza súbita y oculta, que parece aún mayor en el momento en que se enseña, por la vacilación y recogimiento que la preceden, y suelen tomar los observadores ligeros por indiferencia, cuando no son más que el cuidado natural con que un pueblo maravillosamente próspero examina sus problemas antes de decidirse a una innovación que lo ponga en peligro. Tarda más en alzarse de tierra el elefante que el ciervo.

Al punto una hojeada basta para comprender la magnitud de la guerra. Un general se ríe de otro porque pide doscientos mil soldados para mantener un puesto en el Oeste; pero después, en una sola campaña, en un invierno solo, mueren cien mil federales entre el Rapidan y el James, que corren cercanos y casi parejos. No hay encuentro que no deje postrados millares de hombres. Shiloh, Gettysburg, Antietam, Chattanooga, Wilderness, Chickahominy, ¿cuál de ellos no vio, cuando menos, dos mil muertos?

Y cuando Grant avanzaba sobre Lee, poderoso e impenetrable como una montaña que se mueve, los federales estuvieron muriendo de un mayo a un junio en un solo campo de operaciones, mil por día. ¡Adelante las columnas! ¡El pueblo que han ayudado a fabricar todos los hombres, para todos los hombres ha de quedar libre! ¡Libres ha declarado a cuatro millones de esclavos el presidente Lincoln, que «ofreció a Dios darles la libertad si permitía que los confederados fuesen expulsados de Marylandia», y han de rendirse, quebrados para siempre, los que se oponen a que cuatro millones de hombres sean libres!

No hay añagazas políticas que les den semejanza de derecho. Las guerras deben verse desde las nubes. Bien está que medio millón de seres humanos muera para mantener seguro a los hombres su único hogar libre sobre el Universo. Allá, desde arriba, los hombres deben parecer, ondulando, fabricando, abrazándose cuerpo a cuerpo, hasta para guerrear, como esos bulbos vivos, henchidos de gusanos invisibles, que en grandes masas pugnan con movimientos incesantes y torpes por romper las raíces de los árboles que acaso en ellos mismos se convierten en una forma más libre y animada de la vida. Son como un puño cerrado que viene pujando por salir de lo hondo de la tierra. ¿Quién no entrevé en la magnitud de los pesares que acarrea el estado rudimentario de la especie humana, la claridad dichosa que la aguarda, después de su acendramiento y paso doloroso por los mundos? ¡Qué paz para equilibrar este comienzo! Arrebata el pensar en esa suprema dicha: ¡a cuán pocos es dado vislumbrarla, satisfechos de su pequeña máquina, desde su cáscara de huesos!

La guerra está encendida; el Sur se echa sobre el Norte; tiene lista la costa meridional; a treinta leguas de Washington, capital de la Unión, unge a Richmond capital de los confederados.

Domina todo el Sudeste por el Potomac y el James; por el lado del Oeste, sube y ocupa el Mississippi, y los puestos donde se le une el Ohio, enriquecido a poca distancia con el Tennessee y el Cumberland. Tiene la victoria quien tiene los ríos. Los ríos son las venas de la guerra. Con ellos va todo el territorio que ellos bañan. Cerrando a los federales el Mississippi, ni los confederados podrán ser envueltos en sus estados, por el mar de una parte y el río de otra; ni los estados rebeldes del Este serán separados de los del Oeste que quieren para sí; para criaderos de esclavos! ¿Cómo dan agua los ríos a semejantes hombres?—Asegurando las bocas del Ohio y del Tennessee y el Cumberland que afluyen en él, se aseguran los estados centrales, que en la guerra vinieron a ser como los límites norte y oeste de las batallas. En la boca del Ohio sobre el Mississippi, confluyen como los radios a un centro, Illinois, Missouri, Tennessee, Kentucky. Quien tiene al Tennessee, tiene abierto el camino por sus aguas hasta el corazón del estado rebelde de Alabama. Quien tiene al Cumberland, tiene a Tennessee y Kentucky; Galena está en Illinois, que remata por el sur en la boca del Ohio. Manda la tropa de aquella comarca Grant de Galena! Los confederados se han subido hasta allí, para cerrar el paso a los avances de los federales y ampliar hacia el norte, con espacio para la defensa, el territorio que cruza su red de ferrocarriles, indispensable para el transporte de sus hombres y provisiones. De Mississippi, de Alabama, de Georgia, de la Carolina del Sur, de Virginia, todos los ferrocarriles van a confluir en Chattanooga, sobre el Tennessee. Fortifican, pues, los confederados los ríos. Se encierran dentro de un baluarte de río y mar.

Por el Mississippi cubren su oeste: su norte con el Ohio, el Tennessee y el Cumberland; con el Atlántico, su este; su sur con el Golfo de México.

Vicksburg defiende de los federales al Mississippi—Fort Henry defiende al Tennessee; Fort Donelson defiende al Cumberland. Por el este, Charleston ampara la costa; y New Orleans por el sur. En la guerra no es necesario ocupar todos los puntos, sino los principales. En el interior, el Potomac y el James, cuajadas las orillas de tiendas de campaña, defienden a Richmond.—La guerra, pues, consistirá desde el principio en la disputa y toma de los ríos; las ciudades del mar importan menos. Los ejércitos tomarán su nombre de los ríos. Los caminos están marcados. Si por el mar hay que tomar a New Orleans y a Charleston, por tierra hay que tomar a Fort Henry y a Fort Donelson, para dominar el Tennessee y bajar por él hasta Alabama; hay que tomar a Vicksburg para ocupar el Mississippi y dividir en dos la Confederación; hay que cruzar el Potomac y el James para tomar a Richmond.

Allí los laboriosos planes, la estupefacción de los ejércitos del Norte, la sorpresa y celos entre sus generales. Al genio, solo no sorprende lo imprevisto, porque lo imprevisto es su dominio natural. No ven que esta es una guerra de tamaño y número, que solo puede vencerse con el tamaño y con el número. Hay uno que lo ve; pero no lo dice todavía; hay uno a quien un hombre inspirado y enérgico aconseja. No se trata de

vencer a un enemigo científico, sino denodado. Denuedo vence a denuedo. El Sur se viene encima; no hay tiempo para preparar un ejército perfecto. Los ejércitos perfectos no se improvisan. El Sur arremete con sus masas brillantes y desordenadas: hay que salirle al paso, si se puede, con masas mayores. Si el Norte se detiene a prepararse, el Sur se preparará también; y al cabo de la larga preparación quedarán siempre a la par, el Sur y el Norte. «Vencerá quien ataque primero», en Fort Donelson, donde lo dijo Grant como en toda la guerra, y por su parte, apenas tiene número suficiente de soldados para caer sobre el enemigo, mientras los generales académicos vayan por las cercanías del Potomac arrogante, entrabando su valor con sus preocupaciones escolares, allá va Grant, con su sombrero de copa alta y su cigarro en los labios, «a atacar primero».

Paducah está en Kentucky sobre el Ohio, cerca del lugar donde se le junta el Tennessee; Cairo está en la confluencia del Ohio y el Mississippi y es la llave del Oeste. Ya los rebeldes merodean por el Estado leal de Kentucky. Grant tiene que tomar la boca del Ohio sobre el Mississippi, aún antes de caer sobre Fort Henry y asegurar el Tennessee, y sobre Fort Donelson, para asegurar el Cumberland. Ocupa a Paducah sin violencias. «No tengo nada que hacer», dice en su proclama, «con las opiniones, sino con los rebeldes armados y los que les ayuden y encubran». El buen juicio de Grant percibía siempre la utilidad y nobleza de los propósitos de Rawlins, y este envolvía en forma hermosa y memorable las inspiraciones confusas de su jefe.—Cae Grant sobre Cairo, que tiene 7 000 hombres, con 3 000 federales no más, aún indisciplinados y novicios. El enemigo le sale al encuentro: rudo acaba el día, y parece haber vencido; en aquella noche de espera «el corazón se me había subido a la garganta». El alba le reveló en camino al Cairo, abandonado por los confederados: «Nunca desde aquella vez vacilé en atacar al enemigo».

Grant manda ahora el distrito del Cairo; pero ya el caballo que le hirieron en Belmont está bueno y le «molestan» Fort Henry y Fort Donelson.—No entiende su prisa el General del Departamento. Al fin da sobre Fort Henry que se rinde a la flotilla avanzada: y, dejando en él, dueño ya de la boca del Tennessee a 2 500 de sus hombres, marcha con los 15 000 que le restan contra Fort Donelson, que está entre dos arroyos que dan en el río, y desde su eminencia echa las balas lejos. Los rebeldes fingen caer sobre el centro de Grant, cuando en realidad se concentran sobre el ala más retirada de sus tropas. Concentrados los deja Grant, y por una altura vecina, se les sube bombardeando sobre el fuerte que queda a su merced: y de jefe en jefe que lo abandona, viene al fin a manos de Buckner, que se le rinde: ¡rendirse a discreción! es lo único que Grant acepta. «¡Allá voy sobre las defensas!» 15 000 prisioneros se entregan con Buckner, y el Cumberland es de Grant, de Grant la primera gran victoria de la guerra. Una u otra idea podía Grant tomar de los demás, y acaso el plan entero de una batalla, si lo creía

bueno, como el de Chattanooga, del general Thomas, como el de la toma de Vicksburg, de su ayudante Rawlins, pero el acometimiento, el movimiento inesperado, el quite de un desastre, el juego original de sus tropas, la percepción instantánea de la oportunidad feliz, de nadie más que de sí las necesitó Grant nunca. ¿Vacilar? las rocas sobre que libraba la batalla vacilarían: él no. No era valor el suyo; sino «insensibilidad ante el peligro». Jamás le ocurrió que podía ser vencido. Detenido, sí, pero jamás vencido. El empuje despedaza las primeras filas enemigas; pero la tenacidad gana la batalla. Donde todo general se hubiese retirado, Grant resistía y vencía. Ya le tenían la mano sobre el cuello; ya no tenía donde poner el pie el caballo, de tanto muerto en torno, ya lo acorralaban contra un río: él concentra sus fuerzas, fuma su cigarro, espera en calma el refuerzo que debe venir: recoge su gente al pie de sus cañones: «¡Todavía los tengo de vencer!» Dice y los vence.

Así fue en Shiloh, que dejó al Sur asombrado de aquel poder de resistencia, y al Norte aterrado de aquella hecatombe. A pesar de la victoria de Fort Donelson, el General del Departamento, hombre entero, le quitó el mando, «porque había vuelto» refiriéndose a su embriaguez «a sus antiguos hábitos».—Pero Rawlins lo desmiente; y le vuelven sus tropas. Los confederados no quieren que los refuerzos que vienen a Grant bajen con este el Tennessee; poniendo en riesgo uno de sus ferrocarriles, y en hora en que él andaba lejos del campamento, y sus oficiales desprevenidos, caen sobre los del Norte, que acá resisten, allá mueren en montón, allá se desbandan y Shiloh fue «¡terrible!»; mas Grant había venido a tiempo, y con su serenidad y valor llegaron sin huir hasta la noche. Cañonea con los restos de su fuerza al enemigo que adelanta, preparando así la carga que proyecta apenas se le reúna el refuerzo, que viene a tiempo, y con cuyo auxilio dispersa a los confederados.—Pero su victoria espanta. A descuido, o a causa peor se atribuye la sorpresa. Su jefe desconfía de él; de Washington, donde no se buscó amigos, los generales de ciencia lo desdeñan, los que presienten su fuerza le atacan. Es Washington durante toda la guerra un semillero de intrigas.

Se disfrazan de patriotismo los celos. Los incapaces se coaligan, para cerrar el paso a los afortunados. La patria ¿qué les duele? Lo que les duele es que les saque alguien ventaja. A los hombres les importa más, a los hombres que llegan con el deseo a donde no llegan con el mérito, o con la ambición a donde no les llega el patriotismo, les importa más quedar primero que salvar la patria. Así, con aquellos celos que se trajo de la guerra de México, se unieron en el ánimo de Grant estos reveses para abominar, conforme a justicia, los nombramientos de compadrazgo que paralizaban la guerra y la privaban de sus soldados mejores: así se fue acumulando en él aquel odio; hecho de desdén y miedo, a Washington, que atenuó Lincoln con su grandeza y su prudencia luego, más no pudo ni quiso Grant sacar de sí, el cual explica acaso aquella manera de conquistador, en que sus deseos personales iban mezclados

a ciertos instintos rudos de honradez, hasta que con los goces de una autoridad excesiva que apenas su propio pueblo le tenía a mal, llegó a encaminarse con Washington de modo que en nadie en tanto grado como en él se personificaron sus peligros y sus vicios. Pero el amigo que le hizo brigadier, logró devolverle después de Shiloh sus tropas. Los ojos grises se le humedecían a veces en aquel tiempo, cuando se veía desatendido, y fuera acaso para siempre del camino de la victoria. Sufren mucho esos hombres que lo concentran todo en sí.

Pero encabezó su ejército, y ya no lo abandonó, sino a las puertas de Richmond vencido; adonde, con su natural magnanimidad, no quiso entrar como triunfador. Encabezó su ejército. El Tennessee ya lo tenía. Los generales del Potomac y el James vencían o eran vencidos, pero no los cruzaban. ¡Él no: él cruzaría hasta los ríos! ¡A Vicksburg ahora, que guarda el Mississippi!

Se ha hecho mal en esparcir en cuerpos pequeños, cuyos movimientos son expuestos y difíciles, un ejército que tiene que desalojar a un enemigo concentrado en posiciones formidables. El general que concentra, lleva ya la ventaja de forzar a su enemigo a darle batalla o a recibirla en el lugar que a él le plazca. No es lo mismo por cierto pelear donde el enemigo se ha preparado para resistir que donde tiene que acudir imprevista y precipitadamente. Esto quería Grant siempre: forzar al enemigo a dar batalla. En concentrar no hay peligro: también tiene que concentrar el enemigo, que no ha de irse a merodear cuando ve sus puntos vitales amenazados.

Sobre Vicksburg mueve Grant sus fuerzas, las que él lleva, las de Sherman, las que le vienen de Washington.

Va por tierra, y la caballería enemiga lo hace atrás. Baja por el río, ante la nación que espera en angustia el resultado de la marcha. Todo Vicksburg está rodeado de tierra anegadiza: ¿dónde poner el pie para atraer a batalla al enemigo? ¿dónde alojar las tropas que la marea alta no le suba a la rodilla? Un canal para doblar a Vicksburg por el Sur, no se pudo abrir.

El Norte se impacienta con lo dilatado de la empresa.

De Washington se habla de cambiar de jefe. «Dios lo bendiga», dice Lincoln a Charles Dana, el que hoy dirige el *Sun* de Nueva York, cuando sale de Washington por en medio de los enemigos, pues no hay otro camino, a ver lo que sucede en Vicksburg. Llega. Ve que sucede lo que debía. Rawlins propone, pues nada más se puede hacer, correr las baterías de la plaza, río abajo. «¡Locura!», le dicen los demás jefes: al fin tiene que hacerse la locura. Baja el ejército el Mississippi, bajo los cañones de Vicksburg y de otro fuerte más al Sur: la tropa desembarca. Corre a Jackson al Este, donde hay un cuerpo fuerte de enemigos a quienes derrotan. Echan vencidas sobre Vicksburg a las fuerzas de la plaza que les salen al encuentro. La plaza sufre de hambre y se rinde.

El Mississippi queda abierto a los federales: 27 000 enemigos se le entregan y 120 cañones. Rojo se puso el cielo de los estados todos del

Norte, de tanta fogata que encendieron para celebrar la victoria. Y en aquel punto y hora se acercó a Lincoln una comisión de «caballeros cristianos» a inquirir si era cierto—¡oh puerilidad de los fanáticos! que Grant era dado a la bebida. «No lo sé yo en verdad»; les respondió Lincoln, peinándose la barba, «pero si lo es, bien quisiera yo saber dónde compra su brandy, para mandar un barril de él a cada uno de sus generales.» Y se fueron mohínos los caballeros cristianos, en tanto que Grant volaba, hecho ya general de toda aquella comarca, a salvar a la tropa federal sitiada en Chattanooga: Chattanooga, eminencia apetecida en las orillas del Tennessee, que como en un puño recoge todos los ferrocarriles que mueven las fuerzas del Sur y llevan a los ejércitos de Virginia los granos y la carne de los valles; Chattanooga, donde el Sur cercena sin piedad a la gente federal del país, brava gente montañesa. Entre dos crestas preñadas de confederados que aguardan tranquilamente su caída está Chattanooga. Solo el río queda a los federales para escapar, el río vigilado por sus enemigos. El camino de donde les vienen tropas y recursos está lleno de avanzadas de los confederados. Lookout Mountain y Missionary Ridge miran desde sus topes a Chattanooga, como dos gigantes que miran a un niño. Grant llega de noche, bajo lluvia tremenda. A trechos va en brazos de sus soldados, porque está cojo de una caída de caballo. ¿Cómo contar aquellos gloriosos sucesos? Desde aquella roca mueve Grant sobre ella los diversos cuerpos de su ejército, sin descuidar un detalle, sin abandonar un lugar importante, sin dejar descubierto el camino que tiene Chattanooga a la espalda, sin alarmar al enemigo, que, con torpeza grande y seguro de rechazar a los asaltantes desde sus empinadas ciudadelas, sale a cerrar el paso a uno de los cuerpos que vienen sobre Chattanooga. El plan de Thomas va a ser realizado por los cuerpos que con acierto y previsión tales dirige Grant: de Thomas, que a una orden de Grant en que le dice: «Manténgase en Chattanooga de todos modos»—responde: «La mantendré hasta que muramos de hambre». El día viene, un día hermosísimo, que convida al triunfo. Pero la bruma envuelve la cumbre de la más elevada de las ciudadelas. Sin que lo sienta el enemigo, le han tomado los federales, cruzando el río en pontones más abajo de la montaña, unas colinas de donde arrancan sobre ella. Thomas sale de la ciudad, y arremete triunfante sobre una posición vecina. ¡Montaña arriba van los federales, a la bayoneta, que, al sol que resplandece, brilla como una serpiente de anillos de plata que adelanta sobre el vientre a saltos! Suben con arrebato irresistible. Un cañonazo divide las filas como un relámpago las nubes: ciérranse las filas tras el cañonazo como las nubes tras el relámpago. Entran los asaltantes por la bruma de la cumbre, donde ya apenas se les ve desde abajo. Sobre sus cañones rematan a los despavoridos artilleros. Regimientos enteros se les rinden. Vuelven las piezas de la ciudadela sobre los confederados que escapan monte abajo. Y ganan «la batalla sobre las nubes». La otra altura queda, y a

punta de bayoneta se la ganan. Está la pendiente llena de reductos, de atrincheramientos, de fosos, de cortinas. Rompen las filas pendiente arriba las tropas de Sherman. Destácanse sobre el cielo azul, por cien partes a la vez, las banderas de colores. Saltan como Alvarado. Salvan foso tras foso, trinchera sobre trinchera. A un tiempo mismo las asaltan todas. Missionary Ridge, tomado en su cresta misma, se rinde a los federales. Contaron los federales sus hombres perdidos en esta batalla: 7 000 eran los muertos.

Ya los ríos del Oeste están ganados: ahora, a los ríos del Este. El Congreso, ante la nación que aplaude, resucita en honor de Grant el puesto de teniente general, que solo Washington tuvo en los Estados Unidos. Grant recibe de manos de Lincoln que, «en presencia de Dios» le promete ayudarlo honradamente, el mando de todas las tropas de la Unión, esparcidas entonces, por el mal consejo de los generales en jefe anteriores, en cuerpos aislados que molestaban al enemigo y lo tenían a raya; pero no estaban en su campo, ni lo reducían a una comarca ceñida, ni interrumpían su sistema de comunicaciones, ni se interponían entre los diversos cuerpos de sus tropas, ni impedían que con unos mismos soldados defendiesen puestos diferentes, ni le quebraban aquella voluntad de acometer que tenía siempre indecisa la suerte de la Unión.

El Mississippi y el Tennessee estaban abiertos; pero el Potomac y el James estaban todavía llenos de tiendas confederadas: todavía Richmond se erguía a noventa millas de Washington todavía entre Washington y Richmond; movía sus 80 000 soldados invictos el general Lee; todavía al oeste cubriendo a Atlanta, y en ella el centro de ferrocarriles que movían los hombres y los recursos del Sur, mandaba Johnston su temible ejército; todavía nueve millones de hombres obedecían las leyes de Richmond, que defendían en un área de 800 000 millas más de medio millón de soldados. A Virginia, como a un vértice, venían las avenidas de la guerra, y al oeste, alrededor de Georgia, que protegía a Atlanta. Llenos estaban los campos intermedios de merodeadores sudistas y de columnas sueltas que los perseguían.

Grant no vuelve al Oeste, como Sherman le pide «por el amor de Dios», no vaya a ser que los intrigantes de Washington le hagan perder su fama. No se detiene en Washington, donde no está el enemigo, y teme que lo derroten «los de casa». No: sale a dar de beber a su caballo en el Potomac y en el James. El ejército de Lee en el Potomac no ha sido nunca vencido: va a vencerlo. No más expediciones sueltas; no más temporadas de descanso, en que se repone el enemigo, y ayuda a los negros de las haciendas a sembrar en verano las provisiones del próximo invierno; no más ataques inútiles a poblaciones, ni a Richmond siquiera. Es necesario «quebrar de una vez el poder militar del Sur»; perseguirlo; concentrarlo; acorralarlo; extenuarlo; aturdirlo. Es necesario caer en masa, de todas partes a la vez, sobre los cuerpos de su ejército aún famoso por su valor y por su número; marchar incesantemente

contra ellos, en todas estaciones; tenerlo constantemente amenazado en todas partes, para que luego de defenderse en un lugar, no vaya a proteger con las mismas fuerzas otro. Ni un día sin batalla; ni un día sin un paso adelante. Contra el núcleo confederado de Georgia, avance Sherman, pero de modo que cuando venza siga a reunirse con el núcleo del este sobre Lee. Contra Lee en el este, un cuerpo que se le eche encima por el norte, y otro que le cierra el paso por el sur. Ya lo tiene Grant todo en su mano, y bien lo hizo entender y respetar del secretario de la guerra antes de salir de Washington. ¡Contra Lee, pues, de todas partes, dejando siempre protegido a Washington en la marcha sobre Richmond!—»Voy a reducirlo, a cerrarle todos los pasos; a anonadarlo a golpes repetidos; a caer incesantemente sobre él como un martillo». Y así va sobre Lee, de mayo de un año a junio de otro, con sus ciento treinta mil hombres: sentado en un leño, da al comenzar la primera batalla, la orden de que se pongan en marcha todos los cuerpos del ejército; y en lo más recio de la pelea del Wilderness, en que los generales, desconcertados en medio de un bosque desconocido, pierden 2 261 muertos y 8 785 heridos, noticias llegan de todos los generales de las divisiones: ¡ha comenzado la marcha que lleva de triunfo en triunfo a Sherman hasta el mar, y a Grant al pie de Richmond! Jamás un hombre movió, como Grant entonces, tamaño ejército. Ya Rawlins no estaba a su lado, y el brillo de los ataques de Grant era menor; mas no su orden, no su paciencia incontrastable, no su capacidad para dictar cada noche desde su tienda, no siempre victoriosa, la orden del día siguiente para cuatro cuerpos de ejército diversos.

Grant no pelea contra Lee como general que proyecta, sino como mole que avanza. Lee podrá salirle al paso, como le sale, cada vez que intente forzarle el camino. No piensa Grant cosa que Lee no le adivine. Y cuando cree haberlo burlado, a Lee tiene delante; pero cada vez más abatido. ¡Oh, aquella guerra no tiene precedente! ¿Qué manera es aquélla de hacer la guerra? Lo que se propone Grant hacer, lo hace. Una vez, diez veces, las fuerzas entusiastas y valientes de Lee se lo impiden; pero él tuerce la brida a su caballo, y un poco más abajo del río tienta otra vez, sin volver los ojos sobre los cincuenta mil muertos que en un poco más de un mes deja tras sí: y, al fin, «lo que quiso hacer, lo hace».

Toda la campaña de Grant contra Lee en el Potomac, que acabó la guerra, es eso. Adelante, adelante: no batallas que brillan, sino golpes que aturden. Hoy un río y mañana otro; una trinchera hoy y otra mañana. Lee se va retirando sobre Richmond, protegido por los atrincheramientos improvisados que dondequiera que acampa levanta; pero cómo el Sur, descorazonado ya y despavorido, cercado por todas partes, caída ya Atlanta en manos de Sherman, tomados o amenazados de cerca los cuatro ferrocarriles que paran en Richmond, podrá dar a su jefe, que no quiere derramar sangre inútil, aquellos centenares de miles de hombres robustos y frescos que el Norte, determinado como Grant, a acabar de una vez, le manda sin tasa? Ya está Grant sobre Petersburg,

que cubre a Richmond. Ha perdido, es verdad, cien mil hombres, muertos en menos de un año, pero las líneas de Lee están tan mermadas, que «apenas le bastan para centinelas». Cae sobre las últimas fortalezas de los confederados cerca de Petersburg, para rendir a Lee antes de que pueda reunírsele Johnston que vuelve derrotado con el ejército de Georgia. Una salida quiso Lee hacer sobre Washington para sacudirse el sitio que le sofoca; y Sheridan, que duerme siempre vestido con un plano en la mano, vuela a caballo donde sus tropas están ya vencidas: «No es nada! No es nada!» le dice a un soldado que acaba de recibir una bala en el cerebro; y el muerto: «No, mi general: no es nada» y anda. Vuelve atrás derrotada la caballería de Lee, Five Forks es la última batalla, y estaba Jefferson Davis oyendo el servicio en una iglesia de Richmond cuando recibió de Lee la nueva de que aquella noche debían ser evacuados Richmond y Petersburg. Y días después, el 9 de abril, iba Lee tristemente a la cabeza de sus generales, a dejar en manos de Grant, que lo trató como un amigo, la espada, victoriosa tantas veces, en que no quiso Grant poner las manos. Artes de guerra no quiso Grant, ni parece en verdad que en ataques que requerían concepción y brillo tuviese muchos; pero no iba él a «hacer la guerra de libro», sino a ahorrar gente; a acabar pronto, a exterminar el poder militar del Sur. Carnicero le decían: porque veía morir decenas de miles de soldados sin retirarse de sus posiciones: a lo que él alegaba que con prolongar la campaña por esos miramientos se perderían al fin más hombres. Vio que, dejando caer su fuerza enorme sobre el enemigo debilitado podía extinguirlo; y la dejó caer. ¿El objeto de la guerra es pelear brillantemente, o vencer al enemigo? Él era de instrucción pobre, escaso en la inventiva, en la concepción lento; pero vio el gran hecho, las grandes[75] líneas de la masa; las causas de la fuerza del enemigo, las novedades que exigía una guerra nunca vista, y la exterminó conforme a ellas, sin más objeto que entregar a la Unión al rebelde para siempre abatido, sin que jamás manchase su triunfo un acto de inclemencia o injusticia. Parecía él en Appomattox, y no Lee, el vencido, por lo modesto del traje y la apostura, y por lo humilde del habla y la expresión. Ajustó la paz como había conducido la guerra, sin entusiasmo y sin ira. Él entreveía lo que había hecho; pero en su arrogancia, no desenvuelta todavía, solo vio entonces que «hizo lo que se había propuesto hacer».

Verdad que en el principio de la guerra tuvo de consejero a Rawlins, que para él meditaba, abatía intrigas; disponía planes de conducta y refería batallas; verdad que, ya por buen consejo de Rawlins o por el propio, se rodeó, no bien tuvo el ejército en sus manos, de hombres de carácter natural como el suyo, que a la intriga debían poco, y la abominaban; y se reunían en él por el respeto a sus méritos y su odio a ella; verdad que tuvo en Washington a Lincoln, carácter más que otro alguno nacido de la Naturaleza, a quien «le gustaba el hombre», por lo que se puso siempre entre él y los generales celosos y gente de política, que sin su influjo, sin mirar por la patria, le hubiesen sacado del mando;

verdad que tuvo detrás de sí, supliendo sus filas con una abundancia y determinación análogas al tamaño de la lucha, un pueblo de su mismo origen y tendencias, que en aquel hombre que adelantaba y arrollaba reconocía con placer su propio espíritu; verdad que como apuntan sus más benévolos biógrafos, mucho hizo la fortuna por aquel que no siempre previó cuanto debía, ni ahorró la sangre que debió ahorrar, ni dejó de reparar nunca sus omisiones y torpezas con el triunfo, a costa a veces de horrendos sacrificios. Pero mirando en aquella asombrosa guerra, con el superior sentido que el íntimo conocimiento de ella crea, nada sobrenatural se nota en ella, sino una de las expresiones humanas más espontáneas y completas, la más completa y artística acaso, con el gran arte de las cosas universales, de cuantas hasta hoy conoce el hombre; por cuanto estuvieren en ella en perfecta analogía, desenvueltos pujantemente al calor de una libertad ilimitada, los elementos del acto con sus agentes y sus métodos. Los hechos legítimamente históricos, son tales que, cada uno en sí, a más de reflejar en toda la naturaleza humana, refleja especialmente los caracteres de la época y la nación en que se produce; y dejan de ser fecundos, y aun grandiosos, en cuanto se apartan de su nación y de su época.

Ni hombres ni hechos derivan grandeza permanente sino de su asimilación con una época o con una nación.

En su determinación cauta y prudente; en la súbita y pasmosa creación de sus ejércitos; en el carácter de hecho que distingue a los que en ellos llegaron a señalarse, tanto por él como por su falta de carácter de ciencia; en la manera, desordenada primero, como científica apenas y ciega y brutal luego de mover la guerra; en la magnanimidad misma de su caudillo durante lo más ardiente de la pelea y en la hora de la más cruenta victoria, ni un punto cesó de haber analogía absoluta, que oscureció todas las tentativas y elementos exóticos o innaturales, entre la manera de formación, el espíritu y los métodos del Norte, y la manera de formación, el espíritu y los métodos de la guerra. País súbito, de costumbres mercantiles y tolerantes, y de colosal tamaño, produjo naturalmente una guerra súbita, en que el conflicto creado más por un propósito humanitario que por el desagrado de política interior que influyó en él, vino a verse y terminarse como una mera cuestión de interés público, y atacarse con los recursos enormes consiguientes a la magnitud de la empresa y de sus mantenedores, mas sin aquella crueldad frecuente todavía en los pueblos más literarios y artísticos, que no se deben aún al beneficio de la práctica ordenada y constante del libre albedrío que agranda y fortifica los caracteres.

Enorme, improvisada, inculta, original y generosa fue la guerra del Norte, como era por entonces el pueblo que la hizo, y el caudillo que le dio su espíritu natural e ingenuo, y expelió de ella el espíritu académico exótico, nació, como su pueblo, de la pobreza y de las privaciones; dio, como su pueblo, más tiempo y afición al trabajo fecundo y directo que al débil y secundario trabajo de los libros; sustituyó, a las ideas

convencionales e importadas, las ideas nuevas que le iba sugiriendo en campo virgen y condiciones locales la Naturaleza; y, siempre, como su pueblo, arremetió con todo su tamaño, firme e incontrastable como los montes, sobre el objeto de su deseo.

También, como su pueblo, y mucho más que él, corrompió con malas prácticas políticas su gloria. De sí mismo había llegado, desde los quehaceres de la curtiembre, a honores tales, que, para darles forma propia, creó el Congreso el título de general, que Washington mismo no tuvo en los Estados Unidos.

Amor no era aquello, sino como una especie de frenesí; y se vio un hombre a quien cada uno de sus conciudadanos veía como señor de su casa y salvador de ella, con lo que se acumuló en torno suyo tal afecto que los errores más grandes le fueron luego, en virtud de él, condonados, y parecía como que su pueblo mismo le invitaba al error, para tener el placer de perdonarlo. No tenía aquel viril desamor de los presentes que ha de ser cualidad del hombre público, a bien que hubiera sido difícil rechazarlos, cuando de todas partes de la nación se le entraban en brazos del cariño.—Ciudadanos y ciudades competían en regalos y dádivas al salvador de la Unión: cien mil pesos le regaló Nueva York; Filadelfia le dio treinta mil; Galena le regaló una casa lindamente amueblada; Boston se la llenó de libros; salió la nación entera por dondequiera que iba a regarle el camino de rosas. Y como en la guerra, cuando se querían valer de él para candidato político contra Lincoln, dijo que en política solo quería ser *Mayor* de su ciudad, para componer la acera que iba de la estación a su casa; el pueblo todo de Galena fue a recibirlo a la estación y lo llevó a su casa nueva arrebatado de entusiasmo por la acera compuesta.

No conociera al silencioso paseante de hacía cinco años el que le imaginase con aquellos tranquilos honores satisfecho. El carácter en la paz es más difícil que la fortuna de la guerra. Aquel poder comprimido, aquella sofrenada actividad, aquella personalidad concentrada, aquel rencor confuso contra la fortuna que se la desconocía o los que ayudaron, con voluntad o sin ella, a la mala obra de la fortuna, ahora habían hallado campo espacioso y natural empleo. No era propia para reposo alguno aquella naturaleza violenta y expansiva, no en el hablar por cierto—en que en guerra y en paz fue siempre excesivamente parco con los que no gozaban de su confianza íntima; sino en la acción, a que necesitaba dar constantemente ocupación de acometimiento y conquista. Ya la política no le era desagradable, puesto que él no tenía que ir a ella, lo cual no estaba en su naturaleza, sino que ella venía a solicitarle a su puerta; ya con el presidente Johnson, para que ordenase todo aquel aparato de guerra que había tenido en sus manos; ya con republicanos y demócratas, que a una se propusieron valerse de su prestigio para ganar la elección presidencial, entonces próxima. Sirvió a Johnson de ministro luego de asesinado aquel, cuyo nombre se dice siempre con reverente alabanza, hasta que el Senado desaprobó la

opinión de Johnson sobre su facultad de proveer empleos; y como con esta muestra de respeto al cuerpo gobernante, hermoseó su gloria, sometiéndose a la expresión de la voluntad pública por su órgano legítimo; fue incontrastable su candidatura, cuando, ganando la mano a los demócratas, de quienes no se duda la hubiese aceptado, se la propuso el agudo político Thurlow Weed, de primera noticia en un almuerzo, para capitanear a los republicanos, porque, muerto Lincoln, «el único modo de exterminar definitivamente el espíritu de secesión era poner en el gobierno de la Unión al que acababa de salvarla con su espada». Y presidente fue, como candidato de los republicanos, el que en la elección anterior a [la] que provocó la guerra había votado por el más conspicuo de los demócratas, por Buchanan.

¿Quién es ese hombre extraño, desigual, ignorante de las más elementales leyes de la República y cortesías y agradecimientos de gobierno; desconocedor absoluto de los límites que señalan en la presidencia de un país los derechos personales del gobernante y su autoridad pública; incapaz de entender la relación indispensable en que han de estar los empleos nacionales y los individuos nombrados para desempeñarlos; persona desafiadora y excesiva que pone en la administración de un país celoso de su libertad y respeto, todo el garbo y desembarazo malhumorado que permiten y aun exigen en su objeto y constitución especial, las prácticas de la guerra? Grant es ese, que se ha traído las botas de campaña a la Casa Blanca, y yerra. No hay faena más complicada y sutil que la del gobierno, ni cosa que requiera más práctica del mundo, sumisión y ciencia. No basta el mero instinto; sino el conocimiento, o el genio del detalle; el genio es conocimiento acumulado. Por toda suerte de condiciones habrá sido útil pasar, para ser benigno y justo, según diferentes normas, con los hombres de todas condiciones.

Han de tenerse en grado igual y sumo la conciencia del derecho propio, y el respeto al derecho ajeno; y de este se ha de tener un sentimiento más delicado y vivo que de aquel, porque de su abuso solo puede venir debilidad, y del de aquel puede caerse en despotismo.

Fuera de pensamiento está que el gobernante no viene a la presidencia para crear con los dineros de la Nación, beneficio a sus relacionados y clientes, ni para dar a su pueblo la forma que le place, o adormecer con el desuso o la aplicación equivocada el espíritu de sus leyes; sino para gobernar conforme a virtud, por medio de las leyes que le da su pueblo hechas, sin tomar para sí y los suyos lo que la nación le entrega en custodia y depósito. Obediencia es el gobierno.

Todo lo que vive, se expresa. Lo que se contiene, se desborda. Asomémonos a ese carácter. Que tenía persona, bien se ha visto en la guerra. Se completaban sus cualidades con las de juicio, prudencia y elocuencia de otros; pero de todos ellos se desentendía, y sobre todos ellos obraba, y libremente tomaba y rechazaba de ellos lo que le parecía acertado; tanto que no bien se vio un tanto libre de aquel excelente

Rawlins, que ya después de Chattanooga le pesaba, porque sin querer le echaba en cara con sus cualidades altas y finas, las que él no tenía, su persona se afirma de un modo considerable; manda incesantemente, sin alarde ni esfuerzo, cual si le fuera cosa propia, ni pide ni oye consejo, como si se quisiese probar que no lo necesita; y como en una guerra en que ha concebido la idea eficaz y simple de vencer por el número, le proporcionan todo el número que necesita para vencer; se complace y admira a sí propio, y no extraña que le comparen a los capitanes más grandes de todos los siglos y lo pongan a veces por sobre todos ellos ¿quién mandó más soldados? ¿quién venció con menos idea ajena a tal enemigo? ¿quién produjo con sus guerras de un lado tantos hombres libres y un pueblo tan próspero de otro? Y por toda la guerra, que en algunos incidentes se lo confirma, ha venido temiendo y murmurando, con razón sobrada, mas sin el espíritu de justicia que la completa, de «los de Washington», de los que son injustos para con el soldado de pelea, de los soldados de escuela que se confabulan con los políticos de oficio, de «los políticos». No ve que Lincoln es un «político»; para él son políticos los que quieren ponerle encima a Rosecranz, o a McClellan. Sherman también, que ama la justicia con pasión y viene, como Grant, de la naturaleza, le estimula ese horror de los que dan puestos de preferencia a los que no los merecen. Durante la guerra, cuando pasan por Washington, sale como de ascuas encendidas. «No; lo que es esta vez, el general en jefe mandará en la guerra: Washington no ha hecho más», y es la verdad, «que demorarla y entorpecerla».

En la guerra, manda sin soportar contradicción. Mucho ha de querer a quien le contradiga para soportárselo. Poco a poco, los que le rodean, necesitados de su gracia, se hacen una ley de no contradecirle; Rawlins sí le contradecía, por lo que, ya al fin, le irritaba. Impuesta la paz, no cesa de oír, con la conciencia de que las merece, alabanzas mayores que las que oyó jamás hombre alguno, tributadas sin descanso por el pueblo más grande en la paz y generoso en la guerra que habita en su tiempo el Universo.

Entra, pues, en la presidencia de la República, el sumo puesto político con estos elementos: abominación de la política y rencor acumulado contra los que la representan; complacencia excesiva en su personalidad y hábito y deseo de expansión, conquista y marcha; costumbre lisonjeada de mando absoluto y carencia completa del hábito [de] obedecer; desdén de toda ley minuciosa y progresiva, y carrera súbita hecha fuera de la práctica natural y ordenada de las leyes; hábito de verlo todo partir de sí, y realizarse por su voluntad y conforme a ella.

Este es el hombre del instinto, que por exceso de persona o apego a la Naturaleza, que puede provenir de sinceridad o de crudez, se niega a beneficiarse con los resultados civilizadores del trabajo del hombre, y llevado por su fuerza natural, oportunamente servida por la fortuna, a los quehaceres complejos del gobierno, que incluyen en ejercicio minucioso y activo los resultados y averiguaciones más perfectas de la

cultura humana, se despedaza contra ella, ya que en un país habituado a ejercitarse y más fuerte que él no puede despedazarla.

Otros caracteres hay, entre esos primarios y originales nacidos derechamente, o con pocas trabas de la Naturaleza, que no traen de ella solo la fuerza, como el de Grant, y cierta generosidad que viene siempre con la fuerza verdadera; sino que, como el de Lincoln, como el de Garfield, como el de Rawlins mismo, traen con la fuerza, constituyendo un grado superior en los caracteres primarios, la intelectualidad y la hermosura, y de ellas la capacidad y la necesidad activa de asimilarse el resultado entero del trabajo humano. Así la grandeza final, que es en estos superiores caracteres consecuencia forzosa de la unión de los méritos comunes a una voluntad desusada y tenaz, es meramente casual en los caracteres de fuerza, y, ciega como ella, necesitando de condiciones adventicias e independientes del carácter del individuo para producir toda su cualidad saliente.

Pensar en sí es del hombre, su existencia inevitable y encarnizadamente se lo impone: mas en unos se desenvuelve el pensamiento en sí, a poco que justifique su persona la fortuna, con tenacidad y plenitud odiosas, que en la esfera de la vida común engendran los egoístas, y en la esfera del gobierno produce los déspotas; y otros se miran en sí como una palabra que tienen que comunicar o una indicación que tienen que cumplir, o una caridad que tienen que hacer, y dirigen su vida con el segundo pensamiento en sí y el primero y dominante en el beneficio humano, a que han venido, padeciendo ásperamente, como de un delito; mientras no han sacado su elocuencia, su ternura o su energía afuera.

Mas aun cuando no sean los caracteres primarios desinteresados, una especie de parentesco de originalidad les atrae y relaciona más directamente con los que lo son que con los caracteres comunes, y aunque suelen odiar, y por todos los medios combatir, a los que llevando en sí embellecida la fuerza con la intelectualidad y la hermosura, abominan y fustigan como irregularidad monstruosa los caracteres de fuerza mera, tienen, sin embargo, cierta venturosa capacidad de la grandeza propia y consciente que en lo más de la vida parece estarles negada; y, a poco que el roce con los caracteres desinteresados, o con alguna condición favorable lo estimule, la grandeza intelectual y espiritual, rudimentaria y opaca en ellos, se abre paso, como si fuese la simple energía del huevo rudo, cuya existencia preside en grado a la inteligencia y la belleza, y las carreras de fuerza se iluminan con la luz suave, penetrante y fresca que dejan tras de sí, esclareciendo y ensanchándose, los hombres de bondad y de propósito.

Y ¡qué país entraba Grant a gobernar con aquel desdén de los demás, costumbre de sí y pensamiento voluntarioso a que se había habituado en los hechos simples y rudos de la guerra! Un país en peligro, ciertamente, donde la conciencia de la fuerza y el apetito de la fortuna tienen en riesgo el decoro nacional, la independencia de los pueblos

vecinos y la independencia del mismo espíritu humano acaso; pero grandioso país a pesar de eso, donde el hombre se elabora y ejercita sin más trato ni límite que los naturales que le impone la vecindad de los demás hombres; donde acababa de darse el espectáculo sublime de una nación pacífica exaltada hasta la guerra tremenda por su conciencia del decoro humano; donde, a los mismos ojos de Grant, habían desfilado, camino de sus hogares en las calles de Washington, con las banderas desgarradas, los vestidos maltrechos y los miembros rotos, doscientos cincuenta mil hombres en masa, resplandecientes aún de la victoria; un país de pregunta y de respuesta, donde a todo hombre se pone desnudo y se le mira del revés, y a cada acto se lo ve en la entraña; y si no sale puro, se le quiebra; un país de «Junta de oraciones», de *prayer meeting,* donde en las salas de las iglesias aprenden hombres y mujeres a usar de su palabra revelando en voz alta sus pecados, denunciando los del vecino y pidiendo al pastor que les explique sus dudas sobre el dogma; un país de periódico vivo, donde cada interés, no bien asoma, ya tiene su diario, y en él acceso todos los interesados en común, de modo que no hay injuria o sospecha sin voz, y prensa que la publique, y tribunal dispuesto a censurarla; un país prendado, sí, de aquel hombre marcial, terco y arremetedor como él, que había quebrantado a sus rivales y abierto vías a la prosperidad mayor que la historia escrita recuerda en los siglos; de la que ya gozaban; pero un país que, por encima de todo, al que le escatima o amenaza su derecho, lo denuncia y lo vuelca.

De modo que fue penosa, en su arranque y en las composiciones y atentados que le siguieron, la vida política con que deslució Grant sus magnánimos actos en la guerra.

Desde el principio, obra, creyendo que hace muy bien, conforme a su abominación de la política y su rencor contra los que la representan, y da en el modo en que lo hace, prueba pueril de su desconocimiento de las leyes y del sentido de decoro que las inspira: quiere rodearse de consejeros que no sean políticos de hábito, y nombra a un gran comerciante en ejercicio Secretario del Tesoro, al amigo fiel que le hizo nombrar brigadier y devolver el mando de sus tropas, Secretario de Estado, a un negociante oscuro, Secretario de Marina, a un Williams, que por medios tenebrosos subió de juez de aldea a senador, Secretario de Justicia; pero en aquella soledad terrible y desconocida del poder supremo, en que se sentía tan ignorante como vigilado, volvió los ojos al amigo fiel de consejo siempre entero, a Rawlins, a quien el estar cerca de la muerte, que le llegó poco después, no estorbó para asesorar bravamente a su jefe, mientras vivió cerca de él como Secretario de la Guerra. Y mientras Rawlins está en el Gabinete, ladrones y malos consejeros se tienen a la puerta: acechando, sí, mas lejos. Luego que Rawlins desaparece ¿cómo ha de gobernar en tan complicados asuntos quien los desdeña de propósito y nada sabe de ellos? Va como barco perdido, donde los vientos lo llevan. Al que le da consejo, le frunce el

ceño y lo rechaza; pero él busca a pesar suyo opinión en lo que ignora y necesita saber; por lo que viene a ser, sin sentirlo, esclavo de los que le aconsejan de soslayo, y no como quien da, sino como quien recibe ideas.

La vanidad tiene el hígado sensible: tiene artes increíbles la lisonja. El que le adula, le sujeta. No sufre al que no le adula. Todo lo da al que aparenta creer en él, y en su instintiva sabiduría, todo lo da, con singular lealtad hasta el peligro de su propio honor. ¿Qué ha de ser un hombre ignorante en el gobierno, sino la presa natural de los que conocen y halagan sus defectos?

Su complacencia en su personalidad lo expone a que le lleguen a hacer creer que el gobierno, es cosa suya como la nación, que sin él no existiría, y no será cuerda si no se deja guiar de él. Como prolongación de sí, mira a todos los suyos, y a cuantos le defienden su persona y voluntades, y como si cumpliese un deber de la nación, no deja pariente, o amigo de pariente a quien no ponga en buen puesto, de tal modo que a poco viene a ser llamado su gobierno «el gobierno de los cuñados». Por facilidad de admiración los unos, por deslumbramiento del poder los otros, por la necesidad de sus favores, acatan sin contradicción y sirven con exceso sus deseos originales, autocráticos, cuando no atentatorios, o aquellos de sus lisonjeadores poderosos que se valen de él para abatir a sus enemigos políticos en el Norte, o constituir en capital permanente de poder y de las elecciones que lo aseguran, el temor del Norte al renacimiento de la guerra en el Sur: y hasta su natural magnanimidad con los rebeldes que en nadie hubiera sido mayor, se la envenenan, pintándole como desagradecimiento del Sur, la resistencia legítima de los estados vencidos a ser tratados con abuso por los empleados del Norte. Hábilmente azuzados, su hábito del mando y su falta de costumbre de oír y obedecer, va hasta a prohijar un plan inicuo, que a tiempo se descubre e inutiliza, de amordazar la prensa libre que lo censura, instituyendo en Washington un tribunal especial de jueces manejables que conozcan de los «delitos» de la prensa política en toda la Nación.

Estimulado en su necesidad de expansión y marcha, y en acuerdo con su desconocimiento del espíritu y forma de las leyes, manda a su secretario privado, so pretexto de reconocer la bahía de Samaná, a celebrar, sin intervención de la autoridad diplomática legítima, un tratado de anexión con el gobierno de Santo Domingo, contra el que Sumner, en el Senado protesta con indignación, tanto por la violenta manera con que en él aparece sometido a la voluntad de un deseador poderoso, un pueblo débil, como por el peligro que corren las instituciones republicanas con un gobernante que usurpa a la nación sus facultades legítimas, y para obtener el reconocimiento de su usurpación en el Senado y en la Casa de Representantes, entra en tratos bochornosos con miembros de uno y otra, y promete en la sombra su apoyo a proyectos reprensibles a cambio del voto de sus cómplices en favor del proyecto de anexión y la manera de tratarla; y era lo mísero de

este caso, no solo que el pueblo que mantiene sobre la tierra la eficacia de la libertad quisiese violar, como en realidad violaba, la ajena en un pueblo gallardo, aunque pequeño; sino que con gran razón se sospechaba que una camarilla de especuladores, valiéndose del espíritu de acometimiento y conquista que conocían en Grant sus familiares, le había inspirado la idea de la anexión, para repartirse luego entre sí; y fuera de él, sus provechos.

Y así iba, sin brújula, el gobierno, ya en el primer término de gobierno de Grant, ya en el segundo, que le fue asegurado por aquel candor íntimo suyo que le hacía aparecer al cabo, como en verdad era, inocente en los abusos que sus amigos hacían de su ciego apego a los que le mostraban lealtad; y por aquel arraigado amor en que su pueblo le tenía como a su más preciado héroe, con cuya presencia en la casa de gobierno, no bien acallado aún el Sur a lo que parecía se creía seguro; aunque, como a raíz de su segunda elección ya se hablase de asegurarle una tercera, se levantó un clamor de miedo y de ira que puso respeto a sus más atrevidos partidarios;—y por más que la opinión pública se resistiese siempre con igual tenacidad a culpar a Grant de los robos escandalosos de sus secretarios en que aparecían complicados a veces su mismo hermano y sus más próximos parientes, de los hurtos de impuestos públicos autorizados a grandes corporaciones por los empleados de la Hacienda que aprovechaban en ellos, del atentado revelado por los defraudadores que aseguraban haber dejado de pagar sus cuotas al tesoro público para aplicarlas a los gastos de la elección de Grant a un tercer término de gobierno, por más que se observase en el pueblo americano la voluntad, no desmentida hasta la muerte de Grant, en conflictos aún más dolorosos, de explicar, de manera honrosa para él, por su candor de soldado y por su lealtad de amigo, aquel sometimiento de la persona pública a su propia persona, aquel abuso de los puestos nacionales en favor de secuaces indignos y de culpables relacionados, aquella inaudita torpeza en la elección de hombres maculados, oscuros e incapaces para los destinos de más momento y representación de la República, aquellas desconcertadas tentativas, acentuadas más que desmentidas en la carta en que se vio obligado a dar cuenta de ellas, hacia el aseguramiento de un poder a cuya permanencia tendían a toda luz los consejeros íntimos del deslucido Presidente; por más que se excusas
en su silencio descortés, su desagrado manifiesto de oír las opiniones propias de sus secretarios oficiales, su determinación de hacer acatar en torno suyo sin resistencia su voluntad, inspirada si original, en los asuntos públicos, con aquella severa cortesanía que se notaba en sus modales y en sus expresiones, aquella humilde manera suya para con sus subordinados, aquella modestia de su persona exterior que en él, como en tantos otros, parecía en realidad no ser más que hábil cobertor de las inmodestias temibles de adentro,—ello fue que, ni todo el brillo de su viaje ostentoso alrededor del mundo, en que la grandeza de su

pueblo fue reconocida y festejada en su persona, pudo mover a su pueblo a elegirlo por tercera vez a la presidencia de la República. Perdió su majestad, por haber comprometido la de las leyes.

¡Ay de sus años últimos! en que ni se fatigó su ansia de poder, encaminada ahora innecesariamente hacia la riqueza, cuando sus amigos le habían asegurado la renta vitalicia de un caudal de doscientos cincuenta mil pesos; ni cejó en su afán de expandirse y marchar en que su misteriosa cualidad de héroe negociante le llevó a curiosear por Cuba y México y a aconsejar con su nombre a la cabeza, la continuación sobre México de la red de ferrocarriles norteamericanos; ni su pueblo se cansó tampoco de poner a la parte de sus asociados en su catástrofe en los negocios la culpa que [a] primera vista resultaba también de él. Los que le conocían, no lo dejaban en la prensa de la mano, como si supiesen que alrededor suyo se movía, con él por centro, un partido de fuerza que, al menor descuido u ocasión, con el amparo de los monopolios enormes que necesitan defenderse de las clases llanas, cuyo porvenir y bienestar impiden, se levantase por sobre las leyes de la República.

Profundamente generoso, o decoroso o discreto es este pueblo norteamericano, que parece, al mirarlo por encima, egoísta y desatento ¿cómo, si no, explicarse la tenaz bondad con que se negó a reconocer en Grant culpa alguna en el manejo escandaloso, en la colosal estafa, de la casa de comercio que abusó de su nombre, y logró su firma en documentos graves; y se condujo por derriscaderos tan semejantes a los que recorrieron sus años de gobierno que siendo él la persona que en ambas existía, el repetirse entre personas extrañas como que indicaba que las faltas eran suyas? Y no; no eran de él: permitir vagamente un engaño que creía útil, podía acaso; mas nunca aprovechar a sabiendas de una ganancia inmunda. Fue aquel afán de principalidad visible; aquel perpetuo clamor interno de encabezamiento y mando; aquella falta de intelectualidad y hermosura que embelleciesen su carácter primario de fuerza; aquella importunada incapacidad en que este le tenía de reconocer la dulce majestad de la modestia, y el influjo mayor que, aun en las cosas prácticas ejerce en las verdaderas repúblicas el que no se prevale de los servicios prestados para sobreponerse a ellas.

Pero vino a la postre su enfermedad, a cerrar, de luminosa y singular manera aquella vida, ora brillante, culpable ora, que fue de propia fuerza y por la magnitud de sus servicios innegable y definitivamente ilustre. A otros parecerá término apropiado de aquella existencia, que mantuvo sin crueldad la obra política más grande imaginada por los hombres, el funeral pomposo que desde su casa mortuoria le vino haciendo su nación hasta su tumba en Riverside sobre la que extiende ahora sus ramas un retoño de la enredadera de la que fue tumba de Napoleón en Santa Elena. Les parecerá término bueno de aquella fecunda vida el tren de luto, que bajaba, sacudiendo al aire lluvioso sus cortinas negras, de la altiva montaña; la procesión de la milicia neoyorquina que acompañó, poco después de una tempestad, su cadáver de la estación del camino

de hierro al vestíbulo de la Casa de Ayuntamiento, convertido en cripta fúnebre: el cortejo interminable, el cortejo incansable, de hombres y mujeres, de negros, de blancos, de artesanos que volvían de su labor, de soldados que habían peleado en sus filas, de curiosos que en dos días y dos noches no se depletó un instante, a lo largo de una milla: de la casa municipal, para venir a ver su cuerpo; el día, en suma, del solemne entierro, declarado día de plegaria para toda la nación, en que el enorme catafalco que llevó sus restos a la fosa, tirado por veinticuatro caballos negros, paseó las calles enlutadas de Nueva York, henchidas de gente, que desde la madrugada anterior esperaba acurrucada en los quicios, colgada en los aleros, montada en los postes de telégrafo, apiñada en balcones pagados a alto precio, para ver pasar al general Hancock con su estado mayor de generales, y uno del Sur entre ellos; a tanto regimiento apuesto de milicias; al batallón de Virginia, acorralado por Grant en la guerra; a los que lo acorralaron a las órdenes de Grant; al muerto, ante quien todas las cabezas quedaban descubiertas; y al Presidente de la República, en un coche con sus caballos negros, y a los dos ex presidentes, y a quinientos carruajes, llenos de prohombres, de secretarios del Estado, de gobernadores, de obispos, de generales, para ver pasar, envueltas en sus largos velos, a la hija y las nueras del gran muerto.

Mas no fue eso lo que cerró luminosamente aquella vida; sino el superior espíritu que en la prolongada espera de la muerte, soportada con singular entereza por aquel anciano carcomido, fue sacando a actos y palabras de eficaz ternura lo mejor de su energía natural, oscurecida por los apetitos y trances vulgares de la existencia. Un soberano recogimiento puso a aquel hombre en la conciencia clara de la grandeza verdadera de su vida; y, al preparar su propia historia de la guerra, que será el caudal único que deje a sus hijos, y cuyas últimas páginas ha escrito jadeante y con los sudores de la agonía, sobre los bordes mismos del sepulcro, como polvillo de escultura roída caían ante él las vanidades a que, con apariencia de humildad, dio en otro tiempo tanto aprecio; y por aquella gracia genuina de los caracteres primarios que les permite elevarse, apenas les favorece alguna condición, al superior sentido de la grandeza del espíritu, ni vio, ni estimó, ni recordó de su obra más que aquellas hazañas necesarias en que solo fue magno en el pelear para serlo más en la manera de vencer.

Desde sus ojos profundos, enternecidos por el agradecimiento al pueblo bueno que le perdonaba sus errores y lo miraba en su hora de morir, contemplaba con un digno y elevado cariño a los héroes equivocados a quienes le fue dado un día combatir sin reposo y someter sin ira; y su mano descarnada, extendida al Sur desde la orilla de su tumba con buena voluntad, ha sido recogida por amorosa admiración, como tesoro nacional, por sus gallardos enemigos. La nación de los hombres ha empezado, y este muerto, a pesar de sus grandes errores, ayudó a abrir camino para ella.

*La Nación*. Buenos Aires, 27 septiembre de 1885.
[Mf. en CEM]

EL GENERAL GRANT

New York, agosto 12 de 1885.

Sr. Director de *La Nación.*

Nació de pobres; de niño gustó más de caballos que de libros y acarreaba leños; en la Escuela Militar se distinguió por buen jinete; llegó a capitán en la guerra de México y por no ser sobrio le pidieron su renuncia; le alcanzaron los cuarenta años poniendo billares, curtiendo cueros cobrando cuentas; cuatro años más tarde, era General en Jefe de un ejército activo de doscientos cincuenta mil soldados, que peleaba por la libertad del hombre; cuatro años después, presidía desordenadamente su República. Luego viajó por el mundo, que lo hizo miembro de sus mejores ciudades y le salió a recibir, guiado por sus presidentes y sus reyes; luego cayó en trampas de comercio, por el apetito vulgar de la fortuna; al fin ha muerto, ennoblecido por sus dolores; y seguidos de cincuenta mil soldados, los generales a quienes venció en batalla lo acompañaron a su tumba. Hombres de hechura nueva y de tiempos radiosos son estos que en veinte años que, electo representante más tarde fue a visitarlo, todo tímido, cuando era Presidente: «buenos tiempos eran aquellos, porque yo hacía lo mejor que podía para sostener a mi familia».—Y siguió conversando con la esposa de su marchante de las mañanitas frescas en que él les llevaba la leña, y la apilaba con sus manos, y la medía e iba luego a cobrarla a la oficina.—Pero en tantas estrecheces se vio que hubo al fin de aceptar en Galena, donde su padre y hermano tenían una curtiembre, un empleo de $600 anuales; y ya para entonces Grant frisaba en los cuarenta años. Más notado era por el callar que por el hablar. A todos parecía en el pueblo un hombre adocenado. Aspiró a una plaza de agrimensor, y no la obtuvo. Se paseaba; callaba, fumaba. No mostraba impaciencia, aunque la tenía sin duda. De la guerra se había traído sus celos, celos profundos de los que por caprichos de la fortuna o influjo de amigos poderosos alcanzaron puestos prominentes, sin los merecimientos acaso que él creía sentir en sí. Mas estos celos apenas los entrevé un ojo avisado en las primeras efusiones suyas, raras por cierto, como deben ser siempre las efusiones, con un amigo militar a quien llevó hacia Grant una simpatía que a poco llegaba ya a veneración, con Sherman, que cuidaba de él como de una criatura de sus manos, y por su fama miraba más que por la propia—Sherman, alto, elocuente, centelleante, inquieto, inspirador, desasosegado, desbocado, fiero—; Grant, corto de cuerpo, ya espaldudo, lento, sobrio en el hablar, de ojo impasible, que acaparaba lo que oía, que no daba de sí: Grant, que concebía laboriosamente, o volteaba en la memoria con esfuerzo lo que acababa de oír; Sherman, que como en lluvia de chispas vertía ante su amigo silencioso sus planes e ideas. A veces, a todo un discurso de Sherman, Grant no contestaba. Se recogía

en sí; y aunque siempre estuvo presto, con generosidad singular y absoluta, a encomiar el mérito de sus subordinados y reconocer espontáneamente la parte que tenían en sus victorias, si recibía influjo de ellos no gustaba de dejarlo ver ni ponía en acto la idea ajena hasta que de magullarla y considerarla llegaba a tenerla como propia. Y le fue creciendo tan fuera de medida la persona, que llegó a ponerse en él en el lugar de lo más alto y a oscurecerle el juicio. Pero en aquellos duros tiempos de Galena no se notaba en él, oscurecido en la oficina de la curtiembre, cualidad marcada alguna, ya porque su mala salida del ejército y falta de éxito en sus humildes empresas, lo tuvieran desconfiado y encogido, ya comido de esa impaciencia que consume a los caracteres originales y pujantes, fuera presa constante de la sorda ira que produce la falta de acomodo entre la realidad trivial y el deseo osado. El silencio es el pudor de los grandes caracteres. La queja es una prostitución del carácter. Aquel que es capaz de algo, y muere sin que le haya llegado su hora, muera en calma, que en alguna parte le llegará. Y si no llega, bien está: ya es bastante grande el que es capaz de serlo. No era Grant de carácter amigable, y si no desdeñaba los escasos cariños de que pudiese ser objeto, jamás cortejó, ni en lo más recio de sus pruebas, amistad alguna. En sí exploraba y vivía. Venía del campo, del campo siempre nuevo y original, y de sí mismo, con poca mezcla de lo general humano, en cuyas artes se sintió spre. como extraño y perseguido, ya abrumado, como un hombre a quien todo vence, ya rebelde, como aquel a quien azuza una voz superior. Huía Grant por eso, y por sus penosos recuerdos de su vida militar que se exacerbaron con su candidatura frustrada al puesto de agrimensor, de los manejos políticos, harto complicados siempre, aun en los villorrios, para no inspirar temor y un sentimiento previo de derrota a los espíritus sencillos. Mas por esto era, y no porque en sí le desagradasen; sino que, marcial de naturaleza, arremeter y arrebatar le eran más fácil que cautivar y esperar, y carecía de aquella ductilidad y pleguez que en la vida política aseguran el éxito. A su naturaleza de dueño repugnaba esa angustiosa y continuada servidumbre con que se compra casi siempre la prominencia política. Entrar en política sí le hubiera parecido bien; pero como se entra en una plaza enemiga: imponiendo condiciones. Por donde iba la política, no lo distinguía él muy bien a veces; pero en su país, la política era la única forma del mando. A los demócratas estaba afiliado, porque era en aquel tiempo la democracia el partido que al estado en la Unión y al hombre en el estado reconocía más derechos; y Grant fue siempre muy celoso de los suyos; mas en sus cuarenta años solo en una elección había dado su voto. En una República, un hombre que no vota es como en un ejército un soldado que deserta.

Acerca a los espíritus originales una incontrastable simpatía. Mirando bien, se observan dos especies de hombres en perpetua lucha. Los que arrancan de la Naturaleza, pujantes y genuinos, activos y solitarios,

reconocidos y aclamados solo en las grandes crisis que necesitan de ellos; y los hombres amoldados a la convención, que ocultan su espíritu como un pecado, que defienden y contribuyen a lo establecido, que viven acomodados y dichosos, y en el movimiento social solo son útiles como fuerza saludable de resistencia en los casos en que un carácter natural, embriagado con el triunfo, se desvanece y afirma en demasía.— Otro carácter natural vivía en Galena, el abogado Rawlins, un árbol de virtud, todo hecho de valor y de justicia. Hablaba en explosiones. Sus pensamientos nacían y salían de él derechamente, como rayos de luz. Tenía la concisión y grandeza de la palabra apostólica, y la suprema elocuencia de la vida, ante la cual la de las academias, como coqueta embijada ante doncella de franca hermosura, se oscurece. Rawlins había vivido de hacer carbón hasta sus veintitrés años; Rawlins, que murió más tarde de Secretario de la Guerra. Solo se educó; solo se hizo abogado; solo impuso respeto a sus cofrades; se habituó a pensar y a obrar solo: Y solo podía pensar y obrar sin miedo, porque no le dominó más pasión que la de la justicia. Pero tenía aquella superior prudencia que, como nueva gala, engendra el sufrimiento prolongado en los hombres de verdadera fortaleza, dichosa cualidad que en el grupo de caracteres naturales distingue al desinteresado del egoísta. En el egoísta hay más personalidad, visible al menos, que en el desinteresado; pero solo en el desinteresado hay verdadera grandeza. En Rawlins eran apreciables la palabra, la intuición, la honradez, la firmeza, el consejo. Aplastaba las intrigas, como hubiera aplastado víboras. Una sinrazón o un agravio no podía soportar, aunque se hiciesen a una tórtola. La verdad quería él que triunfase, aunque nadie llegara a saber que triunfaba por él. A este hombre, desde que vendía cueros, se fue Grant acercando poco a poco: en sus discursos bebió luces: en su consejo superior encontró un dueño: de los labios de Rawlins salían, acabadas y perfectas, las ideas que en su forma rudimentaria de instinto fatigaban a Grant el cerebro. Juntos hablaban el abogado y el curtidor de cómo se venía encima la querella con el Sur, cuyo creciente atrevimiento, como a toda la Nación, tenía asombrada a la gente de Galena.

Los tiempos eran aquellos de la más noble cruzada que jamás vieron los hombres. De un mar a otro hervían los estados del Norte. «No ha de haber más esclavos!». Desde que Garrison fundó su *Liberator* no hubo paz en la Unión: ¡cómo crecen las ideas en la tierra! Una pobre hojilla era el *Liberator* en 1831, el primer vocero de la idea abolicionista: ya en 1840 había descompuesto los partidos enormes que contendían por el poder, y creado el de la «libertad,» el de los abolicionistas que querían el mantenimiento de la Unión, contra su mismo apóstol Garrison, que llamaba a la Unión, porque amparaba la esclavitud «contrato con el infierno y convenio con la muerte». Los 17 000 que en 1840 votaron por el partido de la libertad, ya eran 62 500 cuatro años más tarde. En 1848, eran ya 300 000, que pedían, congregando en una organización formidable, a los antiesclavistas de todos los partidos, «la tierra libre

para el pueblo libre». Ya en 1856 fueron 1 341 000; y en 1860 ya fueron la Presidencia de la República: fue Lincoln. ¿Dónde se vieron mayor grandeza, más generoso impulso, más llameante palabra, más desinteresado caudillaje, ni virtud más fecunda y batalladora? Por el apetito del cielo y el amor de la aventura batallaron en tiempos de guerra otros cruzados; pero estos de América conmovieron sus hogares seguros en una época próspera y pacífica para libertar a la raza más desventurada de la tierra. Ellos, la bolsa, que cuesta; ellos, la palabra que consume; ellos, la familia que sujeta; ellos, la vida, que en una tierra libre y próspera enamora!

El Sur, hecho a mandar, veía con cólera la resistencia del Norte a sus voluntades; y sonreía a la gente burda de los estados libres, empinado sobre sus esclavos. El Norte, lento, como todos los fuertes; cauto, como todos los trabajadores; miraba al principio con temor, y siempre con pena, el peligro de la ruptura que el Sur provocaba: No había paz desde 1831, desde el *Liberator*. Por todas maneras persiguió el Sur el periódico de Garrison; por la voz del presidente Jackson pidió al Congreso la persecución de toda propaganda abolicionista. El Sur pedía más tierras para criar la esclavitud: el Norte, obligado por la Constitución a reconocerla en los estados que la tenían establecida, en la Constitución misma se apoyaba para resistir su institución en los nuevos estados. Si un territorio entraba a ser estado, el Sur lo clamaba para sí para tener más esclavos en él, y en el Senado más votos. Y el Norte, fatigado de aquella inhumanidad y arrogancia del Sur, clamaba como libre el Estado nuevo, inundado de merodeadores sudistas que en batallas campales o en asaltos nocturnos disputaban la tierra a los colonos. Cuando Wilmott pide que los Estados que por la paz con México hayan de entrar en la Unión, puedan a su voluntad no tener esclavos o tenerlos, el Sur, que los quiere esclavistas, se yergue como herido en la médula, y a la afirmación enérgica del Norte, al partido del suelo libre, a la palabra de Wendell Phillips, opone tan atrevida resolución que cuando se trata de la incorporación de California, propone por la voz de Calhoun que se iguale por ley el poder político del Sur y del Norte. La palabra majestuosa de H. Clay obtiene, a fin de alejar el conflicto que ya en 1850 se avecina, el compromiso famoso en que a trueque de que el Sur reconozca Estado libre a California y el Distrito Federal, y facultad a Nuevo México y Utah de declararse libres o esclavistas, el Norte se obliga a ceder en una cuestión de territorio de Texas, y a devolver, por una ley de fugitivos, los esclavos prófugos del Sur. Este, hasta entonces siempre vencedor, se cree seguro. El Norte, avergonzado, fulmina sus censuras contra la ley de esclavos prófugos: reúnense en Europa los enviados diplomáticos del partido del Sur para publicar proyectos de extensión del territorio esclavista, y en 1856, contra el partido republicano que nace con 1 500 000 de votantes, para impedir la extensión de la esclavitud en los estados libres y territorios, eligen Presidente a Buchanan, uno de los tres ministros esclavistas de Europa. Recoge el Norte el guante: Ya el Norte

es un partido y el Sur otro. ¿Quién en el Norte entregará a un esclavo? Las Legislaturas de los estados libres dictan leyes que impiden los efectos de la de los esclavos fugitivos. Renace el fuego de los mártires y de los apóstoles. Cunde entre los apáticos el ardor de los generosos. John Brown se ofrece en sacrificio y convierte la idea en acción. Del cadalso en que muere, porque faltó a la ley escrita, un ejército surge, que pulula buscando jefes y campo de batalla. Cuando las nuevas elecciones vienen, y el partido republicano en una gloriosa arremetida, elige a Lincoln, sin un solo voto del Sur vencido, ya la guerra ominosa está en todas las bocas. La Legislatura de Sur Carolina llama a Convención para discutir el derecho del estado; y ella y once estados más se separan y reunidos en Congreso crean la Confederación de América y eligen Presid$^{te}$ a Davis: Arsenales, aduanas, fuertes, todos los recursos y depósitos del Gob$^{rn}$ en el Sur caen, sin oposición, en manos de los confed. q. al fin disparan s/ el F. Sumter. Un leñador está en la Casa Blanca: un curtidor de cuero está en Galena.

Oye Grant la noticia. «El Gob. me educó p$^{a}$ militar—dice—y todavía no le he pagado bien mi deuda». Rawlins, en un discurso ardoroso, disiente de su partido y mantiene la Unión, en cuya defensa entra a servir al punto. Lincoln ha llamado a las armas 75 000 voluntarios; y como en Galena no hay más militar que Grant, a él le dan a instruir y a que lleve al Gob$^{r}$ la comp$^{a}$ de Galena. Apena recordar cómo en aquellos días andaba el triste soldado de puerta en puerta pidiendo, como de limosna, un puesto que le niegan. Ese que cinco años después, llevaba cuatro ejércitos con pasos seguros a la victoria no pudo hallar al principio un puesto ruin en las armas de su patria. Lo pide al Ayud$^{te}$ Gral. q. no le contesta. Lo pide dos veces a McClellan que lo conoce, en vano las dos veces. Lo hacen, al fin, por carencia de instructores, coronel de un Reg$^{to}$, al cual enseña y organiza de manera que cuando, merced a un representante del Estado que le fue spre. amigo—lo nombran Brigadier del Ejército, a nadie que lo ha visto en medio de sus soldados le sorprende. Rawlins que erraba pocas veces estaba ya a su lado de Secretario y ayud$^{te}$. Él, la sugestión disimulada, el consejo hábil y modesto, la prudencia que sofrena, la palabra que pule.—Y se vio entonces de nuevo el poder del hombre p$^{a}$ crecer a nivel de sus dificultades.

16 000 hombres tenían por todo ejército los E U cdo. se declaró la guerra, que cinco años después cerraba al mando de Grant con 1 000 516 solds. en servicio activo y 2 254 006 en reserva. 16 000 h$^{s}$ componían el ejército esparcidos en lugares apartados de la Nación por el Ministro de la Guerra del Gob$^{n}$ de Buch., p$^{a}$ q. no pudiesen impedir la organización armada de la Confederación que con tanta presteza como el N. cubría su territorio de soldados. De voluntarios tuvo el N. un

ejército a los pocos días. A porfía organizaban tropas los estados, las ciudades. De $100 a $400 daba el Gob$^{rn}$ a cada voluntario. Al instante se reúnen 75 000; 42 000 enseguida; enseguida 300 000 más.— En cuanto se refiera a los E U se ha de contar con esta pujanza súbita y oculta, que parece aún mayor en el momento en q. se enseña por la vacilación y recogimiento q. la preceden, y suelen tomar los observadores ligeros por indiferencia, cdo. no son más q. el cuidado natural con q. un pueblo maravillosamente próspero examina sus problemas antes de decidirse a una innovación q. lo ponga en peligro. Tarda más en alzarse de tierra el elefante que el ciervo.

Al punto una hojeada basta para comprender la magnitud de la guerra. Un Gral. se ríe de otro porque pide 200 000 soldados p$^{a}$ mantener un puerto en el Oeste; pero después, en una sola campaña, en un invierno solo, mueren 100 000 federales entre el Rapidan y el James, que corren cercanos y casi parejos.—No hay encuentro que no deje postrados millares de hombres. Sh., Gett., Ant., Chatt., Wild., Chickah., cuál de ellos no vio cdo. menos, 2 000 muertos? Y cdo. G. avanzaba s/ Lee, ponderoso e impenetrable como una montaña q. se mueve, los federales estuvieron muriendo de un mayo a un junio, en un solo campo de operaciones, a 1 000 por día. ¡Adelante las columnas! ¡El pueblo q. han ayudado a fabricar todos los hombres, p$^{a}$ todos los hombres ha de quedar libre! ¡Libres ha declarado a 4 000 000 de esclavos el Pte. Lincoln, que «ofreció a Dios darles la libertad si permitía que los confederados fuesen expulsados de Marylandia», y han de rendirse, quebrados p$^{a}$ spre., los que se oponen a q. 4 000 000 de h. sean libres! ¡No hay añagazas políticas que les den semejanza de dro.!—Las guerras deben verse desde las nubes. Bien está que medio millón de seres humanos muera p$^{a}$ mantener seguro a los hombres su único hogar libre sobre el Universo. Allá desde arriba los hombres deben parecer, ondulando, fabricando, abrazándose cuerpo a cuerpo hasta para guerrear, como esos bulbos vivos henchidos de gusanos invisibles, que en grandes masas pugnan, con movimientos incesantes y torpes, por romper las raíces de los árboles, que acaso en ellos mismos se convierten en una forma más libre y animada de la vida. Son como un puño cerrado que viene pujando por salir de lo hondo de la tierra. ¿Quién no entrevé en la magnitud de los pesares que acarrea el estado rudimentario de la especie humana, la claridad dichosa que la aguarda, después de su acendramiento y paso doloroso por los mundos? ¿Qué paz, para equilibrar este comienzo? Arrebata el pensar en esa suprema dicha: ¡a cuán pocos es dado vislumbrarla, satisfechos de su pequeña máquina desde su cáscara de huesos!

La guerra está encendida. El Sur se echa s/ el N. tiene lista la costa meridional: a treinta leg. de Wash., capital de la Unión, unge a Rich. capital de los confederados. Domina todo el Sudeste por el Potomac y el

James: por el lado del Oeste, sube y ocupa el Mississippi, y los puestos donde se le une el Ohio, enriquecido a poca distancia con el Tennessee y el Cumberland. Tiene la victoria quien tiene los ríos; los ríos son las venas de la guerra. Con ellos va todo el territorio que ellos bañan. Cerrando a los federales el Mississippi, ni los confederados podrán ser envueltos en sus estados, por el mar de una parte y el río de otra ¡ni los estados rebeldes del E. serán separados de los del Oeste, que quieren p$^{a}$ sí, p$^{a}$ criaderos de esclavos! ¿Cómo dan agua los ríos a semejantes hombres? Asegurando las bocas del Ohio y el Tennessee y el Cumberland que afluyen en él, se aseguran los Estados centrales que en la guerra vinieron a ser como el límite Norte y el Oeste de las batallas. En la boca del Ohio s/ el Mis., confluyen, como radios a un centro, Illinois, Missouri, Tennessee, Kentucky. Quien tiene al Tenn., tiene abierto el camino por sus aguas hasta el corazón del estado rebelde de Alabama. Quien tiene el Cumberland, tiene a Tennessee y Kentucky, Galena está en Ill., q. remata por el S. en la boca del Ohio: Manda la tropa de aquella comarca Grant de Galena! Los confederados se han subido hasta allí, para cerrar el paso a los avances de los federales, y ampliar hacia el N. con espacio p$^{a}$ la defensa, el territorio que cruza su red de ferroc$^{s}$, indispensable p$^{a}$ el transporte de sus hombres y provisiones.—De Miss., de Ala., de Georgia, de la Carolina del S., de Virginia, todos los ferrocarriles van a confluir en Chatt. s/ el Tennessee. Fortifican, pues, los confederados los ríos. Se encierran dentro de un baluarte de ríos y de mares. Por el Miss. cubren su Oeste: su Norte con el Ohio; el Ten. y el Cumb; con el Atlántico su E; su S. con el Golfo de México. V. defiende de los federales al Miss. F. Henry defiende al T. F. Don. defiende al Cumb. Por el E. Charleston ampara la costa; y N. O. por el S. En la guerra no es necesario ocupar todos los puntos, sino los principales. Del centro se puede ir a todos los radios, y replegarse sobre el centro. El Potomac y el J. cuajadas las orillas de tiendas de campaña, defienden a Richmond. La guerra, pues, consistirá desde el principio en la disputa y toma de los ríos: las ciudades del mar importan menos, a no ser que como N. Or. cierren al Mis. la entrada. Los ejércitos tomarán s/ nombre de los ríos. Los caminos están marcados: Si por el mar hay q. tomar a N. Orleans y a Charleston, por tierra hay q. tomar a F. H. y a F. D. p$^{a}$ dominar el Ten. y bajar por él hasta Alabama; hay que tomar a V. p$^{a}$ ocupar el Mis. y dividir en dos la Confederación; hay q. cruzar el Potomac y el J. p$^{a}$ tomar a Richmond.

Allí los laboriosos planes, la estupefacción de los ejércitos del N., la sorpresa y celos entre sus generales: Al genio solo no sorprende lo imprevisto, porque lo imprevisto es su dominio natural. No ven que esta es una guerra de tamaño y número que solo puede vencerse con el tamaño y con el número. Hay uno que lo ve; pero no lo dice todavía: hay uno a quien un hombre inspirado y enérgico aconseja. No se trata de

vencer a un enemigo científico, sino denodado. Denuedo vence a denuedo. El Sur arremete con sus masas brillantes y desordenadas: hay que salirle al paso, si se puede, con masas mayores. Si el Norte se detiene a prepararse, el Sur se preparará también; y al cabo de la larga preparación quedarán incesantemente contra ellos, en todas estaciones; tenerlo constantemente amenazado en todas partes, pª q. luego de defenderse en un lugar, no vaya a proteger con las mismas fuerzas otro. Ni un día sin batalla; ni un día sin un paso adelante. C/ el núcleo confederado de G., avance Sh. pº de modo q. cdo. venza siga a reunirse con el grupo del este s/ Lee. C/ Lee en el E., un cpo. que se le eche encima por el N., y otro que le cierre el paso por el S. Ya lo tiene Gr. todo en su mano, y bien lo hizo entender y respetar del Srio. de la G. antes de salir de W. C/ Lee, pues, de todas partes, dejando spre. protegido a W. en la marcha s/ R.—»Voy a reducirlo, a cerrarle todos los pasos; a anonadarlo a golpes repetidos; a martillearlo». Y así va sobre Lee, de mayo de un año a junio de otro, con sus 130 000 hombres. Sentado en un leño, da al comenzar la 1ª bataª la orden de q. se pongan en marcha todos los cpos. del ejército; y en lo más recio de la pelea del Wild. en q. los gneles. desconcertados en medio de un bosque desconocido pierden 2 261 mtos. y 8 785 heridos, noticias llegan de todos los grales. de las divisiones: ¡ha comenzado la marcha q. lleva de triunfo en triunfo a Sh. hta. el mar, y a Gr. al pie de Richmond! Jamás un hombre movió tamaño ejército. Ya R. no estaba a su lado y el brillo de los ataques de Gr. era menor; mas no su orden, no su paciencia incontrastable, no su capacidad pª dictar cada noche desde su tienda, no spre. victoriosa, la orden del día sig$^{te}$ pª 4 cpos. de ejército diversos.

Gr. no peleó c/ L. como Gral. q. proyecta, sino como mole q. avanza. Lee podrá salirle al paso como le sale cada vez q. intente forzarle el camino. No piensa Grant cosa que L. no le adivine; y cdo. cree haberlo burlado a L. tiene delante, pero cada vez más abatido. Oh!, aquella guerra no tiene precedente. ¿Qué manera es aquella de hacer la guerra? Lo q. se propone Gr. hacer, lo hace. 1 vez, 10 veces, las fzas. entusiastas y valientes de L. se lo impiden; pº él tuerce la brida a su caballo y un poco más abajo del río tienta otra vez, sin volver los ojos s/ los 50 000 muertos q. en poco más de un mes deja tras sí: y al fin, lo q. quiso hacer, lo hace.

Toda la campaña de G. c/ L. en el Pot., que acabó la guerra, es eso. Adelante, adelante: no batallas que brillen, sino golpes que aturden. Hoy un río y mañana otro; una trinchera hoy y otra mañana. L. se va retirando s/ R. protegido por los atrincheramientos improvisados q. dondequiera q. acampa levanta pero cómo el Sur, descorazonado ya y despavorido, cercado por todas partes, caída ya A. en manos de Sh., tomados o amenazados de cerca los 4 ferroc. q. paran en R., podrá dar a su jefe que no quiere derramar sangre inútil, aquellos centenares de

miles de hombres robustos y frescos que el N. determinado c/ Grant a acabar de una vez le manda sin tasa. Ya está Gr. s/ Peles., q. cubre a R: Ha perdido es verdad 100 000 muertes en menos de un año; pero las líneas de Lee están tan mermadas, que apenas le bastan p[a] centinelas. Cae s/ las últimas fortalezas de los confed. cerca de Pet., p[a] rendir a Lee antes q. pueda reunírsele Jhon. q. vuelve derrotado con el ejército de Ga. Una contramarcha quiso L. hacer sobre W. p[a] sacudirse el sitio q. le sofoca: y Sheridan q. duerme spre. vestido con un plano en la mano, vuela a caballo donde sus tropas están ya vencidas. «No es nada: No es nada» le dice a un soldado q. acaba de recibir una bala en el cerebro: y el muerto: «No, mi general, no es nada»:— y anda!—Vuelve atrás derrotada la caballería de Lee.—5 F es la ul[a] batalla y estaba Jef. D. oyendo el servicio en una iglesia de R. cdo. recibió de L. la nueva de q. aquella noche debían ser evacuados R. y P. Y días despúés, el 9 de abril, iba Lee tristemente a la cabeza de sus grales., a dejar en manos de Grant que lo trató como un amigo, la espada victoriosa tantas veces, en q. no quiso Gr. poner las manos. Artes de guerra no quiso Gr.; ni parece en verdad q. en ataques q. requerían concepción y brillo tuviese muchos; p[o] no iba él a hacer guerra de libro, sino a ahorrar gente, a acabar pronto, a exterminar el poder militar del Sur.— Carnicero le decían porque veía caer decenas de miles de soldados sin retirarse de sus posiciones, a lo q. él alegaba q. con prolongar la campaña por esos miramientos se perderían al fin más hombres. Vio q. dejando caer su fuerza enorme s/ el enemigo debilitado podría extinguirlo: y la dejó caer. ¿El objeto de la guerra es pelear brillantemente o vencer al enemigo? Él era de instrucción pobre, escaso en la inventiva, en la concepción lento; pero vio el gran hecho, las grandes líneas de la masa, las causas de la fuerza del enemigo, las novedades que exigía una guerra nunca vista, y la exterminó conforme a ellas, sin más objeto que entregar a la Unión al rebelde p[a] spre. abatido, sin que jamás manchase su triunfo un acto de inclemencia o injusticia. Parecía él en Appomattox y no L. el vencido, por lo modesto del traje y la apostura, y por lo humilde del habla y la expresión. Ajustó la paz como había conducido la guerra sin entusiasmo y sin ira.— Él entreveía lo que había hecho; p[o] en su arrogancia, no desenvuelta todavía, solo vio entonces que hizo lo q. se había propuesto hacer.—Verdad q. en el prin[io] de la guerra tuvo de consej. a R., que para él meditaba, abatía intrigas, disponía planes de conducta y refería batallas. Verdad q. ya por el buen consejo de R. o por el propio, se rodeó, no bien tuvo el ejército en s/ manos, de hombres de carácter natural como el suyo, q. a la intriga debían poco y la abominaban, y se reunían en él por el respeto a sus méritos y su odio a ella; verdad que tuvo en W. a L. carácter más q. otro alg[o] nacido de la Nat[a], a quien le gustaba el hombre, por lo q. se puso spre. entre él y los generales celosos y gente

de política, que sin su influjo, sin mirar por la patria le hubiesen sacado del mando; verdad q. tuvo detrás de sí, supliendo sus filas con una abundancia y determ[n] paupérrimas al tamaño de la lucha, un pueblo de su mismo origen y tendencias que en aquel hombre que adelantaba y arrollaba reconocía con placer su propio espíritu; verdad, que como apuntan sus más benévolos biógrafos, mucho hizo la fortuna por aquel que no spre. previó cto. debía, ni ahorró la sangre que debió ahorrar, ni dejó de reparar nunca sus omisiones y torpezas con el triunfo a costa a veces de horrendos sacrificios.—

Pero mirando en aquella asombrosa guerra con el superior sentido que el íntimo conocimiento de ella crea, nada sobrenatural se nota en ella, sino una de las expresiones humanas más espontáneas y completas, la más acabada y artística acaso, con el gran arte de las cosas universales, de ctas. hasta hoy conoce el hombre; por cto. estuvieren en ella en perfecta analogía, desenvueltos pujantemente al calor de una libertad ilimitada, los elementos del acto con sus agentes y sus métodos. Los hechos legítimamente históricos son tales que, cada uno en sí, a más de reflejar en todo la naturaleza humana, reflejan especialmente los caracteres de la época y la nación en q. se producen, y dejan de ser fecundos, y aun grandiosos, en cto. se apartan de su nación y de su época. Ni hombres ni hechos derivan grandeza permanente sino de su asimilación con una época o con una nación. En su determinación cauta y prudente; en la súbita y pasmosa creación de sus ejércitos; en el carácter de hecho que distingue a los que en ellos llegaron a señalarse, tanto por él como por su falta de carácter de ciencia; en la manera desordenada primero, científica apenas, y ciega y brutal luego de mover la guerra; en la magnanimidad misma de su caudillo durante lo más ardiente de la pelea y en la hora de la más cruenta victoria, ni un punto cesó de haber analogía absoluta, que oscureció todas las tentativas y elementos exóticos o innaturales, entre la manera de formación, el espíritu y los métodos del N. y la man[a] de forma[cn] el espíritu y los métodos de la guerra. País súbito, de costumbres mercantiles y tolerantes, y de colosal tamaño, produjo naturalmente una guerra súbita, en que el conflicto, creado más por un propósito humanitario q. por el desagrado de política interior q. influyó en él, vino a verse y terminarse como una mera cuestión de interés público, y atacarse con los recursos enormes consiguientes a la magnitud de la empresa y de sus mantenedores, mas sin aquella crueldad frecuente todavía en los pueblos más literarios y artísticos, que no se deben aún al beneficio de la práctica ordenada y constante del libre albedrío,— que agranda y fortifica los caracteres. Enorme, improvisada, inculta, original y generosa fue la guerra del N., como era por entonces el pueblo que la hizo, y el caudillo que le dio su espíritu, natural e ingenuo, y expelió de ella el espíritu académico exótico, nació como su pueblo de la pobreza y de las privaciones; dio como su pueblo más tpo. y afición al trabajo fecundo y

directo que al débil y secundario trabajo de los libros; sustituyó a las ideas convencionales e importadas, [por] las ideas nuevas que le iba sugiriendo en campo virgen y condiciones locales la Naturaleza; y siempre como su pueblo arremetió con todo su tamaño, firme e incontrastable como los montes, s/ el objeto de su deseo.

También, como su pueblo, y mucho más que él, corrompió con malas prácticas políticas su gloria.—De sí mismo había llegado desde los quehaceres de la curtiembre, a honores tales que para darles forma propia, creó el Congreso el título de general, que W. mismo no tuvo en los E. U.— Amor no era aquello sino como una especie de frenesí, y se vio un hombre a quien cada uno de sus conciudadanos veía como señor de su casa y salvador de ella, con lo que se acumuló en torno suyo tal afecto que los errores más grandes le fueron luego en virtud de él, condonados, y parecía como que su pueblo mismo le invitaba a errar, pª tener el placer de perdonarlo. No tenía aquel viril desamor de los presentes, que ha de ser cualidad del hombre público, a bien que hubiera sido difícil rechazarlos, cdo. de todas partes de la nación se le entraban en brazos del cariño. Ciudadanos y ciudades competían en regalos y dádivas al Salvador de la Unión: 100 000 le regaló N.Y. Ph. le dio 30 000; Gal. le regaló una casa lindamente amueblada; B. se la llenó de libros; salió la nación entera por dondequiera que iba, a regarle el camino de rosas. Y como en la guerra, cdo. se querían valer de él pª candidato político c/ L., dijo que en política solo quería ser *Mayor* de su ciudad, pª componer la acera q. iba de la estación a su casa, el pueblo todo de Galena fue a recibirlo a la estación, y lo llevó a su casa nueva arrebatado de entusiasmo por la acera compuesta.

No conociera al silencioso paseante de hacía 5 años el que le imaginase con aquellas tranquilas honras satisfecho. El carácter en la paz es más difícil que la fortuna en la guerra. Aquel poder comprimido; aquella sofrenada actividad; aquella personalidad concentrada; aquel rencor confuso contra la fortuna que se la desconocía, o los que ayudaron, con voluntad o sin ella, a la mala obra de la fortuna, habían hallado ahora campo espacioso y natural empleo. No era propia para reposo alguno aquella naturaleza violenta y expansiva, no en el hablar por cierto, no en el hablar por cierto en que en guerra y en paz fue spre. excesivamente parco con los q. no gozaban de su confianza íntima; sino en la acción, a que necesitaba dar constantemente empleo de ocupación y conquista. Ya la política no le era desagradable, puesto que él no tenía que ir a ella, lo cual no estaba en su naturaleza, sino que venía a solicitarlo a su puerta, ya con el P.J. pª q. ordenase todo aquel aparato de guerra que había estado en sus manos y padecía de gentes rapaces, ya con republicanos y democr., q. a una se propusieron valerse de su prestigio pª ganar la elección presidencial entonces próxima. Sirvió a J.

de ministro, luego de asesinado aquel a quien no excederá nunca la admiración del hombre, hasta que el Sen. desaprobó la opinión de J. s/ su facultad de proveer empleos; y como con esta muestra de respeto al cpo. gobernante hermoseó su gloria, sometiéndose a la expresión de la voluntad pública por su órgano legítimo fue incontrastable su candidatura cdo., ganando la mano a los demócratas de quienes no se duda la hubiese aceptado, se la propuso el agudo político Th. W., de p$^{a}$ noticia en un almuerzo, porque, «muerto L. el único modo de exterminar el espíritu de secesión era poner en el gobierno de la Unión al que acababa de salvarla con su espada».—Y P. fue, como candidato de los rep.—el q. en la el. ant$^{r}$ a la q. provocó la guerra, había votado por el demócrata q. hizo menos por alejarla del país—por Buchanan.

¿Quién es ese hombre extraño, desigual, impaciente, ignorante de las más elementales leyes de la Rep. y cortesías y agradecimientos de gobierno; desconocedor absoluto de los límites q. señalan en la presidencia de un país los derechos personales del gobernante y su autoridad pública, incapaz de entender la relación indispensable en que han de estar los empleos nacionales y los individuos nombrados p$^{a}$ desempeñarlos: persona desafiadora y excesiva q. pone en la administración de un país celoso de su libertad y respeto todo el garbo y desembarazo malhumorado que permiten y aun exigen, en su objeto y constitución especiales, las prácticas de la guerra? Grant es ese, que se ha traído las botas de campaña a la Casa Blanca, y yerra.

No hay faena más complicada y sutil q. la del Gob$^{no}$ ni cosa que requiera más práctica del mundo, sumisión y ciencia: No basta el mero instinto; sino el conocimiento, o el genio del detalle, pues genio es conocimiento acumulado. Por toda suerte de condiciones habrá sido útil pasar p$^{a}$ ser benigno y justo, según diferentes normas, con los hombres de todas condiciones. Han de tenerse en grado igual y sumo la conciencia del derecho propio y el respeto al ajeno; y de este se ha de tener un sentimiento más delicado y vivo que de aquel, porque de su abuso puede solo venir debilidad, y del de aquel puede caerse en despotismo. Fuera de pensamiento está q. el gobern. no viene a la P$^{a}$ p$^{a}$ crear con los dineros de la Nación beneficios a sus relacionados y clientes, ni para dar a su pueblo la forma q. le place o adormecer con el desuso o la aplicación equivocada el espíritu de sus leyes; sino para gobernar conforme a virtud, por medio de las leyes q. le da su pueblo hechas, con la facultad del consejo y el ejemplo, sin tomar para sí y los suyos lo que la nación le entrega en custodia y depósito. Obediencia es el gobierno.

Todo lo que vive, se expresa. Lo que se contiene, se desborda. Asomémonos a ese carácter. Que tenía persona, bien se ha visto en la guerra. Se completaban sus cualidades buenas, o se disimulaban las malas con las de juicio, prudencia o elocuencia de otros; pero de todos

ellos se desentendía, y sobre todos ellos obraba, y libremente tomaba y rechazaba de ellos lo q. le parecía acertado, tanto que no bien se vio un tanto libre de aquel excelente R., q. ya después de Chat. le pesaba, porque sin querer le echaba en cara con sus cualidades altas y finas las que él no tenía, su persona se afirma de un modo considerable, manda incesantemente, sin alarde ni esfuerzo, cual si le fuera cosa propia; ni pide ni oye consejo; como si se quisiese probar que no lo necesita; y como en una guerra en q. ha concebido la idea eficaz y simple de vencer por el n[o], le proporcionan todo el n[o] q. necesita, y vence, se complace y admira a sí propio, y no extraña que le comparen a los capitanes más grandes de todos los siglos y lo pongan a veces por sobre todos ellos: ¿quién mandó más soldados? quién venció con menos idea ajena a tal enemigo? quién produjo con sus guerras de un lado a tantos hombres libres, y un pueblo tan próspero de otro? —Y por toda la guerra, q. en alg[s] incidentes se lo confirma, ha venido temiendo y murmurando, con razón sobrada, mas sin el espíritu de justicia que la completa, de los de W., de los q. son injustos p[a] con el soldado de pelea, de los soldados de escuela q. se confabulan con los políticos de oficio, de «los políticos». No ve que Lincoln «es un político»; para él son «políticos» los que quieren ponerle encima a Rosecrans y a McClellan. Sher. también, q. ama la just[a] con pasión y viene como G de la Nat[a] le estimula ese horror de los q. dan puestos de preferencia a los q. no los merecen. Durante la guerra, cdo. pasa por W. sale como de ascuas encendidas. «No; lo que es esta vez, el G. en J. mandará en la guerra». En la guerra, manda sin soportar contradicción. Mucho ha de querer a quien se la soporte. Poco a poco, los que le rodean, necesitados de su gracia, se hacen una ley de no contradecirle.

Rawlins sí le contradecía pero lo que ya al fin le irritaba. Impuesta la paz, no cesa de oír, con la conciencia de que las merece, alabanzas que las que oyó jamás hombre alguno, tributadas sin descanso por el pueblo más grande en la paz y generoso en la guerra que habilita en su tiempo el Universo. Éntrase pues en la Presidencia de la República, el sumo puesto político con estos elementos:—abominación de la política y rencor acumulado contra los que la representan; complacencia excesiva en su personalidad y hábito y deseo de expansión, conquista y marcha; costumbre de mando absoluto y carencia completa del hábito de obedecer; desdén de toda ley minuciosa y progresiva, y carrera súbita hecha fuera de la práctica natural y ordenada de las leyes, hábito de verlo todo partir de sí, y realizarse por su voluntad y conforme a ella. Este es el hombre del instinto, que por exceso de persona o apego a la Naturaleza, q[e] puede provenir de sinceridad o de crudez; se niega a beneficiarse con los resultados civilizadores del trabajo del hombre, y llevado por su fuerza natural afortunadamente servida por la fortuna, a los quehaceres complejos del Gobierno, que incluyen en ejercicio

minucioso y activo los resultados y averiguaciones más perfectas de la cultura humana, se despedaza contra ella, ya que en un país habituado a ejercitarse y más fuerte que él no puede despedazarla. Otros caracteres hay, entre esos primarios y originales nacidos derechamente o con pocas trabas de la Naturaleza, que no traen de ella solo fuerza, como el de Grant, y cierta generosidad que viene siempre con la fuerza verdadera, sino que como el de Lincoln, como el de Garfield, como el de Rawlins mismo, traen con la fuerza, constituyendo un grado superior en los caracteres primarios, la intelectualidad y la hermosura, y de ellas la capacidad y la necesidad de asimilarse el resultado entero del trabajo humano. Así la grandeza final, que es en estos superiores caracteres consecuencia forzosa de la unión de los méritos comunes a una voluntad desusada y tenaz, es meramente casual en los caracteres de fuerza, y, ciega como ella, necesitando de condiciones adventicias e independientes del carácter del individuo para producir toda su cualidad saliente. Pensar en sí es del hombre, y su existencia inevitable y encarnizadamente se le impone; mas en unos se desenvuelve el pensamiento en sí, a poco que justifique su persona la fortuna, con tenacidad y plenitud odiosas, q. en la esfera de la vida común engendran los egoístas, y en la esfera del Gob$^{no}$ produce los déspotas; y otros se miran en sí como una palabra q. tienen q. comunicar, o una indignación q. tienen que cumplir, o una caridad q. tienen q. hacer, y dirigen su vida con el segundo pensamiento en sí y el primero y dominante con el beneficio humano a que han venido, padeciendo ásperamente, como de un delito, mientras no han sacado su elocuencia, su ternura o su energía afuera.—

Mas, aun cuando no sean los caracteres primarios desinteresados, una especie de parentesco de originalidad les atrae y relaciona más directamente con los que lo son que con los caracteres comunes; y aunque suelen odiar, y por todos los medios combatir, a los que llevando en sí embellecida la fuerza, en su superior forma de acción práctica, con la intelectualidad y la hermosura abominan y fustigan como irregularidad monstruosa los caracteres de fuerza mera, tienen sin embargo cierta venturosa capacidad de la grandeza propia y consciente que en lo más de la vida parece estarles negada; y a poco que el roce con los caracteres desinteresados o con alguna condición favorable lo estimule, la grandeza intelectual y espiritual, rudimentaria y opaca en ellos, se abre paso, como si fuese la simple energía, el huevo rudo cuya existencia preside en grado a la inteligencia y la belleza, y las carreras de fuerza se iluminan con la luz suave y fresca, que dejan tras de sí, esclareciendo y ensanchándose, los hombres de bondad y de propósito.

Y qué país entraba Gr. a gobernar con aquel desdén de los demás, costumbre de sí, y pensam$^{to}$ voluntarioso a q. se había habituado en los hechos simples y rudos de la guerra! Un país en peligro, ciertamente, donde la conciencia de la fuerza y el apetito de la fortuna tienen en

riesgo el decoro nacional, la independencia de los pueblos vecinos, y la del mismo espíritu humano acaso; pero grandioso país a pesar de eso donde el hombre se elabora y ejercita sin más traba ni límite que los naturales que le impone la vecindad de los demás hombres, donde acababa de darse el espectáculo sublime de una nación pacífica exaltada hasta la guerra tremenda por su conciencia del decoro humano; donde a los mismos ojos de Grant habían desfilado camino de sus hogares en las calles de W. con las banderas desgarradas, los vestidos maltrechos y los miembros rotos, 250 000 hombres en masa, resplandecientes aún de la victoria; un país de pregunta y respuesta, donde a todo hombre se pone desnudo y se le mira del revés, y a cada acto se lo ve en la entraña, y si no sale puro, se le quiebra; un país de «junta de oraciones», de *prayer meeting,* donde en las salas de las iglesias aprenden hombres y mujeres a usar de su palabra revelando en voz alta sus pecados, denunciando los del vecino, y pidiendo al pastor que les explique sus dudas s/ el dogma; un país de periódico vivo, donde cada interés, no bien asoma, ya tiene su diario, y en él acceso todos los interesados en común, de modo que no hay injuria o sospecha sin voz, y prensa que lo publique y tribunal dispuesto a censurarla: un país prendado, sí, de aquel hombre marcial, terco y acometedor como él, que había quebrantado a sus rivales y abierto vías a la prosperidad mayor que la historia escrita recuerda en los siglos, de la que ya gozaban; p$^{o}$ un país que, por encima de todo, al que le escatima o amenaza su dro. lo denuncia, y lo vuelca.

De modo q. fue penosa, en su arranque y en las composiciones y atentados que le siguieron, la vida política con que deslució Gr. sus magnánimos actos en la guerra.

Desde el principio, obra creyendo q. hace muy bien conforme a su contradicción y sirven con exceso sus deseos originales, autocráticos, cuando no atentatorios, o aquellos de sus lisonjeadores poderosos que se valen de él para abatir a sus adversarios políticos en el Norte, o constituir en capital permanente del poder, y de las elecciones que lo aseguran, el temor del N. al renacim$^{to}$ de la guerra en el Sur: y hasta su natural magnanimidad con los rebeldes, q. en nadie hubiera sido mayor, se la envenenan, pintándole como desagradecimiento del Sur la resistencia legítima de los estados vencidos a ser tratados con abuso por los empleados del N. Hábilmente azuzados su hábito del mando y su falta de costumbre de oír y obedecer, va hasta a prohijar un plan inicuo, que a tiempo se descubre e inutiliza, de amordazar la prensa libre que lo censura, instituyendo en W. un tribunal especial de jueces manejables que conozcan de los delitos de la prensa política en toda la Nación.

Estimulado en su necesidad de expansión y marcha, y en acuerdo con su desconocimiento del espíritu y forma de las leyes, manda a su Secr$^{o}$ privado, so pretexto de reconocer la bahía de Samaná, a celebrar sin intervención de la autoridad diplomática legítima, un tratado de anexión

con el gob$^{no}$ de Sto. Do., contra el q. Sumner en el Sen. protesta con indignación, tanto por la violenta manera con que en él aparece sometido a la voluntad de un deseador poderoso un pueblo débil, como por el peligro que corren las instituciones republicanas con un gobernante que usurpa a la nación sus facultades legítimas, y para obtener el reconocimto. de su usurpación en el Senado y en la C. de R. entra en

—

El q. se aferra a la grandeza es menos grande que el q. la ahorra. Hay mucho de pequeño en el q. sacrifica una sola victoria, un solo escrúpulo a la pasión de la grandeza.

La caballería es la poesía de la guerra.

[inaudi]ta torpeza en la elección de hombres maculados, oscuros o incapaces para los destinos de más momento y representación de la República, aquellas desconcertadas tentativas, acentuadas más que desmentidas en la carta en que se vio obligado a dar cuenta de ellas, hacia el aseguramiento de un poder a cuya permanencia a toda luz tendían los consejeros íntimos del deslucido Presidente; por más que se excusasen su silencio descortés, su desagrado manifiesto de oír las opiniones propias de sus Secretarios oficiales, su determinación de hacer acatar en torno suyo sin resistencia su voluntad, inspirada y original, en los asuntos públicos, con aquella severa cortesanía que se notaba en sus modales y en sus expresiones, aquella humilde manera suya para con sus subordinados, aquella modestia de su persona exterior que en él como en tantos otros, parecía en realidad no ser más que hábil cobertor de las inmodestias temibles de adentro,—ello fue que ni todo el brillo de su viaje ostentoso alrededor del mundo, en que la grandeza de su pueblo fue reconocida y festejada en su persona pudo

verdaderas Repúblicas el que no se prevale de los servicios prestados para sobreponerse a ellas.

Pero vino a la postre su enfermedad a cerrar de luminosa y singular manera aquella vida, ora brillante, culpable ora, que fue de propia fuerza y por la magnitud de sus servicios innegable y definitivamente ilustre. A otros parecerá término apropiado de aquella existencia, que mantuvo sin crueldad la obra política más grande imaginada por los hombres, el funeral pomposo que desde su casa mortuoria le vino haciendo su nación hasta su sepultura en Riverside, sobre la q. extiende ahora sus ramas un retoño de la enredadera de la que fue tumba de Nap. en Sta. El. —Les parecerá término bueno de aquella fecunda vida el tren de luto que bajaba, sacudiendo al aire lluvioso sus cortinas negras, de la altiva montaña; la procesión de la milicia neoyorquina, que acompañó, poco después de una tempestad, su cadáver de la estación del camino de hierro al vestíbulo de la C. de A. convertida en cripta fúnebre; el cortejo

interminable, el cortejo incansable de hombres y mujeres, de negros, de blancos, de artesanos q. volvían de su labor, de soldados q. habían peleado en sus filas, de fruteras q. venían a la ciudad como de fiesta, de curiosos de todas las naciones, que en dos días y dos noches no se depletó un instante, a lo largo de una milla de la Casa Municipal p$^{a}$ venir a ver su cuerpo; el día en suma, del solemne entierro, declarado día de plegaria p$^{a}$ toda la Nación en q. el enorme catafalco q. llevó sus restos a la fosa, tirado por veinticuatro caballos negros, con negros palafreneros, paseó las calles enlutadas de N. Y. henchidas de gente, que desde la madrugada anterior esperaba acurrucada en los quicios, colgada en los aleros, montada en los postes de telégrafo, apiñada en balcones pagados a alto precio, para ver pasar al Gral. Hancock con su estado mayor de generales, y uno del Sur entre ellos; a tanto apuesto regim$^{to}$ de milicias; al batallón de Va, acorralado por Gr. en la guerra, a los que lo acorralaron a las ord. de Gr.; al muerto ante quien todas las cabezas quedaban descubiertas; y al Presidente de la Rep. en un coche con 6 caballos.

[Mf. en CEM]

Los indios, los soldados y los agentes del gobierno en el territorio indio. —«El caballo de hierro» y el «gran padre».—Abusos de los agentes.—Cómo los trata Cleveland.—Mozos y viejos.—Cleveland.—Cleveland y Grant.—Análisis de la política interior.—Continúa la batalla de los empleos.—Demócratas contra demócratas, y Vicepresidente contra Presidente.—No basta haber sido soldado para ser empleado.—Los empleos han de proveerse por oposición, conforme a la ley.—El gobierno mantiene su programa.

New York, agosto de 1885.

Señor Director de *La Nación*:

Sola y abandonada a su desdicha, acurrucada junto a sus caciques canosos, con los ojos puestos en sus *ponies* y en los pies los bordados mocasines, determinan las tribus indias, agasajadas por los emisarios de Cleveland, no mover la guerra a que les compelían el abuso y maldad de los agentes del gobierno en el territorio indígena. Porque no los miran, cual debieran los agentes, como a una raza rudimentaria y simpática, estancada en flor por el choque súbito con la acumulada civilización de los europeos de América; sino que los tienen como a bestias; y los odian; y se gozan en envilecerlos para alegar después que son viles. Ellos tienen sus sabios; sus grandes caudillos; sus diplomáticos cuerdos; ellos son como pájaros graciosos, irisado el plumaje, húmedos todavía del redaño de la naturaleza. Piden con moderación; sufren con paciencia; aconsejan con juicio; pelean con bravura. Pero acá *rum* y allá hambre, acá prisión y allá castigo, ¿cómo ha de acallar el indio el odio natural al que le robó su tierra so capa de contrato, y lo embrutece y denigra? Madrigueras son esas agencias. Las bondades del Congreso, que para los indios son grandes, no les llegan. Si son de cariño y miramiento, jamás. Si de dinero o raciones, más de la mitad queda en las manos de los encargados de distribuirlos. Los viejos con su manto crestado y su rostro real, suelen montarse en «el caballo de hierro» y venir a exponer elocuentemente sus quejas al «gran padre». Y si «el gran padre» tarda en recibirlos, suelen ponerse en pie, mostrando descontento, y dar a entender que no les place la descortesía. Ahora se ha descubierto que los agentes habían forzado a los indios a alquilar, por precios nominales, sus mejores tierras de pasto a ganaderos del Oeste; habían respondido a sus quejas con privaciones del dinero y alimento que sus tratados con el gobierno les aseguraron; habían mermado sin vergüenza la ración de comida y vestido de los indios; habían cobrado al gobierno por años enteros, donde no había más que 2 000 cheyenes, raciones para 4 000 y todo como para ellos. Allí donde el agente es bueno, el indio es manso. El soldado, que pelea con ellos *pony* contra *pony* y los respeta como a

enemigo, los trata cual siempre trata un combatiente a otro, aunque de bando opuesto. La muerte y el valor los fraternizan. El soldado trata al indio con cariño:—pues en astucia, en resistencia, en sobriedad, en atrevimiento, en decoro, ¿quién iguala al indio? Los civiles no: los civiles lo odian. Aceptan un puesto en la agencia, porque es pingüe, y ya se ve cómo un agente se come las raciones de dos mil indios: pero lo odia, por esa conciencia brutal de la espalda ancha, que mira con desdén la espalda estrecha; por esa insolente primacía de los rostros rosados, que se ofende de la vivacidad de la gente olivácea, y de su esbeltez y ligereza; y por la obligación misma de vivir entre los indios, los odian. Cleveland ha hecho llegar hasta los cheyenes, por detrás de los montes los soldados necesarios para impedir su revuelta, y frente a frente, con la mano tendida, la cordial voluntad de mantenerlos libres, bien racionados, sin contratos forzosos que les quiten sus pastos, con médico y con escuela. A un vil se le conoce en que abusa de los débiles. Los débiles deben ser como los locos eran para los griegos: sagrados.

Da prenda de infamia el hombre que se goza en abatir a otro. Tiene su aristocracia el espíritu: y la forman aquellos que se regocijan con el crecimiento y afirmación del hombre. El género humano no tiene más que una mejilla: ¡dondequiera que un hombre recibe un golpe en su mejilla. Todos los demás hombres lo reciben!

Quedan quietos ahora los cheyenes: los mozos quieren guerra, y acumulan mocasines viejos para dejarlos caer en su ruta en los casos de fuga, como si fueran por donde aparecen caídos los mocasines, y así despistar a los rastreadores; pero estos tienen olfato de moloso, y los viejos saben que el indio será vencido, porque no puede el pino joven de la selva sujetar a los vientos furiosos que vienen vociferando por el aire y escribiendo en el cielo con relámpagos.

¡Fuérale tan fácil a Cleveland reducir a los peticionarios de empleos como a los indios! Cleveland viene a New York con todo su gabinete, al entierro de Grant. Como si le sangrara su propio corazón, escribió Cleveland un admirable pésame a la familia del jefe temido por los republicanos. Todo lo ha hecho en su honor: interrumpe sus trabajos; hace día nacional el de los funerales; pone a las órdenes de la viuda, para las exequias de su esposo, las arcas y los soldados de la Nación; nombra para llevar las cintas del féretro a los capitanes valerosos que con los ríos al cuello o la maleza al petral de los caballos embistieron a las órdenes de Grant contra las fortalezas enemigas, y le trajeron su bandera; y a los que la defendieron de Grant y de sus capitanes con grandiosa e infortunada bravura. La primera victoria de Grant fue contra Buckner en Fort Donelson: lo expulsó, lo puso en fuga, lo aniquiló: Buckner llevará una cinta en los funerales de Grant. Johnston, solo a Lee cedía en talentos, y con él mantuvo invencible, hasta que Grant lo atacó, el ejército rebelde del Potomac: Johnston llevará otra cinta. Y Cleveland,

a quien el Sur entero alaba, y la gente desinteresada toda encomia, irá en el séquito, con su paso sencillo de hombre honrado.

Pero no bien quede puesto en la tierra el jefe nacional, con cuyo triunfal entierro ha decidido la nación dar memorable fe de sí, se reanudará la campaña interna del Partido democrático, ni aun por los funerales de Grant enteramente interrumpida. La vieja democracia quiere puestos; por ofrecerlos se han mantenido en la prohombría muchos de los dignatarios del partido: temen bajar de ella si no pueden darlos: y los defienden. Otros lo hacen por saña; y habituados a las vociferaciones de partido, no entienden cómo es necesario para salvar la República amenazada, purificar el sufragio en que se funda, acá donde la República es verdadera, y donde el apetito de los empleos había engendrado unas despóticas organizaciones políticas que acaparaban la iniciativa y acción de los partidos sin más objeto que llevar al triunfo candidatos comprometidos a dividir con sus encumbradores los beneficios de la victoria.

«¿Pues por qué trabajarán, ni con qué estímulo, los demócratas—se preguntan estos demócratas viejos—si no han de ser recompensados con los destinos públicos por el gobierno que han elevado al poder?». Por la patria: «Por el placer de verla honrada y de ayudar a que lo sea; por el bienestar de la república trabajarán»: de esta manera responden, sin cejar un ápice de su puesto, Cleveland y sus secretarios. De sobra entienden que cuando haya vacante que llenar, a los fines del gobierno, a la utilidad de la nación importa, y está en la naturaleza humana, fuera de la cual no se gobierna, que sean demócratas, y no republicanos, los que las llenen: y demócratas las llenan, cuando las hay. Pero subir al poder en virtud del clamor público por la reforma del vicioso sistema de empleos que esclaviza a la nación y pudre el sufragio, y una vez en el poder echar de sus asientos a los empleados útiles y puros, para poner en su lugar a sobrinos, concuños y amigotes, o a la rufianería, que busca votos a cambio de empleos, fuera una traición ignominiosa. Ni gastos innecesarios; ni compadrazgos y favorecimientos; ni repartición de fondos públicos; ni pago de servicios de partido con empleos de la nación. De este programa no se ha apartado el gobierno: de este programa han jurado apartarlo, so pena de derrota en las elecciones próximas, los demócratas viejos, con el vicepresidente a la cabeza.

Hay una ley de empleos que ordena determinada manera de proveerlos por oposición. Aun cuando no compartiera Cleveland el espíritu de la ley, y cuentan que ella fue parte del programa que le dio el triunfo, ley es, ley del Congreso: y como poder ejecutivo, pluguiérale o no, habrá de mantenerla. Y los demócratas viejos quieren que la viole: lo mismo quieren ahora que a raíz del 4 de marzo: que no se provean los empleos como el Congreso manda: que el gobierno demócrata abandone el programa con que se aseguró el poder: que se expulse a todos los republicanos de los empleos públicos: que se ocupen todos los empleos públicos con demócratas: que se mantenga confesamente el

principio de que los empleos públicos pertenecen de derecho al partido vencedor. A todo apelan, hasta a la gratitud de la República; a todo, hasta a convertir los soldados del gran ejército en mendigos. ¿No fue en días pasados una comisión de ex marineros y soldados a inquirir del Presidente si a su juicio no merecen preferencia para ocupar los puestos públicos aquellos que han servido con las armas al país? Los trató sin crudeza Cleveland; mas les hizo entender que ni él puede hacer más, como vigilador de que las leyes se cumplan, que cuidar de que se cumpla la ley de provisión de empleos del Congreso, ni un puesto público es una remuneración de servicios que la han tenido ya en el honor de prestarlos y en la paga recibida oportunamente por ellos: un puesto público es el desempeño de funciones necesarias, en su grado relativo, para la eficacia y seguridad de la marcha nacional, y solo debe ocuparlo el que demuestre, como la ley vigente manda, poseer la capacidad necesaria para el desempeño de las funciones a que aspira. Si los ex soldados y marineros obtienen en el concurso grado igual al de otros, el gobierno los preferirá, pues al mérito de competencia reúnen el de haber defendido la unión de la patria; pero el mero hecho de ser ex soldado o marinero no da derecho a empleos nacionales que requieren determinadas aptitudes. Si va a la ruina una simple casa de comercio cuyos empleados no entienden el manejo de los asuntos que se les encomiendan, ¿cómo no irá á la ruina un gobierno, que es casa que gira intereses materiales tanto como morales, con servidores que entorpecen sus operaciones con su ignorancia, pereza o simonía? Por lo menos, un gobierno debe ser tan bien administrado como una casa de comercio.

Y cuando, como ahora, sucede que con el beneplácito y el apoyo del vicepresidente, que es gamonal máximo en el estado de Indiana, despide el director de correos de Indianápolis a empleados eficaces y meritorios, a cuatro viudas entre ellos, y pone en su lugar a sus propios hijos, a tres «politicianos», a un sobrino de la esposa del vicepresidente, parece al fin abocado a una prueba estruendosa la batalla, reprimida desde el cuatro de marzo, entre las alas opuestas del partido demócrata. Se quiere hacer del caso del director de correos un caso de prueba. Los viejos demócratas alegan que el director de correos ha hecho bien en reemplazar a los empleados republicanos con demócratas serviciales. El Presidente mantiene, cualquiera que sea la opinión y actitud del Vicepresidente, que puesto que hay una ley para la distribución de empleos públicos, que establece y reglamenta su provisión por oposiciones ante el tribunal competente, que los nombramientos que estén hechos fuera de esa ley, o en virtud de oposiciones fraudulentas o de dictamen de jurados parciales, serán nulos. Y ha enviado una comisión a Indianápolis, a investigar si son ciertos los hechos de que se vanagloria el director de correos. Si son ciertos, vendrán abajo, aunque esto, definiendo enfáticamente la política imperturbable de Cleveland, determine una deserción tan numerosa en las filas demócratas, en las del Norte sobre todo, que no baste a repararla la entusiasta adhesión de

los republicanos independientes, cada día más satisfechos de haber prestado a Cleveland su apoyo. Es lo cierto, sin embargo, que fuera de los que padecen por la privación de los empleos, ni el menor desvío de su deber, ni la menor inconsistencia, ni el menor yerro se ha echado aún en cara a Cleveland: y apenas a sus secretarios: bien que estos, con unánime ímpetu, aunque sin agresiva destemplanza, están poniendo coto firmemente a las prácticas culpables que traían al erario desangrado y sin crédito al gobierno de la República.

JOSÉ MARTÍ

*La Nación.* Buenos Aires, 3 de octubre de 1885.
[Mf. en CEM]

## CARTAS DE MARTÍ

### LOS SECRETARIOS DEL PRESIDENTE

El honrado ministro de Marina.—El contratista John Roach.—Cómo colectan sus fondos y pagan sus gastos los partidos.—Ligas de especuladores y politicianos.—Historia íntima.—El Secretario de Marina era el abogado del contratista.—El Consejo de Marina servía al contratista.—Anticipos cuantiosos.—Quiebra de John Roach.

### LA POLÍTICA DE ACOMETIMIENTO

Los acometedores de los Estados Unidos y su génesis.—Los mercenarios de ayer y los de ahora.—Los acometedores en Washington y los que los ayudan.—Banqueros privados.—Ministros sombríos.—La política de la sombra.—Dentro, corrupción; conquista, fuera.—Planes perfectos. —«¡Adquirir!»—Último proyecto: compra de los estados del norte de México.

New York, agosto de 1885.

Señor Director de *La Nación*:

Era un John Roach amigo grande de los republicanos. Tiene arsenal, y no menos de $10 000 000 le han sido pagados, no más que por remiendos de buques mohínos, que nunca salen de un mal paso. Pero más se han pagado en realidad, porque año sobre año, en certámenes simulados, le ha estado adjudicando la Secretaría de Marina a precios nominales, y como hierro viejo, maquinarias enteras de buques en buen estado y material de toda clase.

Y ¿cómo no, si el Secretario de Marina era el propio abogado de John Roach? Así fue que cuando el gobierno sacó a licitación sus nuevos buques de guerra, aunque John Roach ofreció hacerlos a precios que por lo bajos eran sospechosos, a él se le adjudicaron, y en pocos meses, aún sin haber acabado el primer buque, que ha salido tal que no puede aceptarlo el gobierno, ya el Secretario de Marina y abogado de Roach había pagado a este, so capa de adelanto una considerable parte, el total a veces, del valor de los barcos. No en balde, cuando la elección de Garfield, dio Roach para los gastos del partido cien mil pesos. Y para la de Blaine, con cuya ruina le ha venido la suya, no parece que dio menos: así quedan inmoralmente obligados a los especuladores los candidatos que no triunfarían sin su ayuda: así afrontan los partidos los desembolsos extraordinarios que requiere una campaña de elecciones. Los especuladores dan, a cambio de legislación y favor que adelanten sus intereses: los empleados dan a cambio de la promesa de ser

conservados en sus puestos en atención a sus contribuciones. De ese doble punto, escasamente adicionado con el de algunos partidarios entusiastas, se pagan los oradores, los periódicos, las calumnias, los viajes, las paradas de uniforme y antorcha, las vagonadas de documentos impresos, las ricas enseñas con inscripciones y retratos que izan en las calles, y los demás quehaceres oscuros del día de elecciones. Vencidos los republicanos, sacada la Secretaría de manos de su abogado, llegado el momento de entregar a un secretario austero y desconocido el primer buque de la serie, conforme a requisitos estipulados en el contrato, hubo de serle devuelto el buque a Roach, porque, a pesar de que todo el Consejo de Marina había aprobado los planos y proyectos de la embarcación, esta demostraba no reunir, en pruebas generosas e imparciales, las condiciones estipuladas en el contrato. Rechaza el gobierno el barco: pone Roach a salvo su fortuna, y quiebra. Se publica la lista de los injustificables anticipos del secretario anterior a su cliente, en pago de buques que acaso no pueda comenzar a hacer jamás.

El Consejo de Marina dio por buenos, y con ciertas especificaciones, planos que no lo eran, ni las tenían. Antes de enseñar el contratista el primer buque, el Secretario de Marina le había adelantado poco menos que el valor de todos. Ni inclemencia, ni encono, ni inmerecida gracia ha mostrado el secretario. Al Consejo de Marina lo ha reprendido ante la Nación. A su antecesor en la Secretaría, harto lo reprende el voto público. A Roach, se propone tratarlo como si fuese el gobierno, como es, un mero aunque importante acreedor de la quiebra. La sencillez y justicia de este escarmiento ha ganado honrosa popularidad al secretario Whitney.

La política tiene sus púgiles. Las costumbres físicas de un pueblo se entran en su espíritu y lo forman a su semejanza. Estos hombres desconsiderados y acometedores, pies en mesa, bolsa rica, habla insolente, puño presto; estos afortunados pujantes, ayer mineros, luego nababs, luego senadores; esta gente búfaga, de rostro colorado, cuello toral, mano de maza, pie chato y ciclópeo; estos aventureros, criaturas de lo imposible, hijos ventrudos de una época gigante, vaqueros rufianes, vaqueros perpetuos; estos mercenarios, nacidos, acá como allá, de padres perdidos al viento, de generaciones de deseadores enconados, que al hallarse en una tierra que satisface sus deseos, los expelen más que los cumplen, y se vengan con ira, se repletan, se sacian en la fortuna que viene, de aquella que esperaron generación tras generación, como siervos, como soldados, como lacayos, y nunca vino; estos tártaros nuevos, que merodean y devastan a la usanza moderna, montados en locomotoras; estos colosales rufianes, elemento temible y numeroso de esta tierra sanguínea, emprenden su política de pugilato, y, recién venidos de la selva, como en la selva viven en la política, y donde ven un débil comen de él, y veneran en sí la fuerza, única ley que

acatan, y se miran como sacerdotes de ella, y como con cierta superior investidura e innato derecho a tomar cuanto su fuerza alcance. En Cartago, estos hombres se asentaban en el palacio de Amílcar, se comían sus bueyes y bebían su vino; se revolcaban ebrios, repletos de germen desocupado, al pie de sus rosales olorosos; se echaban vientre a tierra, cubiertos de oro y de perfumes, y luego se alzaban como la esfinge, las palmas de las manos apoyadas en el césped, en los ojos una mirada redonda como la de trilobites, asido entre los dientes el rosal roto: y luego cargados de botín, rugiendo por su soldada, se iban como una plaga, por los campos, a juntarse anca a anca para caer, con las lanzas tendidas y secando a su aliento la tierra, contra la República. La inmigración tumultuosa; la fantástica fortuna que la recibió en el Oeste; la fuerza y riqueza mágicas que surgieron y rebosaron con la guerra, produjeron en los Estados Unidos esas nuevas cohortes de gente de presa, plaga de la República, que arremete y devasta como aquella. El país bueno la ve con encono, pero alguna vez, envuelto en sus redes, o deslumbrado con sus planes, va detrás de ella. Algunos presidentes, como Grant mismo, hecho a tropa y conquista, la aceptan y mantienen, y comercian con ella su apoyo y la accesión de una tierra extranjera. Forman sindicatos, ofrecen dividendos, compran elocuencia e influencia, cercan con lazos invisibles al Congreso, sujetan de la rienda la legislación, como un caballo vencido, y, ladrones colosales, acumulan y se reparten ganancias en la sombra. Son los mismos siempre; siempre con la pechera llena de diamantes; sórdidos, finchados, recios: los senadores los visitan por puertas excusadas; los secretarios los visitan en las horas silenciosas; abren y cierran la puerta a los millones; son banqueros privados.

Si los tiempos solo se prestan a cábalas interiores, urden una camarilla, influyen en los decretos del gobierno de manera que ayuden a sus fines, levantan por el aire una empresa, la venden mientras excita la confianza pública mantenida por medios artificiales e inmundos y luego la dejan caer a tierra. Si el gobierno no tiene más que contratos domésticos en que rapacear, caen sobre los contratos, y pagan suntuosamente a los que les auxiliaren en acapararlos. Caen sobre los gobiernos, como los buitres, cuando los creen muertos; huyen por donde no se les ve, como los buitres por las nubes arremolinadas, cuando hallan vivo el cuerpo que creyeron muerto. Tienen soluciones dispuestas para todo: periódicos, telégrafos, damas sociales, personajes floridos y rotundos, polemistas ardientes que defienden sus intereses en el Congreso con palabra de plata y magnífico acento. Todo lo tienen: se les vende todo: cuando hallan algo que no se les vende, se coaligan con todos los vendidos y lo arrollan.

Es un presidio ambulante, con el que bailan las damas en los saraos, y coquetean los prohombres respetuosos, que esperan en su antesala y comen a su mesa. Esta camarilla, que cuando es descubierta en una empresa, reaparece en otra, ha estudiado todas las posibilidades de la

política exterior, todas las combinaciones que pueden resultar de la política interna, hasta las más problemáticas y extrañas. Como con piezas de ajedrez, estudian de antemano, en sus diversas posiciones, los acontecimientos y sus resultados, y para toda combinación posible de ellos, tienen la jugada lista. Un deseo absorbente les anima siempre, rueda continua de esta tremenda máquina: adquirir: tierra, dinero, subvenciones, el guano del Perú, los estados del norte de México.

Esto quiere ahora la camarilla, que cree ver en la suspensión del pago de las subvenciones a los ferrocarriles americanos, decretada últimamente como medida angustiosa por México, buena ocasión para estimular el descontento y arriar los apetitos alejandrinos que, como que los llevan en sí suponen en el pueblo norteamericano hacia sus vecinos de lengua española. Esto propone ahora la camarilla: comprar en 100 000 000 de pesos la frontera del norte de México. No han hallado todavía, como hubieran hallado en tiempo de Blaine, el camino del gobierno: la Casa Blanca es ahora honrada. Pero insisten; pero pujan; pero azuzan sin escrúpulos el reconocimiento y desdén con que acá en lo general se mira a la gente latina, y más, por lo más cercana, a la de México; pero acusan falsamente a México de traición, y de liga con los ingleses; pero no pasa día sin que pongan un leño encendido, con paciencia satánica, en la hoguera de los resentimientos.

¡En cuerda pública, descalzos y con la cabeza mondada, debían ser paseados por las calles esos malvados que amasan su fortuna con las preocupaciones y los odios de los pueblos!—¡Banqueros no: bandidos!

José Martí

*La Nación*. Buenos Aires, 4 de octubre de 1885.
[Mf. en CEM]

# *Lucía Jerez*

## [PRÓLOGO INCONCLUSO DE JOSÉ MARTÍ]

Quien ha escrito esta noveluca, jamás había escrito otra antes, lo que de sobra conocerá el lector sin necesidad de este proemio, ni escribirá probablemente más después. En una hora de desocupación, le tentó una oferta de esta clase de trabajo: y como el autor es persona trabajadora, recordó un suceso acontecido en la América del Sur en aquellos días, que pudiera ser base para la novela hispanoamericana que se deseaba, puso mano a la pluma, evocó al correr de ella sus propias observaciones y recuerdos, y sin alarde de trama ni plan seguro, dejó rasguear la péñola, durante siete días, interrumpido a cada instante por otros quehaceres, tras de los cuales estaba lista con el nombre de *Amistad funesta* la que hoy con el nombre de *Lucía Jerez* sale nuevamente al mundo. No es más, ni es menos. Se publica en libro, porque así lo desean los que sin duda no lo han leído. El autor, avergonzado, pide excusa. Ya él sabe bien por dónde va, profunda como un bisturí y útil como un médico, la novela moderna. El género no le place, sin embargo, porque hay mucho que fingir en él, y los goces de la creación artística no compensan el dolor de moverse en una ficción prolongada; con diálogos que nunca se han oído, entre personas que no han vivido jamás. Menos que todas, tienen derecho a la atención novelas como esta, de puro cuento, en las que no es dado tender a nada serio, porque esto, a juicio de editor, aburre a la gente lectora; ni siquiera es lícito, por lo llano de los tiempos, levantar el espíritu del público con hazañas de caballeros y de héroes, que han venido a ser personas muy fuera de lo real y del buen gusto. Lean, pues, si quieren, los que lo culpen, este libro; que el autor ha procurado hacerse perdonar con algunos detalles; pero sepan que el autor piensa muy mal de él.—Lo cree inútil; y lo lleva sobre sí como una grandísima culpa. Pequé, Señor, pequé, sean humanitarios, pero perdónenmelo. Señor: no lo haré más.

Yo quiero ver al valiente que saca de los una novela buena.

En la novela había de haber mucho amor; alguna muerte; muchas muchachas, ninguna pasión pecaminosa; y nada que no fuese del mayor agrado de los padres de familia y de los señores sacerdotes. Y había de ser hispanoamericano.

Juan empezó con mejores destinos que los que al fin tiene, pero es que en la novela cortó su carrera cierta prudente observación, y hubo que convertir en mero galán de amores al que nació en la mente del novelador dispuesto a más y a más altas empresas (grandes) hazañas. Ana ha vivido, Adela, también.—Sol, ha muerto. Y Lucía, la ha matado. Pero ni a Sol ni a Lucía ha conocido de cerca el autor. A don Manuel, sí. Y a Manuelillo, y a doña Andrea, así como a la propia Directora.

[Ms. en CEM.]

## CAPÍTULO I

Una frondosa magnolia, podada por el jardinero de la casa con manos demasiado académicas, cubría aquel domingo por la mañana con su sombra a los familiares de la casa de Lucía Jerez. Las grandes flores blancas de la magnolia, plenamente abiertas en sus ramas de hojas delgadas y puntiagudas, no parecían, bajo aquel cielo claro y en el patio de aquella casa amable, las flores del árbol, sino las del día. ¡Esas flores inmensas e inmaculadas, que se imaginan cuando se ama mucho! El alma humana tiene una gran necesidad de blancura. Desde que lo blanco se oscurece, la desdicha empieza. La práctica y conciencia de todas las virtudes, la posesión de las mejores cualidades, la arrogancia de los más nobles sacrificios, no bastan a consolar el alma de un solo extravío.

Eran hermosas de ver, en aquel domingo, en el cielo fulgente, la luz azul y por entre los corredores de columnas de mármol, la magnolia elegante, entre las ramas verdes, las grandes flores blancas y en sus mecedoras de mimbre, adornadas con lazos de cinta, aquellas tres amigas, en sus vestidos de mayo: Adela, delgada y locuaz, con un ramo de rosas Jacqueminot al lado izquierdo de su traje de seda crema; Ana, ya próxima a morir, prendida sobre el corazón enfermo, en su vestido de muselina blanca, una flor azul sujeta con unas hebras de trigo; y Lucía, robusta y profunda, que no llevaba flores en su vestido de seda carmesí, «porque no se conocía aún en los jardines la flor que a ella le gustaba: ¡la flor negra!».

Las amigas cambiaban vivazmente sus impresiones de domingo. Venían de misa; de sonreír en el atrio de la catedral a sus parientes y conocidos; de pasear por las calles limpias, esmaltadas de sol, como flores desatadas sobre una bandeja de plata con dibujos de oro. Sus amigas, desde las ventanas de sus casas grandes y antiguas, las habían saludado al pasar. No había mancebo elegante en la ciudad que no estuviese aquel mediodía por las esquinas de la calle de la Victoria. La ciudad, en esas mañanas de domingo, parece una desposada. En las puertas, abiertas de par en par, como si en ese día no se temiesen enemigos, esperan a los dueños los criados, vestidos de limpio. Las familias, que apenas se han visto en la semana, se reúnen a la salida de la iglesia para ir a saludar a la madre ciega, a la hermana enferma, al padre achacoso. Los viejos ese día se remozan. Los veteranos andan con la cabeza más erguida, muy luciente el chaleco blanco, muy bruñido el puño del bastón. Los empleados parecen magistrados. A los artesanos, con su mejor chaqueta de terciopelo, sus pantalones de dril muy planchado y su sombrerín de castor fino, da gozo verlos. Los indios, en verdad, descalzos y mugrientos, en medio de tanta limpieza y luz, parecen llagas. Pero la procesión lujosa de madres fragantes y niñas galanas continúa, sembrando sonrisas por las aceras de la calle animada; y los pobres indios, que la cruzan a veces, parecen gusanos

prendidos a trechos en una guirnalda. En vez de las carretas de comercio o de las arrias de mercaderías, llenan las calles, tirados por caballos altivos, carruajes lucientes. Los carruajes mismos, parece que van contentos, y como de victoria. Los pobres mismos, parecen ricos. Hay una quietud magna y una alegría casta. En las casas todo es algazara. Los nietos ¡qué ir a la puerta, y aturdir al portero, impacientes por lo que la abuela tarda! Los maridos ¡qué celos de la misa, que se les lleva, con sus mujeres queridas, la luz de la mañana! La abuela, ¡cómo viene cargada de chucherías para los nietos, de los juguetes que fue reuniendo en la semana para traerlos a la gente menor hoy domingo, de los mazapanes recién hechos que acaba de comprar en la dulcería francesa, de los caprichos de comer que su hija prefería cuando soltera, ¡qué carruaje el de la abuela, que nunca se vacía! Y en la casa de Lucía Jerez no se sabía si había más flores en la magnolia, o en las almas.

Sobre un costurero abierto, donde Ana al ver entrar a sus amigas puso sus enseres de coser y los ajuares de niño que regalaba a la Casa de Expósitos, habían dejado caer Adela y Lucía sus sombreros de paja, con cintas semejantes a sus trajes, revueltas como cervatillos que retozan. ¡Dice mucho, y cosas muy traviesas, un sombrero que ha estado una hora en la cabeza de una señorita! Se le puede interrogar, seguro de que responde: ¡de algún elegante caballero, y de más de uno, se sabe que ha robado a hurtadillas una flor de un sombrero, o ha besado sus cintas largamente, con un beso entrañable y religioso! El sombrero de Adela era ligero y un tanto extravagante, como de niña que es capaz de enamorarse de un tenor de ópera: el de Lucía era un sombrero arrogante y amenazador: se salían por el borde del costurero las cintas carmesíes, enroscadas sobre el sombrero de Adela como un boa sobre una tórtola: del fondo de seda negro, por los reflejos de un rayo de sol que filtraba oscilando por una rama de la magnolia, parecían salir llamas.

Estaban las tres amigas en aquella pura edad en que los caracteres todavía no se definen: ¡ay! ¡en esos mercados es donde suelen los jóvenes generosos, que van en busca de pájaros azules, atar su vida a lindos vasos de carne que a poco tiempo, a los primeros calores fuertes de la vida, enseñan la zorra astuta, la culebra venenosa, el gato frío e impasible que les mora en el alma!

La mecedora de Ana no se movía, tal como apenas en sus labios pálidos la afable sonrisa: se buscaban con los ojos las violetas en su falda, como si siempre debiera estar llena de ellas. Adela no sin esfuerzo se mantenía en su mecedora, que unas veces estaba cerca de Ana, otras de Lucía, y vacía las más. La mecedora de Lucía, más echada hacia adelante que hacia atrás, cambiaba de súbito de posición, como obediente a un gesto enérgico y contenido de su dueña.

—Juan no viene: ¡te digo que Juan no viene!

—¿Por qué, Lucía, si sabes que si no viene te da pena?

—¿Y no te pareció Pedro Real muy arrogante? Mira, mi Ana, dame el secreto que tú tienes para que te quiera todo el mundo; porque ese caballero, es necesario que me quiera.

En un reloj de bronce labrado, embutido en un ancho plato de porcelana de ramos azules, dieron las dos.

—Lo ves, Ana, lo ves ya Juan no viene. Y se levantó Lucía; fue a uno de los jarrones de mármol colocados entre cada dos columnas, de las que de un lado y otro adornaban el sombreado patio; arrancó sin piedad de su tallo lustroso una camelia blanca, y volvió silenciosa a su mecedora, royéndole las hojas con los dientes.

—Juan viene siempre, Lucía.

Asomó en este momento por la verja dorada que dividía el zaguán de la antesala que se abría al patio, un hombre joven, vestido de negro, de quien se despedían con respeto y ternura uno de mayor edad, de ojos benignos y poblada barba, y un caballero entrado en largos años, triste, como quien ha vivido mucho, que retenía con visible placer la mano del joven entre las suyas:

—Juan, ¿por qué nació Vd. en esta tierra?

—Para honrarla si puedo, don Miguel, tanto como Vd. la ha honrado.

Fue la emoción visible en el rostro del viejo; y aún no había desaparecido del zaguán, de brazo del de la buena barba, cuando Lucía, demudado el rostro y temblándole en las pestañas las lágrimas, estaba en pie, erguida con singular firmeza, junto a la verja dorada, y decía, clavando en Juan sus dos ojos imperiosos y negros:

—Juan, ¿por qué no habías venido?

Adela estaba prendiendo en aquel momento en sus cabellos rubios un jazmín del Cabo.

Ana cosía un lazo azul a una gorrita de recién nacido, para la Casa de Expósitos.

—Fui a rogar, respondió Juan sonriendo dulcemente, que no apremiasen por la renta de este mes a la señora del Valle.

—¿A la madre de Sol? ¿de Sol del Valle?

Y pensando en la niña de la pobre viuda, que no había salido aún del colegio, donde la tenía por merced la Directora, se entró Lucía, sin volver ni bajar la cabeza, por las habitaciones interiores, en tanto que Juan, que amaba a quien lo amaba, la seguía con los ojos tristemente.

Juan Jerez era noble criatura. Rico por sus padres, vivía sin el encogimiento egoísta que desluce tanto a un hombre joven, mas sin aquella angustiosa abundancia, siempre menor que los gastos y apetitos de sus dueños, con que los ricuelos de poco sentido malgastan en empleos estúpidos, a que llaman placeres, la hacienda de sus mayores. De sí propio, y con asiduo trabajo, se había ido creando una numerosa clientela de abogado, en cuya engañosa profesión, entre nosotros perniciosamente esparcida, le hicieron entrar, más que su voluntad, dada a más activas y generosas labores, los deseos de su padre, que en

la defensa de casos limpios de comercio había acrecentado el haber que aportó al matrimonio su esposa. Y así Juan Jerez, a quien la naturaleza había puesto aquella coraza de luz con que reviste a los amigos de los hombres, vino, por esas preocupaciones legendarias que desfloran y tuercen la vida de las generaciones nuevas en nuestros países, a pasar, entre lances de curia que a veces le hacían sentir ansias y vuelcos, los años más hermosos de una juventud sazonada e impaciente, que veía en las desigualdades de la fortuna, en la miseria de los infelices, en los esfuerzos estériles de una minoría viciada por crear pueblos sanos y fecundos, de soledades tan ricas como desiertas, de poblaciones cuantiosas de indios míseros, objeto más digno que las controversias forenses del esfuerzo y calor de un corazón noble y viril.

Llevaba Juan Jerez en el rostro pálido, la nostalgia de la acción, la luminosa enfermedad de las almas grandes, reducida por los deberes corrientes o las imposiciones del azar a oficios pequeños; y en los ojos llevaba como una desolación, que solo cuando hacía un gran bien, o trabajaba en pro de un gran objeto, se le trocaba, como un rayo de sol que entra en una tumba, en centelleante júbilo. No se le dijera entonces un abogado de estos tiempos, sino uno de aquellos trovadores que sabían tallarse, hartos ya de sus propias canciones, en el mango de su guzla, la empuñadura de una espada. El fervor de los cruzados encendía en aquellos breves instantes de heroica dicha su alma buena; y su deleite, que le inundaba de una luz parecida a la de los astros, era solo comparable a la vasta amargura, con que reconocía a poco que en el mundo no encuentran auxilio, sino cuando convienen a algún interés que las vicia, las obras de pureza. Era de la raza selecta de los que no trabajan para el éxito, sino contra él. Nunca, en esos pequeños pueblos nuestros donde los hombres se encorvan tanto, ni a cambio de provechos ni de vanaglorias cedió Juan un ápice de lo que creía sagrado en sí, que era su juicio de hombre y su deber de no ponerlo con ligereza o por paga al servicio de ideas o personas injustas; sino que veía Juan su inteligencia como una investidura sacerdotal, que se ha de tener siempre de manera que no noten en ella la más pequeña mácula los feligreses; y se sentía Juan, allá en sus determinaciones de noble mozo, como un sacerdote de todos los hombres, que uno a uno tenía que ir dándoles perpetua cuenta, como si fuesen sus dueños, del buen uso de su investidura.

Y cuando veía que, como entre nosotros sucede con frecuencia, un hombre joven, de palabra llameante y talento privilegiado, alquilaba por la paga o por el puesto aquella insignia divina que Juan creía ver en toda superior inteligencia, volvía los ojos sobre sí como llamas que le quemaban, tal como si viera que el ministro de un culto, por pagarse la bebida o el juego, vendiese las imágenes de sus dioses. Estos soldados mercenarios de la inteligencia lo tachaban por eso de hipócrita, lo que aumentaba la palidez de Juan Jerez, sin arrancar de sus labios una queja. Y otros decían, con más razón aparente, —aunque no en el caso de él,—

que aquella entereza de carácter no era grandemente meritoria en quien, rico desde la cuna, no había tenido que bregar por abrirse camino, como tantos de nuestros jóvenes pobres, en pueblos donde por viejas tradiciones coloniales, se da a los hombres una educación literaria, y aun esta descosida e incompleta, que no halla luego natural empleo en nuestros países despoblados y rudimentarios, exuberantes, sin embargo, en fuerzas vivas, hoy desaprovechadas o trabajadas apenas, cuando para hacer prósperas a nuestras tierras y dignos a nuestros hombres no habría más que educarlos de manera que pudiesen sacar provecho del suelo providísimo en que nacen. A manejar la lengua hablada y escrita les enseñan, como único modo de vivir, en pueblos en que las artes delicadas que nacen del cultivo del idioma no tienen el número suficiente, no ya de consumidores, de apreciadores siquiera, que recompensen, con el precio justo de estos trabajos exquisitos, la labor intelectual de nuestros espíritus privilegiados. De modo que, como con el cultivo de la inteligencia vienen los gustos costosos, tan naturales en los hispanoamericanos como el color sonrosado en las mejillas de una niña quinceña;—como en las tierras calientes y floridas, se despierta temprano el amor, que quiere casa, y lo mejor que haya en la ebanistería para amueblarla, y la seda más joyante y la pedrería más rica para que a todos maraville y encele su dueña; como la ciudad, infecunda en nuestros países nuevos, retiene en sus redes suntuosas a los que fuera de ella no saben ganar el pan, ni en ella tienen cómo ganarlo, a pesar de sus talentos, bien así como un pasmoso cincelador de espadas de taza, que sabría poblar estas de castellanas de larga amazona desmayadas en brazos de guerreros fuertes, y otras sutiles lindezas en plata y en oro, no halla empleo en un villorrio de gente labriega, que vive en paz, o al puñal o a los puños remite el término de sus contiendas; como con nuestras cabezas hispanoamericanas, cargadas de ideas de Europa y Norteamérica, somos en nuestros propios países a manera de frutos sin mercado, cual las excrecencias de la tierra, que le pesan y estorban, y no como su natural florecimiento, sucede que los poseedores de la inteligencia, estéril entre nosotros por su mala dirección, y necesitados para subsistir de hacerla fecunda, la dedican con exceso exclusivo a los combates políticos, cuando más nobles, produciendo así un desequilibrio entre el país escaso y su política sobrada, o, apremiados por las urgencias de la vida, sirven al gobernante fuerte que los paga y corrompe, o trabajan por volcarle cuando, molestado aquel por nuevos menesterosos, les retira la paga abundante de sus funestos servicios. De estas pesadumbres públicas venían hablando el de la barba larga, el anciano de rostro triste, y Juan Jerez, cuando este, ligado desde niño por amores a su prima Lucía, se entró por el zaguán de baldosas de mármol pulido, espaciosas y blancas como sus pensamientos.

La bondad es la flor de la fuerza. Aquel Juan brioso, que andaba siempre escondido en las ocasiones de fama y alarde, pero visible apenas se sabía de una prerrogativa de la patria desconocida o del decoro y albedrío de algún hombre hollados; aquel batallador temible y áspero, a quien jamás se atrevieron a llegar, avergonzadas de antemano, las ofertas y seducciones corruptoras a que otros vociferantes de temple venal habían prestado oídos; aquel que llevaba siempre en el rostro pálido y enjuto como el resplandor de una luz alta y desconocida, y en los ojos el centelleo de la hoja de una espada; aquel que no veía desdicha sin que creyese deber suyo remediarla, y se miraba como un delincuente cada vez que no podía poner remedio a una desdicha; aquel amantísimo corazón, que sobre todo desamparo vaciaba su piedad inagotable, y sobre toda humildad, energía o hermosura prodigaba apasionadamente su amor, había cedido, en su vida de libros y abstracciones, a la dulce necesidad, tantas veces funesta, de apretar sobre su corazón una manecita blanca. La de esta o la de aquella le importaban poco; y él, en la mujer, veía más el símbolo de las hermosuras ideadas que un ser real.

Lo que en el mundo corre con nombre de buenas fortunas, y no son, por lo común, de una parte o de otra, más que odiosas vilezas, habían salido, una que otra vez, al camino de aquel joven rico a cuyo rostro venía, de los adentros del alma, la irresistible belleza de un noble espíritu. Pero esas buenas fortunas, que en el primer instante llenan el corazón de los efluvios trastornadores de la primavera, y dan al hombre la autoridad confiada de quien posee y conquista; esos amoríos de ocasión, miel en el borde, hiel en el fondo, que se pagan con la moneda más valiosa y más cara, la de la propia limpieza; esos amores irregulares y sobresaltados, elegante disfraz de bajos apetitos, que se aceptan por desocupación o vanidad, y roen luego la vida, como úlceras, solo lograron en el ánimo de Juan Jerez despertar el asombro de que so pretexto o nombre de cariño vivan hombres y mujeres, sin caer muertos de odio a sí mismos, en medio de tan torpes liviandades. Y no cedía a ellas, porque la repulsión que le inspiraba, cualesquiera que fuesen sus gracias, una mujer que cerca de la mesa de trabajo de su esposo o junto a la cuna de su hijo no temblaba de ofrecerlas, era mayor que las penosas satisfacciones que la complicidad con una amante liviana produce a un hombre honrado.

Era la de Juan Jerez una de aquellas almas infelices que solo pueden hacer lo grande y amar lo puro. Poeta genuino, que sacaba de los espectáculos que veía en sí mismo, y de los dolores y sorpresas de su espíritu, unos versos extraños, adoloridos y profundos, que parecían dagas arrancadas de su propio pecho, padecía de esa necesidad de la belleza que como un marchamo ardiente, señala a los escogidos del canto. Aquella razón serena, que los problemas sociales o las pasiones comunes no oscurecían nunca, se le ofuscaba hasta hacerle llegar a la prodigalidad de sí mismo, en virtud de un inmoderado agradecimiento.

Había en aquel carácter una extraña y violenta necesidad del martirio, y si por la superioridad de su alma le era difícil hallar compañeros que se la estimaran y animasen, él, necesitado de darse, que en su bien propio para nada se quería, y se veía a sí mismo como una propiedad de los demás que guardaba él en depósito, se daba como un esclavo a cuantos parecían amarle y entender su delicadeza o desear su bien.

Lucía, como una flor que el sol encorva sobre su tallo débil cuando esplende en todo su fuego el mediodía; que como toda naturaleza subyugadora necesitaba ser subyugada; que de un modo confuso e impaciente, y sin aquel orden y humildad que revelan la fuerza verdadera, amaba lo extraordinario y poderoso, y gustaba de los caballos desalados, de los ascensos por la montaña, de las noches de tempestad y de los troncos abatidos; Lucía, que, niña aún, cuando parecía que la sobremesa de personas mayores en los gratos almuerzos de domingo debía fatigarle, olvidaba los juegos de su edad, y el coger las flores del jardín, y el ver andar en parejas por el agua clara de la fuente los pececillos de plata y de oro, y el peinar las plumas blandas de su último sombrero, por escuchar, hundida en su silla, con los ojos brillantes y abiertos, aquellas aladas palabras, grandes como águilas, que Juan reprimía siempre delante de gente extraña o común, pero dejaba salir a caudales de sus labios, como lanzas adornadas de cintas y de flores, apenas se sentía, cual pájaro perseguido en su nido caliente, entre almas buenas que le escuchaban con amor; Lucía, en quien un deseo se clavaba como en los peces se clavan los anzuelos, y de tener que renunciar a algún deseo, quedaba rota y sangrando, como cuando el anzuelo se le retira queda la carne del pez; Lucía, que con su encarnizado pensamiento había poblado el cielo que miraba, y los florales cuyas hojas gustaba de quebrar, y las paredes de la casa en que lo escribía con lápices de colores, y el pavimento a que con los brazos caídos sobre los de su mecedora solía quedarse mirando largamente; de aquel nombre adorado de Juan Jerez, que en todas partes por donde miraba le resplandecía, porque ella lo fijaba en todas partes con su voluntad y su mirada como los obreros de la fábrica de Eibar, en España, embuten los hilos de plata y de oro sobre la lámina negra del hierro esmerilado; Lucía, que cuando veía entrar a Juan, sentía resonar en su pecho unas como arpas que tuviesen alas, y abrirse en el aire, grandes como soles, unas rosas azules, ribeteadas de negro, y cada vez que lo veía salir, le tendía con desdén la mano fría, colérica de que se fuese, y no podía hablarle, porque se le llenaban de lágrimas los ojos; Lucía, en quien las flores de la edad escondían la lava candente que como las vetas de metales preciosos en las minas le culebreaban en el pecho; Lucía, que padecía de amarle, y le amaba irrevocablemente, y era bella a los ojos de Juan Jerez, puesto que era pura, sintió una noche, una noche de su santo, en que antes de salir para el teatro se abandonaba a sus pensamientos con una mano puesta sobre el mármol del espejo, que Juan Jerez, lisonjeado por aquella magnífica tristeza, daba un beso, largo

y blando, en su otra mano. Toda la habitación le pareció a Lucía llena de flores; del cristal del espejo creyó ver salir llamas; cerró los ojos, como se cierran siempre en todo instante de dicha suprema, tal como si la felicidad tuviese también su pudor, y para que no cayese en tierra, los mismos brazos de Juan tuvieron delicadamente que servir de apoyo a aquel cuerpo envuelto en tules blancos, de que en aquella hora de nacimiento parecía brotar luz. Pero Juan aquella noche se acostó triste, y Lucía misma, que amaneció junto a la ventana en su vestido de tules, abrigados los hombros en una aérea nube azul, se sentía, aromada como un vaso de perfumes, pero seria y recelosa...

—Ana mía, Ana mía, aquí está Pedro Real, ¡Míralo qué arrogante!

—Arrodíllate, Adela: arrodíllate ahora mismo, le respondió dulcemente Ana, volviendo a ella su hermosa cabeza de ondulantes cabellos castaños; mientras que Juan, que venía de hacer paces con Lucía refugiada en la antesala, salía a la verja del zaguán a recibir al amigo de la casa.

Adela se arrodilló, cruzados los brazos sobre las rodillas de Ana; y Ana hizo como que le vendaba los labios con una cinta azul, y le dijo al oído, como quien ciñe un escudo o ampara de un golpe, estas palabras:

—Una niña honesta no deja conocer que le gusta un calavera, hasta que no haya recibido de él tantas muestras de respeto, que nadie pueda dudar que no la solicita para su juguete.

Adela se levantó riendo, y puestos los ojos, entre curiosos y burlones, en el galán caballero, que del brazo de Juan venía hacia ellas, lo esperó de pie al lado de Ana, que con su serio continente, nunca duro, parecía querer atenuar en favor de Adela misma, su excesiva viveza. Pedro, aturdido y más amigo de las mariposas que de las tórtolas, saludó a Adela primero.

Ana retuvo un instante en su mano delgada la de Pedro, y con aquellos derechos de señora casada que da a las jóvenes la cercanía de la muerte.

—Aquí, le dijo, Pedro: aquí toda esta tarde a mi lado. ¡Quién sabe si, enfrente de aquella hermosa figura de hombre joven, no le pesaba a la pobre Ana, a pesar de su alma de sacerdotisa, dejar la vida! ¡Quién sabe si quería solo evitar que la movible Adela, revoloteando en torno de aquella luz de belleza, se lastimase las alas!

Porque aquella Ana era tal que, por donde ella iba, resplandecía. Y aunque brillase el sol, como por encima de la gran magnolia estaba brillando aquella tarde, alrededor de Ana se veía una claridad de estrella. Corrían arroyos dulces por los corazones cuando estaba en presencia de ella. Si cantaba, con una voz que se esparcía por los adentros del alma, como la luz de la mañana por los campos verdes, dejaba en el espíritu una grata intranquilidad, como de quien ha entrevisto, puesto por un momento fuera del mundo, aquellas musicales claridades que solo en las horas de hacer bien, o de tratar a quien lo

hace, distingue entre sus propias nieblas el alma. Y cuando hablaba aquella dulce Ana, purificaba.

Pedro era bueno, y comenzó a alabarle, no el rostro, iluminado ya por aquella luz de muerte que atrae a las almas superiores y aterra a las almas vulgares, sino el ajuar de niño a que estaba poniendo Ana las últimas cintas. Pero ya no era ella sola la que cosía, y armaba lazos, y los probaba en diferentes lados del gorro de recién nacido: Adela súbitamente se había convertido en una gran trabajadora. Ya no saltaba de un lugar a otro, como cuando juntas conversaban hacía un rato ella, Ana y Lucía, sino que había puesto su silla muy junto a la de Ana. Y ella también, iba a estar sentada al lado de Ana toda la tarde. En sus mejillas pálidas, había dos puntos encendidos que ganaban en viveza a las cintas del gorro, y realzaban la mirada impaciente de sus ojos brillantes y atrevidos. Se le desprendía el cabello inquieto, como si quisiese, libre de redes, soltarse en ondas libres por la espalda. En los movimientos nerviosos de su cabeza, dos o tres hojas de la rosa encarnada que llevaba prendida en el peinado, cayeron al suelo. Pedro las veía caer. Adela, locuaz y voluble, ya andaba en la canastilla, ya revolvía en la falda de Ana los adornos del gorro, ya cogía como útil el que acababa de desechar con un mohín de impaciencia, ya sacudía y erguía un momento la ligera cabeza, fina y rebelde, como la de un potro indómito. Sobre las losas de mármol blanco se destacaban, como gotas de sangre, las hojas de rosa.

Se hablaba de aquellas cosas banales de que conversaba en estas tertulias de domingo, la gente joven de nuestros países. El tenor, ¡oh el tenor! había estado admirable. Ella se moría por las voces del tenor. Es un papel encantador el de Francisco I. Pero la señora de Ramírez, ¡cómo había tenido el valor de ir vestida con los colores del partido que fusiló a su esposo!, es verdad que se casa con un coronel del partido contrario, que firmó como auditor en el proceso del señor Ramírez. Es muy buen mozo el coronel, es muy buen mozo. Pero la señora Ramírez ha gastado mucho, ya no es tan rica como antes: tuvo a siete bordadoras empleadas un mes en bordarle de oro el vestido de terciopelo negro que llevó a *Rigoletto,* era muy pesado el vestido. ¡Oh! ¿Y Teresa Luz? lindísima, Teresa Luz: bueno, la boca, sí, la boca no es perfecta, los labios son demasiado finos; ¡ah, los ojos! bueno, los ojos son un poco fríos, no calientan, no penetran: pero qué vaguedad tan dulce; hacen pensar en las espumas de la mar. Y, ¡cómo persigue a María Vargas ese caballerete que ha venido de París, con sus versos copiados de François Coppée, y su política de alquiler, que vino, sirviendo a la oposición y ya está poco menos que con el Gobierno! El padre de María Vargas va a ser ministro y él quiere ser diputado. Elegante sí es. El peinado es ridículo, con la raya en mitad de la cabeza y la frente escondida bajo las ondas. Ni a las mujeres está bien eso de cubrirse la frente, donde está la luz del rostro. Que el cabello la sombree un poco con sus ondas naturales; pero ¿a qué cubrir la frente, espejo donde los amantes se asoman a ver su

propia alma, tabla de mármol blanco donde se firman las promesas puras, nido de las manos lastimadas en los afanes de la vida? Cuando se padece mucho, no se desea un beso en los labios sino en la frente. Y ese mismo poetín lo dijo muy bien el otro día en sus versos «A una niña muerta», era algo así como esto: Las rosas del alma suben a las mejillas: las estrellas del alma, a la frente. Hay algo de tenebroso y de inquietante en esas frentes cubiertas. No, Adela, no, a Vd. le está encantadora esa selva de ricitos: así pintaban en los cuadros de antes a los cupidos revoloteando sobre la frente de las diosas. No, Adela, no le hagas caso: esas frentes cubiertas, me dan miedo. Es que ya se piensan unas cosas, que las mujeres se cubren la frente, de miedo de que se las vean. Oh, no, Ana: ¿qué han de pensar Vds. más que jazmines y claveles? Pues que no, Pedro: rompa Vd. las frentes, y verá dentro, en unos tiestitos que parecen bocas abiertas, unas plantas secas, que dan unas florecitas redondas y amarillas. Y Ana iba así ennobleciendo la conversación, porque Dios le había dado el privilegio de las flores: el de perfumar. Adela, silenciosa hacía un momento, alzó la cabeza y mantuvo algún tiempo los ojos fijos delante de sí, viendo cómo el perfil céltico de Pedro, con su hermosa barba negra, se destacaba, a la luz sana de la tarde, sobre el zócalo del mármol que revestía una de las anchas columnas del corredor de la casa. Bajó la cabeza, y a este movimiento, se desprendió de ella la rosa encarnada, que cayó deshaciéndose a los pies de Pedro.

Juan y Lucía aparecieron por el corredor, ella como arrepentida y sumisa, él como siempre sereno y bondadoso. Hermosa era la pareja, tal como se venían lentamente acercando al grupo de sus amigas en el patio. Altos los dos, Lucía más de lo que sentaba a sus años y sexo, Juan, de aquella elevada estatura, realzada por las proporciones de las formas, que en sí misma lleva algo de espíritu, y parece dispuesta por la naturaleza al heroísmo y al triunfo. Y allá, en la penumbra del corredor, como un rayo de luz diese sobre el rostro de Juan, y de su brazo, aunque un poco a su zaga, venía Lucía, en la frente de él, vasta y blanca, parecía que se abría una rosa de plata: y de la de Lucía se veían solo, en la sombra oscura del rostro, sus ojos llameantes, como dos amenazas.

—Esta Ana imprudente, dijo Juan con su voz de caricia: ¿cómo no tiene miedo a este aire del crepúsculo?

—¡Pero si es ya el mío natural, Juan querido! Vamos, Pedro: deme el brazo.

—Pero pronto, Pedro, que esta es la hora en que los aromas suben de las flores, y si no la haces presa, se nos escapa.

—¡Este Juan bueno! ¿No es verdad, Juan, que Lucía es una loca? Ya Adela y Pedro me están al lado cuchicheando, de apetito. Vamos, pues, que a esta hora la gente dichosa tiene deseo de tomar el chocolate.

El chocolate fragante les esperaba, servido en una mesa de ónix, en la linda antesala. Era aquel un capricho de domingo. Gustan siempre los

jóvenes de lo desordenado e imprevisto. En el comedor, con dos caballeros de edad, discutía las cosas públicas el buen tío de Lucía y Ana, caballero de gorro de seda y pantuflas bordadas. La abuelita de la casa, la madre del señor tío, no salía ya de su alcoba, donde recordaba y rezaba.

La antesala era linda y pequeña, como que se tiene que ser pequeño para ser lindo. De unos tulipanes de cristal trenzado, suspendidos en un ramo del techo por un tubo oculto entre hojas de tulipán simuladas en bronce, caía sobre la mesa de ónix la claridad anaranjada y suave de la lámpara de luz eléctrica incandescente. No había más asientos que pequeñas mecedoras de Viena, de rejilla menuda y madera negra. El pavimento de mosaico de colores tenues que, como el de los atrios de Pompeya, tenía la inscripción «Salve», en el umbral, estaba lleno de banquetas revueltas, como de habitación en que se vive: porque las habitaciones se han de tener lindas, no para enseñarlas, por vanidad, a las visitas, sino para vivir en ellas. Mejora y alivia el contacto constante de lo bello. Todo en la tierra, en estos tiempos negros, tiende a rebajar el alma, todo, libros y cuadros, negocios y afectos, ¡aun en nuestros países azules! Conviene tener siempre delante de los ojos, alrededor, ornando las paredes, animando los rincones donde se refugia la sombra, objetos bellos, que la coloreen y la disipen.

Linda era la antesala, pintado el techo con los bordes de guirnaldas de flores silvestres, las paredes cubiertas, en sus marcos de roble liso dorado, de cuadros de Madrazo y de Nittis, de Fortuny y de Pasini, grabados en Goupil; de dos en dos estaban colgados los cuadros, y entre cada dos grupos de ellos, un estantillo de ébano, lleno de libros, no más ancho que los cuadros, ni más alto ni bajo que el grupo. En la mitad del testero que daba frente a la puerta del corredor, una esbelta columna de mármol negro sustentaba un aéreo busto de la Mignon de Goethe, en mármol blanco, a cuyos pies, en un gran vaso de porcelana de Tokio, de ramazones azules, Ana ponía siempre mazos de jazmines y de lirios. Una vez la traviesa Adela había colgado al cuello de Mignon una guirnalda de claveles encarnados. En este testero no había libros, ni cuadros que no fuesen grabados de episodios de la vida de la triste niña, y distribuidos como un halo en la pared en derredor del busto. Y en las esquinas de la habitación, en caballetes negros, sin ornamentos dorados, ostentaban su rica encuadernación cuatro grandes volúmenes. *El Cuervo*, de Edgar Poe, el Cuervo desgarrador y fatídico, con láminas, de Gustavo Doré, que se llevan la mente por los espacios vagos en alas de caballos sin freno: el *Rubaiyat,* el poema persa, el poema del vino moderado y las rosas frescas, con los dibujos apodícticos del norteamericano Elihu Vedder; un rico ejemplar manuscrito, empastado en seda lila, de *Las Noches,* de Alfredo Musset; y un *Wilhelm Meister*, el libro de Mignon, cuya pasta original, recargada de arabescos insignificantes, había hecho reemplazar Juan, en París, por una de tafilete negro mate embutido con piedras

preciosas: topacios tan claros como el alma de la niña, turquesas, azules como sus ojos; no esmeraldas, porque no hubo en aquella vaporosa vida; ópalos, como sus sueños; y un rubí grande y saliente, como su corazón hinchado y roto. En aquel singular regalo a Lucía, gastó Juan sus ganancias de un año. Por los bajos de la pared, y a manera de sillas, había, en trípodes de ébano, pequeños vasos chinos, de colores suaves, con mucho amarillo y escaso rojo. Las paredes, pintadas al óleo, con guirnaldas de flores, eran blancas. Causaba aquella antesala, en cuyo arreglo influyó Juan, una impresión de fe y de luz.

Y allí se sentaron los cinco jóvenes, a gustar en sus tazas de coco el rico chocolate de la casa, que en hacerlo fragante era famosa. No tenía mucho azúcar, ni era espeso. ¡Para gente mayor, el chocolate espeso! Adela, caprichosa, pedía para sí la taza que tuviese más espuma.

—Esta, Adela: le dijo Juan, poniendo ante ella, antes de sentarse, una de las tazas de coco negro, en la que la espuma hervía, tornasolada.

—¡Malvado! le dijo Adela, mientras que todos reían, ¡me has dado la de la ardilla!

Eran unas tazas, extrañas también, en que Juan, amigo de cosas patrias, había sabido hacer que el artífice combinara la novedad y el arte. Las tazas eran de esos coquillos negros de óvalo perfecto, que los indígenas realzan con caprichosas labores y leyendas, sumisas estas como su condición, y aquellas pomposas, atrevidas y extrañas, muy llenas de alas y de serpientes, recuerdos tenaces de un arte original y desconocido que la conquista hundió en la tierra, a botes de lanza. Y estos coquillos negros estaban muy pulidos por dentro, y en todo su exterior trabajados en relieve sutil como encaje. Cada taza descansaba en una trípode de plata, formada por un atributo de algún ave o fiera de América, y las dos asas eran dos preciosas miniaturas, en plata también, del animal simbolizado en la trípode. En tres colas de ardilla se asentaba la taza de Adela, y a su chocolate se asomaban las dos ardillas, como a un mar de nueces. Dos quetzales altivos, dos quetzales de cola de tres plumas, larga la del centro como una flecha verde, se asían a los bordes de la taza de Ana: ¡el quetzal noble, que cuando cae cautivo o ve rota la pluma larga de su cola, muere! Las asas de la taza de Lucía eran dos pumas elásticos y fieros, en la opuesta colocación de dos enemigos que se acechan: descansaba sobre tres garras de puma, el león americano. Dos águilas eran las asas de la de Juan; y la de Pedro, la del buen mozo Pedro, dos monos capuchinos.

Juan quería a Pedro, como los espíritus fuertes quieren a los débiles, y como, a modo de nota de color o de grano de locura, quiere, cual forma suavísima del pecado, la gente que no es ligera a la que lo es.

Los hombres austeros tienen en la compañía momentánea de esos pisaverdes alocados el mismo género de placer que las damas de familia que asisten de tapadillo a un baile de máscaras. Hay cierto espíritu de

independencia en el pecado, que lo hace simpático cuando no es excesivo. Pocas son por el mundo las criaturas que, hallándose con las encías provistas de dientes, se deciden a no morder, o reconocen que hay un placer más profundo que el de hincar los dientes, y es no usarlos. Pues, ¿para qué es la dentadura, se dicen los más; sobre todo cuando la tienen buena, sino para lucirla, y triturar los manjares que se lleguen a la boca? Y Pedro era de los que lucían la dentadura.

Incapaz, tal vez, de causar mal en conciencia, el daño estaba en que él no sabía cuando causaba mal, o en que, siendo la satisfacción de un deseo, él no veía en ella mal alguno, sino que toda hermosura, por serlo, le parecía de él, y en su propia belleza, la belleza funesta de un hombre perezoso y adocenado, veía como un título natural, título de león, sobre los bienes de la tierra, y el mayor de ellos, que son sus bellas criaturas. Pedro tenía en los ojos aquel inquieto centelleo que subyuga y convida: en actos y palabras, la insolente firmeza que da la costumbre de la victoria, y en su misma arrogancia tal olvido de que la tenía, que era la mayor perfección y el más temible encanto de ella.

Viajero afortunado; con el caudal ya corto de su madre, por tierras de afuera, perdió en ellas, donde son pecadillos las que a nosotros nos parecen con justicia infamias, aquel delicado concepto de la mujer sin el que, por grandes esfuerzos que haga luego la mente, no le es lícito gozar, puesto que no le es lícito creer en el amor de la más limpia criatura. Todos aquellos placeres que no vienen derechamente y en razón de los afectos legítimos, aunque sean champaña de la vanidad, son acíbar de la memoria. Eso en los más honrados, que en los que no lo son, de tanto andar entre frutas estrujadas, llegan a enviciarse los ojos de manera que no tienen más arte ni placer que los de estrujar frutas. Solo Ana, de cuantas jóvenes había conocido a su vuelta de las malas tierras de afuera, le había inspirado, aun antes de su enfermedad, un respeto que en sus horas de reposo solía trocarse en un pensamiento persistente y blando. Pero Ana se iba al cielo: Ana, que jamás hubiera puesto a aquel turbulento mancebo de señor de su alma apacible, como un palacio de nácar; pero que, por esa fatal perversión que atrae a los espíritus desemejantes, no había visto sin un doloroso interés y una turbación primaveral, aquella rica hermosura de hombre, airosa y firme, puesta por la naturaleza como vestidura a un alma escasa, tal como suelen algunos cantantes transportar a inefables deliquios y etéreas esferas a sus oyentes, con la expresión en notas querellosas y cristalinas, blancas como palomas o agudas como puñales, de pasiones que sus espíritus burdos son incapaces de entender ni sentir. ¿Quién no ha visto romper en actos y palabras brutales contra su delicada mujer a un tenor que acababa de cantar, con sobrehumano poder, el «Spirto Gentil» de la *Favorita*? Tal la hermosura sobre las almas escasas.

Y Juan, por aquella seguridad de los caracteres incorruptibles, por aquella benignidad de los espíritus superiores, por aquella afición a lo

pintoresco de las imaginaciones poéticas, y por lazos de niño, que no se rompen sin gran dolor del corazón, Juan quería a Pedro.

Hablaban de las últimas modas, de que en París se rehabilita el color verde, de que en París, decía Pedro, nada más se vive.

—Pues yo no, decía Ana. Cuando Lucía sea ya señora formal, adonde vamos los tres es a Italia y a España: ¿verdad, Juan?

—Verdad, Ana. Adonde la naturaleza es bella y el arte ha sido perfecto. A Granada, donde el hombre logró lo que no ha logrado en pueblo alguno de la tierra: cincelar en las piedras sus sueños: a Nápoles, donde el alma se siente contenta, como si hubiera llegado a su término. ¿Tú no querrás, Lucía?

—Yo no quiero que tú veas nada, Juan. Yo te haré, en ese cuarto la Alhambra, y en este patio Nápoles; y tapiaré las puertas, ¡y así viajaremos!

Rieron todos; pero Adela ya había echado camino de París, quién sabe con qué compañero, los deseos alegres. Ella quería saberlo todo, no de aquella tranquila vida interior y regalada, al calor de la estufa, leyendo libros buenos, después de curiosear discretamente por entre las novedades francesas, y estudiar con empeño tanta riqueza artística como París encierra; sino la vida teatral y nerviosa, la vida de museo que en París generalmente se vive, siempre en pie, siempre cansado, siempre adolorido; la vida de las heroínas de teatro, de las gentes que se enseñan, damas que enloquecen, de los nababs que deslumbran con el pródigo empleo de su fortuna.

Y mientras que Juan, generoso, dando suelta al espíritu impaciente, sacaba ante los ojos de Lucía, para que se le fuese aquietando el carácter, y se preparaba a acompañarle por el viaje de la existencia, las interioridades luminosas de su alma peculiar y excelsa, y decía cosas que, por la nobleza que enseñaban o la felicidad que prometían, hacían asomar lágrimas de ternura y de piedad a los ojos de Ana, —Adela y Pedro, en plena Francia, iban y venían, como del brazo, por bosques y bulevares. «La Judic ya no se viste con Worth. La mano de la Judic es la más bonita de París. En las carreras es donde se lucen los mejores vestidos. ¡Qué linda estaría Adela, en el pescante de un coche de carreras, con un vestido de lila muy suave, adornado con pasamanería de plata! ¡Ah, y con un guía como Pedro, que conocía tan bien la ciudad, qué pronto no se estaría al corriente de todo! ¡Allí no se vive con estas trabas de aquí, donde todo es malo! La mujer es aquí una esclava disfrazada: allí es donde es la reina. Eso es París ahora: el reinado de la mujer. Acá, todo es pecado: si se sale, si se entra, si se da el brazo a un amigo, si se lee un libro ameno. ¡Pero esa es una falta de respeto, eso es ir contra las obras de la naturaleza! ¿Porque una flor nace en un vaso de Sevres, se la ha de privar del aire y de la luz? ¿Porque la mujer nace más hermosa que el hombre, se le ha de oprimir el pensamiento, y so pretexto de un recato gazmoño, obligarla a que viva, escondiendo sus impresiones, como un ladrón esconde su tesoro en una cueva? Es

preciso, Adelita, es preciso. Las mujeres más lindas de París son las sudamericanas. ¡Oh, no habría en París otra tan chispeante como ella!».

—Vea, Pedro, interrumpió a este punto Ana, con aquella sonrisa suya que hacía más eficaces sus reproches, déjeme quieta a Adela. Ud. sabe que yo pinto, ¿verdad?

—Pinta unos cuadritos que parecen música; todos llenos de una luz que sube; con muchos ángeles y serafines. ¿Por qué no nos enseñas el último, Ana mía? Es lindísimo, Pedro, y sumamente extraño.

—¡Adela, Adela!

—De veras que es muy extraño. Es como en una esquina de jardín y el cielo es claro, muy claro y muy lindo. Un joven... muy buen mozo... vestido con un traje gris muy elegante, se mira las manos asombrado. Acaba de romper un lirio, que ha caído a sus pies, y le han quedado las manos manchadas de sangre.

—¿Qué le parece, Pedro, de mi cuadro?

—Un éxito seguro. Yo conocí en París a un pintor de México, un Manuel Ocaranza, que hacía cosas como esas.

—Entre los caballeros que rompen o manchan lirios quisiera yo que tuviese éxito mi cuadro. ¡Quién pintara de veras, y no hiciera esos borrones míos! Pedro: borrón y todo, en cuanto me ponga mejor, voy a hacer una copia para Vd.

—¡Para mí! Juan, ¿por qué no es este el tiempo en que no era mal visto que los caballeros besas en la mano a las damas?

—Para Vd., pero a condición de que lo ponga en un lugar tan visible que por todas partes le salte a los ojos. Y, ¿por qué estamos hablando ahora de mis obras maestras? ¡Ah! porque Vd. me le hablaba a Adela mucho de París. ¡Otro cuadro voy a empezar en cuanto me ponga buena! Sobre una colina voy a pintar un monstruo sentado. Pondré la luna en cenit, para que caiga de lleno sobre el lomo del monstruo, y me permita simular con líneas de luz en las partes salientes los edificios de París más famosos. Y mientras la luna le acaricia el lomo, y se ve por el contraste del perfil luminoso toda la negrura de su cuerpo, el monstruo, con cabeza de mujer, estará devorando rosas. Allá por un rincón se verán jóvenes flacas y desmelenadas que huyen, con las túnicas rotas, levantando las manos al cielo.

—Lucía, dijo Juan reprimiendo mal las lágrimas, al oído de su prima, siempre absorta: ¡y que esta pobre Ana se nos muera!

Pedro no hallaba palabras oportunas, sino aquella confusión y malestar que la gente dada a la frivolidad y el gozo experimenta en la compañía íntima de una de esas criaturas que pasan por la tierra, a manera de visión, extinguiéndose plácidamente, con la feliz capacidad de adivinar las cosas puras, sobrehumanas, y la hermosa indignación por la batalla de apetitos feroces en que se consume la tierra.

—De fieras, yo conozco dos clases, decía una vez Ana: una se viste de pieles, devora animales, y anda sobre garras; otra se viste de trajes

elegantes, come animales y almas y anda sobre una sombrilla o un bastón. No somos más que fieras reformadas.

Aquella Ana, cuando estaba en la intimidad, solía decir de estas cosas singulares. ¿Dónde había sufrido tanto la pobre niña salida apenas del círculo de su casa venturosa, que así había aprendido a conocer y perdonar? ¿Se vive antes de vivir? ¿O las estrellas, ganosas de hacer un viaje de recreo por la tierra, suelen por algún tiempo alojarse en un cuerpo humano? ¡Ay! por eso duran tan poco los cuerpos en que se alojan las estrellas.

—¿Conque Ana pinta, y *La Revista de Artes* está buscando cuadros de autores del país que dar a conocer, y este Juan pecador no ha hecho ya publicar esas maravillas en *La Revista*?

—Esta Ana nuestra, Pedro, se nos enoja de que la queramos sacar a luz. Ella no quiere que se vean sus cuadros hasta que no los juzgue bastante acabados para resistir la crítica. Pero la verdad es, Ana, que Pedro Real tiene razón.

—¿Razón, Pedro Real? dijo Ana con una risa cristalina, de madre generosa. No, Juan. Es verdad que las cosas de arte que, no son absolutamente necesarias, no deben hacerse sino cuando se pueden hacer enteramente bien, y estas cosas que yo hago, que veo vivas y claras en lo hondo de mi mente, y con tal realidad que me parece que las palpo, me quedan luego en la tela tan contrahechas y duras que creo que mis visiones me van a castigar, y me regañan, y toman mis pinceles de la caja, y a mí de una oreja, y me llevan delante del cuadro para que vea cómo borran coléricas la mala pintura que hice de ellas. Y luego, ¿qué he de saber yo, sin más dibujo que el que me enseñó el señor Mazuchellí, ni más colores que estos tan pálidos que saco de mí misma?

Seguía Lucía con ojos inquietos la fisonomía de Juan, profundamente interesado en lo que en uno de esos momentos de explicación de sí mismos que gustan de tener los que llevan algo en sí y se sienten morir, iba diciendo Ana. ¡Qué Juan aquel, que la tenía al lado, y pensaba en otra cosa! Ana, sí, Ana era muy buena; pero ¿qué derecho tenía Juan a olvidarse tanto de Lucía, y estando a su lado, poner tanta atención en las rarezas de Ana? Cuando ella estaba a su lado, ella debía ser su único pensamiento. Y apretaba sus labios; se le encendían de pronto, como de un vuelco de la sangre las mejillas; enrollaba nerviosamente en el dedo índice de la mano izquierda un finísimo pañuelo de batista y encaje. Y lo enrolló tanto y tanto, y lo desenrollaba con tal violencia, que yendo rápidamente de una mano a la otra, el lindo pañuelo parecía una víbora, una de esas víboras blancas que se ven en la costa yucateca.

—Pero no es por eso por lo que no enseño yo a nadie mis cuadritos, siguió Ana; sino porque cuando los estoy pintando, me alegro o me entristezco como una loca, sin saber por qué: salto de contento, yo que no puedo saltar ya mucho, cuando creo que con un rasgo de pincel le he dado a unos ojos, o a la tórtola viuda que pinté el mes pasado, la

expresión que yo quería; y si pinto una desdicha, me parece que es de veras, y me paso horas enteras mirándola, o me enojo conmigo misma si es de aquellas que yo no puedo remediar, como en esas dos telitas mías que tú conoces, Juan, *La madre sin hijo*, y el hombre que se muere en un sillón, mirando en la chimenea el fuego apagado: *El hombre sin amor*. No se ría, Pedro, de esta colección de extravagancias. Ni diga que estos asuntos son para personas mayores; las enfermas son como unas viejitas, y tienen derecho a esos atrevimientos.

—Pero, ¿cómo, le dijo Pedro subyugado, no han de tener sus cuadros todo el encanto y el color de ópalo de su alma?

—¡Oh! ¡oh! a lisonja llaman: vea que ya no es de buen gusto ser lisonjero. La lisonja en la conversación, Pedro, es ya como la Arcadia en la pintura: ¡cosa de principiantes!

—Pero, ¿por qué decías, puso aquí Juan, que no querías exhibir tus cuadros?

—Porque como desde que los imagino hasta que los acabo voy poniendo en ellos tanto de mi alma, al fin ya no llegan a ser telas, sino mi alma misma, y me da vergüenza de que me la vean, y me parece que he pecado con atreverme a asuntos que están mejor para nube que para colores, y como solo yo sé, cuánta paloma arrulla, y cuánta violeta se abre, y cuánta estrella lucen lo que pinto; como yo sola siento cómo me duele el corazón, o se me llena todo el pecho de lágrimas o me laten las sienes, como si me las azotasen alas, cuando estoy pintando; como nadie más que yo sabe, que esos pedazos de lienzo, por desdichados que me salgan, son pedazos de entrañas mías en que he puesto con mi mejor voluntad lo mejor que hay en mí, ¡me da como una soberbia de pensar que si los enseño en público, uno de esos críticos sabios o caballerines presuntuosos me diga, por lucir un nombre recién aprendido de pintor extranjero, o una linda frase, que esto que yo hago es de Chaplin o de Lefèvre, o a mi cuadrito *Flores vivas*, que he descargado sobre él una escopeta llena de colores! ¿Te acuerdas? ¡como si no supiera yo que cada flor de aquellas es una persona que yo conozco, y no hubiera yo estudiado tres o cuatro personas de un mismo carácter, antes de simbolizar el carácter en una flor; como si no supiese yo quién es aquella rosa roja, altiva, con sombras negras, que se levanta por sobre todas las demás en su tallo sin hojas, y aquella otra flor azul que mira al cielo como si fuese a hacerse pájaro y a tender a él las alas, y aquel aguinaldo lindo que trepa humildemente, como un niño castigado, por el tallo de la rosa roja! ¡Malos! ¡escopeta cargada de colores!

—Ana: yo sí que te recogería a ti, con tu raíz, como una flor, y en aquel gran vaso indio que hay en mi mesa de escribir, te tendría perpetuamente, para que nunca se me desconsolase el alma.

—Juan, dijo Lucía, como a la vez conteniéndose y levantándose: ¿quieres venir a oír el *M’odi tu*, que me trajiste el sábado? ¡No lo has oído todavía!

—¡Ah!, y a propósito, no saben Vds., dijo Pedro como poniéndose ya en pie para despedirse, que la cabeza ideal que ha publicado en su último número *La Revista de Artes*...

—¿Qué cabeza? preguntó Lucía, ¿una que parece de una virgen de Rafael, pero con ojos americanos, con un talle que parece el cáliz de un lirio?

—Esa misma, Lucía: pues no es una cabeza ideal, sino la de una niña que va a salir la semana que viene del colegio, y dicen que es un pasmo de hermosura: es la cabeza de Leonor del Valle.

Se puso en pie Lucía con un movimiento que pareció un salto; y Juan alzó del suelo, para devolvérselo, el pañuelo, roto.

## CAPÍTULO II

Como veinte años antes de la historia que vamos narrando, llegaron a la ciudad donde sucedió, un caballero de mediana edad y su esposa, nacidos ambos en España, de donde, en fuerza de cierta indómita condición del honrado don Manuel del Valle, que le hizo mal mirado de las gentes del poder como cabecilla y vocero de las ideas liberales, decidió al fin salir el señor don Manuel; no tanto porque no le bastase al sustento su humilde mesa de abogado de provincia, cuanto porque siempre tenía, por moverse o por estarse quedo, al guindilla, como llaman allá al policía, encima; y porque, a consecuencia de querer la libertad limpia y para buenos fines, se quedó con tan pocos amigos entre los mismos que parecían defenderla, y lo miraban como a un celador enojoso, que esto más le ayudó a determinar, de un golpe de cabeza; venir a «las Repúblicas de América», imaginando, que donde no había reina liviana, no habría gente oprimida, ni aquella traílla[33] de cortesanos perezosos y aduladores, que a don Manuel le parecían vergüenza rematada de su especie, y, por ser hombre él, como un pecado propio.

Era de no acabar de oírle, y tenerle que rogar que se calmase, cuando con aquel lenguaje pintoresco y desembarazado recordaba, no sin su buena cerrazón de truenos y relámpagos y unas amenazas grandes como torres, los bellacos oficios de tal o de cual marquesa, que auxiliando ligerezas ajenas querían hacer, por lo comunes, menos culpables las propias; o tal historia de un capitán de guardias, que pareció bien en la corte con su ruda belleza de montañés y su cabello abundante y alborotado, y apenas entrevió su buena fortuna tomó prestados unos dineros, con que enrizarse, en lo del peluquero la cabellera, y en lo del sastre vestir de paño bueno, y en lo del calzador comprarse unos botitos, con que estar galán en la hora en que debía ir a palacio, donde al volver el capitán con estas donosuras, pareció tan feo y presumido que en poco estuvo que perdiese algo más que la capitanía. Y de unas jiras, o fiestas de campo, hablaba de tal manera don Manuel, así como de ciertas cenas en la fonda de un francés, que cuando contaba de ellas no podía estar sentado; y daba con el puño sobre la mesa que le andaba cerca, como para acentuar las palabras, y arreciaban los truenos, y abría cuantas ventanas o puertas hallaba a mano. Se desfiguraba el buen caballero español, de santa ira, la cual, como apenado luego de haberle dado riendas en tierra que al fin no era la suya, venía siempre a parar en que don Manuel tocase en la guitarra que se había traído cuando el viaje, con una ternura que solía humedecer los ojos suyos y los ajenos, unas serenatas de su propia música, que más que de la rondalla aragonesa que le servía como de arranque y *ritornello*, tenía de desesperada canción de amores de un trovador muerto de ellos por la dama de un duro castellano, en un

castillo, allá tras de los mares, que el trovador no había de ver jamás.

En esos días la linda doña Andrea, cuyas largas trenzas de color castaño eran la envidia de cuantas se las conocían, extremaba unas pocas habilidades de cocina, que se trajo de España, adivinando que complacería con ellas más tarde a su marido. Y cuando en el cuarto de los libros, que en verdad era la sala de la casa, centelleaba don Manuel, sacudiéndose más que echándose sobre uno y otro hombro alternativamente los cabos de la capa que so pretexto de frío se quitaba raras veces, era fijo que andaba entrando y saliendo por la cocina, con su cuerpo elegante y modesto, la buena señora doña Andrea, poniendo mano en un pisto manchego, o aderezando unas farinetas de Salamanca que a escondidas había pedido a sus parientes en España, o preparando, con más voluntad que arte, un arroz con chorizo, de cuyos primores, que acababan de calmar las iras del republicano, jamás dijo mal don Manuel del Valle, aun cuando en sus adentros reconociese que algo se había quemado allí, o sufrido accidente mayor: o los chorizos, o el arroz, o entrambos. ¡Fuera de la patria, si piedras negras se reciben de ella, de las piedras negras parece que sale luz de astro!

Era de acero fino don Manuel, y tan honrado, que nunca, por muchos que fueran sus apuros, puso su inteligencia y saber, ni excesivos ni escasos, al servicio de tantos poderosos e intrigantes como andan por el mundo, quienes suelen estar prontos a sacar de agonía a las gentes de talento menesterosas, con tal que estas se presten a ayudar con sus habilidades el éxito de las tramas con que aquellos promueven y sustentan su fortuna: de tal modo que, si se va a ver, está hoy viviendo la gente con tantas mañas, que es ya hasta de mal gusto ser honrado.

En este diario y en aquel, no bien puso el pie en el país, escribió el señor Valle con mano ejercitada, aunque un tanto febril y descompuesta, sus azotainas contra las monarquías y vilezas que engendra, y sus himnos, encendidos como cantos de batalla, en loor de la libertad, de que «los campos nuevos y los altos montes y los anchos ríos de esta linda América, parecen natural sustento».

Mas a poco de esto, hacía veinticinco años a la fecha de nuestra historia, tales cosas iba viendo nuestro señor don Manuel que volvió a tomar la capa, que por inútil había colgado en el rincón más hondo del armario, y cada día se fue callando más, y escribiendo menos, y arrebujándose mejor en ella, hasta que guardó las plumas, y muy apegado ya a la clemente temperatura del país y al dulce trato de sus hijos para pensar en abandonarlo, determinó abrir escuela; si bien no introdujo en el arte de enseñar, por no ser aún este muy sabido tampoco en España, novedad alguna que acomodase mejor a la educación de los hispanoamericanos fáciles y ardientes, que los torpes métodos en uso, ello es que con su Iturzaeta y su Aritmética de Krüger y su Dibujo Lineal, y unas encendidas lecciones de Historia, de que salía bufando y escapando Felipe Segundo como comido de llamas, el señor Valle sacó una generación de discípulos, un tanto románticos y dados a lo

maravilloso, pero que fueron a su tiempo mancebos de honor y enemigos tenaces de los gobiernos tiránicos. Tanto que hubo vez en que, por cosas como las de poner en su lugar a Felipe Segundo, estuvo a punto el señor don Manuel de ir, con su capa y su cuaderno de Iturzaeta, a dar en manos de los guindillas americanos «en estas mismísimas Repúblicas de América». A la fecha de nuestra historia, hacía ya unos veinticinco años de esto.

Tan casero era don Manuel, que apenas pasaba año sin que los discípulos tuviesen ocasión de celebrar, cuál con una gallina, cuál con un par de pichones, cuál con un pavo, la presencia de un nuevo ornamento vivo de la casa.

—Y ¿qué ha sido, don Manuel? ¿Algún Aristogitón que haya de librar a la patria del tirano?

—¡Calle Vd., paisano: calle Vd: Un malakoff más! Malakoff, llamaban entonces, por la torre famosa en la guerra de Crimea, a lo que en llano se ha llamado siempre miriñaque o crinolina.

Y don Manuel quería mucho a sus hijos, y se prometía vivir cuanto pudiese para ellos; pero le andaba desde hacía algún tiempo por el lado izquierdo del pecho un carcominillo que le molestaba de verdad, como una cestita de llamas que estuviera allí encendida, de día y de noche, y no se apagase nunca. Y como cuando la cestita le quemaba con más fuerza sentía él un poco paralizado el brazo del corazón, y todo el cuerpo vibrante, como las cuerdas de un violín, y después de eso le venían de pronto unos apetitos de llorar y una necesidad de tenderse por tierra, que le ponían muy triste, aquel buen don Manuel no veía sin susto como le iban naciendo tantos hijos, que en el caso de su muerte habían de ser más un estorbo que una ayuda para «esa pobre Andrea, que es mujer muy señora y bonaza, pero ¡para poco, para poco!».

Cinco hijas llegó a tener don Manuel del Valle, mas antes de ellas le había nacido un hijo, que desde niño empezó a dar señales de ser alma de pro. Tenía gustos raros y bravura desmedida, no tanto para lidiar con sus compañeros, aunque no rehuía la lidia en casos necesarios, como para afrontar situaciones difíciles, que requerían algo más que la fiereza de la sangre o la presteza de los puños. Una vez, con unos cuantos compañeros suyos, publicó en el colegio un periodiquín manuscrito, y por supuesto revolucionario, contra cierto pedante profesor que prohibía a sus alumnos argumentarle sobre los puntos que les enseñaba: y como un colegial aficionado al lápiz, pintase de pavo real a este maestrazo, en una lámina repartida con el periodiquín, y don Manuel, en vista de la queja del pavo real, amenazara en sala plena con expulsar del colegio en consejo de disciplina al autor de la descortesía, aunque fuese su propio hijo, el gentil Manuelillo, digno primogénito del egregio varón, quiso quitar de sus compañeros toda culpa, y echarla entera sobre sí; y levantándose de su asiento, dijo, con gran perplejidad del pobre don Manuel, y murmullos de admiración de la asamblea:

—Pues, señor Director: yo solo he sido.

Y pasaba las noches en claro, luego que se le extinguía la vela escasa que le daban, leyendo a la luz de la luna. O echaba a caminar, con las *Empresas* de Saavedra Fajardo bajo el brazo, por las calles umbrosas de la Alameda, y creyéndose a veces nueva encarnación de las grandes figuras de la historia, cuyos gérmenes le parecía sentir en sí, y otras desesperando de hacer cosa que pudiera igualarlo a ellas, rompía a llorar, de desesperación y de ternura. O se iba de noche a la orilla de la mar, a que le salpicasen el rostro las gotas frescas que saltaban del agua salada al reventar contra las rocas.

Leía cuanto libro le caía a la mano. Montaba en cuanto caballo veía a su alcance: y mejor, si lo hallaba en pelo; y si había que saltar una cerca, mejor. En una noche se aprendía los libros que en todo el año escolar no podían a veces dominar sus compañeros; y aunque la Historia Natural, y la Universal, y cuanto añadiese algo útil a su saber, y le estimulase el juicio y la verba, eran sus materias preferidas, a pocas ojeadas penetraba el sentido de la más negra lección de Álgebra, tanto que su maestro, un ingeniero muy mentado y brusco, le ofreció enseñarle, en premio de su aplicación, la manera de calcular lo infinitésimo.

Escribía Manuelillo, en semejanza de lo que estaba en boga entonces, unas letrillas y artículos de costumbres que ya mostraban a un enamorado de la buena lengua; pero a poco se soltó por natural empuje, con vuelos suyos propios, y empezó a enderezar a los gobernantes que no dirigen honradamente a sus pueblos, unas odas tan a lo pindárico, y recibidas con tal favor entre la gente estudiantesca, que en una revuelta que tramaron contra el Gobierno unos patricios que andaban muy solos, pues llevaban consigo la buena doctrina, fue hecho preso don Manuelillo, quien en verdad tenía en la sangre el microbio sedicioso; y bien que tuvieron que empeñarse los amigos pudientes de don Manuel para que en gracia de su edad saliese libre el Pindarito, a quien su padre, riñéndole con los labios, en que le temblaban los bigotes, como los árboles cuando va a caer la lluvia, y aprobándole con el corazón, envió a seguir, en lo que cometió grandísimo error, estudios de Derecho en la Universidad de Salamanca, más desfavorecida que otras de España, y no muy gloriosa ahora, pero donde tenía la angustiada doña Andrea los buenos parientes que le enviaban las farinetas.

Se fue el de las odas en un bergantín que había venido cargado de vinos de Cádiz; y, sentadito en la popa del barco, fijaba en la costa de su patria los ojos anegados de tan triste manera, que a pesar del águila nueva que llevaba en el alma, le parecía que iba todo muerto y sin capacidad de resurrección y que era él como un árbol prendido a aquella costa por las raíces, al que el buque llevaba atado por las ramas pujando mar afuera, de modo que sin raíces se quedaba el árbol, si lograba arrancarlo de la costa la fuerza del buque, y moría: o como el tronco no podía resistir aquella tirantez, se quebraría al fin, y moría también: pero lo que don Manuelillo veía claro, era que moría de todos modos. Lo cual,

¡ay! fue verdad, cuatro años más tarde, cuando de Salamanca había hallado aquel niño manera de pasar, como ayo en la casa de un conde carlista, a estudiar a Madrid. Se murió de unas fiebres enemigas, que le empezaron con grandes aturdimientos de cabeza, y unas visiones dolorosas y tenaces que él mismo describía en su cama revuelta, de delirante, con palabras fogosas y desencajadas, que parecían una caja de joyas rotas; y sobre todo, una visión que tenía siempre delante de los ojos, y creía que se le venía encima, y le echaba un aire encendido en la frente, y se iba de mal humor, y se volvía a él de lejos, llamándole con muchos brazos: la visión de una palma en llamas. En su tierra, las llanuras que rodeaban la ciudad estaban cubiertas de palmas.

No murió don Manuel del pesar de que hubiese muerto su hijo, aunque bien pudo ser; sino que dos años antes, y sin que Manuelillo lo supiese, se sentó un día en su sillón, muy envuelto en su capa, y con la guitarra al lado, como si sintiese en el alma unas muy dulces músicas, a la vez que un frescor húmedo y sabroso, que no era el de todos los días, sino mucho más grato. Doña Andrea estaba sentada en una banqueta a sus pies, y lo miraba con los ojos secos, y crecidos, y le tenía las manos. Dos hijas lloraban abrazadas en un rincón: la mayor, más valiente, le acariciaba con la mano los cabellos, o lo entretenía con frases zalameras, mientras le preparaba una bebida; de pronto, desasiéndose bruscamente de las manos de doña Andrea, abrió don Manuel los brazos y los labios como buscando aire; los cerró violentamente alrededor de la cabeza de doña Andrea, a quien besó en la frente con un beso frenético; se irguió como si quisiera levantarse, con los brazos al cielo; cayó sobre el respaldo del asiento, estremeciéndosele el cuerpo horrendamente, como cuando en tormenta furiosa un barco arrebatado sacude la cadena que lo sujeta al muelle; se le llenó de sangre todo el rostro, como si en lo interior del cuerpo se le hubiese roto el vaso que la guarda y distribuye; y blanco, y sonriendo, con la mano casualmente caída sobre el mango de su guitarra, quedó muerto. Pero nunca se lo quiso decir doña Andrea a Manuelillo, a quien contaban que el padre no escribía porque sufría de reumatismo en las manos, para que no le entrase el miedo por las angustias de la casa, y quisiese venir a socorrerlas, interrumpiendo antes de tiempo sus estudios. Y era también que doña Andrea conocía que su pobre hijo había nacido comido de aquellas ansias de redención y evangélica quijotería que le habían enfermado el corazón al padre, y acelerado su muerte; y como en la tierra en que vivían había tanto que redimir, y tanta cosa cautiva que libertar, y tanto entuerto que poner derecho, veía la buena madre, con espanto, la hora de que su hijo volviese a su patria, cuya hora, en su pensar, sería la del sacrificio de Manuelillo.

—¡Ay! decía doña Andrea, una vez que un amigo de la casa le hablaba con esperanzas del porvenir del hijo. Él será infeliz y nos hará aún más infelices sin quererlo. Él quiere mucho a los demás, y muy poco a sí

mismo. Él no sabe hacer víctimas, sino serlo. Afortunadamente, aunque de todos modos, por desdicha de doña Andrea, Manuelillo había partido de la tierra antes de volver a ver la suya propia, ¡detrás de la palma encendida!

¿Quién que ve un vaso roto, o un edificio en ruina, o una palma caída, no piensa en las viudas? A don Manuel no le habían bastado las fuerzas, y en tierra extraña esto había sido mucho, más que para ir cubriendo decorosamente con los productos de su trabajo las necesidades domésticas. Ya el ayudar a Manuelillo a mantenerse en España le había puesto en muy grandes apuros.

Estos tiempos nuestros están desquiciados, y con el derrumbe de las antiguas vallas sociales y las finezas de la educación, ha venido a crearse una nueva y vastísima clase de aristócratas de la inteligencia, con todas las necesidades de parecer y gustos ricos que de ella vienen, sin que haya habido tiempo aún, en lo rápido del vuelco, para que el cambio en la organización y repartimiento de las fortunas corresponda a la brusca alteración en las relaciones sociales, producidas por las libertades políticas y la vulgarización de los conocimientos. Una hacienda ordenada es el fondo de la felicidad universal. Y búsquese en los pueblos, en las casas, en el amor mismo más acendrado y seguro, la causa de tantos trastornos y rupturas, que los oscurecen y afean, cuando no son causa del apartamiento, o de la muerte, que es otra forma de él: la hacienda es el estómago de la felicidad. Maridos, amantes, personas que aún tenéis que vivir y anheláis prosperar: ¡organizad bien vuestra hacienda!

De este desequilibrio, casi universal hoy, padecía la casa de don Manuel, obligado con sus medios de hombre pobre a mantenerse, aunque sin ostentación ni despilfarro, como caballero rico. ¿Ni quién se niega, si los quiere bien, a que sus hijos brillantes e inteligentes, aprendan esas cosas de arte, el dibujar, el pintar, el tocar piano, que alegran tanto la casa, y elevan, si son bien comprendidas y caen en buena tierra, el carácter de quien las posee, esas cosas de arte que apenas hace un siglo eran todavía propiedad casi exclusiva de reinas y princesas? ¿Quién que ve a sus pequeñines finos y delicados, en virtud de esa aristocracia del espíritu que estos tiempos nuevos han sustituido a la aristocracia degenerada de la sangre, no gusta de vestirlos de linda manera, en acuerdo con el propio buen gusto cultivado, que no se contenta con falsificaciones y bellaquerías, y de modo que el vestir complete y revele la distinción del alma de los queridos niños? Uno, padrazo ya, con el corazón estremecido y la frente arrugada, se contenta con un traje negro bien cepillado y sin manchas, con el cual, y una cara honrada, se está bien y se es bien recibido en todas partes; pero, ¡para la mujer, a quien hemos hecho sufrir tanto! ¡para los hijos, que nos vuelven locos y ambiciosos, y nos ponen en el corazón la embriaguez del vino, y en las manos el arma de los conquistadores! ¡para ellos, oh, para ellos, todo nos parece poco!

De manera que, cuando don Manuel murió, solo había en la casa los objetos de su uso y adorno, en que no dejaba de adivinarse más el buen gusto que la holgura, los libros de don Manuel, que miraba la madre como pensamientos vivos de su esposo, que debían guardarse íntegros a su hijo ausente, y los enseres de la escuela, que un ayudante de don Manuel, que apenas le vio muerto, se alzó con la mayor parte de sus discípulos, halló manera de comprar a la viuda, abandonada así por el que en conciencia debió continuar ayudándola, en una suma corta, la mayor, sin embargo, que después de la muerte de don Manuel se vio nunca en aquella pobre casa. Hacen pensar en las viudas las palmas caídas.

Este o aquel amigo, es verdad, querían saber de vez en cuando qué tal le iba yendo a la pobre señora. ¡Oh! se interesaban mucho por su suerte. Ya ella sabía: en cuanto le ocurriese algo no tenía más que mandar. Para cualquier cosa, para cualquier cosa estaban a su disposición. Y venían en visita solemne, en día de fiesta, cuando suponían que había gente en la casa; y se iban haciendo muchas cortesías, como si con la ceremonia de ellas quisiesen hacer olvidar la mayor intimidad que podría obligarlos a prestar un servicio más activo. Da espanto ver cuán sola se queda una casa en que ha entrado la desgracia: da deseos de morir.

¿Qué se haría doña Andrea, con tantas hijas, dos de ellas ya crecidas; con el hijo en España, aunque ya el noble mozo había prohibido, aun suponiendo a su padre vivo, que le enviasen dinero? ¿qué se haría con sus hijas pequeñas, que eran, las tres, por lo modestas y unidas, la gala del colegio; con Leonor, la última flor de sus entrañas, la que las gentes detenían en la calle para mirarla a su placer, asombradas de su hermosura? ¿qué se haría doña Andrea? Así, cortado el tronco, se secan las ramas del árbol, un tiempo verdes, abandonadas sobre la tierra. ¡Pero los libros de don Manuel no! esos no se tocaban: nada más que a sacudirlos, en la piececita que les destinó en la casa pobrísima que tomó luego, permitía la señora que entrasen una vez al mes. O cuando, ciertos domingos, las demás niñas iban a casa de alguna conocida a pasar la tarde, doña Andrea se entraba sola en la habitación, con Leonor de la mano, y allí a la sombra de aquellos tomos, sentada en el sillón en que murió su marido, se abandonaba a conversaciones mentales, que parecían hacerle gran bien, porque salía de ellas en un estado de silenciosa majestad, y como más clara de rostro y levantada de estatura; de tal modo que las hijas cuando volvían de su visita, conocían siempre, por la mayor blandura en los ademanes, y expresión de dolorosa felicidad de su rostro, si doña Andrea había estado en el cuarto de los libros. Nunca Leonor parecía fatigada de acompañar a su madre en aquellas entrevistas: sino que, aunque ya para entonces tenía sus diez años, se sentaba en la falda de su madre, apretada en su regazo o abrazada a su cuello, o se echaba a sus pies, reclinando en sus rodillas la cabeza, con cuyos cabellos finos jugaba la viuda, distraída. De vez en

cuando, pocas veces, la cogía doña Andrea en un brusco movimiento en sus brazos, y besando con locura la cabeza de la niña rompía en amarguísimos sollozos. Leonor, silenciosamente, humedecía en todo este tiempo la mano de su madre con sus besos.

De España se trajo pocas cosas don Manuel, y doña Andrea menos, que era de familia hidalga y pobre. Y todo, poco a poco, para atender a las necesidades de la casa, fue saliendo de ella: hasta unas perlas margaritas que habían llevado de América a Salamanca un tío, abuelo de doña Andrea, y un aguacate de esmeralda de la misma procedencia, que recibió de sus padres como regalo de matrimonio; hasta unas cucharas y vasos de plata que se estrenaron cuando se casó la madre de don Manuel, y este solía enseñar con orgullo a sus amigos americanos, para probar en sus horas de desconfianza de la libertad, cuánto más sólidos eran los tiempos, cosas y artífices de antaño.

Y todas las maravillas de la casa fueron cayendo en manos de inclementes compradores; una escena autógrafa de *El delincuente honrado* de Jovellanos; una colección de monedas romanas y árabes de Zaragoza, de las cuales los árabes estimulaban la fantasía y avivaban las miradas de Manuelillo cada vez que el padre le permitía curiosear en ellas; una carta de doña Juana *la Loca*, que nunca fue loca, a menos que amar bien no sea locura, y en cuya carta, escrita de manos del secretario Passamonte, se dicen cosas tan dignas y tan tiernas que dejaban enamorados de la reina a los que las leían, y dulcemente conmovidas las entrañas.

Así se fueron otras dos joyas que don Manuel había estimado mucho, y mostraba con la fruición de un goloso que se complace traviesamente en hacer gustar a sus amigos un plato cuya receta está decidido a no dejarles conocer jamás: un estudio en madera, de la cabeza de San Francisco, de Alonso Cano, y un dibujo de Goya, con lápiz rojo, dulce como una cabeza del mismo Rafael.

Con las cucharas de plata se pagó un mes la casa: la esmeralda dio para tres meses: con las monedas fueron ayudándose medio año. Un desvergonzado compró la cabeza, en un día de angustia, en cinco pesos. Un tanto se auxiliaban con unos cuantos pesos que, muy mal cobrados y muy regañados, ganaban doña Andrea y las hijas mayores enseñando a algunas niñas pequeñas del barrio pobre donde habían ido a refugiarse en su penuria. Pero el dibujo de Goya, ese sí se vendió bien. Ese, él solo, produjo tanto como las margaritas y las cucharas de plata, y el aguacate. El dibujo de Goya, única prenda que no se arrepintió doña Andrea de haber vendido, porque le trajo un amigo, lo compró Juan Jerez, Juan Jerez que cuando murió en Madrid Manuelillo, y la madre extremada por los gastos en que la puso una enfermedad grave de su niña Leonor, se halló un día pensando con espanto en que era necesario venderlos, compró los libros a doña Andrea, mas no se los llevó consigo, sino que se los dejó a ella «porque él no tenía donde ponerlos, y cuando

los necesitase, ya se los pediría». Muy ruin tiene que ser el mundo, y doña Andrea sabía de sobra que suele ser ruin, para que ese día no hubiese satisfecho su impulso de besar a Juan la mano.

Pero Juan, joven rico y de padres y amistades que no hacían suponer que buscase esposa en aquella casa desamparada y humilde, comprendió que no debía ser visita de ella, donde ya eran alegría de los ojos y del corazón, más por lo honestas que por lo lindas, las dos niñas mayores, y muy distraído el pensamiento en cosas de la mayor alteza, y muy fino y generoso, y muy sujeto ya por el agradecimiento del amor que le mostraba a su prima Lucía, ni visitaba frecuentemente la casa de doña Andrea, ni hacía alarde de no visitarla, como que le llevó su propio médico cuando la enfermedad de Leonor, y volvió cuando la venta de los libros, y cuando sabía alguna aflicción de la señora, que con su influjo, si no con su dinero que solía escasearle, podía tener remedio.

Lo que, como un lirio de noche en una habitación oscura, tuvo en medio de todas estas agonías iluminada el alma de doña Andrea, y le aseguró en su creencia bondadosa en la nobleza de la especie humana, fue que, ya porque en realidad la apenase la suerte de viuda, ya porque creyera que había de parecer mal, siendo como el don Manuel bien querido, y maestro como ella, que permitieran la salida de sus hijas del colegio por falta de paga, la directora del Instituto de la Merced, el más famoso y rico del país, hizo un día, en un hermoso coche, una visita, que fue muy sonada, a casa de doña Andrea, y allí le dijo magnánimamente, cosa que enseguida vociferó y celebró mucho la prensa, que las tres niñas recibirían en su colegio, si ella no lo mandaba de otro modo, toda su educación, como externas, sin gasto alguno. Aquella vez sí que doña Andrea, sin los miramientos que en el caso de Juan habían más tarde de impedírselo, cubrió de besos la mano de la directora, quien la trató con una hermosa bondad pontificia, y como una mujer inmaculada trata a una culpable, tras de lo cual se volvió muy oronda a su colegio, en su arrogante coche.

Es verdad que las niñas no decían a doña Andrea que, aunque no las había en el colegio más aplicadas que ellas, ni que llevaran los vestidos más blancos y bien cuidados, ni que, en la clase y recreo mostrasen mayor compostura, los vales a fin de semana, y los primeros puestos en las competencias, y los premios en los exámenes, no eran nunca para ellas, los regaños, sí. Cuando la niña del ministro había derramado un tintero, de seguro que no había sido la niña del ministro, ¿cómo había de ser la hija del ministro?, había sido una de las tres niñas del Valle. La hija de Mr. Floripond, el poderoso banquero, la fea, la huesuda, la descuidada, la envidiosa Iselda, había escondido, donde no pudiese ser hallado, su caja de lápices de dibujar: por supuesto, la caja no aparecía: «¡Allí todas las niñas tenían dinero para comprar sus cajas! ¡las únicas que no tenían dinero allí eran las tres del Valle!». y las registraban, a las pobrecitas, que se dejaban registrar con la cara llena de lágrimas, y los

brazos en cruz, cuando por fortuna la niña de otro banquero, menos rico que Mr. Floripond, dijo que había visto a Iselda poner la caja de lápices en la bolsa de Leonor. Pero tan buenas y serviciales fueron, tan apretaditas se sentaban siempre las tres, sin jugar, o jugando entre sí, en la hora de recreo; con tal mansedumbre obedecían los mandatos más destemplados e injustos; con tal sumisión, por el amor de su madre, soportaban aquellos rigores, que las ayudantes del colegio, solas y desamparadas ellas mismas, comenzaron a tratarlas con alguna ternura, a encomendarles la copia de las listas de la clase, a darles a afilar sus lápices, a distinguirlas con esos pequeños favores de los maestros que ponen tan orondos a los niños, y que las tres hijas de del Valle recompensaban con una premura en el servirlos y una modestia y gracia tal que les ganaba las almas más duras. Esta bondadosa disposición de las ayudantes subió de punto cuando la directora, que no tenía hijos, y era aún una muy bella mujer, dio muestras de aficionarse tan especialmente a Leonor, que algunas tardes la dejaba a comer a su mesa, enviándola luego a doña Andrea con un afectuoso recado; y un domingo la sacó a pasear en su carruaje, complaciéndose visiblemente aquel día en responder con su mejor sonrisa a todos los saludos.

Porque los que poseen una buena condición, si bien la persiguen implacablemente en los demás cuando por causa de la posición o edad de estos teman que lleguen a ser sus rivales, se complacen, por el contrario, por una especie de prolongación de egoísmo y por una fuerza de atracción que parece incontrastable y de naturaleza divina, en reconocer y proclamar en otros la condición que ellos mismos poseen, cuando no puede llegar a estorbarles.

Se aman y admiran a sí propios en los que, fuera ya de este peligro de rivalidad, tienen las mismas condiciones de ellos. Los miran como una renovación de sí mismos, como un consuelo de sus facultades que decaen, como si se viesen aun a sí propios tales como son aquellas criaturas nuevas, y no como ya van siendo ellos. Y las atraen a sí, y las retienen a su lado, como si quisiesen fijar, para que no se les escapase, la condición que ya sienten que los abandona. Hay, además, gran motivo de orgullo en oír celebrar la especie de mérito porque uno se distingue.

Verdad es que no había tampoco mejor manera de llamar la atención sobre sí que llevar cerca a Leonor. ¡Qué mirada, que parecía una plegaria! ¡Qué óvalo el del rostro, más perfecto y puro! ¡Qué cutis, que parecía que daba luz! ¡Qué encanto en toda ella y qué armonía! De noche doña Andrea, que como a la menor de sus hijas la tuvo siempre en su lecho, no bien la veía dormida, la descubría para verla mejor; le apartaba los cabellos de la frente y se los alzaba por detrás para mirarle el cuello, le tomaba las manos, como podía tomar dos tórtolas, y se las besaba cuidadosamente; le acariciaba los pies, y se los cubría a lentos besos.

Alfombra hubiera querido ser doña Andrea, para que su hija no se lastimase nunca los pies, y para que anduviese sobre ella. Alfombra, cinta para su cuello, agua, aire, todo lo que ella tocase y necesitase para vivir, como si no tuviese otras hijas, quería ser para ella doña Andrea. Solía Leonor despertarse cuando su madre estaba contemplándola de esta manera; y entreabriendo dichosamente los ojos amantes, y atrayéndola a sí con sus brazos, se dormía otra vez, con la cabeza de su madre entre ellos; de su madre, que apenas dormía.

¡Cómo no padecería la pobre señora cuando la directora del colegio, estando ya Leonor en sus trece años, la vino a ver, como quien hace un gran servicio, y en verdad para el porvenir de Leonor lo era, para que le permitiese retener a Leonor en el colegio como alumna interna! En el primer instante, doña Andrea se sintió caer al suelo, y, sin palabras, se quedó mirando a la directora fijamente, como a una enemiga. De pensarlo no más, ya la pareció que le habían sacado el corazón del pecho.

Balbuceó las gracias. La directora entendió que aceptaba.

—Leonor, doña Andrea, está destinada por su hermosura a llamar la atención de una manera extraordinaria. Es niña todavía, y ya ve Vd. como anda por la ciudad la fama de su belleza. Vd. comprende que a mí me es más costoso tenerla en el colegio como a interna; pero creo de mi deber, por cariño a Vd. y al señor don Manuel, acabar mi obra.

Y la madre parecía que quería adelantar una objeción; y la mujer hermosa, que en realidad, en fuerza de la plácida beldad de Leonor, había concebido por ella un tierno afecto, decía precipitadamente estas buenas razones, que la madre veía lucir delante de sí, como puñales encendidos.

—Porque Vd. ve, doña Andrea, que la posición de Leonor en el mundo, va a ser sumamente delicada. La situación a que están Vds. reducidas las obliga a vivir apartadas de la sociedad, y en una esfera en que, por su misma distinción natural y por la educación que está recibiendo, no puede encontrar marido proporcionado para ella. Acabando de educarse en mi colegio como interna, se rozará mucho más, en estos tres años, con las niñas más elegantes y ricas de la ciudad, que se harán sus amigas íntimas, yo misma iré cuidando especialmente de favorecer aquellas amistades que le pueden convenir más cuando salga al mundo, y le ayuden a mantenerse en una esfera a que de otro modo, sin más que su belleza, en la posición en que Vds. están, no podría llegar nunca. Hermosa e inteligente como es, y moviéndose en buenos círculos, será mucho más fácil que inspire el respeto de jóvenes que de otro modo la perseguirían sin respetarla, y encuentre acaso entre ellos el marido que la haga venturosa. ¡Me espanta, doña Andrea, dijo la directora que observaba el efecto de sus palabras en la pobre madre, me espanta pensar en la suerte que correría Leonor, tan hermosa como va a ser, en el desamparo en que tienen Vds. que vivir, sobre todo si llegase Vd. a

faltarle! Piense Vd. en que necesitamos protegerla de su misma hermosura.

Y la directora, ya apiadada del gran dolor reflejado en las facciones de doña Andrea, que no tenía fuerzas para abrir los labios, ya deseosa de alcanzar con halagos su anhelo, había tomado las manos de doña Andrea, y se las acariciaba bondadosamente.

Entró Leonor en este instante, y en el punto de verla, fue como si los torrentes de llanto apretados por la agonía se saliesen al fin de sus ojos; no dijo palabra, sino inolvidables sollozos; y se lanzó al encuentro de su hija, y se abrazó con ella estrechísimamente.

—Yo no iré, mamá, yo no iré: le decía Leonor al oído, sin que lo oyese la directora; aunque ya Leonor le había dicho a esta que, si quería doña Andrea, ella quería ir.

A los pocos momentos doña Andrea, pálida, sentada ya junto a Leonor, a quien tenía de la mano, pudo por fin hablar. ¡Porque era ceder a cuanto le quedaba de don Manuel, a aquellas noches queridas suyas de silencio, en que su alma, a solas con su amargura y con su niña, recordaba y vivía; porque conforme se había ido apartando de todo, en sus hijas, y en Leonor, como un símbolo de todas ellas, se había refugiado, con la tenacidad de las almas sencillas que no tienen fuerza más que para amar; ¡porque dar a Leonor era como dar todas las luces y todas las rosas de la vida!

Por fin pudo hablar y con una voz opaca y baja, como de quien habla de muy lejos dijo:

—Bueno, señora, bueno. Y Dios le pagará su buena intención. Leonor se quedará en el colegio.

Y ya hemos visto en los comienzos de esta historia que estaba Leonor a punto de salir de él.

## CAPÍTULO III

¿De qué ha de estar hablando toda la ciudad, sino de Sol del Valle? Era como la mañana que sigue al día en que se ha revelado un orador poderoso. Era como el amanecer de un drama nuevo. Era esa conmoción inevitable que, a pesar de su vulgaridad ingénita, experimentan los hombres cuando aparece súbitamente ante ellos alguna cualidad suprema. Después se coligan todos, en silencio primero, abiertamente luego, y dan sobre lo que admiraron. Se irritan de haber sido sorprendidos. Se encolerizan sordamente, por ver en otro la condición que no poseen. Y mientras más inteligencia tengan para comprender su importancia, más la abominan, y al infeliz que la alberga. Al principio, por no parecer envidiosos, hacen como que la acatan: y, como que es de fuertes no temer, ponen un empeño desmedido en alabar al mismo a quien envidian, pero poco a poco, y sin decirse nada, reunidos por el encono común van agrupándose, cuchicheando, haciéndose revelaciones. Se ha exagerado. Bien mirado, no es lo que se decía. Ya se ha visto eso mismo. Esos ojos no deben ser suyos. De seguro que se recorta la boca con carmín. La línea de la espalda no es bastante pura. No, no es bastante pura. Parece como que hay una verruga en la espalda. No es verruga, es lobanillo. No es lobanillo, es joroba. Y acaba la gente por tener la joroba en los ojos, de tal modo que llega de veras a verla en la espalda, ¡porque la lleva en sí! Ea; eso es fijo: los hombres no perdonan jamás a aquellos a quienes se han visto obligados a admirar.

Pero allá, en un rincón del pecho, duerme como un portero soñoliento la necesidad de la grandeza. Es fama que, para dar al champaña su fragancia, destilan en cada botella, por un procedimiento desconocido, tres gotas de un licor misterioso. Así la necesidad de la grandeza, como esas tres gotas exquisitas, está en el fondo del alma. Duerme como si nunca hubiese de despertar, ¡oh, suele dormir mucho! ¡oh, hay almas en que el portero no despierta nunca! Tiene el sueño pesado, en cosas de grandeza, y sobre todo en estos tiempos, el alma humana. Mil duendecillos, de figuras repugnantes, manos de araña, vientre hinchado, boca encendida, de doble hilera de dientes, ojos redondos y libidinosos, giran constantemente alrededor del portero dormido y le echan en los oídos jugo de adormideras, y se lo dan a respirar, y se lo untan en las sienes, y con pinceles muy delicados le humedecen las palmas de las manos, y se les encuclillan sobre las piernas, y se sientan sobre el respaldo del sillón, mirando hostilmente a todos lados, para que nadie se acerque a despertar al portero: ¡mucho suele dormir la grandeza en el alma humana! Pero cuando despierta, y abre los brazos, al primer movimiento pone en fuga a la banda de duendecillos de vientre hinchado. Y el alma entonces se esfuerza en ser noble, avergonzada de tanto tiempo de no haberlo sido. Solo que los duendecillos están escondidos detrás de las puertas, y cuando les vuelve a picar el hambre, porque se han jurado comerse al portero poco a poco, empiezan a dejar

escapar otra vez el aroma de las adormideras, que a manera de cendales espesos va turbando los ojos y velando la frente del portero vencido; y no ha pasado mucho tiempo desde que puso a los duendes en fuga, cuando ya vuelven estos en confusión, se descuelgan de las ventanas, se dejan caer por las hojas de las puertas, salen de bajo las losas descompuestas del piso, y abriendo las grandes bocas en una risa que no suena, se le suben agilísimamente por las piernas y brazos y uno se le para en un hombro, y otro se le sienta en un brazo, y todos agitan en alto, con un ruido de rata que roe, las adormideras. Tal es el sueño del alma humana.

¿De qué ha de estar hablando toda la ciudad, sino de Sol del Valle?

De ella, porque hablan de la fiesta de anoche: de ella, porque la fiesta alcanzó inesperadamente, al influjo de aquella niña ayer desconocida, una elevación y entusiasmo que ni los mismos que contribuyeron a ello volverían a alcanzar jamás. Tal como suelen los astros juntarse en el cielo, ¡ay! para chocar y deshacerse casi siempre, así, con no mejor destino, suelen encontrarse en la tierra, como se encontraron anoche, el genio, y ese otro genio, la hermosura.

De fama singular había venido precedido a la ciudad el pianista húngaro Keleffy. Rico de nacimiento, y enriquecido aún más por su arte, no viajaba, como otros, en busca de fortuna. Viajaba porque estaba lleno de águilas, que le comían el cuerpo, y querían espacio ancho, y se ahogaban en la prisión de la ciudad. Viajaba porque casó con una mujer a quien creyó amar, y la halló luego como una copa sorda, en que las armonías de su alma no encontraban eco, de lo que le vino postración tan grande que ni fuerzas tenía aquel músico-atleta, para mover las manos sobre el piano: hasta que lo tomó un amigo leal del brazo, y le dijo: «Cúrate»; y lo llevó a un bosque, y lo trajo luego al mar, cuyas músicas se le entraron por el alma medio muerta, se quedaron en ella, sentadas y con la cabeza alta, como leones que husmean el desierto, y salieron al fin de nuevo al mundo en unas fantasías arrebatadas que en el barco que lo llevaba por los mares improvisaba Keleffy, las que eran tales, que si se cerraban los ojos cuando se las oía, parecía que se levantaban por el aire, agrandándose conforme subían, unas estrellas muy radiosas, sobre un cielo de un negro hondo y temible, y otras veces, como que en las nubes de colores ligeros iban dibujándose unas como guirnaldas de flores silvestres, de un azul muy puro, de que colgaban unos cestos de luz, ¿qué es la música, sino la compañera y guía del espíritu en su viaje por los espacios? Los que tienen ojos en el alma, han visto eso que hacían ver las fantasías que en el mar improvisaba Keleffy: otros hay, que no ven, por lo que niegan muy orondos que lo que ellos no han visto, otros lo vean. Es seguro que un topo no ha podido jamás concebir un águila.

Keleffy viajaba por América, porque le habían dicho que en nuestro cielo del Sur lucen los astros como no lucen en ninguna otra parte del

cielo, y porque le hablaban de unas flores nuestras, grandes como cabeza de mujer y blancas como la leche, que crecen en los países del Atlántico, y de unas anchas hojas que se crían en nuestra costa exuberante, y arrancan de la madre tierra y se tienden voluptuosamente sobre ella, como los brazos de una divinidad, vestida de esmeraldas, que llamasen, perennemente abiertas, a los que no tienen miedo de amar los misterios y las diosas.

Y aquel dolor de vivir sin cariño, y sin derecho para inspirarlo ni aceptarlo, puesto que estaba ligado a una mujer a quien no amaba; aquel dolor que no dormía, ni tenía paces, ni le quería salir del pecho, y le tenía la fantasía como apretada por serpientes, lo que daba a toda su música un aire de combate y tortura que solía privarla del equilibrio y proporción armoniosa que las obras durables de arte necesitan; aquel dolor, en un espíritu hermoso que, en la especie de peste amatoria que está enllagando el mundo en los pueblos antiguos, había salvado, como una paloma herida un apego ardentísimo a lo casto, aquel dolor, que a veces con las manos crispadas se buscaba el triste músico por sobre el corazón, como para arrancárselo de raíz, aunque se tuviera que arrancar el corazón con él, aquel dolor no le dejaba punto de reposo, le hacía parecer a las veces extravagante y huraño, y aunque por la suavidad de su mirada y el ardor de su discurso se atrajese desde el primer instante, como un domador de oficio, la voluntad de los que le veían, poco a poco sentía él que en aquellos afectos iba entrando la sorda hostilidad con que los espíritus persiguen a los hombres de alma superior, y aquella especie de miedo, si no de terror, con que los hombres, famélicos de goces, huyen, como de un apestado, de quien, bajo la pesadumbre de un infortunio, ni sabe dar alegrías, ni tiene el ánimo dispuesto a compartirlas.

Ya en la ciudad de nuestro cuento, cuya gente acomodada había ido toda, y en más de una ocasión, de viaje por Europa, donde apenas había casa sin piano, y, lo que es mejor, sin quien tocase en él con natural buen gusto, tenía Keleffy numerosos y ardientes amigos; tanto entre los músicos sesudos, por el arte exquisito de sus composiciones, como entre la gente joven y sensible, por la melodiosa tristeza de sus romanzas. De modo que cuando se supo que Keleffy venía, y no como un artista que se exhibe, sino como un hombre que padece, determinó la sociedad elegante recibirle con una hermosísima fiesta, que quisieron fuese como la más bella que se hubiera visto en la ciudad, ya porque del talento de Keleffy se decían maravillas, ya porque esta buena ciudad de nuestro cuento no quería ser menos que otras de América, donde el pianista había sido ruidosamente agasajado.

En la «casa de mármol» dispusieron que se celebrase la gran fiesta: con un tapiz rojo cubrieron las anchas escaleras; los rincones, ya en las salas, ya en los patios, los llenaron de palmas; en cada descanso de la escalera central había un enorme vaso chino lleno de plantas de camelia

en flor; todo un saloncito, el de recibir, fue colgado de seda amarilla; de lugares ocultos por cortinas venía un ruido de fuentes. Cuando se entraba en el salón, en aquella noche fresca de la primavera, con todos los balcones abiertos a la noche, con tanta hermosa mujer vestida de telas ligeras de colores suaves, con tanto abanico de plumas, muy de moda entonces, moviéndose pausadamente, y con aquel vago rumor de fiesta que comienza, parecía que se entraba en un enorme cesto de alas. La tapa del piano, levantada para dar mayor sonoridad a las notas, parecía, como dominándolas a todas, una gran ala negra.

Keleffy, que discernía la suma de verdadero afecto mezclada en aquella fiesta de la curiosidad y sentía desde su llegada a América como si constantemente estuviesen encendidos en su alma dos grandes ojos negros; Keleffy a quien fue dulce no hallar casa, donde sus últimos dolores, vaciados en sus romanzas y nocturnos, no hubiesen encontrado manos tiernas y amigas, que se las devolvían a sus propios oídos como atenuados y en camino de consuelo, porque «en Europa se toca, decía Keleffy, pero aquí se acaricia el piano»; Keleffy, que no notaba desacuerdo entre el casto modo con que quería él su magnífico arte, y aquella fiesta discreta y generosa, en que se sentía el concurso como penetrado de respeto, en la esfera inquieta y deleitosa de lo extraordinario; Keleffy, aunque de una manera apesarada y melancólica, y más de quien se aleja que de quien llega, tocó en el piano de madera negra, que bajo sus manos parecía a veces salterio, flauta a veces, y a veces órgano, algunas de sus delicadas composiciones, no aquellas en que se hubiera dicho que el mar subía en montes y caía roto en cristales, o que braceaba un hombre con un toro, y le hendía el testuz, y le doblaba las piernas, y lo echaba por tierra, sino aquellas otras flexibles fantasías que, a tener color, hubieran sido pálidas, y a ser cosas visibles, hubiesen parecido un paisaje de crepúsculo.

En esto, se oyó en todo el salón un rumor súbito, semejante a los que en días de fiestas nacionales se oye en la muchedumbre de las plazas cuando rompe en un ramo de estrellas en el aire un fuego de artificios. ¡Ya se sabía que en el Instituto de la Merced había una niña muy bella! que era Sol del Valle; ¡pero no se sabía que era tan bella! Y fue al piano; porque ella era la discípula querida del Instituto y ninguna como ella entendía aquella plegaria de Keleffy «¡Oh, madre mía!». y la tocó, trémula al principio, olvidada después en su música y por esto más bella; y cuando se levantó del piano, el rumor fue de asombro ante la hermosura de la niña, no ante el talento de la pianista, no común por otra parte; y Keleffy la miraba, como si con ella se fuese ya una parte de él; y, al verla andar, la concurrencia aplaudía, como si la música no hubiera cesado, o como si se sintiese favorecida por la visita de un ser de esferas superiores, u orgullosa de ser gente humana, cuando había entre los seres humanos tan grande hermosura.

¿Cómo era? ¡Quién lo supo mejor que Keleffy! La miró, la miró con ojos desesperados y avarientos. Era como una copa de nácar, en quien nadie hubiese aún puesto los labios. Tenía esa hermosura de la aurora, que arroba y ennoblece. Una palma de luz era. Keleffy no la hablaba, sino la veía. La niña, cuando se sentó al lado de la directora, casi rompió en lágrimas. La revelación, la primera sensación del propio poder lisonjea y asusta. Se tuvo miedo la niña, y aunque muy contenta de sí, halagada por aquel rumor como si le rozasen la frente con muy blandas plumas, se sintió sola y en riesgo, y buscó con los ojos, en una mirada de angustia a doña Andrea, ¡ay! a doña Andrea que, conforme iban pasando los años, se hundía en sí misma, para ver mejor a don Manuel, de tal manera que ya, si sonreía siempre, apenas hablaba. Se conversaba apresuradamente. Todos los ojos estaban sobre ella. ¿Quién es? Las mujeres no la celebraban, se erguían en sus asientos para verla; movían rápidamente el abanico, cuchicheaban a su sombra con su compañera: se volvían a mirarla otra vez. Los hombres, sentían en sí como una rienda rota; y algunos, como un ala. Hablaban con desusada animación. Se juntaban en corrillos. La medían con los ojos. Ya la veían de su brazo ostentándola en el salón, y la estrechaban el talle en el baile ardiente y atrevido; ya meditaban la frase encomiástica con que habían de deslumbrarla al ser presentados a ella. «¿Conque esa es Sol del Valle?». «¿En qué casas visita?». «¿Va a casa de Lucía Jerez?». «Juan Jerez es amigo de la señora». «Allí está Juan Jerez; que nos presente». «Yo soy amigo de la directora: vamos». «¿Quién nos presentará a ella?».» ¡Pobre niña! Su alcoba no la vio nunca como la dejaron aquellos curiosos. No es para la mayor parte de los hombres una obra santa, y una copa de espíritu la hermosura; sino una manzana apetitosa. Si hubiera un lente que permitiese a las mujeres ver, tales como les pasean por el cráneo los pensamientos de los hombres, y lo que les anda en el corazón, los querrían mucho menos.

Pero no era un hombre, no, el que con más insistencia, y un cierto encono mezclado ya de amor, miraba a Sol del Valle, y con dificultad contenía el llanto que se le venía a mares a los ojos, abiertos, en los que se movían los párpados apenas. La conocía en aquel momento, y ya la amaba y la odiaba. La quería como una hermana; ¡qué misterios de estas naturalezas bravías e iracundas! y la odiaba con un aborrecimiento irresistible y trágico. Y cuando un caballero apuesto y cortés que saludaba mucha gente a su paso, se acercó, por lo mismo que vivía en esfera social más alta, más que a saludar, a proteger a Sol del Valle, cuando Juan Jerez llegó al fin al lado de la niña, y Lucía Jerez, que era quien de aquella manera la miraba, los vio juntos, cerró los ojos, inclinó la cabeza sobre el hombro como quien se muere; se le puso todo el rostro amarillo; y solo al cabo de algún tiempo, al influjo del aire que agitaban sus compañeras con los abanicos, volvió a abrir los ojos, que parecían turbios, como si hubiera cruzado por su pensamiento un ave negra.

Y Keleffy en aquellos instantes tenía subyugada y muda a la concurrencia. Allí sus esperanzas puras de otros tiempos; sus agonías de esposo triste; el desorden de una mente que se escapa; el mar sereno luego; la flota toda americana, ardiente y rica; el encogimiento sombrío del alma infeliz ante la naturaleza hermosa; una como invasión de luz que encendiese la atmósfera, y penetrase por los rincones más negros de la tierra, y a través de las ondas de la mar, a sus cuevas de azul y corales; una como águila herida con una llaga en el pecho que parecía una rosa, huyendo, a grandes golpes de ala, cielo arriba, con gritos desesperados y estridentes. Así, como un espíritu que se despide, tocó Keleffy el piano. Jamás pudo tanto, ni nadie le oyó así segunda vez. Para Sol era aquella fantasía; para Sol, a quien ni volvería a ver nunca, ni dejaría de ver jamás. Solo los que persiguen en vano la pureza, saben lo que regocija y exalta el hallarla. Solo los que mueren de amor a la hermosura entienden cómo, sin vil pensamiento, ya a punto de decir adiós para siempre a la ciudad amiga, tocó aquella noche en el piano Keleffy. Pero tocó de tal manera que, aun para la gente inculta, es todavía aquel un momento inolvidable. «Nos llevaba como un triunfador, decía un cronista al día siguiente, sujetos a su carro. ¿Adónde íbamos? nadie lo sabía. Ya era un rayo que daba sobre un monte, como el acero de un gigante sobre el castillo donde supone a su dama encantada; ya un león con alas, que iba de nube en nube; ya un sol virgen que de un bosque temido, como de un nido de serpientes, se levanta; ya un recodo de selva nunca vista, donde los árboles no tenían hojas, sino flores; ya un pino colosal que, con estruendo de gemidos, se quebraba; era una grande alma que se abría. Mucho se había hecho admirar el apasionado húngaro en el comienzo de la fiesta; mas, aquella arrebatadora fantasía, aquel desborde de notas; ora plañideras, ora terribles, que parecían la historia de una vida, aquella, que fue su última pieza de la noche, porque nadie después de ella osó pedirle más, vino tan inmediatamente después de la aparición de la señorita Sol del Valle, orgullo desde hoy de la ciudad, que todos reconocimos en la improvisación maravillosa del pianista el influjo que en él, como en cuantos anoche la vieron, con su vestido blanco y su aureola de inocencia, ejerció la pasmosa hermosura de la niña. Nace bien esta beldad extraordinaria, con el genio a sus plantas».

Dos amigas están sentadas a la sombra de la magnolia, nuestra antigua conocida. En un sillón está sentada Lucía. Otras sillas de mimbre esperan a sus dueñas, que andan preparando dulces por los adentros de la casa, o con Ana, que no está bien hoy. Está muy pálida. No se espera gente de afuera aquella tarde; Juan Jerez no está en la ciudad: fue el viernes a defender en el tribunal de un pueblo vecino los derechos de unos indios a sus tierras, y aún no ha vuelto. Lucía hubiera estado más triste, si no hubiera tenido a su amiga a su lado. Juan no puede venir. Ferrocarril no hay hoy. A caballo, es muy lejos. A los pies de Lucía, en

una banqueta, con los brazos cruzados sobre las rodillas de la niña, ¿quién es la que está sentada, y la mira con largas miradas, que se entran por el alma como reinas hermosas que van a buscar en ella su aposento, y a quedarse en ella; y la deja jugar con su cabeza, cuya cabellera castaña destrenza y revuelve, y alisa luego hacia arriba con mucho cuidado, de modo que se le vea el noble cuello? A los pies de Lucía está Sol del Valle.

Desde la noche de la fiesta de Keleffy, Lucía y Sol se han visto muchas veces. ¿De conocerla, cómo había de librarse, en estas ciudades nuestras en que todo el mundo se conoce? Aquella misma noche, y no fue Juan por cierto, Lucía, muy adulada por la directora del Instituto de la Merced, de donde había salido tres años antes, se vio en brazos de Sol, que la miraba llena de esperanza y ternura. Se levantó la directora y llevó a Sol de la mano a donde Lucía estaba, taciturna. Las vio venir, y se echó atrás.

—¡Vienen a mí, a mí! se dijo.

—Lucía, aquí te traigo una amiga, para que te la pongas en el corazón, y me la cuides como cosa de tu casa. En tus manos la puedo dejar: tú no eres envidiosa.

Y a Sol se le encendía el rostro, sin saber qué decir, y a Lucía se le desvanecía el color, buscando en balde fuerzas con que mover la mano y abrir los labios en una sonrisa.

—Por esto no ha de ser así, no.

Y la directora puso el brazo de Sol en el de Lucía, y acompañadas de miradas celosas, se refugió por algunos momentos con ellas en un balcón, cuya baranda de granito estaba oculta bajo una enredadera florecida de rosas salomónicas. El balcón era grande y solemne; la noche, ya muy entrada, y el cielo, cariñoso y locuaz, como se pone en nuestros países cuando el aire está claro, y parece como que platican y se hacen visitas las estrellas.

—Y ante todo, Lucía y Sol dense un beso.

—Mira, Lucía, dijo la directora juntando en sus manos las de las dos niñas y hablando como si no estuviese Sol con ellas, quien se sentía las mejillas ardientes, y el pecho apretado con lo que la maestra iba diciendo, tanto que por un instante vio el cielo todo negro, y como que desde su casita la estaba llamando doña Andrea. Mira, Lucía, tú sabes cómo entra en la vida Sol del Valle, como lo sabe todo el mundo. Su padre se ha muerto. Su madre está en la mayor pobreza. Yo, que la quiero como a una hija, he procurado educarla para que se salve del peligro de ser hermosa siendo tan pobre.

Sintió Lucía en aquel instante como si la mano de Sol le temblase en la suya, y hubiese hecho un movimiento por retirarla y ponerse en pie.

—Señora...

—No, no, Lucía. La que va a ser mujer de Juan Jerez...

La sombra de una de las cortinas de la enredadera, que flotaba al influjo del aire, escondió en este instante el rostro de Sol.

—...merece que yo ponga en sus manos, para que me la enseñe al mundo a su lado y me la proteja, la joya de la casa con que ha sido Juan Jerez tan bueno.

Aquí la cortina flotante de la enredadera cubrió con su sombra el rostro de Lucía.

—Juan...

—Juan ha sido muy bueno, dijo como con cierta prisa voluntaria la directora. Él apenas conoce a Sol, porque ha ido muy poco a casa de doña Andrea; pero como es tan generoso, se alegrará de que tú ampares a esta niña con el respeto de tu casa, de los que, porque la verán desvalida...

Más blanco que su vestido pudo verse en este momento, el rostro de Sol.

—...querrán faltarle al respeto. Ya Sol ha acabado su colegio; pero para que mi obra no quede incompleta voy a dejarla en él como profesora, y así ayudará a su madre a llevar los gastos de la casa, y le hemos tomado ya a doña Andrea una casita mejor, cerca del Instituto. Yo espero, añadió la señora gravemente, y como si las estrellas no estuviesen brillando en el cielo, que Sol será una buena maestra. Yo, Lucía, no podré llevarla a todas partes, porque ya he dejado de ser joven, y los cuidados del colegio me lo impiden; pero quiero que tú hagas mis veces, y ya lo sabes, dijo con una ligera emoción en la voz dando un beso en la mejilla de Lucía, cuídamela. Que sientan que el que no pueda llegar hasta ti, no puede llegar hasta ella. Cuando haya una fiesta, llévala. Ella se vestirá siempre linda, porque yo la he enseñado a hacérselo todo y es maestra en coser. Convídala a tu casa, para que nadie tenga reparo en convidarla a la suya: que el que entra en tu casa puede entrar en todas partes. Sol es tan bonita como agradecida.

—Sí, sí, señora, interrumpió Lucía que en sus mejillas propias estaba sintiendo la palidez de las de Sol. Yo la llevaré conmigo. Yo sí, yo sí, ahora mismo la presentaré a todas mis amigas. Iremos juntas la Semana Santa. No me digas que no, Sol. Iremos al teatro siempre juntas.

Y el cariño le iba creciendo con las palabras, que decía amontonadamente, como si tuviese prisa por olvidarse de algo, o quisiese vengarse de sí misma.

—Bueno, vamos entonces, que yo veo que la gente curiosea porque estamos cuchicheando tanto tiempo. Vamos.

Sol no hablaba. Lucía, como que quería defenderla de la directora, que entraba ya en el salón con su paso pomposo.

—Enseguida, señora, enseguida. Entre Vd. y detrás vamos nosotras. Voy a coger dos rosas de esta enredadera: esta para Sol, y se la prendió con mucha ternura, mirándola amorosamente en los ojos; esta, que es la menos bonita, para mí.

—¡Oh, Vd. es tan buena!

—¿Vd.? No, Sol, yo soy tu hermana. No hagas caso de lo que dice la directora. Yo te querré siempre como una hermana. Y abrió los brazos, y apretó en ellos a Sol, a la que llevaba sin miedo, prestísimamente.

—Oh, dijo Sol de pronto ahogando un grito. Y se llevó la mano al seno, y la sacó con la punta de los dedos roja. Era que al abrazarla Lucía, se le clavó en el seno una espina de la rosa.

Con su propio pañuelo secó Lucía la sangre, y de brazo las dos entraron en la sala. Lucía también estaba hermosa.

—¿Cómo entenderte, Lucía? decía Juan a su prima unos quince días después de la noche de la fiesta, con una intención severa en las palabras que él con Lucía nunca había usado. Desde hace unos quince días, espera, creo que me acuerdo, desde la noche de Keleffy, te encuentro tan injusta, que a veces, creo que no me quieres.

—¡Juan! ¡Juan!

—Bueno, Lucía: tú sí me quieres. Pero ¿qué te hago yo que explique esas durezas tuyas de carácter, para mí que vengo a ti como viene el sediento a un vaso de ternuras? Más cariño no puedes desear. Pensar, yo sí pienso en todo lo más difícil y atrevido; pero querer, Lucía, yo no quiero más que a ti. Yo he vivido poco; pero tengo miedo de vivir y sé lo que es, porque veo a los vivos. Me parece que todos están manchados, y en cuanto alcanzan a ver un hombre puro empiezan a correrle detrás para llenarle la túnica de manchas. La verdad es que yo que quiero mucho a los hombres, vivo huyendo de ellos. Siento a veces una melancolía dolorosa. ¿Qué me falta? La fortuna me ha tratado bien. Mis padres me viven. Me es permitido ser bueno. Y además, te tengo —le dijo tomándola cariñosamente de la mano que Lucía le abandonó como apenada y absorta.

—Te tengo, y de ti me vienen, y en ti busco, las fuerzas frescas que necesito para que el corazón no se me espante y debilite. Cada vez que me asomo a los hombres, me echo atrás como si viera un abismo; pero de cada vez que vengo a verte, saco un brío para batallar y un poder de perdón que hacen que nada me parezca difícil para que yo lo acometa. No te rías, Lucía; pero es la verdad. ¿Tú has leído unos versos de Longfellow que se llaman «Excelsior»? Un joven en una tempestad de nieve, sube por un puerto pobre, montaña arriba, con una bandera en la mano que dice: —«Excelsior». No te sonrías: yo sé que sabes tú latín: «¡Más alto!». —Un anciano le dice que no vaya adelante, que el torrente ruge abajo y la tempestad se viene encima: «¡Más alto!». —Una joven linda —¡no tan linda como tú!— le dice: «Descansa la cabeza fatigada en mi seno». Y al joven se le humedecen los ojos azules, pero aparta de sí a la enamorada y le dice: «¡Más alto!».

¡Ah! ¡no! pero tú no apartarás a mí de ti. Yo te quito la bandera de las manos. Tú te quedas conmigo. ¡Yo soy lo más alto!

—No, Lucía: los dos juntos llevaremos la bandera. Yo te tomo para todo el viaje. Mira que, como soy bueno, no voy a ser feliz. ¡No te me canses! Y le besó la mano.

Lucía le acariciaba con los ojos la cabeza.

—Y el joven al fin siguió adelante: y los monjes lo hallaron muerto al día siguiente, medio sepultado en la nieve; pero con la mano asida a la bandera, que decía: «¡Más alto!». Pues bien Lucía: cuando no te me pones majadera, cuando no me haces lo que ayer, que me miraste de frente como con odio y te burlaste de mí y de mi bondad, y sin saberlo llegaste hasta dudar de mi honradez, cuando no te me vuelves loca como ayer, me parece cuando salgo de aquí, que me brilla en las manos la bandera. Y veo a todo el mundo pequeño, y a mí como un gigante dichoso. Y siento mayor necesidad, una vehemente necesidad de amar y perdonar a todo el mundo. En la mujer, Lucía, como que es la hermosura mayor que se conoce, creemos los poetas hallar como un perfume natural todas las excelencias del espíritu; por eso los poetas se apegan con tal ardor a las mujeres a quienes aman, sobre todo a la primera a quien quieren de veras, que no es casi nunca la primera a quien han creído querer, por eso cuando creen que algún acto pueril o inconsiderado las desfigura, o imaginan ellos alguna frivolidad o impureza, se ponen fuera de sí, y sienten unos dolores mortales, y tratan a su amante con la indignación con que se trata a los ladrones y a los traidores, porque como en su mente las hicieran depositarias de todas las grandezas y claridades que apetecen, cuando creen ver que no las tienen, les parece que han estado usurpándoles y engañándoles con maldad refinada, y creen que se derrumban como un monte roto, por la tierra, y mueren aunque sigan viviendo, abrazados a las hojas caídas de su rosa blanca. Los poetas de raza mueren. Los poetas segundones, los tenientes y alféreces de la poesía, los poetas falsificados, siguen su camino por el mundo besando en venganza cuantos labios se les ofrecen, con los suyos, rojos y húmedos en lo que se ve, ¡pero en lo que no se ve tintos de veneno! Vamos, Lucía, me estás poniendo hoy muy hablador. Tú ves, no lo puedo evitar. Si me oyeran otras gentes, dirían que era un pedante. Tú no lo dices, ¿verdad? Es que en cuanto estoy algún tiempo cerca de ti, de ti que nadie ha manchado, de ti en quien nadie ha puesto los labios impuros, de ti en quien miro yo como la carne de todas mis ideas y como una almohada de estrellas donde reclino, cuando nadie me ve, la cabeza cansada, estas cosas extrañas, Lucía, me vienen a los labios tan naturalmente que lo falso sería no recordarlas. Por fuera me suelen acusar de que soy rebuscado y exagerado, y tú habrás notado que ya yo hablo muy poco. ¿Qué culpa tengo yo de que sea así mi naturaleza, y de que al influjo de tu cariño enseñe todas sus flores?

Y le besó las dos manos, como pudiera un niño haber besado dos tórtolas.

Así, aunque no parezca cierto, suelen hablar y sentir algunos seres «vivos y efectivos», como dicen las lápidas de los nichos en que están enterrados los oficiales militares muertos en el servicio de la corona española. Así exactamente, y sin quitar ni poner ápice era como sentía y hablaba Juan Jerez.

—Tú me perdonas, Juan, dijo Lucía antes de que hubieran pasado algunos momentos, bajos los ojos y la voz, como pecador contrito que pide humildemente la absolución de su pecado. Juan yo no sé qué es, ni sé para qué te quiero, aunque si sé que te quiero por lo mismo que vivo, y que si no te quisiera no viviría. Y mira, Juan, te miento; ahora mismo te estoy mintiendo, yo creo que no sé por qué te quiero, pero debo saberlo muy bien, sin notarlo yo, porque sé por qué pueden quererte los demás. Y como si te conocen, han de quererte como yo te quiero, ¡no me regañes Juan! ¡Yo no quisiera que tú conocieses a nadie! ¡Yo te querría mudo, yo te querría ciego: así no me verías más que a mí, que le cerraría el paso a todo el mundo, y estaría siempre ahí, y como dentro de ti, a tus pies donde quisiera estar ahora! ¿Tú me perdonas, Juan? Luego, yo no soy soberbia, y no creo que yo solo soy hermosa: ¡tú dices que yo soy hermosa! yo sé que fuera de mí hay muchas cosas y muchas personas bellas y grandes; yo sé que no están en mí todas las hermosuras de la tierra, y como a ti te caben en el alma todas, y eres tan bueno que te he visto recoger las flores pisadas en las calles y ponerlas con mucho cuidado donde nadie las pise, creo, Juan, que yo no te basto, que cualquier cosa o persona, hermosa, te gustaría tanto como yo, y odio un libro si lo lees, y un amigo si lo vas a ver, y una mujer si dicen que es bella y puedes verla tú. Quisiera reunir yo en mí misma todas las bellezas del mundo, y que nadie más que yo tuviera hermosura alguna sobre la tierra. Porque te quiero, Juan, lo odio todo. Y yo no soy mala, Juan; yo me avergüenzo de eso, y luego me entran remordimientos, y besaría los pies de los que un momento antes quería no ver vivos, y de mi sangre les daría para que viviesen si se muriesen; ¡pero hay instantes, Juan, en que odio a todas las cosas, a todos los hombres y a todas las mujeres! ¡Oh, a todas las mujeres! Cuando no estás a mi lado, y pienso en alguien que pueda agradar tus ojos u ocupar tu pensamiento, créemelo, Juan; ¡ni sé lo que veo, ni sé qué es lo que me posee, pero me das horror, Juan, y te aborrezco entonces, y odio tus mismas cualidades, y te las echo en cara, como ayer, para ver si llegas tú a odiarlas, y a no ser tan bueno, y si así no te quieren! Eso es, Juan, no es más que eso. A veces, y te lo diré a ti solo, sufro tanto que me tiendo en el suelo en mi cuarto, cuando no me ven, como una muerta. Necesito sentir en las sienes mucho tiempo el frío del mármol. Me levanto, como si estuviera por dentro toda despedazada. Me muero de una envidia enorme por todo lo que tú puedas querer y lo que pueda quererte. Yo no sé si eso es malo, Juan: ¿tú me perdonas?

La magnolia, nuestra antigua conocida, oyó a las últimas luces de la tarde, el final de esta conversación congojosa.

Lindo es el montecito que domina por el este a la ciudad, donde a brazo partido lucharon antaño, macana contra lanza y carne contra hierro, el jefe de los indios y el jefe de los castellanos, y de barranco en barranco abrazados, matándose y admirándose iban cayendo, hasta que al fin, ya exhausto, e hiriéndose con su propia macana la cabeza, cayó el indio a los pies del español, que se levantó la visera, dejando ver el rostro bañado en sangre, y besó al indio muerto en la mano. Luego, como que era recio de subir, le escogieron para sus penitencias los devotos, y es fama que por su falda pedregosa subían de rodillas en lo más fuerte del sol, los penitentes, cantando el rosario.

Vinieron gentes nuevas, y como que el monte es corto y de forma bella, y desde él se ve a la ciudad, con sus casas bajas, de patios de arbolado, como una gran cesta de esmeraldas y ópalos, limpiaron de piedras y yerbajos la tierra que, bien abonada, no resultó ingrata; y de la mejor parte del monte hicieron un jardín que entre los pueblos de América no tiene rival, puesto que no es uno de esos jardinuelos de flores enclenques, y arbustos podados, con trocitos de césped entre enverjados de alambre, que más que cosa alguna dan idea de esclavitud y artificio, y de los que con desagrado se aparta la gente buena y discreta; sino uno como bosques de nuestras tierras, con nuestras propias y grandes flores y nuestros árboles frutales, dispuestos con tal arte que están allí con gracia y abandono, y en grupos irregulares y como poco cuidados, de tal manera que no parece que aquellos bambúes, plátanos y naranjos han sido llevados allí por las manos de jardinero, ni aquellos lirios de agua, puestos como en montón que bordan el estrecho arroyo cargado de aguas secas fueron allí trasplantados como en realidad fueron: antes bien parece que todo aquello floreció allí de suyo y con libre albedrío, de modo que allí el alma se goza y comunica sin temor, y no bien hay en la ciudad una persona feliz, ya necesita ir a decírselo al montecito que nunca se ve solo, ni de día ni de noche.

Por allí, en la tarde en que vamos caminando, halló Pedro Real razón para encontrarse a caballo, el cual dejó en la cumbre, mientras que, golpeándose con el latiguillo los botines, se perdía, sin recordar el cuadro de Ana, por la calle de los lirios. Por allí, y sin saber por cierto que Pedro andaba cerca, acababa Adela, con tres amigas suyas, que estrenaban unos sombreros de paja crema adornados con lilas, de bajar del carruaje, que en la cumbre, con los caballos, esperaba. Por allí, sin que lo supiese Adela tampoco, aunque sí lo sabía Pedro, andaban lentamente, con las dos niñas mayores, Sol y doña Andrea: doña Andrea, que desde que el colegio le devolvió a su Sol y podía a su sabor recrear los ojos, con cierto pesar de verle el alma un poco blanda y perezosa, en aquella niña suya de «cutis tan transparente, decía ella, como una nube

que vi una vez, en París, en un medio-punto de Murillo», andaba siempre hablando consigo en voz baja, como si rezase; y otras regañaba por todo, ella que no regañaba antes jamás, pues lo que quería en realidad, sin atreverse, era regañar a Sol, de quien se encendía en celos y en miedos, cada vez que oía preparativos de fiesta o de paseo, que por cierto no eran muchos, pero sobrados ya para que temiese con justicia doña Andrea por su tesoro. Ni con el mayor bienestar que con el sueldo de Sol en el colegio había entrado en la casa, se contentaba doña Andrea; y a veces se dio la gran injusticia de que aquella hermosura que ella tanto mimaba, y que desde la infancia de la niña cuidaba ella y favorecía, se la echase en cara como un pecado, que le llevó un día a prorrumpir en este curiosísimo despropósito, que a algunas personas pareció tan gracioso como cuerdo: «Si Manuel viviera, tú no serías tan hermosa». Enojábase, doña Andrea, cuando oía, allá por la hora en que Sol volvía con una criada anciana del colegio, la pisada atrevida del caballo de cierto caballero que ella muy especialmente aborrecía; y si Sol hubiese mostrado, que nunca lo mostró, deseos de ver la arrogante cabalgadura, fuera de una vez que se asomó sonriendo y no descontenta, a verla pasar detrás de sus persianas, es seguro que por allí hubieran encontrado salida las amarguras de doña Andrea, que miraba a aquel gallardísimo galán, a Pedro Real, como a abominable enemigo. Ni a galán alguno hubiera soportado doña Andrea, cuyos pesares aumentaba la certidumbre de que aquel que ella hubiera querido por tenerlo muy en el alma, que poseyese a su Sol, no sería de Sol nunca, por lo alto que estaba, y porque era ya de otra. Mas aquella mansísima señora se estremecía cuando pensaba que, por parecer proporcionados en la gran hermosura externa, pudiesen algún día acercarse en amores aquel catador de labios encendidos y aquella copa de vino nuevo. Sentía fuerzas viriles doña Andrea, y determinación de emplearlas, cada vez que el caballo de Pedro Real piafaba sobre los adoquines de la calle. ¡Como si los cuerpos enseñasen el alma que llevan dentro! Una vez, en una habitación recamada de nácar, se encontró refugiado a un bandido. Da horror asomarse a muchos hombres inteligentes y bellos. Se sale huyendo, como de una madriguera. Y ya se sabía por toda la ciudad, con envidia de muchas locuelas, que tras de Sol del Valle había echado Pedro Real todos sus deseos, sus ojos melodiosos, su varonil figura, sus caballos caracoleadores, sus ímpetus de enamorado de leyenda. Y lo despótico de la afición se le conocía en que, bruscamente, y como si no hubiera estado perturbando con vislumbres de amor sus almas nuevas, cesó de decir gallardías, a afectar desdenes a aquella que más de cerca le tuvieron desde su llegada de París, ya porque de público se las señalase como las conquistas más apetecidas, ya porque lo picante de su trato le diese fácil ocasión para aquellas conversaciones salpimentadas que son muy de uso entre aquellos de nuestros caballeros jóvenes que han visto tierras, y suplen con lo atrevido del discurso la escasez de la gracia y el

intelecto. La conversación con las damas ha de ser de plata fina, y trabajada en filigrana leve, como la trabajan en Génova y México.

En ser visto donde Sol del Valle había de verlo, ponía Pedro Real el mayor cuidado; en que no se la viera sin que se le viese a él; si al teatro, bajo el palco a que fue Sol, que fue el de la directora, y no más que dos veces, estaba la luneta de Pedro, si en Semana Santa, por donde Sol iba con Lucía y Adela, Pedro, sin piedad por Adela, aparecía. Decirle, nada le había dicho. Ni escribirle. Ni nadie afectaba, al saludarla en público, encogimiento y moderación mayores. Y parecía más arrogante, porque no iba tan pulido. Ni le decía, ni le escribía; pero quería llenarle el aire de él. A la salida del teatro, la segunda noche que fue a él Sol, ofrecía un pequeñuelo de sombrero de pita y pies descalzos un ramo de camelias color de rosa, que eran allí muy preciadas y caras. Y en el punto en que salió Sol, y con rapidez tal que pareció a todos cosa artística, tomó el ramo Pedro Real, lo deshizo de modo que las camelias cayeron al suelo, casi a los pies de Sol, y dijo, como si no quisiera ser oído más que del amigo que tenía al lado: «Puesto que no es de quien debe ser, que no sea de nadie». Y como la fantasía que la hermosura de Sol arrancó a Keleffy era ya a manera de leyenda en la ciudad, Pedro Real, con tacto y profundidad mayores de los que pudieran suponérsele, compró, para que nadie volviese a tocar en él, el piano en que habían tocado aquella noche Sol y Keleffy.

Sonaban por la ciudad alegremente las chirimías, los pífanos y los tambores. Los balcones de la calle de la Victoria eran cestos de rosas, con todas las damas y niñas de la ciudad asomadas a ellos. Por cada bocacalle entraba en la de la Victoria, con su banda de tamborines a la cabeza, una compañía de milicianos. Unos llevaban pantalón blanco de dril, con casaquín de lana perla, cruzado el pecho de anchas correas blancas, con asta plateada. Otros iban de blanco y rojo, blanco el pantalón, la casaca roja. Iban otros más de ciudadano, y aunque menos brillantes, más viriles: llevaban un pantalón de azul oscuro y uno como gabán corto y justo, cerrado con doble hilera de botones de oro, por delante: el sombrero era de fieltro negro de alas anchas, con un delgado cordón de oro, que caía con dos bellotas a la espalda. En las esquinas iban las compañías tomando puesto. ¡Qué conmovedoras las banderas rotas! ¡Qué arrogantes, y como sacerdotes, los que las llevaban! Parecían altos aunque no lo fueran. No parecían bien, cerca de aquellos pabellones desgarrados, los banderines de seda y flores de oro en que con letras de realce iban bordados los números de las compañías. ¡Qué correr desalados, el de los muchachos por las calles! Verdad que hasta los hombres mayores, periódico en mano y bastón al aire, corrían. A algunos, se les saltaban las lágrimas. Parecía como que de adentro empujaba alguien a las gentes. Cuando una banda sonaba a distancia, como si estuviera yéndose, los muchachos, aun los más crecidos, corrían tras ella, con la cara angustiada, como si se les fuera la vida. Y los más

pequeños, cruzando de un lado para otro, mirados desde los balcones, parecían los granos sueltos de un racimo de uvas. Las nueve serían de la mañana, y el cielo estaba alegre, como si le pareciese bien lo que sucedía en la tierra. Era el día del año señalado para llevar flores a las tumbas de los soldados muertos en defensa de la independencia de la patria. Entre compañía y compañía, iban carros enormes en la procesión, tirados por caballos blancos, y henchidos de tiestos de flores. Allá en el cementerio, había sobre cada tumba clavada una bandera.

¿Qué caballerín, de los elegantes de la ciudad, no estaba aquella mañana, con un ramo de flores en el ojal, saludando a las damas y niñas desde su caballo? Los estudiantes, no, esos no estaban por las calles, aunque en los balcones tenían a sus hermanas y a sus novias: los estudiantes estaban en la procesión, vestidos de negro, y entre admirados y envidiosos de los muertos a quienes iban a visitar, porque estos, al fin, ya habían muerto en defensa de su patria, pero ellos todavía no: y saludaban a sus hermanas y novias en los balcones, como si se despidieran de ellas. Los estudiantes fueron en masa a honrar a los muertos. Los estudiantes que son el baluarte de la libertad, y su ejército más firme. Las universidades parecen inútiles, pero de allí salen los mártires y los apóstoles. Y en aquella ciudad ¿quién no sabía que cuando había una libertad en peligro, un periódico en amenaza, una urna de sufragio en riesgo, los estudiantes se reunían, vestidos como para fiesta, y descubiertas las cabezas y cogidos del brazo, se iban por las calles pidiendo justicia; o daban tinta a las prensas en un sótano, e imprimían lo que no podían decir; se reunían en la antigua Alameda, cuando en las cátedras querían quebrarles los maestros el decoro, y de un tronco hacían silla para el mejor de entre ellos, que nombraban catedrático, y al amor de los árboles, por entre cuyas ramas parecía el cielo como un sutil bordado, sentado sobre los libros decía con gran entusiasmo sus lecciones; o en silencio, y desafiando la muerte, pálidos como ángeles, juntos como hermanos, entraban por la calle que iba a la casa pública en que habían de depositar sus votos, una vez que el Gobierno no quería que votaran más que sus secuaces, y fueron cayendo uno a uno, sin echarse atrás, los unos sobre los otros, atravesados pechos y cabezas por las balas, que en descargas nutridas desataban sobre ellos los soldados? Aquel día quedó en salvo por maravilla Juan Jerez, porque un tío de Pedro Real desvió el fusil de un soldado que le apuntaba. Por eso, cuando los estudiantes pasaban en la procesión, vestidos de negro, con una flor amarilla en el ojal, los pañuelos de todos los balcones soltábanse al viento, y los hombres se quitaban los sombreros en la calle, como cuando pasaban las banderas; y solían las niñas desprenderse del pecho, y echar sobre los estudiantes, sus ramos de rosas.

En un balcón, con sus dos hermanas mayores y la directora, estaba Sol del Valle. En otro, con un vestido que la hacía parecer como una imagen de plata, una linda imagen pagana, estaba Adela. Más allá,

donde Sol y Adela podían verlas, ocupaba un ancho balcón, amparado del sol por un toldo de lona, Lucía con varias personas de la familia de su madre, y Ana. En una silla de manos habían traído a Ana hasta la casa. Muy mala estaba, sin que ella misma lo supiese bien; estaba muy mala. Pero ella quería ver, «con su derecho de artista, aquella fiesta de los colores: a la tierra le faltaba ahora color: ¿verdad, Juan? Mira si no como todo el mundo se viste de negro. Quiero oír música, Lucía: quiero oír mucha música. Quiero ver las banderas al viento». Y allí estaba en el ancho balcón, vestida de blanco, muy abrigada, como si hubiese mucho frío, mirando avariciosamente, como si temiera no volver a ver lo que veía, y sintiendo como dentro del pecho, porque no se las viesen, le estaban cayendo las lágrimas.

Lucía distinguió a Sol, y miró si estaba en el balcón, o dentro, Juan Jerez. Sol, no bien vio a Lucía, no quitó de ella los ojos, para que supiese que estaba allí, y cuando le pareció que Lucía la estaba viendo, la saludó cariñosamente con la mano, a la vez que con la sonrisa y con los ojos. Prefería ella que Lucía la mirase, a que la miraran los jóvenes mejor conocidos en la ciudad, que siempre hallaban manera de detenerse más de lo natural frente a su balcón. A Pedro Real, pagó con un movimiento de cabeza, su humilde saludo, cuando pasó a caballo; y no lo vio con pena, ni con afecto que debiera afligir a doña Andrea, todo lo cual vio Adela desde su balcón, aunque estaba de espaldas. Pero Lucía se había entrado por el alma de Sol, desde la noche en que le pareció sentir goce cuando se clavó en su seno la espina de la rosa. Lucía, ardiente y despótica, sumisa a veces como una enamorada, rígida y frenética enseguida sin causa aparente, y bella entonces como una rosa roja, ejercía, por lo mismo que no lo deseaba, un poderoso influjo en el espíritu de Sol, tímido y nuevo. Era Sol como para que la llevasen en la vida de la mano, más preparada por la naturaleza para que la quisiesen que para querer, feliz por ver que lo eran los que tenía cerca de sí, pero no por especial generosidad, sino por cierta incapacidad suya de ser ni muy venturosa ni muy desdichada. Tenía el encanto de las rosas blancas. Un dueño le era preciso, y Lucía fue su dueña.

Lucía había ido a verla; a buscarla en su coche para que paseasen juntas; a que fuese a su casa a que la conociera Ana; y Ana la quiso retratar; pero Lucía no quiso «porque ahora Ana estaba fatigada, y la retrataría cuando estuviese más fuerte», lo que, puesto que Lucía lo decía, no pareció mal a Sol. Lucía fue a vestirla una de las noches que iba Sol al teatro, y no fue ella: ¿por qué no iría ella? Juan Jerez tampoco fue esa noche: y por cierto que esa vez Lucía le llevó, para que lo luciese, un collar de perlas: «A mí no me lo conocen, Sol: yo nunca me pongo perla»; pero doña Andrea, que ya había comenzado a dar muestras de una brusquedad y entereza desusadas, tomó a Lucía por las dos manos con que estaba ofreciendo el collar a Sol, que no veía mucho pecado en llevarlo, y mirando a la amiga de su hija en los ojos, y apretando sus manos con cariño a la vez que con firmeza, le dijo con

acento que dejaba pocas dudas: «No, mi niña, no», lo que Lucía entendió muy bien, y quedó como olvidado el collar de perlas. A la mañana siguiente, a la hora de que Sol fuese a sus clases, fue Lucía a buscarla para que diesen una vuelta en el coche por cerca del colegio, y le preguntó con ahínco sobresaltado y doloroso, que a quién vio, que quién subió a su palco, que a quién llamó la atención, que dónde estaba Pedro Real: «¡Oh! Pedro Real, tan buen mozo; ¿no te gusta Pedro Real? Yo creo que Pedro Real llamaría la atención en todas partes. Has visto como desde que te conoce no se ocupa de nadie Pedro Real»; pero pronto acabó de hablar de esto Lucía. Quién estaba en el teatro, no le importaba mucho saberlo: Juan no había estado; pero ¿a la salida quién estaba? ¿no recuerdas quién estaba a la salida? ¿Estaba...? y no acababa de preguntar quién había estado. Ni sabía Sol por quién le preguntaba. No: Sol no había visto a nadie. Iba muy contenta. La directora la había tratado con mucho cariño. Sí, Pedro Real había estado; pero no a saludarla: nadie había subido a saludarla. La habían mirado mucho. Decían que el cónsul francés había dicho una cosa muy bonita de ella. Pero al salir, no, no vio a nadie. Sol quería llegar pronto, porque se había quedado triste doña Andrea. Y al llegar en esta conversación al colegio, Lucía besó a Sol con tanta frialdad, que la niña se detuvo un momento mirándola con ojos dolorosos, que no apearon el ceño de su amiga. Y de pronto, por muchos días, cesó Lucía de verla. Sol se había afligido, y doña Andrea no; aunque la ponía orgullosa que le quisiesen a su hija; pero Lucía no: ella no veía nunca con gusto a Lucía. Un día antes de la procesión Lucía había vuelto a la casa de Sol. Que la perdonase. Que Ana estaba muy sola. Que Sol estaba más linda que nunca. «Mira, mañana te mandaré, la camelia más linda que tenga en casa. Yo no te digo que vengas a mi balcón, porque... Yo sé que tú vas al balcón de la directora. Pero mira, vas a estar lindísima; ponte la camelia en la cabeza, a la derecha, para que yo pueda vértela desde mi balcón.» Y le tomó las manos, y se las besó; y conforme conversaba con Sol, se pasaba suavemente la mano de ella por su mejilla; y cuando le dijo adiós, la miraba como si supiera que corría algún peligro, y le avisase de él, y cuando fue hacia el coche, ya se le iban desbordando las lágrimas.

—¡Allí está, allí está! dijo como involuntariamente, y reprimiéndose enseguida que lo había dicho, una de las hermanas de Sol, la mayor, la que no era bella, la que no tenía más que dos ojos muy negros y acariciadores, expresivos y dulces como los de la llama, el animal que muere cuando le hablan con rudeza.

—¿Quién?

—No, no era nadie: Juan Jerez, en el balcón de Lucía.

—Sí, ya lo veo. Lucía está mirando para acá. Y se desprendió, y volvió a prender, para que Lucía lo notase, y supiera que pensaba en ella. Hermanita, dijo de pronto Sol en voz baja: hermanita, ¿no te parece que Juan Jerez es muy bueno? Yo quisiera verlo más. Nunca lo he visto

cuando he ido a casa de Lucía. Yo no sé qué tiene, pero me parece mejor que todos los demás. ¿Tú crees que él querrá mucho a Lucía?

Hermanita no quería decir nada, hacía como que no oía.

—Juan Jerez iba antes algunas veces a casa, antes de que yo saliese del colegio; ¿verdad? Cuéntame, tú que lo conoces. Yo sé, que él se va a casar con Lucía, aunque ella no me habla de él nunca; pero a mí me gusta hablar de él. A Lucía no me atrevo a preguntarle, como ella no me dice... Él ha sido muy bueno con mamá, ¿no? ¡La directora lo quiere tanto! Mira, allí vuelve a pasar Pedro Real: ¡es buen mozo de veras! pero yo le hallo unos ojos extraños, no son tan dulces como los de Juan. No sé; pero el único que me dijo algo la noche de Keleffy, que no se me ha olvidado, fue Juan Jerez.

Hermanita no decía palabra. Se le habían puesto los ojos muy negros y grandes como para contener algo que se salía a ellos.

Ella, que no miraba hacia el balcón, sentía que Juan Jerez había tenido puesta buen tiempo su mirada larga y bondadosa en Sol. Juan, que acariciaba los mármoles, que seguía por las calles a los niños descalzos hasta que sabía dónde vivían, que levantaba del suelo las flores pisadas, si no lo veían, y les peinaba los pétalos y las ponía dónde no pudiesen pisarlas más. De la misma manera, y con aquel deleite honrado que produce en un espíritu fino la contemplación de la hermosura, había Juan mirado a Sol largamente.

Lucía no estaba allí entonces. ¡Pobre Ana! Cuando ya iban pasando los últimos soldados, palideció, se le cubrió el rostro de sudor, cerró los ojos, y cayó sobre sus rodillas. La llevaron cargada para adentro, a volverle el sentido. Parecía una santa, vestida de blanco, con su cara amarilla. Lucía no se aparta de su lado; Ana había vuelto en sí; Lucía había mirado ya muchas veces a la puerta, como preguntándose dónde estaría Juan. «¿En el balcón? ¡Qué no esté en el balcón!». Y aún desmayada Ana, por poco no le abandona la mano.

—¡Vete, vete con Juan! le dijo Ana, apenas abrió los ojos, y le notó el trastorno: y con la mano y la sonrisa la echaba hacia la puerta suavemente.

—Bueno, bueno, vengo enseguida.

Y fue al balcón derechamente.

—¡Juan!

—¿Y Ana? ¿Cómo está Ana?

El balcón de la directora estaba ya vacío.

—Ya está bien: ya está bien. ¡Yo no sabía dónde tú estabas!

Y volvemos ahora al pie de la magnolia, cuando ya llevaba días de sucedido todo esto, y Sol estaba en una banqueta a los pies de Lucía, sentada en un sillón de hierro. Ana, con sus caprichos de madre, había querido que le llevasen aquel domingo a Sol. «Es tan buena, Lucía! Tú no tienes que tenerle miedo: tú también eres hermosa. Mira: yo veo a las personas hermosas como si fueran sagradas. Cuando son malas no: me

parecen vasos japoneses llenos de fango; pero mientras son buenas, no te rías, me parece, cuando estoy delante de ellas, que soy un monaguillo y que le estoy alzando la cogulla, como en la misa, a un sacerdote. Vamos, tráeme a Sol; ¿pero es de veras que Juan no viene hoy?».

—¡Es de veras! Sí, sí; ahora mismo voy, y te traigo a Sol.

Sol vino, y otras amigas de Ana, mas no Adela. Vivía ya Ana en un sillón de enfermo, porque andar le era penoso, y reclinarse no podía. Ya, como las tardes cuando se está yendo la luz, tenía el rostro a la vez claro y confuso, y todo él como bañado de una dulce bondad. Ni deseos tenía, porque de la tierra deseó poco mientras estuvo en ella, y lo que Ana le hubiera pedido a la tierra, de seguro que en ella no estaba, y tal vez estaría fuera de ella. Ni sentía Ana la muerte, porque no le parecía a ella que fuese muerte aquello que dentro de sí sentía crecientemente, y era como una ascensión. Cosas muy lindas debía ver, conforme se iba muriendo, sin saber que las veía, porque se le reflejaban en el rostro. La frente la tenía como de cera, alta y bruñida, y hundidas las paredes de las sienes. Aquellos ojos eran una plegaria. Tenía fina la nariz, como una línea. Los labios violados y secos, eran como una fuente de perdón. No decía sino caridades. Sola, sí, no quería estar ella. Tampoco se quiere estar solo cuando se va a entrar en un viaje: tampoco, cuando se está en las cercanías de la boda. Es lo desconocido, y se le teme. Se busca la compañía de los que nos aman. Y más que con otras se había encariñado Ana en su enfermedad con Sol, cuya perfecta hermosura lo era más si cabe, por aquel inocente abandono que de todo interés y pensamiento de sí tenía la niña. Y Ana estaba mejor cuando tenía a Sol cogida de la mano, en cuyas horas Lucía, sentada cerca de ellas, era buena.

Dormía Ana en aquellos momentos, cuando en el patio hablaban Lucía y Sol. Hablaban del colegio, que había dado su examen en aquella semana, y dejaba a Sol libre durante dos meses: y a Sol no le gusta mucho enseñar, no, «pero sí me gusta: ¿no ves que así no pasa mamá apuros? ¡Mamá!». Y Sol contaba a Lucía, sin ver que a esta al oírlo se le arrugaba el ceño, cómo inquietaban a doña Andrea los cuidados de Pedro Real, de que no hablaba la señora, porque la niña no se fijase más en él; pero ella no, ella no pensaba en eso.

—No, ¿por qué no?

—No sé: yo no pienso todavía en eso: me gusta, sí, me gusta verle pasear la calle y cuidarse de mí; pero más me gusta venir acá, o que tú vayas a verme, y estar con Ana y contigo. Luego, Pedro Real me da miedo. Cuando me mira, no me parece que me quiere a mí. Yo no sé explicarlo, pero es como si quisiera en mí otra cosa que no soy yo misma. Porque a mí me parece, ¡anda, Lucía, tú puedes decirme de eso! a mí me parece que cuando un hombre nos quiere, debemos como vernos en sus ojos, así como si estuviéramos en ellos, y dos veces que he visto de cerca a Pedro Real, pues no me ha parecido encontrarme en

sus ojos. ¿No es verdad, Lucía, que cuando a uno lo quieren le sucede a uno eso?

En la mano de Lucía se encogió de pronto el cabello de Sol con que jugaba.

—¡Ay! me haces daño.

—¿Quieres que vayamos a ver cómo está Ana?

Y ya se estaban poniendo en pie para ir a verla, y arreglándose Sol los cabellos, aquellos cabellos suyos finos, de color castaño con reflejos dorados, cuando a un tiempo se oyeron dos diversos ruidos: uno en el cuarto de Ana, como de mucha gente que se moviera y hablara agitadamente, otro a la puerta de la calle, donde, con aire desembarazado, saltaba un hombre apuesto, de una mula de camino.

—¡Juan! murmuró Lucía, poniéndose más blanca que las camelias.

—¿Juan Jerez? dijo Sol alegrándosele el rostro, y acabando apresuradamente de sujetarse las trenzas.

Lucía, en pie y ceñuda, y con los ojos puestos sobre Sol, a quien turbaba aquel silencio, aguardó apoyada en la silla de hierro, a Juan que, reparando apenas en Sol, venía hacia su prima con las manos tendidas.

—Señorita Sol, ¿qué me le ha hecho a mi Lucía? ¿Por qué no sales a recibirme? ¿para castigarme porque por verte hoy he andado veintidós leguas en mula?

A Lucía se le veían temblar los labios imperceptiblemente, y como crecer los ojos. Su mano se sacudía entre las de Juan, que la miraba con asombro.

Sol hacía como que sobre una mesita un poco alejada arreglaba las flores de un vaso.

—Lucía, ¿qué tienes?

—¡Sol, Lucía, vengan! dijo acercándose a ellas una de sus amigas que salía del cuarto de Ana precipitadamente. Ah, Juan, qué bueno que esté aquí. Ve, Lucía, ve, yo creo que Ana se muere.

—¡Ana!

—Sí, mande enseguida por el médico.

Saltó Juan en la mula, y echó a escape. Sol ya estaba al lado de Ana, Lucía miró muy despacio a la puerta de la calle, miró con ira a aquella por donde había entrado Sol, y se quedó unos momentos de pie, sola, en el patio, los dos brazos caídos y apretados a los costados, fijos los ojos delante de sí tenazmente. Y echó a andar hacia el cuarto de Ana, después de haber mirado a su alrededor a todos los lados, como si temiese.

¡Al campo! ¡al campo! Todos van al campo. Todos, sí, todos. Adela y Pedro Real, Lucía y Juan, y Ana y Sol. Y, por supuesto, las personas mayores que por no influir directamente en los sucesos de esta narración no figuran en ella. ¡Al campo todos!

El médico llegó aquel domingo en momentos en que Ana abría los ojos, que a Sol arrodillada al borde de su cama fue lo primero que vieron.

—¡Ah, tú, Sol! Y Sol le pasaba la mano por la frente, y le apartaba de ella los cabellos húmedos.

Lucía arreglaba las almohadas de manera que Ana pudiera estar como sentada. Sus amigas todas rodeaban la cama, y Ana, sin fuerzas aún para hablar, les pagaba sus miradas de angustia con otras de reconocimiento. Parecía que era dichosa. Sol quiso retirar la mano con que tenía asida la de Ana; pero Ana la retuvo.

—¿Qué ha sido, eh, qué ha sido? Sentí como si todo un edificio se hubiese derrumbado dentro de mí. Ya, ya pasó. Ya estoy bien. Y se le cayó la cabeza al otro lado de las almohadas.

El médico la halló de esta manera, le puso el oído sobre el corazón, abrió de par en par la ventana y las puertas, y aconsejó que solo quedase junto a ella la persona que ella desease.

Ana, que parecía no oír, abrió los ojos, como si el aire le hubiese hecho bien, y dijo:

—Juan ha llegado, Lucía.

—¿Cómo sabes?

—Vete con Juan, Lucía. Sol, tú te quedas.

Miró Sol a Lucía, como preguntándole; a Lucía, que estaba en pie al lado de la cama, duros los labios y los brazos caídos.

Juan llamaba a la puerta en este instante, y el médico lo entró en el cuarto, de la mano.

—Venga a decirme si no es locura pensar que corre riesgo esta linda niña. Y con los ojos, desdecía el médico sus palabras. Pero es indispensable que la enfermita vea el campo. Es indispensable. No me pregunte Vd. qué remedio necesita, dijo el médico clavando los ojos en Juan. Mucho reposo, mucho aire limpio, mucho olor de árboles. Llévenmela donde haya calor, estos tiempos húmedos pueden hacerle mucho daño. Si mañana mismo pueden Vds. disponer el viaje, sea mañana mismo. Pero, niña, no se me vaya a ir sola. Lleve gente que la quiera, y que la arrope bien por las mañanitas y por las tardes. ¿Y esta señorita? añadió volviéndose a Sol. Y creo que Vd. se me pone buena si lleva consigo a esta señorita.

—Oh, sí, Sol va conmigo; ¿no, Juan?

—Por supuesto, dijo Juan vivamente, pensando con placer en que así se regocijaría Ana, cuya afición a Sol le era ya conocida, y se daría una prueba de estimación a la pobre viuda: por supuesto que la llevamos. Va a ser una gala de los ojos ver ir por un caminito de rosales que yo me sé, cogidas del brazo, a Sol, Ana y Lucía. Lucía, mañana nos vamos. Sol, voy ahora a su casa a pedirle permiso a doña Andrea. ¿Te parece, Lucía, que invitemos a Adela y a Pedro Real? ¡Upa, Ana, upa! Allá tengo unos inditos en el pueblo que te van a dar asunto para un cuadro delicioso. ¿Vamos, doctor? Acarició Juan una mano de Ana, besó la de Lucía, con un beso que la regañaba dulcemente y salió al corredor, hablando como muy contento, con el médico.

Ana llamó a Lucía con una mirada, y así que la tuvo cerca de sí, sin decir palabra, y sonriendo felizmente, trajo sobre su seno con un esfuerzo las manos de Lucía y de Sol, que estaban cada una a un lado de ella, y paseando sus ojos por sobre sus cabezas, como conversándoles, retuvo largo tiempo unidas las manos de ambas niñas bajo las suyas.

Y Sol miró a Lucía de tan linda manera, que no bien Ana se quedó como dormida, se acercó Lucía a Sol, la tomó por el talle cariñosamente, y una vez en su cuarto, empezó a vaciar con ademanes casi febriles sus cajas y gavetas.

—Todo, todo, todo es para ti. Y Sol quería hablar, y ella no la dejaba. Mira, pruébate este sombrero. Yo nunca me lo he puesto. Pruébatelo, pruébatelo. Y este, y este otro. Esos tres son tuyos. Sí, sí, no me digas que no. Mira, trajes: uno, dos, tres. Este es el más bonito para ti. ¿Oyes? Yo quiero mucho a Pedro Real. Yo quiero que tú quieras a Pedro Real. Que te vea muy bonita. Que te vean siempre más bonita que yo. Pero óyeme, a Juan no me lo quieras. Tú déjame a Juan para mí sola. Enójalo. Trátalo mal. Yo no quiero que tú seas su amiga. ¡No, no me digas nada! sí, es chanza, sí es chanza. ¿Ves? Este vestido malva sí te va a estar bien. A ver, ve qué bien hace con tu pelo castaño. ¿Ves? Es muy nuevo. Tiene el corpiño como un cáliz de flor, un poco recto; no como esos de ahora, que parecen una copa de champaña: muy delgados en la cintura, y muy anchos en los hombros. La saya es lisa; no tiene tablados ni pliegues; cae con el peso de la seda hasta los pies. ¿Ves? a mí me está muy corta. A ti te estará bien. Es un poco ancha, a lo Watteau. ¡Mi pastorcita! ¡mi pastorcita! Yo nunca me la he puesto. ¿Tú sabes? A mí no me gustan los colores claros. ¡Ah! mira: aquí tienes, y escondía algo con las dos manos cerradas detrás de su espalda, aquí tienes, y no te lo vas a quitar nunca, aunque se nos enoje doña Andrea. Cierra, cierra los ojos.

Los cerró Sol venturosa de verse tan querida por su amiga, y cuando los abrió, se vio en el brazo, e hizo por quitarse un gesto que Lucía le detuvo, un brazalete de cuatro aros de perlas margaritas.

—Sí, sí, es muy rico; pero yo quiero que tú lo tengas. No: nada, nada que me digas: ¿ves? yo tengo aquí otro, de perlas negras. ¡Y nunca, nunca te lo quites! Yo quiero ser muy buena. Y la tomó de las dos manos, y la besó en las dos mejillas apasionadamente. ¡Ven, vamos a ver a Ana!

Y salieron del cuarto, cogidas del talle.

¡Al campo, al campo! doña Andrea no sabe que va Pedro Real; que si lo supiese, no dejaría ir a Sol: aunque a Juan ¿qué le negaría ella? ¡A Juan! Ese, ese era el que ella hubiera querido para Sol. «Bueno, Juan: que no salga al sol mucho». Juan preguntó en vano por la hermana mayor, por Hermanita. Ella estaba en la casa cuando entró él; pero ahora no: estará en casa de alguna vecina. ¡No, Hermanita estaba allí; estaba en el comedor, detrás de las persianas. Ella veía a quien no la veía. «Cierra los ojos, Hermanita, no veas a lo que no debes ver!». Y

cuando Juan salió, las persianas se entornaron, como unos ojos que se cierran.

¡Al campo, al campo! Cuatro mulas tiran del carruaje, con collares de plata y cencerro, porque Ana vaya alegre: y las mulas llevan atadas en el anca izquierda unas grandes moñas rojas, que lucen bien sobre su piel negra. El cochero es Pedro Real, que lleva al lado a Adela, en la imperial, Juan y Lucía, adentro, con la gente mayor, que es muy respetable, pero no nos hace falta para el curso de la novela, Ana sentada entre almohadas, muy mejor con el gozo del viaje, con su cuaderno de apuntes en la falda, para copiar lo que le guste del camino, que ya le parece que está buena, y Sol a su lado, con un vestido de sedilla color de ópalo, tranquila y resplandeciente como una estrella.

Pedro Real se mordió el bigote rizado cuando vio que no iba a ser Sol su compañera en el pescante. Y con Adela iba muy cortés. Pero ¿Ana no necesitaría nada? Juan, ¿irá Ana bien? deberíamos bajar. ¡Voy a bajar un momento, a ver si Ana va bien! Bajó muchos momentos. Y las mulas, aunque diestras, más de una vez se iban un poco del camino, como si no estuviese bastante puesto en ellas el pensamiento del cochero.

Era como de seis leguas el camino, y todo él a un lado y otro de tan frondosa vegetación que no había manera de tener los ojos sino en constante regalo y movimiento. Porque allá al fondo era un bosque de coco-teros, o una hilera de palmas lejanas que iba a dar en la garganta de dos montes; ya era, al borde mismo del camino, una pendiente llena de flores azules y amarillas que remataba en un río de espumas blancas, nutrido con las aguas de la sierra, o eran ya a la distancia, imponentes como dos mensajes de la tierra al cielo, dos volcanes dormidos, a cuya falda serpeada por arroyuelos de agua blanca viva y traviesa, se recogían, como siervos azotados a los pies de sus dueños, las ciudades antiguas, desdentadas y rotas, en cuyos balcones de hierro labrado, mantenidos como por milagro sin paredes que los sustentasen sobre las puertas de piedra, crecían en hilos que llegaban hasta el suelo copiosas enredaderas de ipomea. De una iglesia que tuvo los techos pintados, y dorados de oro fino de lo más viejo de América los capiteles de los pilares, quedaba en pie, como una concha clavada en tierra por el borde, el fondo del altar mayor, cobijado por una media bóveda: un bosquecillo había crecido al amor del altar; la pared interior, cubierta de musgo, le daba desde lejos apariencia de cueva formidable; y era cosa común y sumamente grata ver salir de entre los pedruscos florecidos, al menor ruido de gente o de carruajes, una bandada de palomas. Otra iglesia, de la que no había quedado en pie más que el crucero, tenía el domo completamente verde, y las paredes de un lado rosadas y negras, como los bordes de una herida. Y por el suelo no podía ponerse el pie sin que saltase un arroyo.

Llegaron a los volcanes; pasaron por las ciudades antiguas: más allá iban; y no se detuvieron. Lucía, a la sombra de su quitasol rojo, se sentía como la señora de toda aquella natural grandeza, y como si el mundo

entero, de que tenía a los ojos hermosa pintura, no hubiera sido fabricado más que para cantar con sus múltiples lenguas los amores de Lucía Jerez y de su primo. Y se veía ella misma lo interior del cráneo como si estuviese lleno de todas aquellas flores: lo que le sucedía siempre que estaba sola, con Juan Jerez al lado. Adela y Pedro hablaban de formalísimos sucesos, que tenían la virtud de poner a Adela contemplativa y silenciosa, dando a Pedro ocasión para ir callado buena parte del camino, lo cual aprovechaba él en celebrar consigo mismo animados coloquios: y a cada instante era aquello de: «Juan, ¿cómo estará Ana? Bajaré un instante, a ver si se le ofrece algo a Ana». Y Lucía reía, y daba por cosa cierta que, aunque Sol era niña recatada, ya le había dicho que Pedro Real le parecía muy bien, y se la veía que le llevaba en el alma: lo que a Juan no parecía un feliz suceso, aunque prudentemente lo callaba. Adentro del carruaje, la dichosa Sol era toda exclamaciones: jamás, jamás en su vida de huérfana pobre, había visto Sol correr los ríos, vestirse a los bosques fuertes de campanillas moradas y azules, y verdear y florecer los campos. De un color de rosa de coral se le teñían las mejillas, y el ónix de México no tuvo nunca mayor transparencia que la tez fina de Sol, en aquella mañana de ventura en la naturaleza. ¡Ay! la buena Ana sonreía mucho, pero había olvidado levantar de su falda el cuaderno de notas.

Y de pronto sonaron unas músicas; se oscureció el camino como por una sombra grata, y refrenaron las mulas el paso, con gran ruido de hebillas y cencerros. De un salto estaba Pedro a la portezuela del carruaje, al lado de Sol, preguntándole a Ana qué se le ofrecía. Pero aquí bajaron todos, y Sol misma, que se volvió pronto al carruaje, para acompañar a Ana, y animarla a tomar del breve almuerzo que los demás, sentados en torno de una mesa rústica, gustaban con vehemente apetito, sazonado por chistes que el piadoso Juan encabezaba y atraía, porque los oyese Ana desde su asiento en el coche, traído a este propósito cerca de la mesa.

Allí, en las tazas de güiros posadas en trípodes de bejuco recién cortado de las cercanías, hervía la leche que, a juzgar por lo fragante y espumosa, acababa de salir de la vaca de Durham que asomó su cabeza pacífica por uno de los claros de la enredadera. Porque era aquel lugar un lindo parador, techado y emparrado de verdura, puesto allí por los dueños de la finca, para que los visitantes hiciesen de veras, al llegar de la ciudad, su almuerzo a la manera campesina. Allí el queso, que manaba la leche al ser cortado, y sabía ricamente con las tortas de maíz humeantes que servía la indita de saya azul, envueltas en paños blancos. Allí unos huevos duros, o blanquillos, que venían recostados, cada uno en su taza de güiro, sobre una yerba de grata fragancia, que olían como flores. Allí, en la cáscara misma del coco recién partido en dos, la leche de la fruta, con una cucharilla de coco labrado que la desprendía de sus tazas naturales. Y mientras duraba el almuerzo, unos

indios, descalzos y en sus trajes de lona, puesto en tierra sus sombreros de palma, tocaban, bajo otro paradorcillo más lejano, dispuesto para ellos, unos aires muy suaves de música de cuerda, que blandamente templada por el aire matinal y la enredadera espesa, llegaba a nuestros alegres caminantes como una caricia. Adela solo reía forzadamente. Violencia tenía que hacerse Sol para no palmotear en el carruaje. Muy feamente arrugó el ceño Lucía una vez que se acercó Juan a la portezuela del lado de Ana, y habló con ella, haciéndola reír, unos minutos: y en cuanto oyó reír a Sol, dejó Lucía su asiento, y se fue ella también a la portezuela. ¡Ea! ¡Ea! ya tocan diana, que es el toque de bienvenida y adiós, los indios habilidosos. La indita de saya azul da a gustar a la vaca mirona una de las tazas de coco abandonada. Al pescante van Pedro y Adela: Lucía, menos contenta, a la imperial con Juan. Ya la casa de la finca, toda blanca, de techo encarnado, se ve a poca distancia. Ana ya va muy pálida; y las mulas, al olor del pesebre, vuelan camino arriba, bajo la bóveda de espesos almendros que llenan la avenida con sus hojas redondas y sus verdes frutas.

Mucha, mucha alegría. Lucía también estaba alegre, aunque no estaba Juan allí. ¿Por qué no estaba Juan?: el pleito de los indios, aunque aquellos eran días de receso en tribunales como en escuelas, le había obligado a volver al pueblecito, si no quería que un gamonal del lugar, que tenía grandes amigos en el Gobierno, hurtase con una razón u otra a los indios la tierra que la energía de Juan había logrado al fin les fuese punto menos que reconocida en el pleito. Los indios habían salido de la iglesia con su música, el domingo antes, apenas se supo que Juan no esperaría el tren del día siguiente; y cuando le trajeron a Juan la mula, vio que la habían adornado toda con estrellas y flores de palma, y que todo el pueblo se venía tras él, y muchos querían acompañarle hasta la ciudad. Una viejita, que venía apoyada en su palo, le trajo un escapulario de la Virgen, y una guapa muchacha, con un hijo a la espalda y otro en brazos, llegó con su marido, que era un bello mancebo, a la cabeza de la mula, y puso al indito en alto para que le diese la mano al «caballero bueno»; y muchos venían con jarras de miel cubiertas con estera bien atada, u otras ofrendas, como si pudiesen dar para tanto las ancas de la caballería, muy oronda de toda aquella fiesta; y otro viejito, el padre del lugar, mi señor don Mariano, que jamás había bebido de licor alguno, aunque él mismo trabajaba el de sus plantíos propios, llegó, apoyado en sus dos hijos, que eran también como senadores del pueblo, y con los brazos en alto desde que pudo divisar a Juan, y como si hubiera al cabo visto la luz que había esperado en vano toda su vida: «Abrazarlo, decía. ¡Déjenme abrazarlo! ¡Señor, todito este pueblo lo quiere como a su hijo!» De modo que Juan, a quien habían conmovido aquellos cariños, dejó la finca, dos días después de haber llegado a ella, no bien supo que los indios, a pesar de su esfuerzo, corrían peligro de que se les quitase de las manos la posesión temporal

que, en espera de la definitiva, había Juan obtenido que el Juez les acordase, —el Juez, que había recibido el día anterior de regalo del gamonal un caballo muy fino.

Mucha, mucha alegría. Lucía misma, que en los dos días que estuvo allí Juan le dio ocasión de extrañeza con unos cambios bruscos de disposición que él no podía explicarse, por ser mayores y menos racionales que los que ya él le conocía, estaba ahora como quien vuelve de una enfermedad.

Era la casa toda de los visitantes, por no estar en ella entonces sus dueños, que eran como de la familia de Juan. Pedro, al anochecer, salía de caza, porque era el tiempo de la de los conejos, por allí abundantísimos. De los que traía muertos en el zurrón no hablaba nunca, porque Ana no se lo había de perdonar, por haber todavía en este mundo almas sencillas que no hallan placer en que se mate, a la entrada misma de la cueva donde tiene a su compañero y a su prole, a los padres animales que han salido a descubrir, para mudarse de casa, algún rincón del bosque rico en yerbas.

Pero los conejos, de puro astutos, suelen caer en las manos del cazador; porque no bien sienten ruido, se hacen los muertos, como para que no los delate el ruido de la fuga, y cierran los ojos, cual si con esto cerrase el cazador los suyos, quien hace por su parte como que no ve, y echada hacia la espalda la escopeta, por no alarmar al conejo que suele conocerla, se va, mirando a otro lado, sobre la cama del conejo, hasta que de un buen salto le pone el pie encima y así lo coge vivo: una vez cogió tres, muy manso el uno, de un color de humo, que fue para Ana: otro era blanco, al cual halló manera de atarle una cinta azul al cuello, con que lo regaló a Sol; y a Lucía trajo otro, que parecía un rey cautivo, de un castaño muy duro, y de unos ojos fieros que nunca se cerraban, tanto que a los dos días, en que no quiso comer, bajó por primera vez las orejas que había tenido enhiestas, mordió la cadenilla que lo sujetaba, y con ella en los dientes quedó muerto.

Paseos, había pocos. Sin Ana ¿quién había de hacerlos? Con ella, no se podía. Ni Sol dejaba a Ana de buena voluntad; ni Lucía hubiera salido a goce alguno cuando no estaba Juan con ella. Adela, sí, había trabado amistades con una gruesa india que tenía ciertos privilegios en la casa de la finca, y vivía en otra cercana, donde pasaba Adela buena parte del día, platicando de las costumbres de aquella gente con la resuelta Petrona Revolorio: «y no crea la señorita que le converso por servicio, sino porque le he cobrado afición». Era mujer robusta y de muy buen andar, aunque esto lo hacía sobre unos pies tan pequeños que no había modo de que Petrona llegara a ver a «sus niños» sin que le pidieran que los enseñase, lo cual ella hacía como quien no lo quiere hacer, sobre todo cuando estaba delante el niño Pedro. Las manos corrían parejas con los pies, tanto que algunas veces las niñas se las pedían y acariciaban;

llevaba una simple saya de listado, y un camisolín de muselina transparente, que le ceñía los hombros y le dejaba desnudos los hermosos brazos y la alta garganta. Era el rostro de facciones graciosas y menudas, de tal modo que la boca, medio abierta en el centro y recogida en dos hoyuelos a los lados, no era en todo más grande que sus ojos. La naricilla, corta y un tanto redonda y vuelta en el extremo, era una picardía. Tenía la frente estrecha, y de ella hacia atrás, en dos bandas no muy lisas, el cabello negro, que en dos trenzas copiosas, veteadas de una cinta roja, llevaba recogida en cerquillo, como una corona, sobre lo alto de la cabeza. Un chal de listado tenía siempre puesto y caído sobre un hombro; y no había quien, cuando remataba una frase que le parecía intencionada, se echase por la espalda con más brío el chal de listado. Luego echaba a correr, riendo y hablando en una jerga que quería ser muy culta y ciudadana; y se iba a preparar a la niña Ana, lo cual lo hacía muy bien, unos tamales de dulce de coco y un chocolatillo claro, que era lo que con más gusto tomaba, por lo limpio y lo nuevo, nuestra linda enferma. Y mientras Ana los gustaba, Petrona Revolorio, con el chal cruzado, se sentaba a sus pies «no por servicio, sino porque le había cobrado afición», y le hacía cuentos.

¿El alba, sin que Petrona Revolorio estuviese a la puerta del cuarto de la niña Ana con su cesta de flores, que ella misma quería ponerle en el vaso y ver con sus propios ojos, cómo seguía la niña?—»¡Mi niñita: mírenla que galana está hoy: se lo voy a decir al niño Pedro que nos dé un baile de convite a las señoras, y vamos a sacarla a bailar con el niño Pedro. ¡Y él sí que es galán también, el niño Pedro!—Mire mi niñita: no le traigo de esos jazminotes blancos, porque los de acá huelen muy fuerte; pero aquí le pongo, en este vaso azul, esos jazmines de San Juan, que acá se dan todo el año y huelen muy bien de noche. Con que, mi niñita, prepárese para el baile, y que le voy a prestar un chal de seda encarnada que yo tengo, que me la va a poner más linda que la misma niña Sol. ¡Cómo está que se muere el niño Pedro por la niña Sol! Pero yo no sé que tiene la niña Adela, que está como aburrida.—¿Quiere mi niñita los tamales hoy de coco, o de carnecita fresca? Ayer maté un cochito, que está de lo más blando: era el cochito rosado, y la carne está como merengue ¡Jesús, mi niñita, no me diga eso! Si yo me muero por servirla: mire que yo soy como las tacitas de coco, que dicen en letras muy guapas: «yo sirvo a mi dueña». Voy a poner la puerta de mi casa llena de tiestos de flores, y a alquilar a los músicos, el día que mi niñita vaya a verme. ¡Y eso que yo no se lo hago a nadie: «porque no lo hago por servicio, sino porque le he cobrado mucha afición!».

Y Pedro, como que con la ausencia de Juan venía a ser el caballero servidor de las cuatro niñas, ¿qué había de hacer sino estarlas sirviendo, y mucho mejor cuando no estaba cerca Adela, y mejor aún cuando no estaba junto a Ana, que no ponía buenos ojos cuando miraba a la vez a Sol y a Pedro, y mejor que nunca cuando por algún acaso Lucía y Sol

estaban solas? Y siempre entonces tenía Lucía algo que hacer, ir de puntillas a ver si seguía durmiendo Ana, ver si habían puesto de beber a los pajaritos azules, preguntar si habían traído la leche fresca que debía tomar Ana al despertarse: siempre tenía Lucía, cuando Pedro y Sol podían quedarse solos, alguna cosa que hacer.

Era el lugar de conversación un colgadizo espacioso, de tablilla bruñida el pavimento: la baranda —como toda la casa, de madera— abierta en tres lados para las tres escalerillas que llevaban al jardín que había al frente de la casa. Estaba el colgadizo siempre en sombra, porque lo vestía de verdor una enredadera copiosísima, esmaltada de trecho en trecho por unos ramos de florecitas rojas. Colgaban del techo, pintado al fresco de unas caprichosas guirnaldas de hojas y flores como las de la enredadera, unos cestos de alambre cubiertos de cera roja, que les hacía parecer de coral, todos llenos de florecillas naturales, brillantes y pequeñas, y a menudo adornados con las hebras de una parásita que crecía sobre los árboles viejos de la finca, y era, por su verde blancuzco y por crecer en hilos, como las canas de aquella arboleda. En los tramos de pared, entre las ventanas interiores, realzadas con unas líneas de vivo encarnado, había unos grandes estudios de flores en madera, pintada con los colores naturales por los artistas del país, con propiedad muy grande: dos de los cuadros eran de magnolia, la una casi abierta, y con cierta hermosura de emperatriz; la otra aún cerrada en su propia rama: y otros dos cuadros eran de las flores pomposas del marpacífico, con sus hojas de rojo encendido, agrupadas de modo que realzase su natural tamaño y hermosura.

Y allí, a la suave sombra, contaba Pedro maravillas y glorias europeas a Ana, que le oía con cariño,—a Adela, que hacía como si no le interesasen,—a Lucía, que pensaba con amorosa cólera en Juan, en Juan, que no debía venir, porque estaba allí Sol, en Juan, que debía venir puesto que estaba Lucía;—y a Sol contaba también aquellas historias, quien sin desagrado ni emoción las escuchaba y con sus hábitos de niña huérfana, azorada a veces de la súbita rudeza que templaba Lucía luego con arrebatos afectuosos, solo se sentía dueña de sí cerca de quien la necesitaba, y ni con Adela, que parecía esquivarla, ni con la misma Lucía, aunque esto le pesaba mucho, tenía ya la naturalidad y abandono que con Ana, con Ana a quien aquellos aires perfumados y calurosos habían vuelto, si no el color al rostro, cierta facilidad a los movimientos y unos como asomos de vida.

Hallaba Pedro con asombro que el atrevimiento desvergonzado y celebración excesiva a que se reduce, casi siempre pagado de prisa y con usura por las mujeres, todo el arte misterioso de los enamoradores, no le eran posibles ante aquella niña recién salida del colegio, que con franca sencillez, y mirándole en los ojos sin temor, decía en alto como materia de general conversación lo que con más privado propósito dejaba Pedro llegar discretamente a su oído. Era la niña de tal hermosura que llevaba consigo, y de sí misma, la majestad que la

defiende; y lo usual iba siendo que cuando Lucía encontraba modo de ir a ver si los pajaritos azules tenían agua, o si había llegado la leche fresca, no mudase la conversación entre Sol y Pedro, abierta por los demás y no muy amena, del asunto en que se estaba antes de que Lucía fuera a ver los pájaros. Ni había cosa que a Lucía pusiese en mayor enojo que hallarlos conversando, cuando volvía, de la caza de ayer, del jabalí en preparación, de las fiestas de cacería en los castillos señoriales de Europa, de la pobre Ana, de los tamales de Petrona Revolorio. Y Pedro, de otras mujeres tan temido, era con la mayor tranquilidad puesto por Sol, ya a que le leyese la *Amalia* de Mármol o la *María* de Jorge Isaacs, que de la ciudad les habían enviado, ya, para unos cobertores de mesa que estaba bordando a la directora, a que devanase el estambre.

—Sí, sí, hoy estaba muy hermosa. Dime, tú, espejo: ¿la querrá Juan? ¿la querrá Juan? ¿Por qué no soy como ella? Me rasgaría las carnes: me abriría con las uñas las mejillas. Cara imbécil, ¿por qué no soy como ella? Hoy estaba muy hermosa. Se le veía la sangre y se le sentía el perfume por debajo de la muselina blanca.

Y se sentaba Lucía, sola en su cuarto en una silla sin espaldar, sin quitarse los vestidos, ya a más de medianoche, y a poco rato se levantaba, se miraba otra vez al espejo, y se sentaba nuevamente, la cara entre las manos, los codos en las rodillas. Luego rompía a hablarse:

—Yo me veo, sí, yo me veo. ¿Qué es lo que tengo, que me parezco fea a mí misma? Y yo no lo soy, pero lo estoy siendo. Juan lo ha de ver; Juan ha de ver que estoy siendo fea. ¡Ay! ¡por qué tengo este miedo! ¿Quién es mejor que Juan en todo el mundo? ¿Cómo no me ha de querer él a mí, si él quiere a todo el que lo quiere? ¿quién, quién lo quiere a él más que yo? Yo me echaría a sus pies. Yo le besaría siempre las manos. Yo le tendría siempre la cabeza apretada sobre mi corazón. ¡Y esto ni se puede decir, esto que yo quisiera hacer! Si yo pudiera hacer esto, él sentiría todo lo que yo lo quiero, y no podría querer a más nadie. ¡Sol! ¡Sol! ¿quién es Sol para quererlo como yo lo quiero? ¡Juan!... ¡Juan!...

Y conteniendo la voz se iba hacia la ventana abierta, y tendía las manos como sin querer, llamando a Juan a quien acababa de escribir sin decirle que viniese.

Empujó violentamente las dos hojas de la ventana, y arrodillándose de repente junto a ella, sacó afuera, como a que el aire se la humedeciese, la cabeza; y la tuvo apoyada algún tiempo sobre el marco, sin que le molestase aquella almohada de madera.

—¡No puede ser! ¡no puede ser! dijo levantándose de pronto: Juan va a quererla. Lo conozco cada vez que la mira. Se sonríe, con un cariño que me vuelve loca. Se le ve, se le ve que tiene placer en mirarla. Y luego ¡esa imbécil es tan buena! No es mentira, no: es buena. ¿Yo misma, yo misma no la quiero? ¡Sí, la quiero, y la odio! ¿Qué sé yo qué

es lo que me pasa por la cabeza? ¡Juan, Juan, ven pronto; Juan, Juan, no vengas!

—¿Cómo no ha de quererla Juan? decía la infeliz, entre golpe de lágrimas, a los pocos momentos, siendo aquel llanto de Lucía extraño, porque no venía a raudal y de seguida, aliviando a la que lloraba, sino a borbotones e intervalos, sofocándola y exaltándola, parecido al agua que baja, tropezando entre peñas, por los torrentes. ¿Cómo no ha de quererla Juan, si no hay quien ame lo hermoso más que él, y la Virgen de la Piedad no es tan hermosa como ella? Juan... Juan... decía en voz baja, como para que Juan viniese sin que nadie lo viera; ¡sin que Sol lo viera!

—Y si viene... y si la mira... ¡yo, no puedo soportar que la mire!... ¡ni que la mire siquiera! Y si está aquí un mes, dos meses. Y si ella no quiere a Pedro Real, porque no lo quiere, y Ana le dice que no lo quiera. Y ella va a querer a Juan ¿cómo no va a quererlo? ¿Quién no lo quiere desde que lo ve? Ana lo hubiera querido, si no supiese que ya él me quería a mí; ¡porque Ana es buena! Adela lo quiso como una loca; yo bien lo vi, pero él no puede querer a Adela. Y Sol ¿por qué no lo ha de querer? Ella es pobre; él es muy rico. Ella verá que Juan la mira. ¿Qué marido mejor puede tener ella que Juan? Y me lo quitará, me lo quitará si quiere. Yo he visto que me lo quiere quitar. Yo veo cómo se queda oyéndole cuando habla; así me quedaba yo oyéndole cuando era niña. Yo veo que cuando él sale, ella alza la cabeza para seguirle viendo. ¡Y van a estar aquí un mes, dos meses! ella siempre con Ana, todos con Ana siempre. Él recreando los ojos en toda su hermosura. Yo, callada a su lado, con los labios llenos de horrores que no digo, odiosa y fiera. Esto no ha de ser, no ha de ser, no ha de ser. O Sol se va, o yo me iré. Pero ¿cómo me he de ir yo?; ¡qué me lo robe alguien si puede! Y abrió los brazos en la mitad del cuarto, como desafiando, y le cayó por las espaldas desatada la cabellera negra.

—¡Qué no se sienten juntos: que yo no lo vea!

Y con los labios apoyados sobre el puño cerrado, quedó dormida en un sillón cerca de la ventana, sombreándole extrañamente el rostro, al agitarse movida por el aire la cabellera negra.

¿A quién vio la mañana siguiente Lucía, sentado en el colgadizo, con Sol y con Ana? Venía con paso lento, y como si no hubiera querido venir.

—¡No le diga, no le diga!... a Sol que se levantaba como para avisarle.

Venía Lucía con paso lento, y Ana y Sol que conocían las habitaciones de la casa, sabían que era ella quien venía. Volvió Sol a su asiento. Juan hizo como que hablaba muy animadamente con Ana y con ella. Lucía llegó a la puerta. Los vio sentados juntos, y como que no la veían. Tembló toda. ¿Entra? ¿Sale? ¡Juan! ¡allí Juan! ¡Juan así! Se clavó los dientes en el labio, y los dejó clavados en él. Volvió la espalda, se entró por el corredor que iba a su habitación; a Sol que fue corriendo detrás de ella, —: ¡Vete! ¡vete! y entró en su cuarto, cerrando tras de sí con llave la puerta.

¡A Juan que, suponiéndola apenada, no bien acabó con cuanta prisa pudo su empeño en el pueblo de los indios volvió a la ciudad, y de allí, aprovechando la noche por sorprender a Lucía con la luz de la mañana, emprendió sin descansar el camino de la finca a caballo y de prisa! ¡A Juan, que con amores muy altos en el alma, consentía, por aquella piedad suya que era la mayor parte de su amor, en atar sus águilas al caballo de aquella criatura, no tanto por lo que la amaba él, sin que por eso dejase de amarla, sino por lo que lo amaba ella! ¡A Juan que, puestos en las nubes del cielo y en los sacrificios de la tierra sus mejores cariños, no dejaba, sin embargo, por aquella excelente condición suya, de hacer, pensar u omitir cosa con que él pudiera creer que sería agradable a su prima Lucía, aunque no tuviese él placer en ella! ¡A Juan que, joven como era, sentía, por cierto anuncio del dolor que más parece recuerdo de él, como si fuera ya persona muy trabajada y vivida, a quienes las mujeres, sobre todo en la juventud, parecían encantadores enfermos! ¡a Juan, que se sentía crecer bajo el pecho, a pesar de lo mozo de sus años, unas como barbas blancas muy crecidas, y aquellos cariños pacíficos y paternales que son los únicos que a las barbas blancas convienen! ¡A Juan, que tenía de su virtud idea tan exaltada como la mujer más pudorosa, y entendía que eran tan graves como las culpas groseras los adulterios del pensamiento!

¡A Juan, porque, ya después de aquellas cartas extrañas que Lucía le había escrito a la finca sin hablarle de su vuelta, recibirlo de aquel modo, con aquella mirada, con aquella explosión de cólera, con aquel desdén! ¡Pues cuándo había cesado de pensar Juan, cuándo, que aquel cariño que con tanta ternura prodigaba, sin fatiga ni traición, sobre su prima, era como una concesión de él, como un agradecimiento de él, como una tentativa, a lo sumo, de asir en cuerpo y ver con los ojos de la carne las ideas de rostro confuso y vestidura de perlas, que cogidas del brazo y con las alas tendidas, le vagaban en giros majestuosos por los espacios de su mente! Pues sin el alma tierna y fina que de propia voluntad suya había supuesto, como natural esencia de un cuerpo de mujer, en su prima Lucía, ¿qué venía a ser Lucía? ¿Qué hombre, que lo sea, ama a una mujer más que por el espíritu puro que supone en ella, o por el que cree ver en sus acciones, y con el que le alivia y levanta el suyo de sus tropiezos y espantos en la vida? Pues una mujer sin ternura ¿qué es sino un vaso de carne, aunque lo hubiese moldeado Cellini, repleto de veneno? Así, en un día, dejan de amar los hombres a la mujer a quien quisieron entrañablemente, cuando un acto claro e inesperado les revela que en aquella alma no existen la dulzura y superioridad con que la invistió su fantasía.

—Estará enferma Lucía. Ana, dile que la saludaré, luego. Voy a ver a Pedro Real. Sol, gracias por lo buena que es Vd. con Ana. Vd. tiene ya fama de hermosa, pero yo le voy a dar fama de buena.

Lucía oyó esto, que hizo que le zumbasen las sienes y le pareciese que caía por tierra: Lucía, que sin ruido había abierto la puerta de su

cuarto, y había venido hasta la de la sala, para oír lo que hablaban, en puntillas.

Violentos fueron, a partir de entonces, los días en la finca. Ni Ana misma sabía, puesto que tenía a Sol constantemente a su lado, qué causaba la ira de Lucía. Esta cesó cuando Juan, tomándola a la tarde de la mano, la llevó, mientras que Pedro y Adela buscaban flores de saúco para Ana, a la sombra de un camino de rosales que daba al saucal, y donde había de trecho en trecho unos bancos de piedra, y al lado unos atriles, de piedra también, como para poner un libro. En la mirada y en la voz se conocía a Juan que algo se le había roto en lo interior, y le causaba pena; pero con voz consoladora persuadía a Lucía, quien con pretextos fútiles, que no acertaba Juan a entender ni excusar, ocultaba la razón verdadera de su ira, que ella a la vez quería que Juan adivinase y no supiese: «¡porque si no lo es, y se lo digo, tal vez sea! Y no lo es, no, yo creo ahora que no lo es; pero si no sabe lo que es ¿cómo me va a perdonar?». Y airada ya contra Juan irrevocablemente, como si las nubes que pasan por el cielo del amor fueran sus lienzos funerarios, se levantaron como si hubieran hecho las paces, pero sin alegría.

Pusiéronse en esto los días tan lluviosos, que ni Pedro iba a casa, ni Adela a la de la Revolorio, ni podía Ana salir al colgadizo, ni Sol y Lucía sino estar cerca de ella; ni Juan, fuera de sus horas de leer, que le fatigaban ahora que no estaba contento, tenía modo de estar alejado de la casa. Ni había con justicia para Juan placer más grato, ahora que en Lucía había entrevisto aquel espíritu seco y altanero, que estar cerca de Ana, cuyo espíritu puro con la vecindad de la muerte se esclarecía y afinaba. Y se asombraba Juan, con razón, de haber pasado, libre aún, cerca de aquella criatura que se desvanecía, sin rendirle el alma. Esta misma contemplación del espíritu de Ana, cuya cabalidad y belleza entonces más que nunca le absorbían, le apartaron del riesgo, en otra ocasión acaso inevitable, de observar en cuán grata manera iban unidas en Sol, sin extraordinario vuelo de intelecto, la belleza y la ternura.

Con Lucía, no había paces. Lo que no penetraba Ana, ¿cómo lo había de entender Sol? En vano, Sol, aunque ya asustadiza, aprovechando los momentos en que Ana estaba acompañada de Juan o de Pedro y Adela, se iba en busca de Lucía, que hallaba ahora siempre modo de tener largos quehaceres en su cuarto, en el que un día entró Sol casi a la fuerza, y vio a Lucía tan descompuesta que no le pareció que era ella, sino otra en su lugar: en el talle un jirón, los ojos como quemados y encendidos, el rostro todo, como de quien hubiese llorado.

Y ese día Lucía y Juan estaban en paz: ni permitía Juan, por parecerle como indecoro suyo, aquel llevar y traer de cóleras, que le sacaban el alma de la fecunda paz a que por la excelencia de su virtud tenía derecho. Pero ese día, como que Ana se fatigase visiblemente de hablar, y Adela y Pedro estuviesen ensayando al piano una pieza nueva para Ana, Juan, un tanto airado con Lucía que se le mostraba dura, habló con

Sol muy largamente, y se animó en ello, al ver el interés con que la enferma oía de labios de Juan la historia de Mignon, y a propósito de ella, la vida de Goethe. No era esta para muy aplaudida, del lado de que Juan la encaminaba entonces, y tan hermosas cosas fue diciendo, con aquel arrebatado lenguaje suyo, que se le encendía y le rebosaba en cuanto sentía cerca de sí almas puras, que Pedro y Adela, ya un tanto reconciliados, vinieron discretamente a oír aquel nuevo género de música, no señalada por el artificio de la composición ni pedantesca pompa, sino que con los ricos colores de la naturaleza salía a caudales de un espíritu ingenuo, a modo de confesiones oprimidas. Lucía se levantaba, se mostraba muy solícita para Ana, interrumpía a Juan melosamente. Salía como con despecho. Entraba como ya iracunda. Se sentaba, como si quisiera domarse. «Sol, ¿habrán puesto agua a los pájaros?». Y Sol fue, y habían puesto agua. «Sol, ¿habrán traído la lecha fresca para Ana?». Y Sol fue, y habían traído la leche fresca para Ana. Hasta que, al fin, salió Lucía, y no volvió más: Sol la halló luego, con los ojos secos y el talle desgarrado.

Y aquello crecía. Hoy era una dureza para Sol. Otra mañana. A la tarde otra mayor. La niña, por Ana y por Juan, no las decía. Juan, apenas bajaba. Lucía, con grandes esfuerzos, lograba apenas, convertido en odio aparente todo el cariño que por Juan sentía, disimularlo de modo que no fuese apercibido. ¿Quién había de achacar a Sol tanta mudanza, a Sol cuya pacífica belleza en el campo se completaba y esparcía, pues era como si la vertiese en torno suyo, y por donde ella anduviese fueran, como sus sombras, la fuerza y la energía? ¿A Sol, que sobre todos levantaba sus ojos limpios, grandes y sencillos, sin que en alguno se detuviesen más que en otro; con Lucía, siempre tierna; para Ana, una hermanita; con Pedro, jovial y buena; con Juan, como agradecida y respetuosa? Pero ese era su pecado: sus ojos grandes, limpios y sencillos, que cada vez que se levantaban, ya sobre Juan, ya sobre otros donde Juan pudiese verlos, se entraban como garfios envenenados por el corazón celoso de Lucía; y aquella hermosura suya, serena y decorosa, que sin encanto no se podía ver, como la de una noche clara.

Hasta que una noche,

—No, Sol, no: quédate aquí.

—¿Ana, adónde vas? ¿Qué tienes, Ana? ¿Salir tú del cuarto a estas horas? ¡Ana! ¡Ana!

—Déjame, niña, déjame. Hoy, yo tengo fuerzas. Llévame hasta la mitad del corredor.

—¿Del corredor?

—Sí: voy al cuarto de Lucía.

—Pues bueno, yo te llevo.

—No, mi niña, no. Se sentó un momento, con Sol a sus pies, le abrazó la cabeza, y la besó en la frente. Nada le dijo, porque nada debía decirle. Y se levantó, del brazo de ella.

—Es que sé lo que tiene triste a Lucía. Déjame ir. De ningún modo vayas. Es por el bien de todos.

Fue, tocó, entró.

—¡Ana!

Ana, casi lívida y tendiendo los brazos para no caer en tierra, estaba de pie, en la puerta del cuarto oscuro, vestida de blanco.

—Cierra, cierra.

Se habló mucho, se oyeron gemidos, como de un pecho que se vacía, se lloró mucho.

Allá a la madrugada, la puerta se abría, Lucía quería ir con Ana.

—No, no, quiero llevarte; ¿cómo has de ir sola si no puedes tenerte en pie? Sol estará despierta todavía. Yo quiero ver a Sol ahora mismo.

—¡Loca! ¡Hasta cuándo eres buena, loca! A Juan, sí, en cuanto lo veas mañana, que será delante de mí, bésale la mano a Juan. A Sol, que no sepa nunca lo que te ha pasado por la mente. Vamos: acompáñame hasta la mitad del corredor.

—¡Mi Ana, madrecita mía, mi madrecita!

Y lloró Lucía aquella mañana, como se llora cuando se es dichoso.

¡Fiesta, fiesta! El médico lo ha dicho; el médico, que vino desde la ciudad a ver a la enferma, y halló que pensaba bien Petrona Revolorio. ¡Fiesta de flores para Ana!

¡Todos los músicos de las cercanías! ¡Telegramas a los sinsontes! ¡Recados a los amarillos! ¡Mensajeros por toda la comarca, a que venga toda la canora pajarería! Ana, ya se sabe de Ana: ¡Aquí no está bien, y debe ir adonde está bien! Pero es buena idea esa de Petrona Revolorio, y la enferma quiere que se dé un baile que haga famosa la finca. Petrona, por supuesto, no estará en la sala, ni ese es el baile que debía dar el niño Pedro Real; pero ella estará donde la pueda ver su niñita Ana, y mandarle todo lo que necesite, porque «ella baila con ver bailar, y lo que hace no lo hace por servicio, sino porque ha cobrado mucha afición». Ya está tan contenta como si fuese la señora. Tiene un jarrón de China, que hubo quién sabe en qué lances, y ya lo trajo, para que adorne la fiesta; pero quiere que esté donde lo vea la niña Ana.

¡Ahora sí que ha empezado la temporada en la finca! Andar, bien, andar, Ana no puede; pero Petrona la acompaña mucho y Sol, siempre que van Juan y Lucía a pasear por la hacienda, porque entonces ¡qué casualidad! entonces siempre necesita Ana de Sol.

El médico vino, después de aquella noche. El baile lo quiere Ana para sacudir los espíritus, para expulsar de las almas suspicaces la pena pasada, para que con el roce solitario no se enconen heridas aún abiertas, para que viendo a Lucía tierna y afable torne de nuevo, la seguridad en el alma de Juan alarmado, para que Lucía vea frente a frente a Sol en la hora de un triunfo, y como Ana le hablará antes a Juan, Lucía no tiemble. ¡Ana se va, y ya lo sabe!: ella no quiere el baile para sí, sino para otros.

¡Qué semana, la semana del baile! Pedro ha ido a la ciudad. Lucía quiso por un momento que fuera Juan, hasta que la miró Ana.

—¡Oh, no, Juan! tú no te vayas.

Una tristeza había en los ojos de Juan Jerez, que acaso ya nada haría desaparecer: la tristeza de cuando en lo interior hay algo roto, alguna creencia muerta, alguna visión ausente, algún ala caída. Mas se notó en los ojos de Juan una dulce mirada, y no como de que se alegraba él por sí, sino por placer de ver tierna a Lucía. ¡Son tan desventurados los que no son tiernos!

De la ciudad vendría lo mejor; para eso iba Pedro. ¿Quién no quería alegrar a Ana? Y ver a Sol del Valle, que estaba ahora más hermosa que nunca ¿quién no querría? Carruajes, los tenían casi todos los amigos de la casa. El camino, salvo el tramo de las ciudades antiguas, era llano. Allí habría caballerías para ayuda o repuesto. Cerca de la casa, como a dos cuadras de ella, aderezaron para caballerizas dos grandes caserones de madera, construidos años atrás para experimentos de una industria que al fin no dio fruto. Pedro, antes de salir, había encargado que por todas las calles del jardín que había frente a la casa, pusieran unas columnas, como media vara más altas que un hombre, que habían de estar todas forradas de aquella parásita del bosque, sembrada acá y allá de flores azules; y sobre los capiteles, se pondrían unos elegantes cestos, vestidos de guías de enredadera y llenos de rosas. Las luces vendrían de donde no se viesen, ya en el jardín, ya en la casa; y estaba en camino Mr. Sherman, el americano de la luz eléctrica, para que la hubiese bien viva y abundante: los globos se esconderían entre cestos de rosas. De jazmines, margaritas y lirios iban a vestirle a Ana, sin que ella lo supiese, el sillón en que debía sentarse en la fiesta. Con una hoja de palma, puesta a un lado de los marcos y encorvada en ondulación graciosa por la punta en el otro, vistieron los indios todas las puertas y ventanas, y hubo modo de añadir a las enredaderas del colgadizo otras parecidas por un buen trecho a ambos lados de las tres entradas, en cada uno de cuyos peldaños, como por toda esquina visible del colgadizo o de las salas, pusieron grandes vasos japoneses y chinos, con plantas americanas. En las paredes del salón como desusada maravilla, colgó Juan cuatro platos castellanos, de los que los conquistadores españoles embutían en las torres. Era por dentro la casa blanca, como por fuera, y toda ella, salvo el colgadizo, tenía el piso cubierto por una alfombra espesa como de un negro dorado, que no llegaba nunca a negro, con dibujos menudos y fantásticos, de los que el del ancho borde no era el menos rico, rescatando la gravedad y monotonía que le hubiera venido sin ellos de aquella masa de color oscuro.

¡Gentes, carruajes, caballos! Pedro y Juan jinetean sin cesar toda la tarde, de la casa al parador, y de este a aquella. En las ciudades antiguas donde aún hay alegres posadas, y cierto indio que sabe

francés, han comido casi todos los invitados. A las ocho de la noche empieza el baile. Toda la noche ha de durar. Al alba, el desayuno va a ser en el parador. ¡Oh qué tamales, de las especies más diversas, tiene dispuestos Petrona Revolorio! esta tarde, cuando los hizo, se puso el chal de seda. Ana no ha visto su sillón de flores. ¿Adónde ha de estar Adela, sino por el jardín correteando, enseñando cuanto sabe, a la cabeza de un tropel de flores, de flores de ojos negros?

¿Y Lucía? Lucía está en el cuarto de Ana, vistiendo ella misma a Sol. Ella, se vestirá luego. ¡A Sol, primero! —Mírala, Ana, mírala. Yo me muero de celos. ¿Ves? el brazo en encajes. Toma; ¡te lo beso! ¡Qué bueno es querer! Dime, Ana, aquí está el brazo, y aquí está la pulsera de perlas: ¿cuáles son las perlas? Y ¿de qué iba vestida Sol? De muselina; de una muselina de un blanco un poco oscuro y transparente, el seno abierto apenas, dejando ver la garganta sin adorno; y la falda casi oculta por unos encajes muy finos de Malinas que de su madre tenía Ana.

—Y la cabeza ¿cómo te vas a peinar por fin? Yo misma quiero peinarte.

—No, Lucía, yo no quiero. No vas a tener tiempo. Ahora voy a ayudarte yo. Yo no voy a peinarme. Mira; me recojo el cabello, así como lo tengo siempre, y me pongo ¿te acuerdas? como en el día de la procesión, me pongo una camelia.

Y Lucía, como alocada, hacía que no la oía. Le deshacía el peinado, le recogía el cabello a la manera que decía. —¿Así? ¿No? Un poco más alto, que no te cubra el cuello. ¡Ah! ¿y las camelias?... ¿Esas son? ¡Qué lindas son! ¡qué lindas son! Y la segunda vez dijo esto más despacio y lentamente como si las fuerzas le faltaran y se le fuera el alma en ello.

—¿De veras que te gustan tanto? ¿Qué flores te vas a poner tú?

Lucía, como confusa:

—Tú sabes: yo nunca me pongo flores.

—Bueno: pues si es verdad que ya no estás enojada conmigo, ¿qué te hice yo para que te pusieras enojada? si es verdad que ya no estás enojada, ponte hoy mis camelias.

—¡Yo, camelias!

—Sí, mis camelias. Mira, aquí están: yo misma te las llevo a tu cuarto. ¿Quieres?

—¡Oh! si se pusiera toda aquella hermosura de Sol la que se pusiese sus camelias. ¿Quién, quién llegaría nunca a ser tan hermosa como Sol? ¡Qué lindas, qué lindas, son esas camelias! Pero tú, ¿qué flores te vas a poner?

—Yo, mira: Petrona me trajo unas margaritas esta mañana, estas margaritas.

¡Gentes, caballos, carruajes! Las cinco, las seis, las siete. Ya está lleno de gente el colgadizo.

Caballeros y niñas vienen ya del brazo, de las habitaciones interiores. Carruajes y caballos se detienen a la puerta del fondo, de la que por un corredor alfombrado, con grabados sencillos adornadas las paredes, se

va a la vez a los cuartos interiores que abren a un lado y a otro, y a la sala. Ya desde él, al apearse del carruaje se ve la entrada de la sala, donde hay un doble recodo para poner dos otomanas, como si hubiese allí ahora un bosquecillo de palmas y flores. En un cuarto dejan las señoras sus abrigos y enseres, y pasan a otro a reparar del viaje sus vestidos, o a cambiarlos algunas por los que han enviado de antemano. A otro cuarto entran a aliñarse y dejar sus armas los que han venido a caballo. Una panoplia de armas indias, clavada a un lado de la puerta de los caballeros, les indica su cuarto. Un gran lazo de cintas de colores y un abanico de plumas medio abierto sobre la pared, revelan a las señoras los suyos.

Ya suenan gratas músicas, que los indios de aquellas cercanías, colocados en los extremos del colgadizo, arrancan a sus instrumentos de cuerdas. Del jardín vienen los concurrentes; del cuarto de las señoras salen; Ana llega del brazo de Juan. «Juan, ¿quién ha sido? ¿para mí ese sillón de flores?». No la rodean mucho; se sabe que no deben hablarle. Y ¿Lucía que no viene? Ella vendrá enseguida. ¿Y Sol? ¿Dónde está Sol? Dicen que llega. Los jóvenes se precipitan a la puerta. No viene aún. Se está inquieto. Se valsa. Sol viene al fin: viene, sin haberla visto, de llamar al cuarto de Lucía. «¡Voy! ¡Ya estoy! Así responde Lucía de adentro con una voz ahogada. No oye Sol los cumplimientos que le dicen: no ve la sala que se encorva a su paso: no sabe que la escultura no dio mejor modelo que su cabeza adornada de margaritas, no nota que, sin ser alta, todas parecen bajas cerca de ella. Camina como quien va lanzando claridades, hacia Juan camina:

—Juan ¡Lucía no quiere abrirme! Yo creo que le pasa algo. La criada me dice que se ha vestido tres o cuatro veces, y ha vuelto a desvestirse, y a despeinarse, y se ha echado sobre la cama, desesperada, lastimándose la cara y llorando. Después despidió a la criada, y se quedó vistiéndose sola. ¡Juan! ¡vaya a ver qué tiene!

En este instante, estaban Juan y Sol, de pie en medio de la sala, y otras parejas, pasando, en espera de que rompiese el baile, alrededor de ellas.

—¡Allí viene! ¡allí viene! dijo Juan, que tenía a Sol del brazo, señalando hacia el fondo del corredor, por donde a lo lejos venía al fin Lucía. Lucía, toda de negro. A punto que pasaba por frente a la puerta del cuarto de vestir, interrumpiendo el paso a un indio, que sacaba en las manos cuidadosamente, por orden que le había dado Juan, una cesta cargada de armas, vio viniendo hacia ella del brazo, solos, en plena luz de plata, en mitad del bosquecillo de flores que había a la entrada de la sala, a Juan y a Sol, a la hermosísima pareja. Se afirmó sobre sus pies como si se clavase en el piso. «¡Espera! ¡Espera!», dijo al indio. Dejó a Juan y a Sol adelantarse un poco por el corredor estrecho, y cuando les tenía como a unos doce pasos de distancia, de una terrible sacudida de la cabeza desató sobre su espalda la cabellera: «¡Cállate, cállate!», le dijo al indio, mientras haciendo como que miraba adentro, ponía la mano

tremenda en la cesta; y cuando Sol se desprendía del brazo de Juan y venía a ella con los brazos abiertos...

¡Fuego! Y con un tiro en la mitad del pecho, vaciló Sol, palpando el aire con las manos, como una paloma que aletea, y a los pies de Juan horrorizado, cayó muerta.

—¡Jesús, Jesús! ¡Jesús! Y retorciéndose y desgarrándose los vestidos, Lucía se echó en el suelo, y se arrastró hasta Sol de rodillas, y se mesaba los cabellos con las manos quemadas, y besaba a Juan los pies; a Juan, a quien Pedro Real, para que no cayese, sostenía en su brazo. ¡Para Sol, para Sol, aún después de muerta, todos los cuidados! ¡Todos sobre ella! ¡Todos queriendo darle su vida! ¡El corredor lleno de mujeres que lloraban! ¡A ella, nadie se acercaba a ella!

—¡Jesús! ¡Jesús! Entró Lucía por la puerta del cuarto de vestir de las señoras, huyendo, hasta que dio en la sala, por donde Ana cruzaba medio muerta, de los brazos de Adela y de Petrona Revolorio, y exhalando un alarido, cayó, sintiendo un beso, entre los brazos de Ana.

# 1885

## (abril-julio)

## Cartas

## A HERACLIO MARTÍN DE LA GUARDIA

Nueva York, 10 de abril de 1885.

Sr. Heraclio Martín de la Guardia
Mi amigo generosísimo:

Con Mercedes le mando la parte más cariñosa y agradecida de mi alma; aunque parte no es justo decir, porque con el acto de valiente bondad con que me tiene usted obligado, se la ha ganado usted toda. Ya era suya, por los trabajos y merecimientos de su vida, por el difícil y ejemplar decoro con que usted aquilata sus talentos: ya era propia de usted como una rosa blanca de una lira de oro. Me apreté el corazón, que se me quería salir del pecho, como si tuviera alas y quisiera ir a usted con ellas, cuando, más valiosa para mí que paga honor algunos de la tierra, leí la dedicatoria de su poema. ¡Luego no está solo el que está solo! ¡Luego las almas honradas se entienden sin hablarse, y se aprietan para resistir, y vencerán al cabo! ¡Luego me acompaña y me quiere uno de los más grandes poetas en la lengua española! ¿Cómo quería usted que le dijese mi alegría, mi amor lloroso, mi agradecimiento, que como un juramento le empeño, en una carta pálida y lejana? Juntaré mis versos, me dije; unos versos atormentados y dolientes que yo hago, y pondré al frente, como quien posa sobre un haz de zarzales un águila blanca, el nombre de Heraclio Guardia. Con eso no le pagaré la deuda en que me ha puesto; pero daré muestra de que la he alojado en mi corazón, como una joya que me le dará luz en noche oscura, y me lo mantendrá rico cuando las injusticias o ruindades humanas me lo aflijan y empobrezcan. Y en carta no le contesté, por contestarle en libro. Pero me ha entrado el horror de la palabra, como forma de la vergüenza en que me tiene la infecundidad de mi existencia. La mano, ganosa de armas más eficaces, o de tareas más viriles y difíciles, rechaza, como una acusación, la pluma. Las amarguras de mi tierra se me entran por el alma, y me la tienen loca. Ahora mismo, después de un sueño de años, ya puedo escribirle, porque me lo pide Mercedes, con sus ojos que mandan, y porque nuestros guerreros están limpiando su armadura:—¡y entonces sí seré digno de responder a su dedicatoria!

Nada le digo más que este saludo. ¡Ingrato y descortés le habré parecido, yo que no tengo en el alma huésped más caro e ilustre, ni presente con más placer y emoción a los que me la visitan! Cuando me siento triste, tomo en mis manos su poema, y me salgo con él, a mis trabajos y tristezas, como con mi mejor amigo. Cuando cerca de mí habla alguien de oro, abro su libro, y para que sepan que no lo hay mejor, le enseño el de sus versos, macizo y bruñido. Por usted, Guardia, hemos vuelto, y cuente que peso lo que le digo, a la edad de las

maravillas y de los titanes. Cohortes son esas estrofas; sus arrebatos, estandartes; sus versos, resplandecientes y sonantes como armaduras, son un ejército de héroes. Y yo, porque no desamo la virtud, he merecido que usted me los dedique. ¡Vengan golpes de maldad, amigo mío, que ya tengo el pecho fuerte para recibirlos! ¡Y quería usted que le contestase en una carta! Cuando por mi alma me pregunten, enviaré a que dé cuenta de ella usted, que me la tiene. Todo es para usted ternura y obligación,

JOSÉ MARTÍ

[OC, t. 7, pp. 274-275]

## A MANUEL MERCADO

[Nueva York, entre el 24 de marzo y el 12 de abril de 1885].

Mi hermano mejor—.

En el estribo, como siempre, y todavía contento de la alegría que me dio ayer su carta.—Ahora vivo, solo, porque Carmen y el niño están por unos meses en Cuba, en una casa pacífica, donde tal vez halle reposo para contarle a la larga las cosas que me han ido sucediendo.—Tristes son, y de la mayor tristeza; pero en mí no caben, mientras me quede átomo de vida, flojedad ni abatimiento. Llevo al costado izquierdo una rosa de fuego, que me quema; pero con ella vivo y trabajo, en espera de que alguna labor heroica, o—por lo menos difícil, me redima.

Del modo de ayudarme un poco, que yo sé que lo desea de veras, le hablaré en este mes; y creo que le será posible. Me da siempre vergüenza hablarle de lo que pueda convenirme.

Ya el Sr. Solignac se impacienta, y yo me quedo pensando tristemente en que vivo tan solo, cuando aún hay en el mundo quien me ama. Los amigos son mejores que los amores. Lo que estos corroen, aquellos lo rehacen. Y si son como V., se ganan el alma de

J. Martí

[Ms. en CEM]

## A MANUEL MERCADO

New York, 12 de abril [de 1885]

Mi hermano muy querido—el más querido:

Creí poderle escribir muy largamente; pero al llegar a la oficina me la he encontrado llena de trabajo, y acortando de una factura y abreviando una cuenta de venta, hallo tiempo para decirle cómo envidio al señor Méndez, a quien busqué en vano toda esta semana, y al fin hallé ayer,—cómo lo envidio, puesto que va a verlo, y a México.—Como él me trajo preguntas de Vd.,—con él le mando sumario de respuestas. Pero no me parecen cosas bien calientes las que le mando decir por mensajero,—siquiera sea caballeroso y estimable. Vea en mi retrato, que el benévolo señor Méndez le lleva, buena parte de lo que no le digo. Quise vivir delicadamente y tiernamente,—y he muerto de ello.—

¡Que si iría a México! ¡Si con tanto brío quiero a México como a Cuba! Y acaso ¡con mayor agradecimiento! Pero, por este cauce han de venir las cosas de mi tierra; y aunque me veo casi solo en el compadecerlas, pudiera ser que no estuviera yo de más—para aconsejar amores y contrarrestar intereses pérfidos—en el día en que, de sumo hervir, rompan la floja cáscara.—

Y ya vivo lentamente, y tengo miedo del cambio.—Hasta ver si resurjo.—

Y luego, que tengo el pecho lleno de miedos por México, y como lo amo vehementemente, y medito sobre sus riesgos sin cesar, y me excitan y afligen como si fueran míos—acaso hiciera yo mal en ir a ponerme, con mis vehemencias y justicias inevitables e inoportunas, y mis miedos y terrores de hijo, en el seno del cráter. Como sale un suspiro de los labios de los desdichados, así se me sale México a cada instante del pensamiento y de la pluma.—De siete artículos que escribí para un periódico de esta ciudad, pero de gente latina,—hallé que tres eran de cosas mexicanas.

Y sobre todo, hermano mío, aquí han dado flor y fruto todas mis desdichas,—y aquí han venido a tierra mis esperanzas puras y mejores—y el espíritu humano ama la tierra donde reposan los cadáveres queridos.—¡Aunque me ahoga la savia, que no hallo modo de echar fuera!—Y como a mí no me rinde pena alguna, aunque hinque en mí dobles hileras de dientes—si no vivo mucho, como temo, no será por dolores de la tierra,—que yo llevo en mí mis gozos, y no los hay más dulces ni vivificantes que los del alma clara y satisfecha,—sino de exceso de vida.—Me han contado de un águila presa que vivió sometida a alimentarse de la pitanza de un jilguero.—

Algo quiero, y no me regañe.—Quiero ver siempre junto a mí color, brillantez, gracia, elegancia. Un objeto feo me duele como una herida.

Un objeto bello me conforta como un bálsamo.—No me regañe!: de seguro que Ocaranza dejó mucho bosquejo sin concluir, alguna terneza no bien terminada, algún polvo de alas de mariposa no bien desleída en lienzo.—¿Cuántos me manda, y pronto,—para que lleguen a tiempo,—de los que V. no quiere, y alegren mi sala?—No me regañe.—

Y muchas cosas más le iba a decir, a pesar de la prisa; pero siento que se me hinchan los ojos. Bese la mano a Lola. Abrace a Manuel, y a su parvada de cisnecillos—, y quiera mucho a su hermano

J. MARTÍ

[Ms. en CEM]

## A QUIEN PUEDA INTERESAR

A quien pudiese interesar

Me complazco en certificar que, a mi entender, no se podría encontrar en esta ciudad mejor profesor de Lengua y Literatura Española que el doctor Luis A. Baralt.

Dotes peculiares que rara vez se combinan en un solo hombre, le permiten despertar la simpatía y estimular el intelecto de sus discípulos.

Por sus conocimientos amplios y profundos; por su práctica continuada y eficaz en el arte de enseñar idiomas; por su correcta pronunciación, que hacen de él uno de nuestros oradores de más clara dicción, es acreedor a que se le recomiende cordialmente.

Mis estudios especiales de Literatura Española me autorizan a afirmar que muy pocas personas llegan a manejar su propio idioma con tan pleno conocimiento de todas sus sutilezas y posibilidades como maneja el suyo el doctor Baralt.

JOSÉ MARTÍ

Nueva York, 9 de junio, 1885.

[OC, t. 20, p. 310]

## AL DIRECTOR DE *EL AVISADOR CUBANO*

Sr. Director de *El Avisador Cubano*

Señor y amigo:

Agradeceré a V. mucho se sirva insertar en *El Avisador Cubano* la invitación adjunta, que me he creído obligado a dirigir, muy a pesar mío, a mis compatriotas de Nueva York.

Quedo de V., con afectuosa consideración.

Su agradecido servidor y amigo,

José Martí

N.Y., 22 de junio de 1885.

*El Avisador Cubano.* Nueva York, 24 de junio de 1885.

## A LOS CUBANOS DE NUEVA YORK

No tengo más derecho al dirigirme a los cubanos de Nueva York, que el del más humilde entre ellos: amar bien a mi patria.

Pero han llegado a mí rumores confusos de que en una reunión celebrada en Clarendon Hall, el 13 de este mes, se hicieron respecto a mis actos políticos, algunas gestiones equivocadas, debidas sin duda a exceso de celo, o a desconocimiento involuntario de los hechos a que se referían.

Mis compatriotas son mis dueños. Toda mi vida ha sido empleada y seguirá siéndolo, en su bien. Les debo cuenta de todos mis actos, hasta de los más personales: todo hombre está obligado a honrar con su conducta privada, tanto como con la pública, a su patria.

En la noche del jueves 25, desde las 7½, estaré en Clarendon Hall, para responder a cuantos cargos se sirvan hacerme mis conciudadanos.

JOSÉ MARTÍ

Nueva York, junio 23, 1885.

*El Avisador Cubano.* Nueva York, 24 de junio de 1885.
[OC, t. 1, p. 180-181]

## A MANUEL MERCADO

N. York, 29 de junio [de 1885].

Mi silencioso hermano:—

Nada más que para saber si vive: a dos cartas me debe respuesta ahora,—y el tiempo sobra,—y su carta no viene.—¿No le llevó mi carta el Sr. Méndez? Pues no me abandone, que cuando me siento caer, pienso en Vd.—

Estoy como roído,—del ansia de vivir en acuerdo conmigo mismo, y en obediencia a los mandatos q. Llevo en el alma.—

Le mando un periódico en q. escribo.—Veo eso como niñeces.—

Sin tpo. p[a]. más q. este saludo, besa la mano a Lola, y abraza a V., y a sus hijos, su hermano

J. Martí

[Ms. en CEM]

## AL DIRECTOR DE *EL AVISADOR CUBANO*

Sr. Enrique Trujillo

Director de *El Avisador Cubano*

Mi distinguido amigo:

Me preguntan algunos cubanos qué me parece *El Avisador*, y me parece tan bien que tomo ocasión de la pregunta para decírselo a V. en público, e irle con mi humilde pláceme premiando sus noblezas. Tan bien me parece, que no hallo persona honrada y previsora que no me lo alabe, y cuyas celebraciones yo no esfuerce. Tan bien, que no hubiera sido posible empezar más a punto, ni con más serenidad y tacto, la tarea generosa y prudente que requiere ahora la patria de sus amigos verdaderos. Solo son amigos de la patria los que saben deponer ante ella sus iras y sus tentaciones: solo sirve a la patria el que la obedece. El nombre de la patria es cosa que se roba y se usa en ocasiones para acusar a los que más la aman. *El Avisador Cubano*, menguado de tamaño como es, precave tanto, lleva tanta hondura y propaga con tanta cordialidad, que por ese camino se irá a la victoria, o se templarán los males que pudieran venir de ella, o quedará preparada la campaña nueva, si se proyectase ahora una mezquina, y fracasara. Unos ven para ahora, y son los más, y cuya vista alcanza menos. Otros ven para ahora y para quienes lo presente no es más que la manera de ir al porvenir. Estos que ven para hoy y para mañana, estos que ven lo que está debajo y oyen lo que no se dice; estos que no tienen en su sangre generosa espacio para el odio, y si abaten en guerra a un adversario, se apean de su montura, con riesgo de la vida, a restañar la sangre a que han abierto paso; estos que no guerrean para desolar, sino para fundar; para encender, sino para redimir; para excluir, sino para incluir; para aterrar, sino para juntar; estos son los únicos que merecen aspirar al triunfo en un pueblo cansado de odio.

Yo no diré aquí,—porque de una carta sobre mi parecer acerca de *El Avisador* no he de tomar pie para enderezar errores ni castigar atrevimientos,—todo aquello que firmemente pienso, y mantengo sin ira, en la actual crisis gravísima de mi patria. Lo he de decir muy pronto; porque fuera de la verdad no hay salvación, y yo no puedo decir ni hacer cosa que no sea para beneficio de mi patria. Ella es la razón de mi vida. Si pienso, es para defenderla. Si soporto en silencio aparente una ofensa, es porque así la sirvo. Todo lo haré, todo lo noble haré sobre la tierra, para crear en mi país un pueblo de hombres, por salvar a mis compatriotas del peligro de no serlo. Y, no quisiera que se asentasen sobre rencores. Yo veo los caminos por que viene nuestro pueblo y quisiera salirle al paso, para acortarle la jornada, y no ir contra ellos. Si vamos por donde quiere ir nuestro pueblo, vencemos: si no, no.

Otros sabrán otra cosa: yo sé que para atraerse a un pueblo, se ha de hacer lo que le inspire confianza, y no se ha de hacer lo que teme. Cuando se sabe lo que un pueblo teme, y se quiere ganar su voluntad sin engaño y con grandeza, incurrir en los actos temidos es confirmar su miedo.

No quería hoy sino alabar a V., como de público es alabado, por la elevación de ánimo, la paz del espíritu y la abundancia de corazón con que defiende V. las soluciones patrias.

Atento a las voces del país, entiende V. que la guerra no es más que la expresión de la revolución, y que sin que esta hubiese ya madurado no sería posible, y no puede ir, por tanto, contra el espíritu de ella, porque no tendría entonces su apoyo, o lo tendría de mala voluntad, lo que la expondría a vencer mal, o a ser vencida. Hemos de pelear, si de pelear se ha, de manera que al desceñirnos las armas, surja un pueblo. Si no, no merecemos el honor de llevar las armas en pro de nuestra patria, ni tenemos el derecho de ir a conmoverla. En Cuba, de la experiencia y de la pobreza ha nacido un espíritu de paz que promete acortar la guerra y acelerar la victoria, si una y otra son dirigidas con atención a las necesidades del país y a los derechos fundamentales humanos; no por el capricho celoso y enteco. Quien no tenga en el alma grandezas reales; quien no esté dispuesto de antemano a postergar al bien de su país toda idea de fama o gloria propias; quien no tenga el corazón y la mente tan firmes como la mano, esta para guerrear, aquella para precaver, aquel para perdonar a los que yerran; quien confunda con la gran política necesaria para la fundación de un pueblo, una política de tienda de campaña o de antesala, ese no entra en la medida de los salvadores.

Por eso piensa de V. tan bien la gente sensata, que ve la guerra inevitable, por lo que quiere que se la prepare de modo que sea posible, y no de modo que se enajene voluntades, agravie y espante; la gente sensata, que no quiere estorbar en la hora del combate pero pide juicio en la manera de disponerlo, porque se va a arrogar la representación del país, y si muere por ir mal dirigido, por dejar en duda a los que ha debido convencer, por mirar de lado a los que ha debido llevar en su corazón, por no reunir en una gran esperanza común todos los elementos visibles e invisibles dispuestos a ella, con el combate que muere, el país muere. ¡Y, cuánto tenemos que pensar, y que defender antes de permitir, por tenacidad o estrechez de miras, que en nuestras propias manos, y por nuestra propia culpa, se nos muera el país!

Estas penas me afligen, y me tienen sin reposo; ¿por qué costará tanto trabajo sobre la tierra el desinterés? ¿por qué lapidarán los hombres a los que defienden con más brío su decoro? ¿por qué hemos de mirar como enemigo al que solo se aparta de nosotros para nuestro propio bien? Pues ¿qué persona, qué pasión, qué ambición, qué fama personal, pueden en un hombre honrado más que el febril deseo, encendido perennemente como el son, de servir bien a su patria?

A V. amigo mío, que no se exaspera con las injusticias, ni se aturde

con los golpes, ni ve nada en Cuba que esté por encima del decoro personal de cada cubano, ni cree que con medios pequeños se pueda ir a cosas grandes, ni que excluyendo se funde, ni que envolviéndose en niebla se inspire fe, ni olvida la manera de sembrar, a V. son debidas desde ahora las gracias de la patria.

Y las de su servidor

JOSÉ MARTÍ

Nueva York, 6 de julio de 1885.
[OC., t. 1, pp. 181-183]

## A MANUEL MERCADO

Mi hermano muy querido:

No quiero dejar pasar la excelente ocasión de escribirle que me ofrece el Sr. Villalobos, y le escribo en papel de oficina, amarillo, como ando yo por dentro, excepto cuando pienso en su buen cariño, y en sus amigos manteles y en su mujer e hijos.—Siempre, cuando oigo decir Uruapan, me parece que oigo hablar de país en que estuve o de cosa que fue mía. Y daría algo que valiese la pena por tener cerca de mí un paisaje de Uruapan: río cargado de frutas, monte espeso, como esmeraldas húmedas, cielo puro.

Acá estuvieron los caballeros mexicanos y, aunque recibí invitación del Club de la Prensa para acompañarlos en sus fiestas, no me fue dable por mis labores acompañarlos más que un día. Y luego, que me entristeció verlos.—

Aquí paro porque estoy trabajando, y se va el Sr. Villalobos, que me hace la merced de llevarle estas líneas para darle fe de mí.

¿Por qué tiene abandonado a quien tan bien como el que más le quiere?

JOSÉ MARTÍ

[Nueva York] julio 28/85.
[Ms. en CEM]

# 1885

## Discursos

# [BORRADOR DEL DISCURSO PRONUNCIADO EL 25 DE JUNIO DE 1885 EN CLARENDON HALL]

¿Hay aquí alguien a quien yo haya incitado, a pesar de mis opiniones privadas, a que moviese obstáculos? Que se ponga de pie si lo hay. Alguno de los de la junta, de los directores de periódico

Vedlo, pues, cubanos: no hay ninguno.

Todo hombre honrado puede dar cuenta de sus actos en todo momento; y debe estar siempre presto a darla.

———

de la odiosa actitud propia solo de espíritus raquíticos como una cabezuela de víbora, de reducir a cuestiones de persona las más honradas: el porvenir de la patria.

¿qué soy yo en mí mismo, sino un montón de huesos mal seguros, que sustentan ya pobremente un espíritu enamorado del bien de mi país, y del decoro de sus hijos, tanto que a muchos, por ser digno parezco soberbio; y porque abomino la intriga, y miro las cosas frente a frente y no me guardo la vida para la hora de un triunfo probable, y por ningún miedo ni aspereza de prueba me dejo inducir a acompañar a los que no merecen mi honrada compañía; porque ni cortejo la popularidad por más que el amor de mis compatriotas sea lo único que me consuela en la tierra, ni por el temor de perderlo dejo de cumplir con lo que estimo mi deber, por esto hay quienes me llaman orgulloso.

Y por lo que a mí me hacen ¿por qué reacciono? ¿Por qué no persigo fieros agravios? ¿Por qué no bullangueo; por qué no ofendo a la gente trabajadora; qué cosa hay más repugnante que rebajar así el carácter?

Mis compatriotas son mis dueños. Toda mi vida ha sido empleada y seguirá viviendo en su bien. Les debo cuenta de todos mis actos: hasta de los más personales: todo hombre está obligado a honrar con su vida privada, tanto como con la pública, a la patria.—

El que comete una mala acción privada es un mal patriota.

Invito a cuantos tengan que hacerme algún cargo, y a cuantos quieran hacerlo

Y yo me pregunto: Sin esa concreción, sin ese egoísmo, que censuro ¿son acaso posibles las grandes personalidades?

—Sí, las grandes personalidades del desinterés: las grandes personalidades en provecho ajeno, no en provecho propio.—

No es un desafío: ¿qué cubano mirará como a enemigo a otro cubano? ¿qué cubano permitirá que nadie le humille? ¿qué cubano, que no sea un vil, se gozará de humillar a otro? Aunque yerre un cubano profundamente, aunque toda el alma nos arda en indignación contra su error; aunque sea un traidor verdadero; aunque llegue a hacernos tan abominable su presencia que nos venga a los labios al verlo o al recordarlo la náusea que producen los infames; aunque arremetamos

ante él ciegos de ira, como un padre arremete contra el hijo que lo deshonra ¡ay! cáigansenos los brazos antes de herirlo, porque nos herimos a nosotros mismos. Ha podido errar, ha podido errar mucho, pero es cubano. Que siempre esté la puerta abierta, de par en par, para todos los que yerran &. Solo la grandeza engendra pueblos: solo los fortifica la clemencia.

Quiero que el pueblo de mi tierra no sea como este, una masa ignorante y apasionada, que va donde quieren llevarla, con ruidos que ella no entiende, los que tocan sobre sus pasiones como un pianista toca sobre el teclado. El hombre que halaga las pasiones populares es un vil.—El pueblo que abdica del uso de la razón, y que deja que se explote su país, es un pueblo vil.—Yo no necesito ganar una batalla para hoy; sino que, al ganarla, desplegar por el aire el estandarte de la victoria de mañana, una victoria sesuda y permanente, que nos haga libres de un tirano, ahora y después.—

Que dónde estoy? en la revolución; con la revolución. Pero no para perderla, ayudándola a ir por malos caminos! Sino para poner en ella, con mi leal entender, los elementos quienes, aunque no sean reconocidos al principio por la gente de poca vista o mala voluntad, serán los que en las batallas de la guerra, y en los días difíciles y trascendentales batallas de la paz, han de salvarla.

No una revolución (la que yo no quería) sino una revolución: donde está el bronce para que resuene, donde está el fuego, para grabar con él lo que quiere digno, amante, grandioso, casto, fecundo: Decidme, cubanos, si sois hombres: ¿qué revolución queréis para n/. tierra, la que nos dejará el país vicioso, podrido, o esta otra?

Lo del jinete al esta ladera: no: no está aquí la ladera; pero creí que estaba aquí: ¿no la llevamos todos en n/. corazones?—

Se engañan por completo: vengo simplemente aquí a dar ejemplo de que la conducta de todo hombre público, casi contra su voluntad, debe ser siempre sometida, sin reparos ni ocultaciones, al pueblo en cuyo beneficio puede influir y con cuyo nombre y en cuya representación, halagándole con palabras gruesas y vacías, suelen con frecuencia urdirse crímenes, y tramarse en la sombra los hierros con que luego se le ha de encadenar.—Quiero por mi parte habituar al pueblo a que piense por sí, y juzgue por sí y se desembarace de los aduladores que de él obtienen frutos; fama; de los hombres que con palabras de bulto, pero sin respeto recibidas, los llevan por donde les place.

[Ms. en CEM]

# ÍNDICE GENERAL

## 1885 (febrero-septiembre). *La Nación*


CARTAS DE MARTÍ. La Nación. Buenos Aires, 22 de febrero de 1885 / 4
CARTAS DE MARTÍ. NEW YORK, FEBRERO 9 [DE 1885]. La Nación. Buenos Aires, 20 de marzo de 1885 / 14
INAUGURACIÓN DE UN PRESIDENTE EN LOS ESTADOS UNIDOS. NUEVA YORK, MARZO 13 DE 1885. La Nación. Buenos Aires, 7 de mayo de 1885 / 23
CARTAS DE MARTÍ. NUEVA YORK, MARZO 15 DE 1885. La Nación. Buenos Aires, 9 y 10 de mayo de 1885 / 35
SUCESOS DE LA QUINCENA. NUEVA YORK, ABRIL 14 DE 1885. La Nación. Buenos Aires, 2 de junio de 1885 / 58
CARTAS DE MARTÍ. NUEVA YORK, ABRIL 15 DE 1885. La Nación. Buenos Aires, 5 de junio de 1885 / 63
CARTAS DE MARTÍ. NUEVA YORK, ABRIL 23 DE 1885. La Nación. Buenos Aires, 13 de junio de 1885 / 69
CARTAS DE MARTÍ. NUEVA YORK, ABRIL 24 DE 1885. La Nación. Buenos Aires, 14 de junio de 1885 / 77
CARTAS DE MARTÍ. NUEVA YORK, MAYO 29 DE 1885. La Nación. Buenos Aires, 15 de julio de 1885 / 81
CARTAS DE MARTÍ. NUEVA YORK, JUNIO 12 DE 1885. La Nación. Buenos Aires, 24 de julio de 1885 / 91
CARTAS DE MARTÍ. NUEVA YORK, JULIO 6 DE 1885. La Nación. Buenos Aires, 20 de agosto de 1885 / 99
CARTAS DE MARTÍ. NUEVA YORK, JULIO 6 DE 1885. La Nación. Buenos Aires, 21 de agosto de 1885 / 106
CARTAS DE MARTÍ. NUEVA YORK, AGOSTO 3 DE 1885. La Nación. Buenos Aires, 20 de septiembre de 1885 / 113
EL GENERAL GRANT. NEW YORK, AGOSTO 12 DE 1885 / 117
EL GENERAL GRANT. NUEVA YORK, AGOSTO 12 DE 1885. La Nación. Buenos Aires, 27 de septiembre de 1885 / 145
CARTAS DE MARTÍ. NEW YORK, AGOSTO DE 1885. La Nación. Buenos Aires, 3 de octubre de 1885 / 162
CARTAS DE MARTÍ. NEW YORK, AGOSTO DE 1885. La Nación. Buenos Aires, 4 de octubre de 1885 / 167


## *Lucía Jerez*


[PRÓLOGO INCONCLUSO DE JOSÉ MARTÍ] / 172
CAPÍTULO I / 173
CAPÍTULO II / 191
CAPÍTULO III / 203


## 1885 (abril-julio). Cartas


A HERACLIO MARTÍN DE LA GUARDIA. Nueva York, 10 de abril de 1885 / 242
A MANUEL MERCADO. [Nueva York, entre el 24 de marzo y el 12 de abril de 1885] / 244

A MANUEL MERCADO. NEW YORK, 12 DE ABRIL [DE 1885] / 245
A QUIEN PUEDA INTERESAR. Nueva York, 9 de junio, 1885 / 247
AL DIRECTOR DE *EL AVISADOR CUBANO*. N.Y., 22 de junio de 1885.
El Avisador Cubano, Nueva York, 24 de junio de 1885 / 248
A LOS CUBANOS DE NUEVA YORK. Nueva York, junio 23, 1885.
El Avisador Cubano, Nueva York, 24 de junio de 1885 / 249
A MANUEL MERCADO. N. York, 29 de junio [de 1885] / 250
AL DIRECTOR DE *EL AVISADOR CUBANO*. Nueva York, 6 de julio de 1885 / 251
A MANUEL MERCADO. [Nueva York] julio 1885 / 254

**1885. Discursos**

[BORRADOR DEL DISCURSO PRONUNCIADO EL 25 DE JUNIO DE 1885
EN CLARENDON HALL] / 256

ÍNDICE GENERAL / 258

La Edición Crítica de las *Obras completas* de José Martí (1853-1895) recoge sus manuscritos e impresos conocidos hasta hoy: proclamas, discursos, manifiestos, comunicaciones, dedicatorias, cartas, correspondencias periodísticas, crónicas, artículos, ensayos, narraciones, obras de teatro, poemas, semblanzas biográficas, traducciones, dibujos, borradores, fragmentos de escritos y cuadernos de apuntes.

El contenido de los tomos se ha ordenado y combinado por fechas, temas y géneros, apreciando tanto la evolución y línea del pensamiento martiano como el paralelismo de su accionar político, periodístico y literario, simultaneidad que empieza a manifestarse a partir de los años 1875-1876, para intensificarse posteriormente. Organizar cronológicamente los textos nos permite observar esa evolución del pensamiento martiano, pero —a su vez— separa en diferentes tomos grupos de textos que habitualmente (y por deseo expreso del autor en su carta devenida testamento literario) se han presentado juntos, como ocurre con las Escenas norteamericanas y las Escenas europeas.

La confrontación de los textos con sus originales —o variantes de estos— ha conllevado a la natural rectificación de erratas, así como la fijación del texto más permisible. Los escritos de época han suscitado convenciones editoriales, atendiendo a los modernismos en la ortografía y el lenguaje. La peculiar puntuación martiana ha sufrido modificaciones imprescindibles, pero siempre respetando la intencionalidad del autor.

Estas *Obras completas* son fruto de la colaboración de investigadores y editores del Centro de Estudios Martianos, expertos conocedores de la obra y de la caligrafía de Martí, estudiosos de la obra martiana en el mundo y numerosas instituciones, que han convertido esta "obra" en reflejo de la sentencia que incluyó Juan Marinello, en 1963, en su prólogo a la edición de las *Obras completas* de la Editorial Nacional de Cuba: "Una edición crítica es el hombre y su tiempo —todo el tiempo y todo el hombre—, o es un intento fallido".